



- 19.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IV.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo II (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.
- 20.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo V.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo III (siglos XVI y XVII).—4 pesetas.
- 21.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VI.—*Calderón y su teatro*.—Contiene: Calderón y sus críticos.—El hombre, la época y el arte.—Autos sacramentales.—Dramas religiosos.—Dramas filosóficos.—Dramas trágicos.—Comedias de capa y espada y géneros inferiores.—Resumen y síntesis.—4 pesetas.
- 22.—OBRAS DE D. VICENTE DE LA FUENTE: tomo I.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: primera serie, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Sancho el Mayor.—El Ebro por frontera.—Matrimonio de Alfonso el Batallador.—Las Hervenias de Avila.—Fuero de Molina de Aragón.—Aventuras de Zafadola.—Panteones de los Reyes de Aragón.—4 pesetas.
- 23.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo V.—*Teatro*: tomo V.—Contiene: *El tanto por ciento*.—*El agente de matrimonios*.—4 pesetas.
- 24.—*Estudios gramaticales*. Introducción á las obras filológicas de Don Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez, con una advertencia y noticia bibliográfica por D. Miguel Antonio Caro.—5 pesetas.
- 25.—*Poesías de D. José Eusebio Caro*, precedidas de recuerdos necrológicos por D. Pedro Fernández de Madrid y D. José Joaquín Ortiz, con notas y apéndices, y retrato del autor grabado por Maura.—4 pesetas.
- 26.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VI.—*Teatro*: tomo VI y último.—Contiene: *Castigo y perdón* (inédita).—*El nuevo Don Juan*.—4 pts.
- 27.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VII.—*Horacio en España*.—*Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo I.—Contiene: Traductores de Horacio.—Comentadores.—5 pesetas.
- 28.—OBRAS DE D. M. CAÑETE: tomo II.—*Teatro español del siglo XVI*.—*Estudios histórico-literarios*.—Contiene: Lucas Fernández.—Micael de Carvajal.—Jaime Ferruz.—El Maestro Alonso de Torres.—Francisco de las Cuevas.—4 pesetas.
- 29.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo II.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo I.—4 pesetas.
- 30.—*Las ruínas de Poblet*, por D. Víctor Balaguer, con un prólogo de D. Manuel Cañete.—4 pesetas.
- 31.—OBRAS DE D. S. ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo III.—*De la conquista y pérdida de Portugal*: tomo II y último.—4 pesetas.
- 32.—OBRAS DE D. A. L. DE AYALA: tomo VII y último.—*Poesías y proyectos de comedias*.—Contiene: Sonetos y poesías varias.—Amores y desventuras.—Proyectos de comedias.—El último deseo.—Yo.—El cautivo.—Teatro vivo.—Consuelo.—El teatro de Calderón.—4 pts.

- 33.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo VIII.—*Horacio en España.*—*Solaces bibliográficos*, segunda edición refundida: tomo II y último.—Contiene: La poesía horaciana en Castilla.—La poesía horaciana en Portugal.—5 pesetas.
- 34.—OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo II.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: segunda serie.—Contiene: Las primeras Cortes.—Los fueros primitivos.—Origen del Justicia Mayor.—Los señoríos en Aragón.—El régimen popular y el aristocrático.—Preludios de la Unión.—La libertad de testar.—Epílogo de este período.—4 pesetas.
- 35.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo I.—Contiene: Nacimiento de Jesús.—Jesús con la calavera.—Estoria de tiempo de Jesús.—Racontamiento de la doncella Carcayona.—Job.—Los Santones.—Salomón.—Moisés.—4 pts.
- 36.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. Antonio Paz y Mélia: tomo I.—4 pesetas.
- 37.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. Eduardo de Mier: tomo I, con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: Biografía del autor.—Origen del drama de la Europa moderna, y origen y vicisitudes del drama español hasta revestir sus caracteres y forma definitiva en tiempo de Lope de Vega.—5 pesetas.
- 38.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo IX.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo IV (siglo XVIII).—4 pesetas.
- 39.—*Cancionero de Gómez Manrique*, publicado por primera vez, con introducción y notas por D. A. Paz y Mélia: tomo II y último.—4 pts.
- 40.—OBRAS DE D. JUAN VALERA: tomo I.—*Canciones, romances y poemas*, con prólogo de D. A. Alcalá Galiano, notas de D. M. Menéndez y Pelayo y retrato del autor grabado por Maura.—5 pesetas.
- 41.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo X.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo V (siglo XVIII).—5 pesetas.
- 42.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo II.—Contiene: Leyenda de Mahoma.—De Temim Addar.—Del Rey Tebín.—De una profetisa y un profeta.—Batalla del rey Almohalhal.—El alárabe y la doncella.—Batalla de Alexyab contra Mahoma.—El milagro de la luna.—Ascensión de Mahoma.—Leyenda de Guara Alhochorati.—De Mahoma y Alharits.—Muerte de Mahoma.—4 pesetas.
- 43.—*Poesías de D. Antonio Ros de Olano*, con un prólogo de D. Pedro A. de Alarcón.—Contiene: Sonetos.—La pajarera.—Doloridas.—Por pelar la pava.—La gallomagia.—Lenguaje de las estaciones.—Galatea.—4 pesetas.

- 44.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 pesetas.
- 45.—*Poemas dramáticos de Lord Byron*, traducidos en verso castellano por D. José Alcalá Galiano, con un prólogo de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Contiene: Caín —Sardanápalo.—Manfredo.—4 pts.
- 46.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo II.—Contiene: La continuación del tomo anterior hasta la edad de oro del teatro español.—5 pesetas.
- 47.—OBRAS DE D. V. DE LA FUENTE: tomo III.—*Estudios críticos sobre la Historia y el Derecho de Aragón*: tercera y última serie.—Contiene: Formación de la liga aristocrática.—Vísperas sicilianas.—Revoluciones desastrosas.—Reaparición de la Unión.—Las libertades de Aragón en tiempo de D. Pedro IV.—Los reyes enfermizos.—Influencia de los Cerdanes.—Compromiso de Caspe.—La dinastía castellana.—Falsamiento de la Historia y el Derecho de Aragón en el siglo xv.—D. Fernando el Católico.—Sepulcros reales.—Serie de los Justicias de Aragón.—Conclusión.—5 pesetas.
- 48.—*Leyendas moriscas*, sacadas de varios manuscritos por D. F. Guillén Robles: tomo III y último.—Contiene: La conversión de Omar.—La batalla de Yermuk.—El hijo de Omar y la judía.—El alcázar del oro.—Alí y las cuarenta doncellas.—Batallas de Alexyab y de Jozaima.—Muerte de Belal.—Maravillas que Dios mostró á Abraham en el mar.—Los dos amigos devotos.—El Antecristo y el día del Juicio.—4 pts.
- 49.—*Historia del nuevo reino de Granada* (cuarta parte de los *Varones ilustres de Indias*), por Juan de Castellanos, publicada por primera vez con un prólogo por D. Antonio Paz y Mélia: tomo II y último, que termina con un índice de los nombres de personas citadas en esta cuarta parte y en las tres primeras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.—5 pesetas.
- 50.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo II.—*Cuentos, diálogos y fantasías*.—Contiene: El pájaro verde.—Parsondes.—El bermejino prehistórico.—Asclepigenia.—Gopa.—Un poco de crematística.—La cordobesa.—La primavera.—La venganza de Atahualpa.—Dafnis y Cloe.—5 pesetas.
- 51.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo III.—Contiene: La continuación de la materia anterior.—5 pts.
- 52.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XI.—*La ciencia española*, tercera edición refundida y aumentada: tomo I, con un prólogo de D. Gumersindo Laverde y Ruiz.—Contiene: Indicaciones sobre

- la actividad intelectual de España en los tres últimos siglos.—De re bibliographica.—Mr. Masson redivivo.—Monografías expositivo-críticas.—Mr. Masson redimuerto.—Apéndices.—4 pesetas.
- 53.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo V.—*Poesías*.—Contiene: Amores.—Quejas y desengaños.—Rimas varias.—Cantos lúgubres.—4 pesetas.
- 54.—OBRAS DE D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH: tomo I.—*Poesías*, con la biografía del autor, juicio crítico de sus obras por D. Aureliano Fernández-Guerra y retrato grabado por Maura: primera edición completa de las obras poéticas.—5 pesetas.
- 55.—*Discursos y artículos literarios* de D. Alejandro Pidal y Mon.—Un tomo con retrato del autor grabado por Maura.—Contiene: La metafísica contra el naturalismo.—Fr. Luis de Granada.—José Selgas.—Epopéyas portuguesas.—Glorias asturianas.—Coronación de León XIII.—El P. Zeferino.—Menéndez Pelayo.—Campoamor.—Pérez Hernández.—Frassinelli.—Epístolas.—Una madre cristiana.—Una visión anticipada.—El campo en Asturias.—5 pesetas.
- 56.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VI.—*Artes y letras*.—Contiene: De los asuntos respectivos de las artes.—Del origen y vicisitudes del genuino teatro español.—Apéndice.—La libertad en las artes.—Apéndice.—Un poeta desconocido y anónimo.—5 pesetas.
- 57.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XII.—*La ciencia española*: tercera edición corregida y aumentada, tomo II.—Contiene: Dos artículos de D. Alejandro Pidal sobre las cartas anteriores.—In dubiis libertas.—La ciencia española bajo la Inquisición.—Cartas.—La Antoniana Margarita.—La patria de Raimundo Sabunde.—Instaurare omnia in Christo.—Apéndice.—5 pesetas.
- 58.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo IV.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Edad de oro del teatro español.—5 pesetas.
- 59.—*Historia de la Literatura y del arte dramático en España*, por A. F. Schack, traducida directamente del alemán por D. E. de Mier: tomo V y último.—Contiene: Fin de la materia anterior.—Decadencia del teatro español en el siglo XVIII.—Irrupción y predominio del gusto francés.—Últimos esfuerzos.—Apéndices.—5 pesetas.
- 60.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo III.—*Nuevos estudios críticos*.—Contiene: Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas.—El Fausto de Goethe.—Shakspeare.—Psicología del amor.—Las escritoras en España y elogio de Santa Teresa.—Poetas líricos españoles del siglo XVIII.—De lo castizo de nuestra cultura en el siglo XVIII y en el presente.—De la moral y de la ortodoxia en los versos.—5 pesetas.

- 61.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIII.—*Historia de las ideas estéticas en España*: tomo VI (siglo XIX).—5 pesetas.
- 62.—OBRAS DE D. SEVERO CATALINA: tomo I.—*La mujer*, con un prólogo de D. Ramón de Campoamor: octava edición.—4 pesetas.
- 63.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo II.—*Fábulas*: primera edición completa.—5 pesetas.
- 64.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO: tomo XIV.—*La ciencia española*: tomo III y último.—Contiene: Réplica al Padre Fonseca.—Inventario de la ciencia española: Sagrada Escritura: Teología: Mística: Filosofía: Ciencias morales y políticas: Jurisprudencia: Filología: Estética: Ciencias históricas: Matemáticas: Ciencias militares: Ciencias físicas.—5 pesetas.
- 65.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo IV.—*Novelas*: tomo I, con un prólogo de D. Antonio Cánovas del Castillo.—Contiene: *Pepita Jiménez*.—*El Comendador Mendoza*.—5 pesetas.
- 66.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo V.—*Novelas*: tomo II.—Contiene: *Doña Luz*.—*Pasarse de listo*.—5 pesetas.
- 67.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*, tomo I.—Contiene: Revolución de Portugal: Textos y reflexión.—Negociación y rompimiento con la república inglesa.—5 pesetas.
- 68.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo III.—*Teatro*: tomo I.—Contiene: *Los amantes de Teruel*.—*Doña Mencía*.—*La redoma encantada*.—5 pesetas.
- 69.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo I.—Contiene las de Lupercio: Prólogo.—Poesías líricas.—Epístolas y poesías varias.—Obras dramáticas.—Opúsculos y discursos literarios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.
- 70.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, y un prólogo de D. A. Paz y Mélia: tomo I.—5 ptas.
- 71.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo VIII.—*Estudios del reinado de Felipe IV*: tomo II.—Contiene: Antecedentes y relación crítica de la batalla de Rocroy.—Apéndice luminoso con 27 documentos de interés.—5 pesetas.
- 72.—OBRAS DE D. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN (*El Solitario*): tomo IV.—*Poesías*.—4 pesetas.
- 73.—*Poesías* de D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas, con un prólogo de D. Manuel Cañete y retrato del autor, grabado por Maura, tomo único.—Contiene: Impresiones y fantasías.—Recuerdos.—Hojas de álbum.—Romances.—La hija de Alimenón.—Juramentos de amor.—4 pesetas.

- 74.—OBRAS DE D. M. MENÉNDEZ Y PELAYO.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo VII (siglo XIX).—4 pesetas.
- 75.—OBRAS SUELTAS DE LUPERCIO Y BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA, coleccionadas é ilustradas por el Conde de la Viñaza: tomo II.—Contiene las de Bartolomé Leonardo: Poesías líricas.—Sátiras.—Poesías varias.—Diálogos satíricos.—Opúsculos varios.—Cartas eruditas y familiares.—Apéndices.—5 pesetas.
- 76.—*Rebelión de Pizarro en el Perú y Vida de D. Pedro Gasca*, por Calvete de Estrella, tomo II.—5 pesetas.
- 77.—OBRAS DE D. J. E. HARTZENBUSCH: tomo IV.—*Teatro*: tomo II.—Contiene: *La visionaria*.—*Los polvos de la madre Celestina*.—*Alfonso el Casto*.—*Primero yo*.—5 pesetas.
- 78.—OBRAS DE D. J. VALERA: tomo VI.—*Novelas*: tomo III.—Contiene *Las Ilusiones del Doctor Faustino*.—5 pesetas.
- 79.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios*: tomo I. Con retrato del autor, grabado por Maura.—Contiene: La lengua castellana en los códigos.—La poesía y la historia.—Poema, crónica y romancero del Cid.—Un poema inédito.—Vida del rey Apolonio y de Santa María Egipciaca.—La poesía castellana de los siglos XIV y XV.—4 pesetas.
- 80.—*Sales españolas ó Agudezas del ingenio nacional*, recogidas por D. A. Paz y Mélia.—Primera serie.—5 pesetas.
- 81.—OBRAS DE D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO: tomo IX.—*Problemas contemporáneos*: tomo III (en prensa).
- 82.—OBRAS LITERARIAS DE D. MANUEL SILVELA (en prensa).
- 83.—PIDAL (MARQUÉS DE).—*Estudios históricos y literarios*: tomo II (en prensa).
- 84.—OBRAS DE D. JUAN VALERA: *Disertaciones y juicios literarios*: tomo VII (en prensa).
- 85.—*Cancionero de la rosa*, por D. Juan Pérez de Guzmán: tomo I (en prensa).
- 86.—*Obras gramaticales* de Andrés Bello: tomo I (en prensa).
- 87.—DUQUE DE BERWICK.—*Relación de la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia* (en prensa).
- Ejemplares de tiradas especiales de 6 á 250 pesetas.

#### EN PREPARACIÓN.

- Memorias* de D. José Pizarro.
- Relaciones de sucesos de la Monarquía española*, desde 1654 á 1658, por D. Jerónimo Barrionuevo de Peralta, con la biografía del autor y algunas de sus obras poéticas y dramáticas.
- Estudios históricos*, por D. Aureliano Fernández-Guerra.
- Obras completas* del Duque de Rivas.

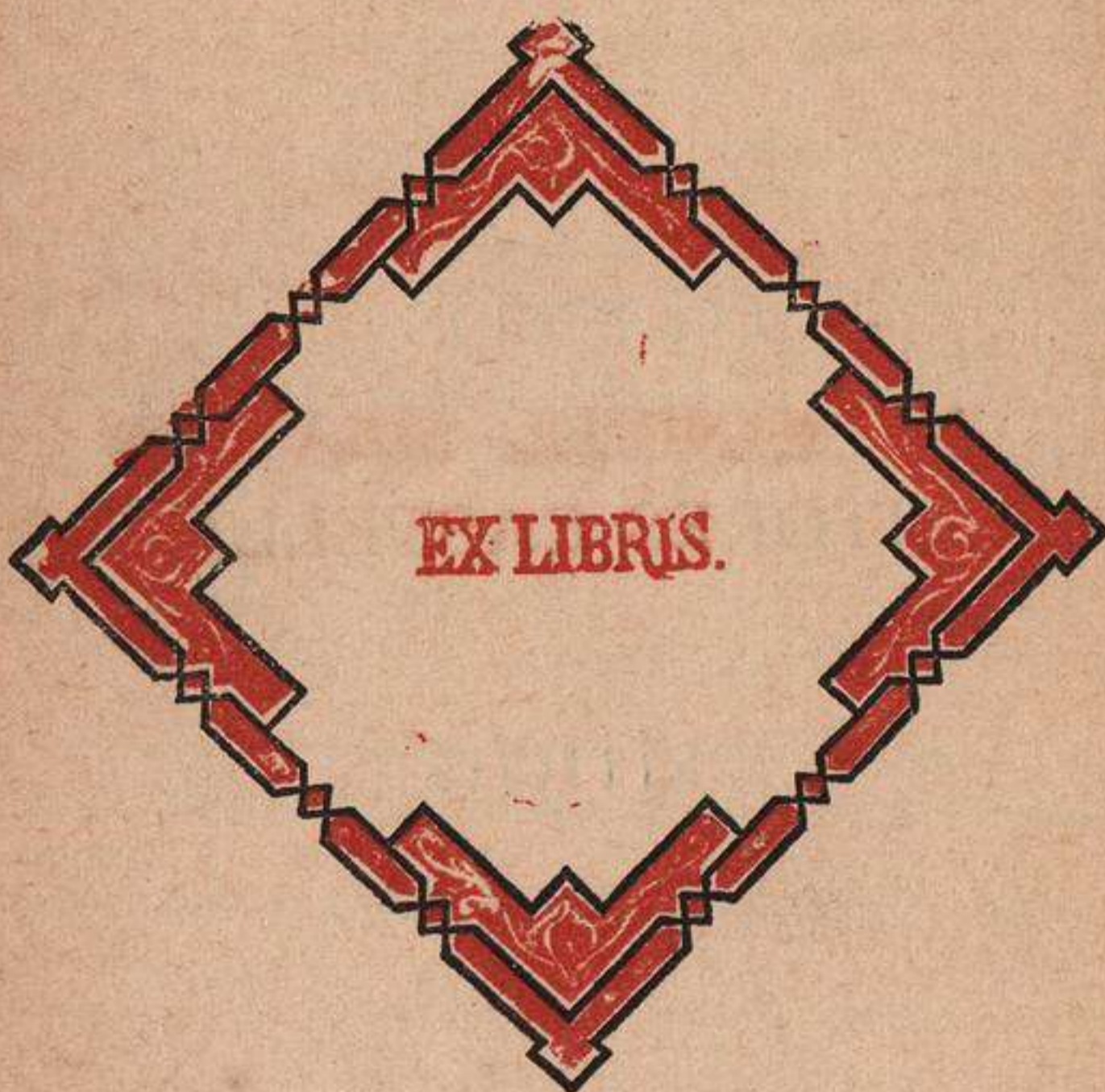


COLECCIÓN  
DE  
**ESCRITORES CASTELLANOS**  
—  
CRÍTICOS



• LXXXII •

\*



47-40

OBRAS LITERARIAS

DE

D. MANUEL SILVELA

491



## TIRADAS ESPECIALES

---

50 ejemplares en papel de hilo, del . . . . . I al 50.  
10 » en papel China, del . . . . . I al X.







Manuel Silveira

868.59

COLECCION  
DE  
ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS LITERARIAS

XIX  
1800

DE

DON MANUEL SILVELA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

Don Evaristo, 8

1890

CRUCIOS.

Reg. n.º 6.911







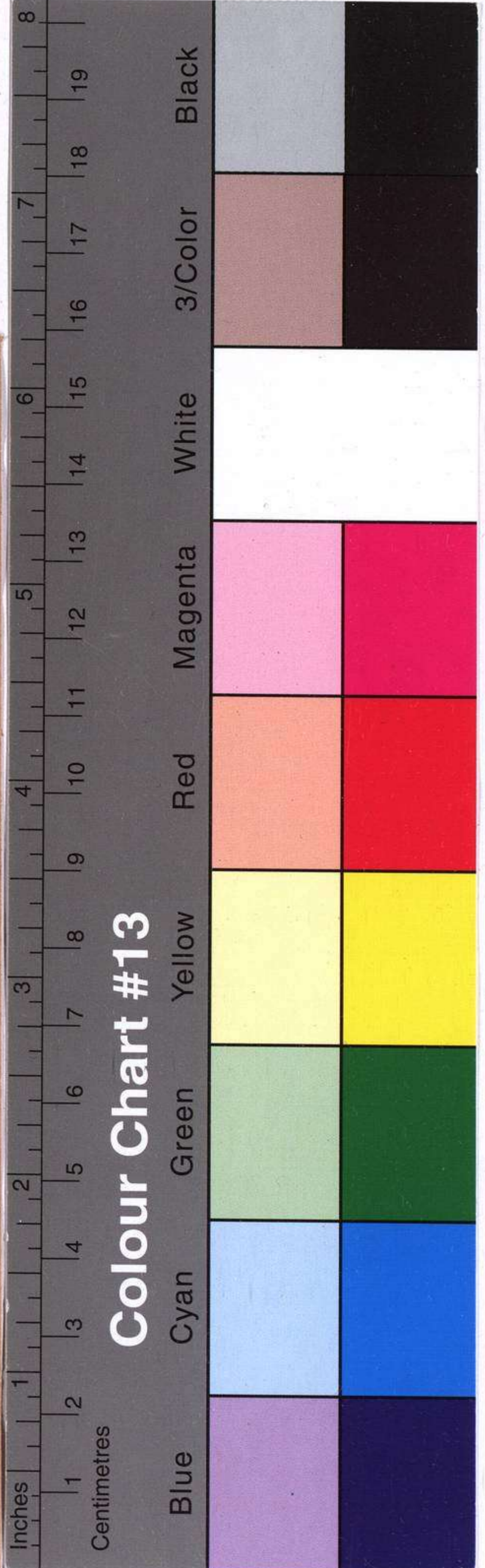
## AL LECTOR.



EN la república literaria, en la que florecen las alabanzas mutuas desde mucho antes que los capitalistas soñasen en inventar las sociedades de seguros, es costumbre, si no universal, al menos bastante generalizada, la de acudir á un amigo bondadoso para que escriba el prólogo, ó la de dirigirse á otro aún más complaciente, para que firme el prefacio que el autor se toma la molestia de escribir por sí propio.

Por de contado, que en estos prólogos, que pudieran llamarse reglamentarios, á vuelta de algunas laudatorias al autor y á la obra, se viene á parar indefectiblemente á la demostración victoriosa de que en la materia de que se trata existe un vacío que el nuevo libro está destinado á llenar de la manera más cumplida.

El número de libros que se han escrito desde la invención de la imprenta hasta el día, con la exclusiva misión de llenar un vacío, es verdadera-



mente fabuloso; y ciertamente que si los resultados hubieran correspondido siempre á los sanos propósitos de los autores, no quedaría en la esfera de la ciencia ó en el campo de la amena literatura hueco ni resquicio que no estuviera á estas horas sólida y primorosamente macizado.

Empiezo, pues, protestando que no tengo ánimo ni propósito de llenar ningún vacío, ni aun el del bolsillo, que es el que generalmente aspiran á llenar, y por desgracia no llenan muchos libros; y añadido que en vez de ponerme en busca de elogios modernos, prefiero recordar los que en otros tiempos me prodigaron en son, por decirlo así, de profecía, pues de ese recuerdo brota una lección, que no debe ser perdida, para todos.

Mi breve vida literaria, iniciada con brillante éxito y que cierro hoy probablemente con este modesto libro, puede servir de ejemplo provechoso y saludable lenitivo en una época en que son tantos los que, al salir de las aulas, se consideran grandes ingenios porque se peinan á lo Víctor Hugo, ó se tienen por hombres de pro porque en algunas revistas se elogian con excesiva benevolencia sus primeros vagidos literarios.

Leed lo que sigue, alumnos de las musas, aspirantes á escritores, y veréis con qué facilidad el brote que prometía un árbol frondoso se queda en arbusto, el racimo en agraz, el futuro *maestro* en mero *dilettanti*, y el mozo que parecía llamado á formar en las primeras filas de la hueste literaria, en modestísimo escritor de contadas revistas ó de escasos artículos.

El discreto, elegante é indulgente escritor Don Ramón de Navarrete, cogiéndome en bien temprana edad de la mano y haciéndome asomar al ancho balcón de la Ilustración española, me presentó al público en los siguientes lisonjeros términos:

«Este artículo es el primer ensayo de un joven de veinte años que robamos á su modestia. Nuestros lectores hallarán en él profunda observación, fina sátira y gracia culta, cualidades que nos hacen esperar mucho del novel escritor, el cual oculta su nombre bajo un transparente anagrama.»

Figúrese el lector lo que me esponjaría el párrafo.

—Profunda observación.—¿Qué más quiero?—Fina sátira.—¿Qué tal?—Gracia culta.—¡Oh dicha! Y en el acto me puse á escribir otros artículos.

Uno de éstos, fué á parar á las columnas de *El Heraldo*, cuya sección literaria regentaba el severo y profundo crítico D. Manuel Cañete, á quien en esta ocasión hubo de cegar sin duda el afecto y amistad con que siempre me ha honrado y que le inspiró sin duda el siguiente preámbulo:

«Un escritor lleno de ligereza y de gracia, y que bajo el pseudónimo de Velisla es ya muy conocido de nuestros lectores, nos favorece hoy con la siguiente ingeniosa é interesante composición.»

Con este estímulo escribí las *Mañanas de la Granja*, y Lorenzana, el gran escritor político, honra y prez de la prensa española, tomó su delicada pluma, y antepuso á mis artículos los siguientes renglones:

«Firmados con el transparente anagrama de Ve-

lislá, han publicado de vez en cuando algunos diarios de la corte artículos literarios llenos de profundidad, de gracia y de aticismo. Hoy nos cabe á nosotros la satisfacción de honrar nuestro periódico con un artículo de tan estimable escritor, que será seguido de otros dos, en los cuales apreciarán, creemos, nuestros lectores la misma originalidad y las excelentes dotes de estilo que brillan en el siguiente. Pensamos que los amantes de las bellas letras nos agradecerán su publicación, así como nosotros damos las gracias á su autor por la deferencia con que nos ha favorecido.»

Debo confesar que el primer día leí y releí por más de dos horas consecutivas tan lisonjeras frases, que tal vez no sean del todo ajenas á cierta curva presuntuosa de mi espina dorsal que me achacan mis émulos.

Encontrarse á los veintiún años lleno de profundidad, estar dotado como quien dice de un alfolí de sal ática, cuando son tantos los desventurados que no tropiezan en su vida con un grano de la de Cardona; brillar por mi originalidad; hallar en mí, el primer escritor de España, excelentes dotes de estilo; honrar yo periódicos como *El Diario Español*, al frente á la sazón de la prensa madrileña, es cosa que no me negarás, lector amado, que excita agradablemente el amor propio más exigente, y que lisonjea la más exagerada vanidad.

Pues aún alcancé, si cabe, satisfacciones mayores.

Un día entró precipitada y ruidosamente en mi

casa un excelente amigo mío que venía elevando sobre su cabeza y agitando á modo de bandera un periódico enorme.

El caso no era para menos.

El periódico era la excelente revista semanal francesa *La Semaine*.

En *La Semaine* venía traducido al francés un articulillo mío.

¡El traductor era Jules Cohen!

¡Jules Cohen, el escritor cuyo estilo, andando el tiempo, ha llegado á hacer sombra y á excitar la envidia al gran Girardin!

¡Y Jules Cohen, que ni me conocía entonces, ni me conoce hoy, se tomaba la molestia de traducirme y de hacer preceder la traducción con un párrafo laudatorio!

Confieso, lector, que si en aquella ocasión no me consideré decididamente clasificado entre los ingenios españoles de punta (cuando muchos que se creen tales se ocupan en traducir en vez de encontrarse traducidos), es porque decididamente la curva de mi espina dorsal es un accidente físico, y no arguye ni revela la menor tiesura moral.

Pues aún me resta referir la suprema satisfacción de amor propio que debo á la literatura, y que refiero sin ruborizarme, porque, repito, nada de cuanto en tiempos me profetizaron, se ha realizado, y porque creo y confieso sinceramente que no he pasado de aprendiz y *dilettanti*.

Una noche, para mí inolvidable, fuí al teatro que se alzaba en el antiguo solar de los Basilio.

Hacían la hermosa *Ley de Raza*, de Hartzen-

busch, y en un entreacto acudí al cuarto del excelente actor Arjona.

Cuando entré, se hallaban cuatro ó seis personas oyendo leer á Ventura de la Vega un artículo.

Nadie ignora la magia, el encanto que daba á cuanto leía Ventura de la Vega.

¡Figuraos lo que á mí me pareció, pues el artículo era mío!

De vez en cuando interrumpían la lectura observaciones críticas é ingeniosas, pero siempre benévolas, de Vega ó de los otros, mientras yo guardaba el más profundo y delicioso silencio.

Al final se echaron los presentes á descifrar sin éxito el anagrama que terminaba el artículo, hasta que Ventura de la Vega, volviéndose de repente hacia mí, exclamó: «¡Si nos oye y se calla! ¡Aquí le tenéis!» Y echándome los brazos al cuello con efusión, prodigó elogios á mi prosa satírica, y llevado de la vehemencia de su afecto, me declaró deudo literario de Moratín, y me enseñó en lontananza, y como término posible de mis ambiciones, el cetro de la crítica, que años antes rodara de las yertas manos de Larra.

¡Ah, dulce, querido y venerado amigo, á quien debo la sensación más grata, el momento de goce más puro de mi espíritu! ¿Cómo pudo engañarte así el cariño? ¿Cómo pudiste trazarme un porvenir tan distinto del que ha venido á realizar mi existencia?

Á dos causas atribuyo el que se frustraran tan lisonjeros augurios.

Fué el primer motivo de que me desviase de la senda literaria que había empezado á andar con tan prósperos auspicios, el de que incurrí, de complicidad con un amigo mío, en un pecado dramático titulado *Negro y Blanco*, que fué representado y aplaudido en el teatro del Instituto, que me produjo derechos de autor, pero que, por efecto de ciertas larguezas mías, después de liquidadas cuentas, vino á empeñarme en 30 duros.

Con la fresca imaginación que entonces tenía, era muy capaz de escribir una comedia por semana, lo cual suponía, por consiguiente, un déficit de 120 pesos al mes.

Como, por otra parte, sólo encontré á los empresarios de diarios y revistas pródigos... en elogios, comprendí que mis recursos no me permitían ser literato.

En esos instantes de desaliento, el papel sellado me hizo ventajosas proposiciones, caí en la tentación y me tragó la curia.

Después, por si no eran los pesados trabajos del Foro calmante suficiente para mis ímpetus literarios, vino la política á apoderarse hasta de la última celdilla de mi cerebro, y coligados Triboniano y Sancho Llamas con Benjamín Constant y el divino Argüelles, pusieron en vergonzosa fuga á Apolo y las pobres Musas, que emigraron para siempre de los aposentos de mi alma.

Pero aparte de este incidente de mi vida, la verdadera causa de que no se cumplieran los vaticinios que al principio de mi carrera se hicieron, fué la de que eran equivocados; pues á no ser así,

y á haber en mí vocación perfecta, no fueran bastantes á torcerla ni las Pandectas, ni el Fuero Viejo, ni la ley de incompatibilidades, ni los enmarañados discursos del vehemente y abundoso Conde de las Navas.

Sucedió conmigo lo que se repetirá cien veces: se confundió por mis amigos cierta discreción y gusto literario producto de una vasta lectura, cierto buen humor hijo de los pocos años, con la verdadera, constante y robusta inspiración literaria.

Á haberla tenido real y genuína, á estas horas, salvando los obstáculos, habría hecho comedias y escrito libros.

En vez de esto, y cerrando probablemente mi pequeña existencia literaria, sólo puedo ofrecerte, lector querido, una serie de artículos, antiguos unos é inéditos otros, que no tienen más aspiración que la de hacerte pasar distraído algunas de esas horas que en la existencia humana se consagran al ocio y al descanso.

Por qué los he cobijado todos bajo el título vago, pretencioso y romántico de *¡Sin nombre!* es largo, pero sabroso de contar, y merece capítulo aparte, en que verás lo que es la literatura considerada desde el punto de vista mercantil, y contemplarás los abismos en que caen la imaginación y la poesía cuando las asesora la partida doble ó las sirve de lazarillo el tanto por ciento.

VELISLA.





## I.

### EL BAUTIZO DE UN LIBRO.



UANDO caí hace unos meses en la tentación de publicar mis artículos, formé un legajo de los impresos é inéditos, y los mandé con una carta á un editor de los más prácticos y conocidos de la corte.

Á los pocos días pasé á verle.

—No tengo inconveniente—me dijo,—en publicar el librito; pero como en este país nadie lee, y nada se vende, y menos artículos y prosa ligera, no puedo dar á V. nada por la propiedad.

—Eso ya lo sabía, y no es obstáculo—repliqué sonriendo;—pero, en fin, V. lo ha leído, y le agrada.

—Agradarme, sí; pero no lo he leído.

—¡Cómo!

—Su extrañeza me revela que nada entiende V. de achaques de editor; nosotros jamás leemos lo que compramos: lo que miramos es el índice, créame V.; el índice es el verdadero aperitivo del

consumidor; ¡qué quiere V.! yo considero la literatura mercantilmente, y no sabe V. lo que influyen los rótulos en el comercio... Y á propósito, he visto que su obra de V. no tiene título.

—Es verdad, no me había preocupado del rótulo: puede ponerse artículos... colección de artículos...

—¡Desdichado!—interrumpió el famoso editor con aire de profunda conmiseración;—¿es posible que no se haya preocupado V. nunca del título? ¿que no se haya V. fijado en los desvelos que cuestan los títulos á los escritores populares de la época? Diga V., ¿consentiría V. que llamasen á una hija suya Celedonia ó Emeteria? ¿toleraría V. que su hijo se llamase Bertoldo?

—Aseguro á V. que si la niña era buena y bonita, ó el mozo de talento y honrado, no me preocuparía gran cosa del detalle del nombre.

—¡Detalle! así son Vds. los escritores: ¿cree V. que llamándose Emeteria ó Celedonia, se puede cantar impunemente en casa de la Condesa del Montijo? ¿Concibe V. que un hombre, por mucho talento que tenga, pueda llegar á ser, llamándose Bertoldo, un gran médico ó un hombre de Estado? ¿Imagina V. que pueda haber un enfermo que se deje pulsar por él, ó un monarca que le llame á sus consejos? ¿Está en el número de las cosas posibles un ministerio Bertoldo? ¿No está V. viendo el apodo que se le viene encima al subsecretario de semejante ministro?

—Confieso que me había preocupado más del fondo que de la corteza; pero...

—No hay pero; sepa V. que, á veces, no un nombre, una sola letra, puede influir desastrosamente en el éxito de una producción literaria, y citaré á V. un caso decisivo. Allá por los tiempos en que estaba en boga la literatura andaluza, y Dardalla y su compañía daban *Diego Corrientes ó el bandido generoso*, *Lola la gaditana*, y todo el repertorio de piezas en caló, un empresario de otro teatro hizo traducir del francés un precioso drama de sentimiento, que llevaba el nombre de la heroína, *Mariana*. Llegó la hora de la representación: las luces estaban encendidas, la orquesta, el apuntador en su puesto, los actores vestidos, y no entraba un alma en las butacas y palcos; sólo en la cuarta galería bullía un público extraño, anormal, compuesto de la mayor parte de los aguadores de Madrid. ¿Qué es esto, decía el malhadado empresario; qué público se me ha entrado por las puertas para un drama de sentimiento? Al fin salió al pórtico del teatro: ni un coche, ni una persona decente; sólo un grupo de estudiantes se reían á carcajada delante del cartel.

El cartel decía: *¡Marianu!* drama sentimental.

El encargado de extender los borradores para el cartel y los periódicos equivocó una letra, y el público, escamado de los dramas andaluces, había exclamado á coro: «*Marianu*: ¡ese es un drama gallego! ¡gallego y sentimental! ¡guarda, Pablo!» Y se decidió por el más riguroso retraimiento.

—Convencido — exclamé riendo, — convencido, y busquemos un título. V., que, según veo, posee

el arte de los títulos á fondo, me ayudará. Veamos por qué no colección de...

—Porque el comprador que ojea las portadas en el escaparate, dice: «Te veo: colección de... disparates,» y no compra.

—Hojas...

—Tampoco: las hojas son especialidad de Adán y Eva y Selgas.

—Cuentos...

—De color de rosa, verdes, campesinos, de vivos, de muertos, género monopolizado por Trueba.

—Horas...

—Perdidas, dice el público.

—Pasatiempos...

—Y saca-dineros.

—Pues yo no digo más—exclamé amostazado:—ahora proponga V.

—Hombre, es más fácil criticar que inventar; pero veamos: ocios.

—¡Quiá! dice el público; gracias que trabajando valga la cosa algo, ¡con que ocios!

—Ramillete.

—¡Europeo!

—Ensayos.

—Que se ensaye ese caballero en su casa.

—Pues no se me ocurre...—dijo el editor pensativo.

—¿Qué le parece á V. de un título—proseguí,—que, á decir verdad, acaricio hace tiempo: *Al amor de la lumbre?*

—¡Quite V., quite V.: si el libro sale en verano! También hay que amoldarse á las circunstancias

en literatura. Y si no, atienda V.: estamos en abril, abundan los guisantes, los espárragos, las habas; pues vea V. con qué oportunidad se anuncia en todas las esquinas una menestra literaria.

—Pues desisto, si V. no me ayuda y me da alguna idea.

—Francamente, creo que debemos abandonar el género ligero: adoptemos otro sistema. El público gusta hoy mucho de títulos terribles, conmovedores, fúnebres, sangrientos. Como pan bendito se venden: *Los estranguladores*, novela de costumbres; *La mancha de sangre*; *Los dos cadáveres*; *Los filibusteros*; *Historia de un esqueleto*; *Aurelio el fratricida*; *Misterios del Saladero*; *Los siete niños de Écija*; *La hija del ahorcado*; *Tristán ó el hijo del crimen*.

—Bueno—repliqué incomodado;—pues si quiere V. género patibulario, llamemos á mi pobre colección *El Verdugo*. ¡Tal vez lo sea de los lectores!

—El verdugo, el verdugo—repetía meditando.—Bueno, excelente; pero no, no; no sirve: hay *Siete generaciones de verdugos*, y edición económica: ¿quién compraría un verdugo por doce reales, pudiendo adquirir siete generaciones por una peseta? Veamos en el género romántico.

—¿Qué género es ese?

—Por ejemplo: *Leonor Pacheco ó amor que mata*; *La monja sangrienta*; *Los ángeles de la tierra*; *Al toque de ánimas*; *Amar de incógnito*; *Una virgen y un demente*; *La mujer adúltera*. Es género que entusiasma á las modistas sensibles,

y se suscriben en corporación los obradores de Honorina de Conti y Mad. Clemencia.

—En tal caso, titulemos la colección *Adiós para siempre*; y con decir al lector que mi propósito es el de no volverle á mortificar, queda legitimado el título.

—Y es lindo, muy lindo; pondremos en la primera entrega una lámina: un paje rubio despidiéndose de una dama de negra cabellera, la cual le da como recuerdo un azor, y en lo alto del torreón un caballero armado de punta en blanco que bizca de celos.

—Alto, alto: advierto á V. que en todo mi libro no encuentra V. un pajecillo para un remedio, ni un azor, aunque sea disecado.

—Pues no nos sirve el título; á otro: veamos si le ocurre á V. algo en el género excéntrico.

—No conozco ese caballero.

—¡Sí, hombre! tiene usted las esquinas cubiertas de cartelones. ¡Malditas sean las mujeres! ¡300.000 duros! *Los trabajadores del mar*, ó como si dijéramos, *Los marinos de tierra de Campos ó la Sagra de Toledo*; *Risas y lágrimas*; *Historia de siete murciélagos*; *Una mujer con tres caras*; *El coche del diablo*; *Los curas en camisa*: ¿negará V. que esto excita la curiosidad y que los autores han estado inspirados?

—Permítame V. que aún prefiera á todo eso las *Aves nocturnas*, con el ingenioso aditamento de *Historia de dos huérfanos*, para evitar que el público incurra en el error de creer que se trata de una obra de Historia natural; permítame V. que

admire, aunque sea en recuerdo, aquellas famosas entregas que me echaron un día por debajo de la puerta y que se titulaban: *El carabintero español ante la virtud y el vicio, por un individuo del Cuerpo*, y permítame que consagre otro tributo de admiración á aquel inmenso cartel titulado: *¡El hambre del año 12!* En materia de hambres suele ser, por desgracia, competente la grey literaria, y preciso es convenir en que ninguna registra la historia que supere á la de 1812. Fuera de que esa novela ofrecía la comodidad de poder ilustrar la primera entrega con el cuadro de Aparicio.

—Búrlese cuanto quiera; pero no dude V. que el hambre del año 12 ha librado de ayunos y privaciones...

—¿Al autor?

—No, al editor—añadió el mío riéndose á su vez.—Pero volvamos á nuestro tema: ¿por qué no elige V. alguno en el género cómico?

—Vengan modelos.

—Ahí van: *El hombre de los tres calzones, La Baronesa de Blagiskoff, El asno del Sr. Martín, Juan Palomo, Música celestial, La senda de los ciruelos...*

—Basta, basta: por esa senda no camino yo á sabiendas por más que V. se empeñe; y vista la dificultad, estoy casi resuelto á que se publique la colección sin nombre.

—Sin nombre: ¿qué ha dicho V.? Si es V. como monsieur Jourdain, hace V. títulos sin saberlo. Sin nombre: ¿qué título más interesante, más va-

go, más incitativo! ¡Sin nombre! Ya estoy viendo el cartel, dos metros de longitud por uno de latitud, color grana, y en el centro ¡¡¡*Sin nombre!!!* precedido y seguido de tres puntos de admiración que me prestará mi compañero el editor de *Al toque de ánimas*, que los tiene, ya los habrá V. visto, del tamaño de postes kilométricos.

Por otra parte, ya ve V. el campo que abre á la imaginación. Preguntan á un pollo elegante: «¿Ha leído V. la obra de Velisla; le gusta á V.? ¡*Sin nombre!*» Y aunque no la haya leído, en el acto contesta que sí, que es preciosa, que se trata de un ex-pósito que desde la Inclusa llega aunque sea á capitán general de ejército.

—Pero oiga—le dije, ya medio convencido:—¿y el público, el honrado público, ¿qué dirá cuando vea que bajo este título se esconde una sencilla colección de artículos?

—Dirá que otras cosas peores se esconden bajo otros títulos, y que, tratándose de una obra festiva, nada implica que la broma empiece desde el título.

Y aunque después las negociaciones se rompieron, y aunque luego traté del asunto con otros, y aunque al fin he venido á entenderme con un amigo, he creído deber conservar el título y referir la escena, porque al fin y al cabo es una escena de costumbres editoriales.





## EL PERFECTO NOVELISTA.

**L**A necesidad de un Manual del novelista se deja sentir de una manera extraordinaria desde que se ha despertado la general afición á este género de literatura. La novela ha sustituido, indudablemente, á la poesía llamada ligera por ironía. Con la misma facilidad con la que antes se hacía una décima, se fabrica en el día una novela en cuatro volúmenes; y como es un axioma literario que el genio necesita reglas—de cuya verdad son buena prueba el sinnúmero de Artes de cocina que corren impresos,—vamos á intentar reunir en un volumen las reglas más principales de la novela. Con este fin extractaremos lo mejor de los novelistas de fama, desde Apuleyo hasta Navarro Villoslada inclusive.

Esperamos que la juventud novelista respete y venera nuestro trabajo, y que la patria reconocida nos dedique una corona de laurel, que, á fuer de buenos compañeros, prometemos compartir con el gran Rengifo, á quien la España debe un catálogo inmenso de ilustres poetas.

Como los límites de este libro son estrechos para obra de tal magnitud, publicaré, por vía de ensayo, unos capítulos que espero serán leídos con avidez por todos los jóvenes literatos que sepan leer.

## CAPÍTULO I.

Lo primero que indudablemente se presenta á la imaginación como difícil al prepararse á escribir una novela, son los retratos ó descripciones de las distintas personas que han de jugar en ella; pero este trabajo se facilita muchísimo si se atiende á que en la materia hay cuatro distintas escuelas, que pueden calificarse con los nombres siguientes:

- 1.<sup>a</sup> Escuela botánica.
- 2.<sup>a</sup> Escuela zoológica.
- 3.<sup>a</sup> Escuela mineralógica.
- 4.<sup>a</sup> Escuela minuciosa.

Pondremos un ejemplo de cada una, expresando á continuación las cualidades y circunstancias más necesarias para adoptar una de ellas.

Supongamos que se trata de retratar una niña de diez y seis años, retrato que no falta en ninguna novela escrita por un hombre. Si se dijera que Mariana tiene la tez blanca, los ojos azules, el pelo rubio, la nariz recta, la boca diminuta, los dientes blancos y menudos, las mejillas sonrosadas, el talle airoso y la cintura esbelta, nadie se entusiasmaría por ella; pero siguiendo el sistema

de cualquiera de las anunciadas escuelas, la botánica diría:

- *Mariana.*—Hermosa flor de diez y seis abriles: tiene una tez en que se mezclan el lirio y la rosa, unos labios más frescos que un clavel rojo humedecido con el rocío de la mañana, unos ojos azules como la *campanula silvestris*, unos dientes más blancos que la flor del espino, unos cabellos que semejan hilos de azafrán, y un talle graciosamente inclinado como el tierno y vigoroso tallo de una azucena que se mece agitada por los suspiros del viento.

*Advertencia.*—Este género se lo aconsejamos á los literatos hijos de jardineros y hortelanos, que pueden hallar en los campos cultivados por sus padres un manantial inagotable de imágenes y comparaciones.

Siguiendo con la explicación comenzada y el ejemplo propuesto, colocamos aquí la escuela zoológica, que concuerda con la anterior, y diría:

- *Mariana.*—Sér divino de la creación: su cabellera tiene los reflejos dorados de la guedeja del león; sus ojos de ardilla, su talle de gacela, su fascinación de serpiente, su canto de ruiseñor, forman el encanto de su familia, que no la cambiara por todas las colecciones de fieras de Carter y Van Hamburgh.

*Advertencia.*—Este género ofrece serias dificultades, que sólo es dado vencer á los guardas de la casa de fieras del Retiro.

La escuela mineralógica, ó de pedrería, al hacer el retrato de la niña rubia, diría:

*Mariana.*—Bello diamante que brilla al resplandor de las fiestas y saraos del gran mundo: tiene dientes de perlas, labios de coral, ojos de zafiros y amatistas, cuello de alabastro, cabellos de oro y una voz argentina que la asemeja á una sirena encantada, capaz de hacer olvidar á cualquiera las riquezas y los tesoros de Golconda y Almadén.

*Advertencia.*—Esta escuela es sumamente rica en imágenes, y los ingenieros de minas debieran cultivarla con especialidad.

Por último, la escuela minuciosa diría:

Contaba Mariana diez y seis años, tres meses, seis días y cuatro minutos; su frente pura se halla surcada por tres ligeras arrugas, que se distinguen perfectamente con el microscopio; sus dorados cabellos escondían tres canas; sus dientes blanquísimos ofrecen una pequeña desigualdad en la última muela de la mandíbula superior, y su tez purísima se halla un tanto desfigurada por un lunar que tiene debajo de la oreja izquierda del tamaño de la punta de un alfiler.

*Advertencia.*—Esta escuela, de la que es corifeo Balzac, es buena para todos los que tengan excelente vista, é impracticable para los miopes. Para cultivarla con éxito se necesita un microscopio Stanhope.

Véanse, pues, cuatro notabilísimas escuelas, que, diseminadas en los autores, hubieran pasado desapercibidas á los ojos de los más estudiosos jóvenes, á no ser por nuestros desvelos y fatigas.

Después de indicadas estas cuatro escuelas ca-

pitales y las cualidades que se requieren para seguirlas, es ya muy fácil hacer el retrato de cualquiera. Decidiéndose por la botánica, se reduce todo á formar un vistoso ramillete de lirios, rosas y amapolas. Prefiriendo la zoológica, basta hojear un breve rato las obras de Buffon para obtener una colección completa de elefantes, búfalos y rinocerontes, capaz de asustar al mismo Cid Campeador. Por último, siguiendo la de pedrería, reduce el trabajo á inspeccionar con detenimiento los escaparates de un joyero amigo, con lo cual el novelista se trae á su casa, por su desgracia, sólo en la imaginación, una cantidad de zafiros, ópalos, mármoles y rubíes, muy suficiente para hacer un mosaico florentino.

Supuesto que ya hemos tratado del mejor modo de hacer retratos de pluma, aunque ésta sea de acero, y sin necesidad de descolgar para ello la de Cide Hamete Benengeli, pasamos á dar algunas reglas generales de composición, no menos aprovechables y beneficiosas para el que no se desdeñe de seguirlas. Este otro capítulo, en virtud de los progresos de la lógica moderna, se titulará IV porque viene después del I.

#### CAPÍTULO IV.

Una de las cosas que deben tenerse presentes al emprender una novela es el título de la obra, el cual suele fijarse antes de emprenderse ésta. Debe en lo posible excitar la atención y facilitar la

venta del libro, que es el único objeto con que éste se escribe. Autores antiguos hay que sobre esto dan quince y falta á todos los modernos, y entre ellos descuella uno que tuvo la suerte de hallar el siguiente título, que cuanto más lo leo, más me admira, rinde y entusiasmo, y dice: «Rumbos peligrosos por donde navega con título de Novela la zozobranante nave de la Temeridad, temiendo los peligrosos escollos de la Censura. Surca este tempestuoso mar D. Joseph de la Vega.»

Posteriormente, y en tiempo del Imperio, en la vecina Francia fué general costumbre el titular las novelas con el nombre de la heroína, y el mundo literario se vió inundado de Claras, Adelas, Athalas, Juanas, Enmelinas, Margaritas, etc. Siguió en boga este género por algún tiempo; pero hubo de agotarse el calendario, y el día que se publicaron *Las once mil vírgenes* quedó completamente exhausto.

Sustituyéronle las memorias de todas las personas altas y bajas. Hubo memorias de una mujer del gran mundo, de un lacayo, de un general, de un picapedrero, y aun memorias de algunos á quienes sus contemporáneos acusaban de carecer de ella: este género ha venido á concluir con unas memorias que no pueden llevarse más allá: las de Ultratumba.

En la actualidad el sistema numérico es el favorecido: hay Veinte años después, Treinta años después, Cuarenta años después, Sesenta años después; hay los Siete pecados capitales, los Cuatro

hijos de Aymon, la Sociedad de los trece y los Cuarenta y cinco.

En punto á títulos interesantes, nadie puede, sin embargo, disputar la palma al nunca bien ponderado Vizconde de Arlincourt, que además del *Cervezero rey*, ha titulado uno de sus libros *Los desolladores, ó la usurpación y la peste*. Este título supera al *Cazador de espectros y su familia*, al *Jefe de los penitentes negros* y á todos *Los castillos y torreones del Norte, y voces misteriosas*.

Después del título, que no necesita tener conexión alguna con la obra, entra el prólogo. De éstos decía un amigo que la mayor parte son tontos: para el lector filósofo hay pocas cosas más divertidas. Hay prólogos altivos, humildes, pedantes, en prosa y en verso. En el prólogo de la obra de un principiante se lee irremisiblemente que su trabajo es detestable, en cuyo caso no sería yo quien le aconsejase que lo publicara.

En algunos prólogos, por el contrario, el autor se dedica á ejecutar numerosas variaciones sobre el conocido tema: *Exegi monumentum ære perennius*.—Y su profecía queda realizada, porque la edición intacta va á parar á un almacén de pimienta, que es preservativo eficaz contra la roedora acción de la polilla.

En algunos otros el autor entabla polémica y se defiende antes de ser atacado, lo cual es pésimo precedente para la obra que le sigue.

Por último, no podemos resistir al deseo de favorecer á nuestros discípulos con una muestra de

un prólogo, cuyo lenguaje castizo y llano arrebatada y embarga los sentidos de cualquiera que no sea profano al arte. Pertenece este trozo á la ya citada novela *Rumbos peligrosos*, y dice: «Buscar las luces, aunque se encuentren en ellas incendios, es bizarría de mariposas, que, por más que se lloren extintas, no quieren dejar de campear lúcidas.» Y más adelante prosigue: «Fué vuestra carta mapa de pesares para quien se precia de cándido en sus finezas, sirviéndome sus rayas de rayos, y sus puntos de puntas para mi alma.»

Pasemos ahora á tratar del modo de dar principio á una novela.

Algunas van al grano; por ejemplo:

—¿Me amas, Teresa?

—Eduardo, ten compasión de mí... etc., etc.

Otras, y son las más comunes, por la descripción de un camino por el cual van dos viajeros á caballo: el novelista se pone á la grupa de uno de ellos; escucha sus conversaciones, y les sigue en sus peregrinaciones y aventuras, que vienen á formar la novela.

En algunas, el principio es una tormenta, lo cual promete una acción borrascosa; y en otra juegan una aurora boreal y el estrecho de Berhing.

Las horas para pintar el campo son: el rayar del alba, el mediodía, el anochecer y la media noche; las horas intermedias sólo existen en la vida real: en la novela han sido abolidas.

Los meses son: enero para las novelas frías, donde hay cacerías, nevadas y raptos sobre el agua congelada de un estanque; agosto para las nove-



las ardorosas de seducción, amores incestuosos y otros, y octubre para las tercianarias, donde se representan reumáticos, enfermos, ancianos y tísicos que salen al jardín á ver caer la hoja y á lamentar su suerte: estas últimas novelas necesitan para poderse leer con fruto un curso preparatorio de Patología interna y externa.

Si en la novela hay una heroína de amor que se está siete veranos y siete inviernos aguardando á su novio, es indispensable que no coma, y todo lo más que se tolera que tome es un caramelo, una oblea y un vaso de agua destilada.

Los verdaderos amantes han de estar necesariamente muy flacos y pálidos, porque está probado que un hombre gordo y colorado es incapaz de sentimiento. Si hay en ella un rico avariento, es oportunísimo el favorecerle con una hija para que se le ponga en la situación excesivamente dramática de «ó la bolsa ó la hija,» advirtiéndole que de ordinario el avaro guarda la bolsa y se desprende de la hija.

Si hay alguna escena trágica, ha de verificarse á las doce en punto de la noche; de tal modo, que, si es posible, la matanza empiece á la primera campanada y termine á la duodécima.

En las novelas conviene que haya un traidor, el cual ha de ser forzosamente alto, seco, delgado, y ha de torcer un poco la vista. Un bizco es, por decirlo así, un traidor de nacimiento.

Por último, uno de los resortes más poderosos para hacer marchar desembarazadamente la acción de una novela, es una sociedad secreta. Mas

como los Carbonarios, los Trece, los Jesuitas, los Angeles más ó menos exterminadores están ya tan gastados, me atrevo á proponer, como de grande efecto, una nueva diabólica sociedad secreta que se titulará la Extirpadora de callos, en la cual los afiliados callistas, con el pretexto lucrativo de exterminar los callos y los ojos de gallo, adivinarían durante la operación el secreto de sus pacientes.

Después de apuntados estos aforismos de la nueva ciencia, vamos á dar una idea no menos sucinta de los diversos géneros y estilos que comprende la novela en el siguiente

### CAPÍTULO III.

Innumerables son las subdivisiones que admite la novela, y los distintos géneros que abraza. Son los principales: la novela pastoril, la oriental, la novela por cartas, la subterránea, la social, la marítima, la dialógica, la económica, la gimnástica, la expresiva, la suspensiva, la novela sin una vocal, la histórica y la típica.

La novela pastoril es una de las más antiguas, y estuvo muy en moda en otros tiempos. En ellas las pastoras visten de raso y los pastores de terciopelo; las zagalas calzan ajustado y hablan culto, y los zagales se andan siempre por las copas de los árboles buscando nidos que ofrecer, puestos de hinojos, á sus pastoras.

El que quiera estudiar este género ha de deci-

dirse á hojear la *Astrea* de Scudery, *Estela* de Florián y la *Galatea* de Cervantes.

Sigue por orden de antigüedad la novela oriental. En ésta hay serrallos, mudos, odaliscas, bajás de tres colas, y hacen gran papel las huríes y las hadas, hasta el punto de que el héroe no puede pasar bocado sin la asistencia de un genio protector. En ellas es preciso pisar con extraordinaria precaución, á riesgo de aplastar una hormiga, que, andando el tiempo, resulta ser la encantada princesa de la Cochinchina. Lo más admirable que se advierte en este género es la ilación de historias que en él se observa, verbi-gracia:

Abul-ben-bridin va por un camino, llevando, por supuesto, á la grupa, á guisa de maleta, su genio protector; encuentra á un tuerto, y parando el caballo le dice:

—Buen hombre, cuénteme V. su historia.

—Alla vá—dice el otro:—yo me llamo Bulam-Bulim, é iba por un camino cuando me encontré á un cojo y le dije: «Cuénteme V. su vida.» Oiga V.—dice el cojo:—yo me llamo Ben-Calim-Calum, é iba por un sendero y encontré á un paralítico y le dije: «Cuénteme V. su historia.»

Y así prosigue la novela, que suele titularse Historia maravillosa de una yegua, un cangrejo y un águila, que resultan después ser la reina Bilabadrabah, su visir Yousouf-Yousaf, y el Príncipe de Persia.

Este género debe estudiarse en las Mil y una noches, los Mil y un días, los Mil y un cuartos de hora, y *tutti quanti*.

La novela por cartas, invención de Richardson, es de lo más verosímil que puede desearse. Hállanse en ella epístolas que abultan medio tomo, que necesitan tres meses cumplidos para escribirse, que no pueden entrar por ningún buzón de correos, y que, de escribirse con una sola pluma, exigen que ésta tenga los puntos de diamante.

Pueden estudiarse como modelos el grande y el pequeño Grandisson y la Clarisa Harlowe.

Sigue ahora la novela subterránea, nacida también entre las nieblas de Albión, en la cual los héroes andan á obscuras las tres cuartas partes del tiempo; y cuando ven algún rayo de luz, es porque brota del farolillo de algún terrible fantasma, tan terrible, que toda la novela anda escapando de un héroe que á su vez la persigue con más miedo que vergüenza. En estas novelas la cama acostumbrada es una sepultura, y el traje habitual un sudario; el argumento se reduce á que un feroz marido tiene la crueldad inaudita de incomodarse porque su mujer ha tenido siete hijos en los siete años que él estuvo batallando con los turcos en Palestina, y excusado es decir que en el capítulo final se pone en claro que esta santa mujer es más pura que una azucena y más inocente que Santa Genoveva de Brabante. Por último, estas novelas exhalan un olor á moho intolerable, y en la obra sólo se percibe una armonía de cadenas que arrastran, puertas que rechinan, pisos que se hundan, montes que se desploman, rayos que se desgajan, huracanes que zumban, y lamentos y alaridos de muertos y moribundos.

Este género, capaz de erizar los cabellos á un calvo, es propiedad exclusiva, con privilegio de invención, de Ana Radcliffe.

Las variedades hasta ahora expuestas se hallan ya algo anticuadas; mas las que restan que exponer están todas ellas más ó menos en boga, y aun algunas hacen *furor* sin enfurecer á nadie.

Empecemos por la novela social.

En este género hay casi siempre un niño de diez y seis años y una niña de quince, que, cuando se hallan solos, en vez de requebrarse se ocupan en disertar sobre el comunismo. Hay también artículos admirables sobre la clase pobre que no tiene pan que llevar á la boca, y que se escriben en un magnífico palacio propio del autor, y después de un copioso banquete en que se ha prodigado el *Champagne*. Sostiene en ellas su autor que la propiedad es un robo, lo cual no le impide amenazar con todo el rigor de la ley al que atente á su propiedad literaria; encomia el principio de que nadie tiene derecho á lo supérfluo mientras cada uno no tenga lo necesario; evangélica máxima que el autor pone en planta manteniendo una jauría de perros de caza, y haciéndose demandar ante los tribunales por un maestro de coches que presenta una cuenta de recomposición de sus carruajes.

En estas novelas se construyen también espaciosos falansterios, que no son, ni más ni menos, que los antiguos conventos revocados á la moderna, y en los que se agita una turba de gentes, verdaderos santos que han depuesto á la entrada: los hombres, el orgullo; las mujeres, la vanidad; los viejos,

su genio duro; los jóvenes, su vivacidad. ¡Admirable institución que marcha con la regularidad de un cronómetro inglés, y por la cual se trabaja á las seis, se come á las doce y se ama por la tarde!

Síguese la novela marítima, en la cual no se habla más que de escotillas, trinquetes, bauprés, cangreja, foques, babor y estribor; en la cual se vira, se fondea, se amarra, se camina viento en popa á palo seco, etc.

Si bien Marryat y Eugenio Sué ofrecen modelos que estudiar en este género, para cultivarle con éxito es preciso servir de grumete un año en la marina real, y para sobresalir es requisito previo el haberse ahogado un par de veces.

Sigue á ésta la dialógica, á la que es tan afecto Dumas, y que se distingue de las otras en emplear en todos casos el diálogo; por ejemplo:

El señor de Tal se sentó á la mesa.

—Juan.

—¿Señor?

—Sirve.

—Voy.

—Juan.

—¿Señor?

—Vino.

—Aquí está.

—¿Qué es aquello?

—Perdiz.

—¿Y esto?

—Chocha.

—¿Qué vinos hay?

—Borgoña.

—¿Qué más?

—Jerez.

Y así se prosigue un par de páginas la conversación descriptiva.

En esta escuela los personajes parecen asmáticos, y un diálogo de tres hojas en que se emplearan monosílabos sería una cosa notable.

Llega por su turno la novela económico-política, invención que nadie creería ser de una mujer, si esa mujer no fuese inglesa y no se apellidase miss Harriet Martineau. Este género merece la calificación de eminentemente poético: suele su interesante argumento basarse sobre la balanza de comercio y librecambio, y en sus episodios novelescos se debate la cuestión de si las máquinas son útiles ó perjudiciales á la industria. Nada tampoco más alevoso y traidor que esta clase de obras, pues apenas el sensible lector empieza á compadecerse de las tribulaciones de una Susana, de las aflicciones de Ella de Garvelich, cuando se descubre que Ella es el capital y que su novio Patrick, con quien está platicando, no es tal novio, sino la renta de la tierra, ó si á mano viene, el 3 por 100.

Habiendo visto tal esfuerzo del ingenio humano, abrigamos la dulce esperanza de ver anunciada por las esquinas un día ú otro una novela caballeresca que gire sobre el binomio de Newton, y otra que se titule

$$a+b-c^2=x$$

NOVELA ALGEBRÁICA POR D. RUPERTO CUADRADO  
REDONDO DE MOLLERA.

La novela gimnástica, que pasamos á explicar, se reduce á pintar un personaje que se esté durante dos ó tres volúmenes brincando desde un piso tercero, atravesando á nado el canal de la Mancha y retorciendo la farola de la Puerta del Sol á guisa de sacatrapos. Para que este género entusiasme, es preciso que al final el héroe se meta en el bolsillo del gabán el caballo de bronce de la plaza de Oriente.

Véanse el *Ascanio*, *Monte-Cristo* y *Los Mosqueteros*, de Dumas. Generalmente la lectura de estas novelas hace derramar un sudor copioso.

La novela expresiva, del tiempo del romanticismo, y prohijada en alguna ocasión por Soulié, merece un ejemplo.

«¡El caballo relinchó brrrrrrrrrrr!!!

«Eduardo le dió un latigazo ¡zas! y el caballo salió á galope ¡tacata! ¡tacata! ¡tacata! El ruido de las ruedas del bombé, rodando sobre el empedrado, hacían ¡rurururururururururu! y las salvas que se oían por ser los días del rey confundían su ¡boum! ¡boum! con el ¡tic tac! ¡tic tac! del reló de Eduardo.»

En este género, el que llegue á imitar con las veinticuatro letras del alfabeto el vuelo de una mosca, podrá asegurar que se halla en el pináculo de la gloria.

Sigue la novela suspensiva, que más bien se comprende que se define, y de la cual puede servir de muestra el trozo siguiente:

«Edelmira... ¿me amas?... ¡Etelredo!... ¡ángel mío!... ¡Oh!... ¡Ah!... ¡Ih!...»



Este género, cultivado con especialidad por d'Arlincourt, es sumamente cómodo para el editor, que fabrica á poca costa un par de volúmenes; pero peligroso, muy peligroso, para las imaginaciones acaloradas.

Otro género especial es el de la novela que se escribe eliminando cuidadosamente de toda ella una ó dos vocales determinadas, y que puede compararse con lo que en poesía se llaman acrósticos, composición cultivada en particular por los más ilustres vates que proveen diariamente de elevados cantos á los modernos Homeros que en cada esquina elevan su voz armoniosa al compás de un violín, la guitarra ó la pandereta.

Por mi parte, estoy trabajando una novela en cuatro tomos, en la cual no doy hospitalidad á más vocales que á la *a*. Se titula *Clara*, y empieza: «Habana.—Carta á Clara.—Amada Clara: La plata agrada á las avaras almas, á las aladas hadas las ramas altas, á las rapazas las blancas faldas, á las cabras pardas la paja blanda, etc.»

Este género, además de ser un tanto cacofónico, es, sobre todo, susceptible de perfección. Según tengo entendido, hay en Madrid un joven literato que se propone escribir la siguiente novela:

R mn Lvr.

N td m cg rstvb, ¿Im npz?

Este sistema tendrá un éxito prodigioso, porque es indudablemente, de todos, el que más ancho campo abre á la fantasía del lector.

La novela histórica consiste en agarrar á Ma-

riana, Masdeu, Zurita y el monje tal ó cual: de todos estos autores se arrancan unas hojas, se revuelven bien en la copa de un sombrero, se sacan, se cosen, y se las hace preceder de un título que interese, tal como *El grillo del rey D. Sancho, novela histórica*. Hay, sobre todo, que esmerarse en que los capítulos sean interesantes y tengan un cierto sabor antiguo. Sirvan de muestra para los principiantes los siguientes capítulos de *El grillo del rey D. Sancho*, que pienso publicar muy en breve:

CAPÍTULO I.—Donde se trata de lo que antecede.

CAPÍTULO II.—De una urraca que tenía Alteza.

CAPÍTULO III.—De cómo el grillo del Rey no hizo  
¡crí, crí! sino ¡crá, crá!

Quédanos, por último, la novela típica, que consiste en hacer del héroe un tipo.—¡Un tipo! se dirá tal vez, ¿eso es muy difícil?—No tal: un tipo es cualquier cosa, verbi-gracia, un hombre que habitualmente se rasca la pantorrilla izquierda. En este caso el talento del novelista debe emplearse en buscar situaciones para que el tipo se rasque la pantorrilla durante toda la obra. Por ejemplo:

D. Simeón sale á paseo. Un amigo le pregunta:  
—¿Cómo está V.?

—Bien—responde D. Simeón rascándose la pantorrilla.

Su mujer le dice:

—¿Quieres que casemos á nuestra hija con Fulanito?

—¡Por qué no!—contesta D. Simeón, aplicándose la mano á la pantorrilla.

El día que su hija se casa, D. Simeón se rasca como un desesperado. El día en que se le muere la mujer, es tal su aflicción que ni fuerzas le quedan para rascarse.

Debe tener presente, el que se ocupe de este género, que como es regla general que los caracteres se sostengan hasta el fin, si en el caso presente, por ejemplo, D. Simeón equivocara la pierna y se rascase la derecha, la novela tendría un éxito fatal.

En fin, el principal inconveniente de estas novelas es la inverosimilitud: en el ejemplo propuesto, si la novela excede de un tomo, es imposible que al final la pantorrilla de D. Simeón no sea una pura llaga.







## UN VERANO DE FELIPE V.

REVISTA DE LA GRANJA.



ERA una calurosa mañana del mes de julio de 1719.

Apoyado sobre la espaciosa baranda del balcón del centro de la fachada de su soberbio alcázar de Madrid, el rey D. Felipe V tornaba á uno y otro lado su faz sofocada é incandescente en demanda de una bocanada de aire que respirar.

Vano era su empeño.

La atmósfera permanecía en absoluta calma.

Tan sólo turbaban el silencio de la naturaleza abrasada los alegres chirridos de innumerables chicharras, que, españolas de nacimiento, saludaban con júbilo los mismos rayos candentes del sol, bajo cuyo peso gemía el monarca nacido á las márgenes del Sena, criado entre nieblas y aguaceros.

—¡Oh!—exclamaba el infeliz Soberano enjugándose con el pañuelo el rostro sudoroso,—¿de qué

me sirve haber vencido al austriaco y al inglés? ¿De qué haber sometido los catalanes y expulsado al Archiduque? ¿De qué las gloriosas jornadas de Brihuega y Villaviciosa? Al empuñar el cetro español, todo lo preví menos la canícula. ¡Ah, detrás de Staremborg y Stanhope se ocultaban traidoramente julio y agosto! ¡Horrible bochorno!

—Á no ser—añadió después de una larga pausa, —á no ser por la estóica indiferencia con que mis súbditos soportan estos calores, creería que la Inglaterra había estipendiado el sol.

Las quejas del desgraciado Rey eran fundadas.

Bajo el ardor sofocante del astro del día, casi nunca velado por la más ligera nubecilla, se consumía lentamente la R. M. del Sr. D. Felipe V, á quien apenas bastaban las tres estaciones restantes del año para reponerse de los estragos del estío.

En vano trató de refugiarse todos los veranos á sus provincias del Norte, en las que de vez en cuando respiraba sus queridas nieblas de Versalles y donde alcanzaba con frecuencia el placer inefable de calarse de lluvia hasta los huesos.

Por desgracia, aún no se habían inventado los reyes que reinan y no gobiernan, y las pesadas atenciones del Estado no le permitían alejarse de la corte, que para él, como acostumbraba á decir amargamente, no era más que un horno coronado.

En vano quiso sumergirse en el río Manzanares, en el que mandaba previamente que echasen agua.

Nada mitigaba sus sufrimientos.

Una canícula más, y el Rey sucumbía ó abdicaba.

En situación tan crítica, en momentos en que el monarca español envidiaba casi la suerte de sus antecesores, que al menos disfrutaban la frescura innegable del panteón; en instantes en que se hallaba dispuesto á exclamar: «Mi reino por un aguacero,» el gentilhombre de servicio, aproximándose respetuosamente, anunció la llegada de un monje que solicitaba la honra de hablar á S. M.

El Rey, que no ignoraba que á la sazón las órdenes monásticas eran el segundo, si no el primer poder del Estado, mandó que entrase al instante.

Introducido el monje, se expresó en estos términos:

—Señor: La comunidad de monjes jerónimos del Parral de Segovia, de que soy indigno padre campero, ha meditado un día y otro sobre los padecimientos periódicos de V. M., y cree haber hallado el remedio.

—El remedio—interrumpió con amargura el Rey,—el remedio no existe, á menos de que, renovando el milagro de Josué, acertéis á detener el sol en los antípodas los meses de julio y agosto.

—No puedo tanto—repuso con sorna el fraile;—pero sí puedo aproximar Versalles á catorce leguas de la corte.

—¡Padre—exclamó el Rey,—cuidado con chancarse!

—Puedo—prosiguió el padre campero con toda la flema del que está seguro del éxito de su empresa,—puedo hacer que á tan corta distancia goce

V. M. de lluvia todas las semanas, de nieblas todas las tardes, de frío todas las noches, de nieve todos los días.

—Padre—volvió á interrumpir el monarca entre alborozado y colérico, —¿venís acaso de burlas?

—Dignaos, señor, oirme, y veréis cómo es todo realidad.

Después de una breve ojeada á un papel sepultado en la ancha manga del hábito, prosiguió el padre campero:

—Á la falda occidental de los montes Carpetaños, cordillera del puerto de Guadarrama, á dos leguas cortas de Segovia, en medio de un círculo que formó la naturaleza, circundado de montañas elevadas que forman una perfecta herradura, existe un espeso y frondoso robledal que se alza sobre una aterciopelada alfombra de césped, entrecortada por cien arroyuelos bullidores. Á beneficio de la proximidad de la sierra, cuyas crestas permanecen todo el año tachonadas de nieve, el clima de ese ignorado rincón del mundo es tal cual le he descrito antes á V. M.

Después de enjugarse el rostro y de consultar de nuevo el papel, volvió á narrar el monje:

—Por allí pasó en 1450 un antecesor de V. M., el señor rey D. Enrique IV; pero era español y sólo ideó levantar una ermita. Años después se aproximó el emperador Carlos V; pero tenía sangre alemana y sólo se le ocurrió construir un cazadero. Pocos años antes, los reyes apellidados con tanta razón Católicos habían cedido la ermita y los terrenos circunvecinos á la comunidad del



Parral; pero estos pobres religiosos sólo han podido elevar en aquel sitio, para mayor gloria de Dios y comodidad de sus siervos, una anchurosa granja. Ahora á V. M. corresponde convertir aquellos terrenos en un florido verjel.

Á la caída de la tarde una lucida cabalgata, en cuyo centro figuraba el Rey con el padre campero á su derecha, salía por una de las puertas del alcázar, enderezando su rumbo á Segovia.

Al día siguiente penetraba la regia comitiva en la granja de los jerónimos en medio de un copioso aguacero.

En 20 de marzo de 1720 se firmaba una escritura en que la comunidad de jerónimos, que había obtenido gratuitamente aquellos terrenos de la piadosa munificencia de los Reyes Católicos, se los devolvía á uno de sus sucesores, mediante, y ésta es la diferencia de una á otra cesión, mediante una renta anual de 1.000 ducados y 100 fanegas de sal.

Poco después la ciudad de Segovia, más generosa, donó sin restitución alguna á su Soberano 192 fanegas de tierra que poseía en dicho término.

Pero lo barato es caro.

Terrible es decirlo: no ha habido términos hábiles de fertilizar el regalo.

Las 192 fanegas de tierra continúan hoy tan incultas y yermas como el día en que la municipalidad segoviana tuvo la excelente idea de desprenderse de ellas.

Veintiséis años después, la colegiata, el palacio y los jardines quedaron terminados.

Y como por entonces no se publicaban en la *Gaceta* estados semanales, quincenales, mensuales, trimestrales, semestrales ni anuales, ha podido averiguarse fácilmente que el importe total de la obra no excedió de 480 millones, suma bien módica si se atiende que está saltando á la vista que tales obras eran de interés general para los españoles de ambos mundos.

Lo más notable, y esto convence de que se trata de tiempos ya remotos, es que después de pagado todo al contado quedó todavía un sobrante, voz anticuada que el uso moderno ha sustituido generalmente, tratándose de fondos públicos, con la de déficit.

Tal es, en resumen, la verídica historia del Real Sitio que tenemos la misión de revistar; historia que nadie se atrevería á poner en tela de juicio si, cuidando de revestirla de las formas especiales que ahora afecta este género de literatura, hubiéramos empezado de este modo:

Era (1) una (2) mañana (3) de julio (4) de 1719 (5).

(1) Mariana, *Hist. de España*, tomo I, cap. XVII.

(2) V. Pimpinella, *Saggio Stórico, apollogetico della*, etc.

(3) Fray Gerundio, en su tomo CXXVII de la *Historia general de España*, capillada, digo, cap. XX, escribe: *tarde*.

(4) Robertson, Jefferson, Batterson y Timerson suponen que fué en julio; en cambio, Tierry, Joly, Proly y Fify sostienen que fué en agosto.

(5) Ésta es una de las fechas en que están más conformes los historiadores. No ignoramos, sin embargo, que Cappefigue dice 1717, Miniana 1718, el holandés Van Crost 1719, Hamal 1720 y el boyardo Mikioslaw 1821.

Creemos, sin embargo, que en vista de este *specimen* ó *échantillon*, ya no se dice muestra, los lectores nos agradecerán que hayamos prescindido de ese sistema, hoy tan en auge, y que consiste en escribir diez líneas de notas por una de texto, y en no servirse de una interjección, sea la que fuere, sin antes invocar en su apoyo una autoridad... aunque sea la del padre Astete.

Al llegar aquí se me figura oír exclamar á los lectores:—Pero ¿y la revista? ¿Cuándo se nos dice si ha llegado á la Granja el bizarro general O., si está bueno el justificado juez X., si baila mucho la encantadora señorita I.?

¿Cómo se atreve el autor á omitir el catálogo de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones, que están tomando el fresco en esos jardines? Pues qué, ¿ignora el autor que la aristocracia de sangre, en cambio de los mayorazgos, institución benéfica que, según el autor inglés, producía un solo tonto por familia; en cambio de los derechos privativos, exclusivos, prohibitivos de caza y pesca, de fonsadera, yantar, terratge y otros infinitos abolidos por la revolución, ha adquirido el derecho imprescriptible de espolvorear con sus títulos todos esos sabrosos manjares literarios conocidos con el nombre de revistas?

¿Cómo se olvida, exclamará otro lector, éste será lector seguramente, de referir todas las expediciones, borricadas, almuerzos, comidas, meriendas y *piques niques* campestres? ¿Se comió pavo? ¿estaba trufado como los del Escorial el día de San Lorenzo?

¿Y qué tenemos de bodas? exclamará una lecto-

ra: ¿se casan decididamente los millones del señor T. con los castillos y leopardos del Conde de P.? ¿Servirán de pretexto para esta alianza la hija del primero y el hijo del segundo?

¿Y de teatro? gritará otro: ¿quién vocea, quién chilla, quién salta en la Granja? ¿Viajan Vds. por las noches en la berlina del emigrado, ó en la litera del oidor? ¿Quién se lleva la palma del espectáculo este verano? ¿la cabeza, la garganta ó las pantorrillas?

¿Y de trajes? preguntará otra. ¿Se han decidido las señoras de la Granja por la hechura de embudo ó la de abanico? ¿Qué tenemos de sombreros? ¿Cubren los ojos, ó se quedan en la nuca? ¿Cuántas docenas de varas de embutido se estilan por cabeza? ¿Se sostiene la moda de andar á brinquitos, ó es más *fashionable* arrastrar los pies? En la imposibilidad de contestar á todas estas preguntas, á no contar con el número entero del periódico, creemos haber hallado un medio de conciliar, estilo oficial, las pasiones soliviantadas con nuestro vivo deseo de no romper los renglones que preceden y escribir otros. Ofrecemos, pues, á nuestros lectores, dentro de uno de esos plazos claros, precisos, improrrogables, como, por ejemplo, el que acaba de señalarse para la elección de ayuntamientos, una revista de actualidad.

Y si no fuera por el terror que nos inspira el Sr. Baralt, cuya galicismofobia es tan conocida de todos, nos atreveríamos á dar todavía á este conjunto de frases desaliñadas la denominación de revista retrospectiva.



## RECUERDOS DE EXTREMADURA.

**V**ES?—me decía mi excelente amigo Antonio, señalando con el dedo ciertas sinuosidades del mapa de España en relieve que adorna mi despacho; — ¿ves esa línea transversal? Es el río Salor. ¿Ves ésta que se desliza de izquierda á derecha? Es el río Sever. ¿Ves ésta más ancha que, corriendo á la derecha, viene á absorber á la anterior? Es el Tajo: pues dentro de esa punta, de ese triángulo de España que penetra en Portugal, está la encomienda de Herrera, y en sus fragosidades, manchas y jarales, hozan los jabalíes, saltan los lince y discurren los lobos.

Ante perspectiva tan deslumbradora para un cazador, no pude menos de incorporarme sobre los brazos de la butaca en que estaba con fruición y molicie reclinado, y alargando la mano á Antonio, exclamé:

—Acepto, querido amigo, inapreciable amigo,

dotado de cualidades eminentes y encomiendas feudales; acepto y juro seguir tu suerte, correr contigo los azares de la expedición, y juro más: juro no comer pan á manteles hasta meter una bala de mi rifle de Devisme en el codillo de esas fieras, que, atendida la posición de sus guaridas, son fieras internacionales.

¡Qué juramento tan imprudente, lector amigo! Ni el de Grütli, que cantan tan admirablemente Tamberlick, Bonnehee y Medini, está erizado de mayores dificultades.

Provistos de abrigo, impermeables, municiones de guerra, alforjas, vituallas, cigarros, libros, botiquín y cuanto exige una peregrinación á la Meca, entramos el 14 de febrero último en una sillacorreio que va á Trujillo, y es la única que queda de aquella larga fila de carruajes que hace pocos años arrancaba á un tiempo, haciendo retemblar los adoquines de la Puerta del Sol á la primera campanada de las ocho.

Al cruzar la calle Mayor, la gente se quedaba parada al ver pasar la silla arrastrada por cinco jarmelgos que galopaban furiosamente excitados, más que por los tacos é improperios del zagal, por el estridente ruido del vehículo, parecido al de trescientas sartenes viejas que les hubiesen atado á la cola.

Por mi parte retiré el rostro de la ventanilla y me hundí en mi rincón temeroso de que me reconociese algún cronista y pusiese mi nombre en la lista de los que, refractarios á los progresos de la civilización, desdeñan los almohadones, los calo-

ríferos, el *comfort*, y á veces los descarrilamientos con que brindan á la humanidad en el siglo XIX los ferrocarriles.

Era de noche, y sin embargo llovía, como decía cierto celebérrimo novelista; y hasta Navalcarnero nada ví, logrando por primera vez de mi vida librarme de la desagradable impresión que causa la árida y cenicienta campiña de Madrid.

El extranjero que viene soñando con naranjos, adelfas y limoneros, debe ponerse furioso y aun pedir que le devuelvan su dinero cuando se le presente el panorama aflictivo de las Rozas, y realmente urge, por honra de España, que algún capitán general legislador dicte un bando mandando vendar los ojos á los extranjeros desde la salida de Burgos, como se venda al parlamentario desde el glacis mismo de la ciudadela de una plaza sitiada.

Á la luz de un moribundo farol tomamos y dejamos cartas en Navalcarnero, y continuamos nuestra carrera, no sin baches y vaivenes, toda la noche. Llevábamos toda la silla, y no nos faltaba espacio para extender las piernas y conciliar el sueño; pero á mí me desvelaba la perspectiva de la caza de reses.

Acostumbrado á habérmelas sólo con tímidas perdices y humildes conejos, me figuraba luchando cuerpo á cuerpo con un jabalí, que, después del tiro, se me venía encima, según acostumbran indefectiblemente en toda relación de caza; y tomando cuerpo la pesadilla, llegué á creer que hundía en los ijares de la fiera el cuchillo de monte, inun-

dándome el rostro una lluvia de sangre, pero ¡cosa rara! de sangre fría y casi helada.

Era sencillamente que, por efecto de un vaivén más fuerte que los anteriores, se había bajado el cristal de la izquierda, y una lluvia furiosa me entraba por la nuca.

Al clarear el día dimos vista á Talavera, que, por efecto del temporal, me pareció un puerto de mar, ó cuando menos una Venecia castellana, pues desde media hora antes entramos en una laguna, pasamos un puente interminable de pilares de ladrillos y tramos de tablas, y volvimos á entrar en otra laguna hasta cerca de la población. En tiempos normales me aseguraron que por debajo de aquellos tablones corre el río Alberche; el día que yo pasé eran diez ríos.

Pasado el puente de los Suspiros, que algunos me arrancó el estado de carcoma de los tablones, penetramos en Talavera á galope desesperado por una calle estrecha y paramos delante del buzón del correo.

Eran las siete según el reló de la villa, y lo menos las nueve ó las diez según nuestros estómagos, que recibieron con inmensa gratitud la noticia de que teníamos media hora para el desayuno.

En mi vida he saboreado un chocolate más aromático; nunca he triturado con más placer entre mis dientes uno y otro dorado buñuelo. En cuanto á mi amigo Antonio, emprendió pausadamente su tarea de beberse vasos de leche, y es posible que aún no hubiera terminado, si no hu-



biese venido á interrumpirnos la voz desagradable de *al coche*.

Volvimos á nuestra cárcel con ruedas, y desde ella admiramos la hermosa arboleda que rodea á Talavera. En cuanto al suelo, lo dejamos para otra vez, pues los olivares, las encinas, los álamos, las higueras, los árboles todos, tomaban á la sazón un inmenso baño de pies, y la carretera misma desaparecía bajo una tercia de agua.

Por doquiera nos atronaba el chirrido de las ranas, que entonaban un inmenso cántico de gratitud al Criador, que se había dignado por medio de un nuevo diluvio ensanchar sus dominios de una manera inusitada.

Más de una hora tardamos en salir de aquella laguna, pudiendo ya contemplar los verdes campos y el antiguo castillo de Oropesa. Seguimos atravesando pueblos cuya proximidad se advierte aun con los ojos cerrados, por los saltos, crispaciones y calambres que acometen al carruaje al pasar por las llamadas calles; dejamos y tomamos cartas en un sinnúmero de partes, y ya á eso del mediodía dimos vista á Navalmoral de la Mata.

Estábamos en Extremadura, y la vegetación más rica, más adelantada á cada kilómetro que avanzábamos, nos lo indicaba sobradamente.

Las dehesas que rodean á Navalmoral tienen un arbolado soberbio, y entre ellas sobresalen las del conocido banquero Salamanca, cuya lindería está marcada con unos preciosos hitos de piedra tallada á estilo de joyel, en que brilla una S azul que parece esmaltada.

Después de cambiar algunas palabras y algunos apretones de manos con los notables de Naval-moral que acudieron á ver á Antonio, arrancamos de nuevo, y á la salida del pueblo llamó mi atención un inmenso alcornocal compuesto de un sinnúmero de árboles gigantescos con el tronco descortezado, brazos enormes y descompuestos y obscuro follaje.

Concibo que para el propietario sea muy agradable recolectar la corcha; pero el paisajista debe preferir á esos árboles, que parecen gigantes atacados de la lepra, la verde y hermosa encina.

En la posta inmediata, Modesto, excelente tipo de servidores, y que además del nombre de Modesto podría llevar con justicia el apellido de Silencioso, trasladó sin más explicaciones, de la berlina al interior, unas enormes alforjas, una soberbia bota y un gran frasco de agua.

Eran los preparativos del almuerzo contenido en unas fiambreras de corcho que parecen pequeñas colmenas.

Por su parte, mi amigo Antonio echó mano á los bolsillos de su chaquetón y empezaron á salir cuchillos, vasos, tenedores y servilletas.

Después de despachar el succulento almuerzo, en que sobresalieron unos ciertos pastelillos, cuyo secreto posee el *cordón bleu* de Antonio, encendimos una deliciosa breva de Upman, y para distraerme empecé un inventario del enciclopédico chaquetón de mi amigo.

Por de pronto, tiene diez y ocho bolsillos, distribuídos por detrás, por delante y por los cos-

tados con un arte y una inteligencia que revela que el sastre posee conocimientos osteológicos y anatómicos.

Lo que hay en esos bolsillos es fabuloso.

Sección de farmacia, con botiquín, vendas, pinzas, lancetas y aglutinante.

Sección gastronómica, con frasco de ron, vasos, navaja con sierra, lima, tijeras, podadera, sacacorchos, punzón y saca-bocados.

Sección de humo, con petaca-maletín, cigarros planos, cilindrados, de papel, vegueros, de dama, fosforera con mecha.

Sección de limpieza, con pañuelo de seda, de hilo, estuche inglés, peines, cepillo, pomada, cosmético, esencia.

Sección de armas, con revólver, cartuchos y saca-cartuchos.

Sección de música, con pito, telefono y trompa de caza.

Sección de letras y ciencias, con cartera, cédula de vecindad, itinerario de España para posta y ferrocarril, calendario, fotografías de familia, sellos de correos y telégrafos.

Sección de variedades, con alambre, puntas de París, cuerda de amarro, lacre y monda-dientes.

Y lo más extraordinario del caso es que mi amigo Antonio, con ese chaquetón que pesa dos arrobas, trepa por los cerros y atraviesa los jarales como si fuera en mangas de camisa.

Distraído con el examen de tan curiosa prenda, llegamos insensiblemente á las calles de Almaraz, en las que acometió á la silla de postas un ver-

dadero baile de San Vito, y poco después, y atravesando una zona árida de monte bajo y charral propia para cabreriles, dimos vista al soberbio puente, que tiene merecido renombre en Extremadura y en toda España.

Los dos ojos del puente y la pila central son colosales, y excitan admiración los dos esbeltos arcos que salvan el abismo de una á otra ladera, mientras que por el fondo pasan con rapidez vertiginosa las aguas del Tajo.

Muy luego divisamos las cimas aún más áridas del puerto de Mira-vete, que nos pareció muy bien llamado, pues ciertamente, después de visto, nada es más natural ni más grato que irse.

Así lo hicimos, bajando la vertiente meridional á escape, dejando sobre la derecha el caudaloso Tajo; y después de correr algunas postas y de atravesar desde Jaraicejo una zona admirable de pastos y arbolado, avistamos á la caída de la tarde á Trujillo.

Cogían de soslayo á la histórica ciudad los últimos resplandores del sol, que se abrían paso entre las nubes, y presentaba un aspecto oriental soberbio. La plaza de toros, colocada á vanguardia; las torres de la iglesia, los muros de los antiguos edificios aparecían iluminados por reflejos rojizos, anaranjados, purpurinos y violados, que sólo ha acertado á reproducir la nacarada paleta de Villamil, tachada de inverosímil por los que viven en las brumas del Norte.

Trujillo es cuna del gran Francisco Pizarro, conquistador del Perú, heroica figura de aquellos

tiempos en que no bastaba un mundo á la ambición española; Trujillo se enorgullece también con Diego García de Paredes, aquel soldado de la guerra de Italia, á quien llamaban el Sansón extremeño, y cuyas proezas recuerdan las hazañas fabulosas de los héroes de la *Iliada*.

De muy buena gana me habría detenido un día en Trujillo para recorrer las antigüedades de la romana *Castra Julia*; pero nos llamaron á comer precipitadamente, y á poco nos hicieron entrar en un nuevo carruaje que debía llevar nuestros ya molidos cuerpos hasta Cáceres.

Sólo tuve tiempo de recoger al vuelo una observación desdeñada por nuestros historiadores, por efecto de su indiferencia hacia la crítica, y es la de que el régimen alimenticio de Trujillo prepara admirablemente para la conquista de América.

Me bastó probar una sopa de guindilla, y sobre todo cierta tortilla con chorizo, que trasladé incautamente á mi estómago, para explicarme la indiferencia con que Pizarro y sus valientes compañeros acogían los calores de los trópicos.

En efecto, los rayos de la zona tórrida son unos verdaderos polvos refrescantes, si se les compara con un embuchado de Extremadura, y esto sólo daba ya una inmensa superioridad á los conquistadores sobre los Incas. Al paso que estos desventurados hijos del sol se limitaban á adorarlo, los extremeños venían acostumbrados á comérselo.

Había cerrado ya la noche cuando tomamos la nueva silla; y aunque más cómoda que la anterior,

el cansancio y la obscuridad nos hicieron eternas las seis horas que tardamos en llegar á Cáceres, faltos de sueño, hartos de coche, molidos de vaivenes y en un estado de irritabilidad nerviosa que estaba pidiendo cama.

Así es que sólo conservo el recuerdo confuso de la gente que se agolpaba con faroles al coche, de un grupo de amigos de Antonio que lo estrechaba é interrogaba por su salud y la de todos los suyos, al paso que nos dirigían á una casa de huéspedes, donde hallamos unas limpias camas y un excelente trato.

Á la mañana siguiente, y repuestos de la fatiga, dimos un paseo por Cáceres, que se divide en dos poblaciones distintas.

La parte antigua, con sus muros, sus palacios almenados, sus torres con salientes adarves, sus balcones ojivales abiertos en los ángulos, sus plazas silenciosas en que brota la hierba, tiene un carácter, un sabor feudal que encanta y deleita, trasladando el ánimo á tiempos y costumbres que pasaron.

La parte nueva se parece á todas las poblaciones modernas, si bien cierta gravedad y circunspección de las gentes denota que en Cáceres predomina y da el tono la magistratura. Con efecto, el señor Regente es la primera figura, porque tiene más territorio que el gobierno de provincia; los magistrados son todos personajes que conocen su importancia, y hasta para demostrarnos las excelencias de la casa de huéspedes, nos advirtieron, como *non plus ultra* del elogio, que vivía en ella

el señor Fiscal, á la sazón, por cierto, doliente de una pierna, que excitaba el más vivo interés en la población.

Después de visitar á los amigos de Antonio, entre ellos al señor Gobernador, persona excelente y que se pinta solo para dar buenas noticias, y á un cierto homónimo del famoso Justicia de Aragón, cuyo talento y cualidades le dan en la provincia una importancia y una influencia de que no tenemos idea los madrileños, acostumbrados á mirar de hombro á hombro á los duques, capitanes generales y banqueros: pensamos seriamente en la famosa montería, á la que también pensarán los lectores que va siendo hora de aproximarse.

Las doce serían cuando llegamos á la puerta de Mérida, donde nos esperaban el arriero Vicente, con dos machos cargados con nuestro equipo, y vituallas, y el guarda José, que tenía de la brida á la *Pardala*, briosa yegua que había de montar Antonio; el *Pirata*, jaco que me estaba destinado, y su propio jaco y el del grave, servicial y utilísimo Modesto.

Desde la misma puerta me enseñó Antonio una cordillera, llamada la sierra de San Pedro, advirtiéndome que en llegando allí, y cuatro leguas más, estábamos en la encomienda.

¡Ay, lector! Bastaba considerar el color azulado y los perfiles tenues y desvanecidos de aquella sierra, para comprender que aún nos separaban, contando con los rodeos, veinte mortales leguas del término de nuestras aspiraciones.

Confieso que cuando Antonio me hablaba en

Madrid de las dificultades de la expedición creí que exageraba, porque si bien él es castellano, está muy emparentado con Cádiz; pero ante la triste realidad, hube de reconocer, por desgracia en este caso, que entre sus excelentes prendas, posee mi amigo una veracidad matemática.

¡A caballo veinte leguas, en la agradable posición del coloso de Rodas, dos días y medio! ¡Qué perspectiva!

Si á esto se agrega que profeso un odio instintivo á la equitación, pareciéndome que á caballo todo es difícil, excepto caerse, y más careciendo las sillas de brazos por los costados y de un ástil en la perilla para agarrarse en las conmociones supremas, todo por efecto de la vanidad del hombre, empeñado en remedar al Centauro; si se tiene en cuenta que el nombre de *Pirata* que llevaba mi caballo me hacía sospechar de la bondad de sus sentimientos y de la prudencia de sus hábitos; y si para colmo de desgracia se añade que en el momento mismo de tomar el estribo empezaba el cielo á desgajarse en agua, se comprenderá el estado de tribulación de mi espíritu.

Por fortuna, la Providencia, apiadándose de mí y tomando la forma visible de cierto amigo de Antonio, vino á prestarme un inesperado auxilio.

D. Enrique, persona principal del Arroyo, hombre cómodo y de gusto, nos brindó con una cómoda galerita, que arrimada á la puerta de la ciudad le esperaba, y á la que más de una vez se habían dirigido mis envidiosas miradas.

Dar un abrazo á mi bienhechor, pegar un brin-



co, escalar la galera y tenderme en sus cómodos colchones, fué obra de un segundo.

En aquella agradable postura, con la vista hacia el cielo... de cañas de la galera; fumando cigarros; hablando con Jacinto, perla de mayores; animando el tiro con alguna que otra interjección castellana, y discutiendo con Antonio y D. Enrique acerca de los medios de locomoción preferibles, empezando desde el pollino, para remontarnos hasta el globo aerostático, llegamos insensiblemente, á la caída de la tarde, á Arroyo del Puerco.

Hicimos noche en casa de D. Enrique, no sin saborear antes una cena succulenta, en la que probé por vez primera el frite extremeño y unos riquísimos limones del país, y sobre todo unos huevos pasados por agua, que en verdad no puedo sin injusticia ahora pasar por alto.

¿Puede creer nadie que haya huevos más frescos que del día, más tiernos que el que se recoge, tibio aún, al alzarse la gallina del nidal cacareando con todo el gozo que produce la dificultad vencida?

Pues en casa de mi amigo Enrique se obsequia á la gente con huevos más frescos aún: con huevos de mañana, del día siguiente.

Y esto no es, como á primera vista parece, charada ó logogrifo: es un descubrimiento gastronómico que se debe al buen gusto de D. Enrique en parte, y en parte también á la casualidad, que por tanto entra en todos los grandes descubrimientos.

Mataron un día una gallina que tenía un huevo

cubierto de esa fresca tela que les rodea la víspera de la postura y que se convierte después en cascarrón. Sirvieron el huevo *non nato* á D. Enrique y le halló un gusto especial, una delicadeza que tal vez no hubiera podido apreciar un paladar ordinario; en suma, halló toda la diferencia de fragancia que media entre una nuez en leche y una añeja.

Desde entonces, mi amigo ha inventado un procedimiento por el cual consigue que sus gallinas pongan la víspera, y ofrece á sus amigos un manjar desconocido en las mesas más delicadas de París y Londres.

Si algún gastrónomo cae en la tentación de proporcionarse la receta, no tiene más que echar un viaje á Arroyo del Puerco.

Al día siguiente, después de cumplir con los deberes religiosos, oyendo misa en la espaciosa iglesia del Arroyo, y de recorrer su interminable calle larga, y de ver la bonita fábrica del nuevo Ayuntamiento que se alza ya hasta el primer piso, proseguimos el viaje á Brozas, pasando por Navas del Madroño.

Como seguía diluviando, y como la carretera está á medio construir, es imposible pintar la serie de atolladeros, barrancos y derrumbaderos que atravesamos con la famosa galerita. En ese día, el célebre Jacinto hizo desde el pescante más prodigios de habilidad y de equilibrio que Leotard y el hombre-mosca, llegando, aún no comprendo cómo llegamos, á la una á Brozas, población importante, y cuyas calles están, cosa extraña, mejor empedradas que las mejores de Madrid.

No sin gran resistencia nos dejó marchar el acomodado y regalón D. Cipriano, hermano por la sangre y por la cortesía de D. Enrique, después de obsequiarnos, por supuesto, con una abundante comida, en que sobresalieron las magras y los huevos fritos, que no por ser del día dejaron de alcanzar la honra de que yo me tomase media docena. Conservo también grato recuerdo de cierto vino seco, de color de ojo de gallo, parecido al Cariñena, capaz de alegrar á un muerto, y digno de brillar en regias mesas si lo elaborasen con más cuidado.

En Brozas fué preciso tomar el caballo, porque habiendo declarado Jacinto que declinaba toda responsabilidad por no haber camino, y emanando esta declaración de un hombre de opiniones tan laxas en la materia, que calificaba de carretera las cuatro leguas que últimamente había traído, comprendí que lo que nos quedaba que andar sería un verdadero precipicio.

No sin cierto recelo y disimuladas angustias eché las piernas al *Pirata*; y pidiendo á Dios que se portase con la calma de una urca holandesa, emprendimos á las tres de la tarde la ruta de Membrio.

Entonces tuve ocasión de apreciar la variedad del feraz suelo extremeño.

Desde Cáceres al Arroyo cruzamos tres leguas de hermosa siembra: al salir del Arroyo dejamos á un lado un soberbio oquedal del pueblo; después vimos la hermosa dehesa de Araya; más adelante los vaqueriles de Brozas, cuyo arbolado y suelo

excede toda ponderación, y ahora desde este punto hasta Membrio atravesamos cinco leguas de continuadas praderas de finísima hierba. Ni un árbol ni una piedra rompía la monotonía de aquellas verdaderas pampas, que, lo mismo que las de América, se componen sólo de suaves ondulaciones de terreno, y se hallan pobladas de ganados de toda especie.

Cerraba ya la noche cuando llegamos á las escarpadas y agrestes riberas del Salor, que cruzamos por un puente antiguo, trepando, no sin trabajo, por la opuesta orilla, y atravesando ya casi á obscuras la hermosa dehesa del Parral, que su dueño y mi amigo D. Juan llaman con vascongada modestia la *tierruca*.

Por fin, y caminando al paso para no sufrir en alguna encina la suerte de Absalón, llegamos á las nueve de la noche á Membrio.

¡Y con qué placer llegamos! ¡Con qué fruición recobré el uso de mis piernas, y con qué delicia me senté á la mesa del hospitalario D. Tomás! ¡Con qué elocuencia discurrí acerca del admirable buen sentido de los propietarios modestos que saben rodearse de las verdaderas comodidades de la vida, habitando una gran casa, viviendo á la vista de sus haciendas, mandando á sus criados, en vez de venirse como tanto necio á vivir en Madrid en un tercer piso, á ser víctimas del sastre y la modista y esclavos blancos de la portera y el casero!

Al día siguiente, y después de visitar el espacioso local regalado para escuelas por el capitalista Sr. M., que tiene grandes fincas en el término, y

cuya modestia se ofendería si no me limitase á indicarle por la inicial, montamos á caballo y atravesamos la frondosa encomienda de Clavería, propia del Sr. Bayo, en la que se alza un moderno palacio.

Seguimos después una estrecha y tortuosa senda, y vadeando á cada paso arroyos y regatos, que no dejaron de causarme algunas emociones, llegamos á la fuente que lleva el nombre significativo, y que trasciende á frontera, de Fuente del Contrabando.

Aprovechando una clara, almorzamos con la brida al brazo, y volviendo á emprender la caminata llegamos á la proximidad de la portillada de Peña Jurada, y allí cambió por completo la decoración.

En primer término, un terreno áspero y pedregoso; á la izquierda, la huerta de los Malatos, en que termina la prolongada sierra de San Pedro; á la derecha, la sierra de Santiago, que se corta bruscamente en el cerro del Cofre y Peña Jurada; en el centro, una cortadura, una ancha brecha, que separa las dos sierras y permite el paso casi sin pendiente; en el fondo, un arbolado inmenso, que anuncia la proximidad de la deseada encomienda de Herrera.

Pero como los ojos caminan más deprisa que los pies, aún tardamos dos horas en llegar á la raya, donde nos esperaban el sobreguarda Mateo y otros cuatro guardas montados, con su ancha bandolera al pecho y la escopeta debajo de la pierna izquierda, sin más sujeción que el muslo del jinete.

Ante ese prodigio de habilidad ecuestre no pude menos de pensar para mis adentros que si me dieran á guardar una escopeta en esa forma, no sería capaz de andar el primer kilómetro sin que rodase por el suelo.

Cruzamos por una punta el Sesmo de Arriba; atravesamos los millares de Atoquedo y Solana, que son cada uno fincas hermosas, y á las cinco de la tarde echamos pie á tierra dentro del ancho patio de la casa principal de la encomienda.

De fábrica moderna, está perfectamente entendida, pues ocupan los costados de la espaciosa fachada dos pabellones, que rompen la monotonía del frente y sirven al propio tiempo de defensa.

Después de mudarnos con sin igual placer de traje, de reconocer la casa, de inspeccionar la feudal cocina en que ardía un tronco entero de encina rodeado de enormes ollas que entonaban á coro un murmullo lleno de halagüeñas promesas para un gastrónomo, tomamos posesión de la mesa colocada en la sala principal, y empezó la audiencia de recepción.

Sencillos aldeanos de Cedillo y Herrera, carpinteros constructores de cierto monitor que había echado á flote en sus lagos mi amigo Antonio con el propósito de declarar la guerra á las tencas; arrendatarios, cazadores que venían á tratar de la próxima batida, todos fueron entrando, y esto se repitió cuatro días antes y después de comer, pues es fabuloso el sinnúmero de consultas, encargos, arreglos y transacciones con que le ocupan á Antonio, hasta el punto de que dudo de si va á re-

crearse y ver sus fincas, ó á hacer inventario de las quejas, necesidades y pretensiones de la comarca.

Después de la comida, que fué succulenta, y á cuyo final brillaron ciertas exquisitas naranjas portuguesas, tocaron la queda y nos fuimos á la cama, seguros de que jamás habíamos adquirido mejor derecho á tomar la postura horizontal, que es grata siempre, pero que lo es en grado superlativo después de dos días de carruaje y dos de á caballo.

Al día siguiente, en numerosa cabalgata fuimos á misa á Herrera, donde nos hicieron un gran recibimiento, y donde mi amigo Antonio entregó para la iglesia, restaurada en años anteriores por él, unos preciosos ornamentos, y para los pobres una regia limosna. Congregados después en una casa, y concurriendo á ella el nunca bien ponderado Sr. Barata, capitán de las huestes venatorias, se echaron las bases para la batida y carcería del día siguiente.

Terminado este grave punto, volvimos á tomar los corceles y dirigimos el rumbo al través de una fértil campiña hacia la charca de Valongo. Momentos antes de llegar estallaron inesperadamente multitud de cohetes, y se dejó oír un fuerte vocerío.

Era un sencillo homenaje de gratitud que se permitían los vecinos de Cedillo por haber logrado Antonio que les devolviesen el término del pueblo, inconsideradamente vendido poco antes.

Desgraciadamente el *Pirata*, que entendía poco

de achaques de gratitud, y á quien atacaban los nervios los voladores y los vivas, tuvo un conato de llamarse á la empinada, que me llenó de zozobra, pero sin otras consecuencias que las de agarrarme con premura á la crin y la de invocar mentalmente el auxilio del santo que más especialmente proteja á los cristianos contra los botes de carnero.

Cuando llegamos al pie de la charca, la escena hubiera entusiasmado á un artista.

Forma aquel pequeño lago un arroyo cuyo curso ataja una gran presa que deja escapar en bullidoras ondas el sobrante de las aguas; rodean la balsa magníficas encinas por la izquierda y corpulentos alcornoques por la derecha, y esmaltan el suelo las matas de tomillo, cantueso y cien balsámicas plantas.

Al pie de la cascada había cincuenta ó sesenta hombres de todas edades, con sus pintorescos trajes, que daban vivas y tiraban al alto los sombreros, mientras á unos pasos echaba pie á tierra nuestra escolta, y en tanto que Antonio abría sus brazos á tres ó cuatro ancianos que parecían presa de un verdadero frenesí.

El caso no era para menos.

Seis años antes, y por efecto del desorden con que se ha llevado á cabo la desamortización, después de vender todos los quintos y millares que rodean á Cedillo, y que están muy bien vendidos porque pertenecían á órdenes militares que las vicisitudes de los tiempos han hecho inútiles, vendieron también el millar mismo en que se halla



enclavado el pueblo de Cedillo; vendieron las cercas levantadas por los vecinos, las tierras labradas de padres á hijos, las praderas en que apacentaban el ganado del común; vendieron hasta las calles del pueblo.

Un labrador aún robusto, aunque viejo, allí presente, el tío Roque, había formado una heredad: cruzando á nado el Tajo y trayendo de Portugal, árbol por árbol, hasta cuatrocientos olivos, los había plantado en un suelo virgen, que había disputado á los más ásperos jarales; los había regado un año y otro con el sudor de su frente, y al cabo de muchos años, cuando el olivar entraba en toda su lozanía, cuando el tío Roque llegaba á la fortuna por el camino sagrado del trabajo, el olivar se había vendido.

Y después de verse privado seis años de lo suyo... el tío Roque volvía á entrar en su disfrute: ¿qué extraño es que llorase, riese y victorease á la Reina, al Ministro, á Antonio, que con incansable afán se había constituido en patrono y defensor de esos apartados y humildes labriegos?

Calmada la emoción y sosegados los ánimos, tomamos un pingüe almuerzo en la preciosa casa del millar de Regañada, y empezó la entretenida pesca de tencas.

Tripulaban el monitor que conducía y tendía las redes tres expertos pescadores; y para que se dirigiese á ellas la pesca, todos los espectadores empezaron á apedrear la charca con un entusiasmo y un vigor digno de los artistas más notables

de ese género que pueda presentar el barrio de las Peñuelas.

Así es que al poco rato vino el bote á la orilla con las redes cargadas de pesca, que aún se agitaba entre las mallas.

Empezó entonces la faena de escoger las mejores piezas y devolver las más humildes al lago, y un rato después volvimos á la casa principal llevando en triunfo una cesta de relucientes y doradas tencas.

Amaneció el día siguiente claro, y lo consideramos como un especial favor de San Huberto, pues era el designado para la cacería.

Puestos ya sobre las armas los guardas y la gente de la casa, oímos por dos distintos puntos una inmensa algazara. Eran nuestros aliados de Cediillo y Herrera que acudían alegres á la batida. Puede decirse que venía toda la población masculina capitaneada por sus curas; quiénes en buenas yeguas, quiénes en humildes asnos; unos corriendo, otros tocando las cuernas; algunos luciendo la escopeta, y todos alegres y jurando no dejar á vida ni un jabalí ni un lobo.

Emprendimos la marcha y nos separamos á poco, tomando el rumbo á la derecha los ojeadares, que no bajaban de doscientos, uno tras de otro en larga y silenciosa fila, que recordaba las escenas americanas de Cooper.

Con no menos silencio seguimos los escopeteros, que seríamos unos cuarenta, hasta llegar al millar de Cabeza de Negros, en que el capitán Barata empezó á distribuirnos en los pues-

tos haciendo las prevenciones de costumbre.

Sentado en una enorme pizarra, oculto entre jaras que me pasaban del hombro, y recibiendo de cara una brisa embalsamada, estuve una hora escuchando los extraños ruidos de aquellas soledades, el chasquido de una rama, el canto de un pájaro, el chirrido de un insecto, el pausado roce de la culebra al arrastrarse sobre la hojarasca del suelo.

Al cabo empecé á percibir el sonido lejano de las cuernas y las trompas, y me incorporé, vigilando con avidez la suave ondulación del terreno que entre dos colinas se alzaba á mi frente, y por donde, al decir del capitán Barata, debían asomar las fieras.

Dos ó tres veces el paso de un tímido conejo, el vuelo bronco de una perdiz, me hizo estremecer.

Á poco, á mi derecha sonó un tiro lejano, luego otro más próximo, luego otro y otro cada vez más inmediato; al cabo uno, disparado sin duda por mi compañero de la derecha.

Sentía los latidos del corazón, cuando de repente veo inclinarse y troncharse la jara como á impulso de un huracán y venir hacia mí un jabalí, que me pareció mayor que el de Caledonia.

Quedé inmóvil; apunté con lentitud, sonó el tiro, y á través del humo ví rodar por el suelo al jabalí; se incorporó, sin embargo, y cuando creí que en cumplimiento invariable de sus deberes, según cuentan los cazadores, la fiera debía acometerme, y cuando la esperaba con el otro cañón

montado y el cuchillo fuera de la vaina, lo ví torcer cobardemente su ruta, huir unos pasos y acullarse contra un peñascal próximo.

Casi en seguida aparecieron por la cumbre los ojeadores sofocados, gritando: ¡*Al chabalí!* ¡*Al chabalí!* Y uno de aquellos energúmenos, blandiendo una especie de hacha de armas, remató á mi víctima.

Era una jabalina que, en honor de la verdad, venía ya atravesada de dos balazos, y que de cerca y tendida en el suelo me pareció infinitamente más pequeña y menos terrible que al asomar por la loma.

Terminado el ojeo de aquella manera, nos fuimos reuniendo en el punto designado para el almuerzo, resultando que otro cazador había herido un jabato, cobrado con extraña habilidad por un perro de sangre, que llevaba el nombre de *Farraguas II*. Su ilustre progenitor *Farraguas I*, no obstante su ancianidad, había tomado parte en la batida, oyéndose desde media legua sus broncos ladridos al venir sobre la pista de la fiera. Excusado es decir que al llegar rendido al sitio del almuerzo prodigó con la lengua y con la cola merecidos elogios á su descendiente.

Difícil es imaginar una escena más pintoresca que la del almuerzo.

En una verde pradera, especie de oasis entre aquellos espesos jarales, y en cuyo centro brota un fresco manantial, se agrupan formando diversos corros cerca de trescientas personas de todas edades, se vacían las alforjas, se extienden

las vituallas, circulan las botas, se refieren los lances de la batida, se invoca el recuerdo de las anteriores, se examinan las armas, se alaban las hazañas de algunos cazadores y se discute acerca del mérito de los últimos tiros, mientras alrededor vagan los perros solicitando su parte en el festín; y á mayor distancia, en completa libertad y fraternal armonía, pacen la sabrosa hierba la briosa *Pardala* al lado de un humilde pollino, el *Pirata* entre modestos jamelgos, en tanto que corren, triscan y saltan por doquiera los potrillos.

Entonces tuve ocasión de admirar armas curiosas, y entre ellas una escopeta propia de un vecino de Cedillo, y que recomiendo á Peabody, Sneider, Chassepot y todos los constructores de fusiles de aguja.

El arma tiene un solo cañón; pero como el tiempo ha consumido el pasador que lo sujeta á la madera, cada vez que hace fuego el cazador, casi siempre con éxito, tiene que ejecutar dos movimientos: uno para recoger la pieza, y otro para buscar el cañón, que indefectiblemente salta á cada disparo de la caja, y se tiende con molicie á cuatro ó seis pasos sobre la hierba.

Como he visto ejecutar con esa arma y con otras análogas prodigios de puntería y de alcance, me inclino á creer que el moho, la cuerda de vihuela y el sistema de cañón suelto son otras tantas perfecciones de las armas, que las hacen muy superiores á todos los barnices, empavonados é incrustaciones con que Devisme y Zuloaga fascinan á los cazadores elegantes.

Apenas había terminado mis observaciones, la voz de mando del capitán Barata nos puso en movimiento, repartiéndose ordenadamente las escuadras y dándose una segunda batida en la mancha de Atoquedo, que produjo la muerte de un precioso lince y de un enorme zorro.

Al día siguiente se repitieron los ojeos en Veredas y Alcornoque Alto, y sucumbieron un jabalí monstruoso y un tremendo lobo.

Viendo que las lluvias continuaban sin cesar, y hasta el punto de que el último día el mismo arroyo del charco del Zorro, que vadeamos por la mañana con una tercia de agua, daba de seguro por la tarde al pecho de los caballos, acordamos por la noche y en junta de oficiales suspender la cacería y regresar á la corte, donde, por otra parte, nos llamaban ya los deberes y más aún los afectos de familia.

¡Adiós, pues, excelente Mateo, modelo de sobreguardas; adiós, Manuel, José y los demás que bandolera al pecho cuidáis de aquella inmensa finca; adiós, Jerónimo, el Ferreiro, honrados cazadores de Cedillo y Herrera; adiós, amigos de Valencia de Alcántara, que rodeáis todos en amistoso tropel nuestros caballos, y adiós también, Valongo, Regañada, Campo, Valgudiño, Atoquedo y tantos otros sitios cultivados unos, cubiertos otros de espesos jarales, ostentando algunos un verde y espeso tallar, poblados otros de corpulentos alcornokes y añosas encinas, modelos dignos de la variada y feraz Extremadura, y teatro reciente de nuestras excursiones y lances de caza.

Al tomar el tren en Mérida y al tenderme en los mullidos cojines del coche, aún me parece ver con la imaginación el hermoso panorama que acabamos de abandonar.

Y como fruto de la expedición traigo á Madrid, no sólo algunas preciosas pieles, no sólo gratos recuerdos para las noches de invierno, sino también una observación consoladora.

No sé lo que sería la antigua Extremadura en la época en que florecían las órdenes militares, los mayorazgos y las comunidades monásticas; no dudo que alcanzó un pasado de gloria y de pujanza; pero es lo cierto que á principios del siglo era una provincia moribunda. Poseían casi la totalidad de su suelo unos cuantos comendadores, unas pocas dignidades eclesiásticas, y gran número de mayorazgos. Meros usufructuarios de aquel suelo, lo miraban con indiferencia, se abstenían de mejorarlo y vivían en la corte ó vegetaban en las ciudades. Los desiertos castillos se arruinaban; las fincas, abandonadas, se convertían poco á poco en inmensos jarales; los pueblos, sin escuelas, sin estímulo de ningún género, sin personas que les reanimaran y dieran ejemplo, vivían en el marasmo y la ignorancia.

Lo que ha venido á vivificar aquella sociedad adormecida, lo que ha venido á fertilizar aquel abandonado suelo, ha sido la nueva idea, la idea liberal, hoy tan calumniada y maltrecha. Salvo algún error, injusticia ó exceso como el de Cedi-  
llo, y ese se ha reparado, aquellas inmensas fincas propias de una aristocracia tradicional, moribun-

da, de órdenes monásticas ó corporaciones civiles indolentes y desorganizadas, han pasado á manos activas de banqueros y capitalistas, ó han venido á poder de particulares acomodados y emprendedores.

Y desde aquel momento, en cada dehesa se alza un edificio nuevo, se construyen cercas, se forman presas para embalsar las aguas, se emprende por doquiera con vigor el descuaje de los infructíferos jarales, se roturan y siembran inmensos terrenos, se aclaran y guían y convierten en plantales los matorrales, y con todo esto aumenta la producción y con ella infaliblemente el bienestar general, y se da al pobre trabajo, que es el único auxilio eficaz y el único que eleva y moraliza.

En la encomienda de Herrera tan sólo se alzan hoy cinco edificios nuevos que dan cómodo albergue á más de doce familias, al paso que al principio del siglo sólo existían las ruínas de un castillo y los chozos de los pastores diseminados en aquellos páramos sin cultivo.

Si Extremadura prosigue la marcha que ha emprendido; si con mano firme y ánimo resuelto continúan en escala progresiva sus nuevos propietarios las edificaciones, las cercas y las roturaciones de terrenos; si se abren algunos caminos, saldrá ese país del atraso vergonzoso y proverbial en que le tenían la organización antigua y el régimen pasado, y adquirirá la importancia que merece por la privilegiada feracidad de su portentoso suelo.

Pero para llegar á tan próspero resultado es



preciso pedir á Dios, ante todo, que nos libre lo mismo de irrealizables utopias que de absurdos retrocesos, y que impida con su omnipotente diestra que caiga la pobre España en manos de fanáticos, que tanto lo son los que sueñan en fansterios, como los que suspiran por tiempos que pasaron y nos prometen, como una inmensa mejora, el restablecimiento de aquella humillante sopa repartida á escudillas á la puerta de un convento por un tosco lego ó un desdeñoso despensero á quien acosaba un tropel de vagos andrajosos, cuyo rostro, curtido por la miseria y los vicios, había perdido hasta la facultad de sonrojarse al recibir, no el honrado salario del trabajo, sino el triste mendrugo de la mendicidad.







## REVISTA CANTÁBRICA.

(1859.)

### SUMARIO.

En diligencia por toda la eternidad.—Noé en Buitrago.—La catedral portátil.—Valmaseda.—Bilbao.—La ría.—El Mississipí.—Portugalete.—Cuatro brazas de pudor.—Santurce.—Algorta.—Lequeitio.—Cómo se llama la Providencia en Lequeitio.—Por una cinta.—Zubieta.—Santander.—Toros sin cañas.—El tormento.—El ferrocarril.—Castro-Urdiales.—Brazo de mar.—Talía en el sótano.—La *Florita*.—La caza del perpelute.

**P**ARA el que no ha nacido con vocación de correo de gabinete, un viaje de dos días en diligencia en el mes de julio es un acontecimiento que deja huellas indescriptibles y que produce sensaciones extrañas, entre las que descuella la del orgullo de que se siente uno poseído al pensar que su máquina resiste á tales sacudimientos.

Hasta ahora los codificadores sólo han sabido prodigar en sus obras la prisión á pie quieto, sien-

do por demás extraño que en la ingeniosa escala gradual de las penas se omita el enérgico escarmiento de la diligencia.

Y, sin embargo, reúne todas las condiciones que pueden soñarse para la pena. Es, sobre todo, ejemplar, porque por donde quiera que pasa la pesada mole, envuelta en una nube de polvo, y dejando ver por las ventanillas rostros encendidos, ojos llorosos, fauces desecadas y brazos que parecen clamar al cielo, se difunde entre los circunstantes un saludable espanto.

En cualquiera misión predicada en los puntos donde veranea la sociedad madrileña, la diligencia podría marchar de frente con el aceite hirviendo y el plomo derretido, que tan brillante papel desempeñan en las más formidables descripciones del infierno.

¡En diligencia por toda una eternidad! Qué imagen tan aterradora y tan adecuada para volver al redil á tanta oveja, más ó menos descarriada, como veranea en Deva, en Castro, Lequeitio ó Portugalete.

Pero preciso es confesar que si hay tantos que se impongan la pena de la diligencia, no es sólo debido al proverbial arrojo español, sino porque en esta ocasión hay que convenir en que el bollo merece los cien mil coscorrones que cuesta el paldearlo.

¡Qué país tan admirable, qué vegetación, qué frescura! Por doquiera se tienda la vista, espesos robledales, bosques de frondosos castaños, praderas cuyo verde envidia la esmeralda, ásperos

cerros á cuyo pie murmura el arroyuelo, y cuyas faldas festonean innumerables senderos. Y todo animado por esbeltas aldeanas que llevan sobre la cabeza, y con académica apostura, cuál una jarra, cuál una cesta con fruta, y todo perfumado por el acre olor del helecho ó por el enervante aroma del heno recién segado.

Por lo que hace al viaje, ni un dramático vuelco, ni un asalto de bandoleros, ni nada, en fin, de esos accidentes de grata lectura en una cómoda butaca, nos es dado referir.

Gracias á la Guardia civil, la seguridad individual está perfectamente garantida en España en las carreteras. Verdad es que apartándose á cien varas, roban, saquean, apresan y cautivan; pero en tales casos, los pastores temporales se contentan con exclamar como un personaje de Molière: «La culpa se tienen esos imprudentes. ¿Por qué se salieron de la carretera? ¿Qué iban á hacer fuera de la carretera? ¿Por qué no se estuvieron en la carretera?»

Bueno es, sin embargo, dejar consignado que aun en las carreteras no alcanza á impedir ciertas fechorías la Guardia civil. En Buitrago, por ejemplo, hay una fonda fundada bajo los más rigurosos principios homeopáticos. ¡Qué buen rato hubiera pasado Hahnemann si hubiera presenciado nuestra comida!

En cambio, el agua de Buitrago es una cosa notable.

De seguro es más agradable el aspecto de una jofaina en que se hayan hecho todas las ablucio-

nes imaginables con jabón, pasta de almendra, vinagre higiénico y polvos de coral. ¡Ay! ¡qué pecado tan venial el de Noé si le hubiera cometido en Buitrago!

En Burgos corrimos presurosos á su mágica catedral. Entre las compañeras de diligencia había una señora gruesa, de pañuelo de seda á la cabeza y vestido de volantes, que en el coche nos había hablado del *cerrocarril* y otras cosas por el estilo.

Impresionada vivamente por el aspecto del templo, no pudo menos de exclamar al salir:

—Me gusta esta catedral por lo... por lo portátil.

Esta nueva cualidad descubierta en la gótica iglesia de Burgos motivó, como era de esperar, un coro de aplausos.

Después de tragar nubes de polvo y de escuchar horas y horas el chirrido de la chicharra, que parecía celebrar nuestro martirio; después de contemplar el magnífico panorama del Valdivielso y la esplendente campiña, entre la que se alza la almenada Valmaseda, llegamos á Bilbao y á su delicioso paseo del Arenal, cubierto por árboles tropicales, y que á un lado tiene una guirnalda de vapores y al otro un conjunto de diligencias y carruajes que le prestan una animación apenas concebible.

Á paso de carga vimos la iglesia de Nuestra Señora de Begoña, adornada con innumerables ofrendas de los marineros salvados por su poderosa intercesión; la plaza Nueva, que supera en elegancia y simetría á la Mayor de Madrid; Ola-

veaga, con sus animados astilleros; Albia, con sus frescos jardines, y oímos á la Kennet, que rodeada de una compañía detestable y de una orquesta irritante, descollaba como el álamo sobre el césped de la pradera.

En el *Nervión* y por el Nervión bajamos á Portugalete.

Las acompasadas vueltas de las ruedas del vapor nos hicieron recorrer en hora y media un interminable panorama que se desarrollaba á nuestra vista en ambas márgenes de la ría.

¿Recuerdan los lectores aquel inmenso lienzo que se desarrollaba en el escenario de la Cruz, por medio de dos cilindros y al compás de una nueva música, y que se decía representar las orillas del Missisipí? ¿Recuerdan aquel individuo cosmopolita que, con una varita en la mano, llamaba la atención del público, y que, á pretexto de explicar el lienzo, exclamaba, por ejemplo: *Ahora verrán un tribu de sólvakes ó tenticos; las muneres sólvakes se furrán annos en los narises; los homes sólvakes sólo se cubren con un tapabocas, no, no, ¡pristi! con un deliantal de plumes de perroquete?*

Pues un espectáculo parecido es un paseo por la ría de Bilbao, con la diferencia de que siendo el pintor la naturaleza, la perspectiva es más profunda, la atmósfera más diáfana, el colorido más verdadero, y el conjunto mil veces más grandioso que el decantado lienzo del teatro de la Cruz.

Y para recordar más ese espectáculo, ni aun el abigarrado idioma del demostrador del lienzo se echaba de menos en la cubierta del vapor. Por

muchos agravios que hagan los extranjeros al idioma de Cervantes, fuerza es confesar, en efecto, que hay vizcaínos que les dejan muy atrás en sus arremetidas contra la sintaxis.

Portugalete, como pueblo, es muy lindo; como punto de baños, una verdadera decepción.

La vista del muelle es preciosa, el paso de la barra animadísimo, la población limpia, la campiña alegre, las calles buenas, excepto una, que pudiera llamarse la escala de Jacob; la fonda espaciosa, el café cómodo, la facilidad de comunicación excelente, pero la playa vale bien poco.

Un púdico bando previene que los dos sexos se bañen, sin excepción, á cuatro brazas de distancia uno de otro, y al primer golpe de vista la dimensión de ese momentáneo divorcio parece una bravata portuguesa, atendida la estrechez de la playa, que además es rápida en su declive y tiene un oleaje que levanta la arena y hace tomar un baño de agua turbia.

Excuso decir que, esto no obstante, la linda señorita B., la hermosa señora C. y el rico capitalista D. y todas las letras del alfabeto, se bañan en Portugalete.

Á la izquierda está Santurce, que es también bonita población, pero en la que la gente se baña entre peñas, género de baño que debe reservarse prudentemente para la ostra, el percebe y los demás mariscos.

Á la derecha está Algorta, que es también una linda población de verano llena de jardines, pero que colocada en lo alto de una escarpada colina,



exige, para tomar el baño de comodidad, que se establezca, para bajar al nivel del mar, una montaña rusa, y para subir un malacate.

La fama nos llevó á Lequeitio por medio de una fementida diligencia; expresión sarcástica, cruel, si se considera que un tercio del camino la diligencia va tirada por bueyes.

¡Pero qué hermosa es la playa! Duro á la vez que suave su piso, que parece mármol; plácido su oleaje, imperceptible su declive, vienen á hermosearla y á hacerla incomparable la isla que tiene al frente, la antigua iglesia y el moderno palacio de Uribarren, en el que este conocido banquero ha invertido más de tres millones de reales.

En idioma lequeitiano, la Providencia se llama la señora de Uribarren. ¿Veis una preciosa iglesia, ricamente adornada, limpia como el alma de una niña, que convida á la meditación y oración religiosa? Ella la ha restaurado. ¿Oís los acentos majestuosos de un soberbio órgano? Ella le ha regalado. ¿Veis esa imagen virginal de suavísimo rostro? Ella lo ha pintado. ¿Admiráis ese establecimiento en que se da á la infancia la primera educación, cuyo efecto se deja sentir toda la vida? Ella le ha creado.

Su memoria vive y debe vivir eternamente en los lequeitianos, y su esposo sigue su ejemplo.

Después de haber dotado al pueblo de fuentes abundantes, se dispone á aumentar la suma de gratitud que se le debe, creando ahora una útil escuela de náutica.

¡Qué cosa tan respetable la riqueza cuando así se emplea!

¡Qué santa la opulencia cuando en tales usos se invierte!

Otro encanto de Lequeitio es la preciosa quinta de Zubieta.

Antiguo castillo feudal, es hoy una fresca y encantadora mansión de verano, y los actuales señores de Zubieta, cuyos ascendientes hicieron papeles principales en las épocas azarosas de nuestra historia, aumentan los atractivos de su residencia con un exquisito buen tono y con su imponderable amabilidad. Los floridos jardines de Zubieta se extienden á la falda del monte Calvario, por las márgenes de la plácida ría de Lequeitio. Es imposible imaginarse nada más bello que esa quinta.

También es notable en Lequeitio el extenso paseo de Santa Catalina, construído sobre el mar, y á veces tan á pico que parece que se anda sobre la cubierta de un buque interminable.

Lo único desagradable en Lequeitio es el escuchar siempre, salvas las personas de distinción, ese murmullo discorde que llaman vascuence, y que recuerda el dicho de aquel escritor: «Los vascongados sostienen que se entienden entre sí, pero yo no lo creo.»

Es una impresión singular para un castellano el encontrarse como un extranjero en su patria.

Un amigo nuestro se paseaba una tarde por la playa, y por un descuido natural arrastraba tras

de sí una cinta del traje interior, que ni aun se atreve á nombrar la pudicia británica.

Un lequeitiano, animado, como todos ellos, de mejores deseos, se precipitó á decirle que reparase ese desorden involuntario de su traje.

En vano empleó todos sus pulmones en pronunciar cuantos *ris* y *ras* y cuantos rechinamientos de dientes constituyen el vascuence: nuestro amigo, que se veía perseguido con insistencia, estaba á punto de ofender á su interlocutor ofreciéndole una pieza de dos cuartos, cuando por fortuna el vascongado sustituyó á su dialecto el signo, y se entendieron, gracias al idioma universal de la mímica.

Sólo nos resta decir que en Lequeitio la gente se divierte, y que hay bailes y conciertos en las Casas Consistoriales.

De un salto fuimos á Santander. Allí estaban todos preocupados con los toros. Sólo se hablaba de Cúchares; sólo se ponderaba á Calderón, y los barriles de harina, y los sacos de cacao, y los pilones de azúcar se veían ignominiosamente postergados á los volapiés y las banderillas de fuego.

Un centenar de caballos destrozados, y dos ó tres toreros en el hospital, ponen en evidencia lo soberbio del espectáculo.

En Santander, á todas las penitencias imaginadas se añade la del baño. Muy por cima del ayuno y de la maceración, está sin duda un viaje al Sardinero en carro de bueyes. Parte el alma el ver á tres ó cuatro señoras hacinadas en una carreta, y que compran media hora de baño á costa de dos

horas de sol y de martirio á la ida y á la vuelta.

Los ediles de Santander debían considerar como cuestión de decoro provincial el sostenimiento siquiera de un ómnibus que hiciese imposibles las carretas, y que convirtiese en verdad práctica la abolición del tormento en España.

Otro espectáculo sensible era ver en la espaciosa bahía, y entre tanto hermoso buque mercante, uno pequeño de guerra, que se contoneaba orgulloso como único representante de la marina de guerra española.

Más grata nos fué la visita al ferrocarril de Isabel II, cuyos coches se dejan muy atrás en lo confortables á los del Mediterráneo, y cuyos empleados pueden dar lecciones de amabilidad y finura á los de la línea mejor montada.

Casi á la ventura, casi de arribada, y á pesar de los ruegos y lamentos de los amigos, vinimos por fin á Castro-Urdiales.

Pocos puntos de baños habrá menos encomiados; pocos que merezcan más la preferencia de la sociedad madrileña.

¡Ya se ve! Santander trata á Castro como el principal al criado, y Bilbao prefiere ahogarse en Portugalete, Santurce ó Algorta, á salir de Vizcaya.

Emprendo, pues, la rehabilitación de Castro como punto de baños, y la emprendo con el orgullo de Colón descubriendo la América.

Castro está á seis leguas de Bilbao, por un precioso camino, en el que corre diligencia diaria; tiene comunicación con Santander y Bilbao por

medio de tres vapores, que tardan tres horas y media al primer punto, y hora y media ó dos horas al segundo.

Castro tiene correo diario y estación telegráfica. Castro tiene dentro de la villa un paseo de acacias sobre el muelle y una hermosa alameda, en la que no penetran los rayos del sol; un mirador precioso que avanza sobre el mar, y que lo forman tres enormes peñascos, enlazados por tres elegantes arcos de piedra, hallándose al extremo la farola y la ermita de Santa Ana.

Castro ofrece extramuros al viajero otros hermosos paseos en llano, cosa desconocida casi en Vizcaya, y entre ellos el pintoresco de Brazo de Mar, cubierto de una vegetación tan rica y esplendente que no cede á la de la Granja.

Castro tiene, en fin, una playa más espaciosa y cómoda que Algorta, Santander y Portugalete juntos. En ella sólo había este año cuatro casetas, y el año que viene, si comprenden sus intereses, habrá cuarenta.

La población de Castro es regular, y está en llano: tiene buenos edificios, un puerto seguro y un fondeadero que se está mejorando con una gran obra, para la que se sumergen bloques de cuatrocientos quintales.

El mercado está bien surtido, y el gastrónomo puede pescar desde su balcón, y con el anzuelo de plata, el más seguro en manos de un madrileño, la rica lubina, el apetitoso gibión ó calamar, el tierno barbo, y todo un catálogo interminable de pescados y mariscos literalmente vivos.

En el *sport* castrense entra una pesca de bonitos y atunes en alta mar, espectáculo extraño para uno de tierra adentro, pues se ejecuta á toda velocidad; y la lancha más velera, la que inclinando el costado al agua vuela sobre las olas como una veloz gaviota, es la que más pesca embarca.

Algunos días han venido al puerto más de mil quintales, es decir, más de tres ó cuatro mil de esos pescados, cuyos visos azulados y verdes, cuyos matices, que apaga instantáneamente la muerte, le han merecido el nombre de bonito.

Ni de los goces dramáticos nos hallamos privados.

Las primeras funciones, grata reminiscencia de los primitivos tiempos, eran al aire libre, y se anunciaban en esta forma:

## FUNCIÓN DRAMÁTICA

*(si el tiempo lo permite).*

### EL NAUFRAGIO DE LA MEDUSA.

Pero vino una noche un horrible aguacero á media función, y el tiempo permitió que el público entero representase al vivo el naufragio, y desde entonces Talía ha trasladado su templo á un local profundo, abovedado y donde no há mucho se cobijaba Baco.

Entre las ventajas de este local, se cuenta la de que la concurrencia, después de respirar tres horas una atmósfera agradablemente alcoholizada, se impresiona de tal modo, que ni los horrores de *La hermana del carretero* ni los venenos de

*Adriana* pueden impedir que al final chispeen todos los ojos, se animen todas las fisonomías y se oigan por todos los ángulos estrepitosas carcajadas, que dejan atónitos á los mismos actores.

¿Y los paseos en bote por una mar que ni tiene la empalagosa tranquilidad de una bahía, ni la terrible agitación de la mar alta?

Cuando nuestros lectores gemían casi á obscuras tendidos en una butaca, nosotros, tripulando la esbelta *Florita* y largando sus cuatro velas, rasábamos las olas arrancando á cada una por la proa un golpe de blanca espuma, una nube de brillantes.

También la caza, aunque algo escasa, puede ofrecer algunos ratos de distracción á los que veraneen en Castro, si bien á veces, creyendo cazar, se pesca en los espacios atmosféricos.

Un día recorrían cuatro amigos un enmarañado monte escopeta al hombro, y á pesar de sus esfuerzos, sólo una liebre, acosada por los inteligentes sabuesos que aquí se emplean, había venido á caer bajo el mortífero plomo.

Desanimados tendían una ávida mirada por el horizonte, cuando vieron que por el aire se cernía una enorme águila.

Verla y ocultarse entre el ramaje, fué cosa de un instante.

El águila seguía su majestuoso vuelo circular, y cada vez se aproximaba más, descendiendo visiblemente sobre los cuatro cazadores.

Al fin el más impaciente soltó el tiro.

El águila, sorprendida por el estruendo y leve-

mente herida, lanzó un grito y remontó el vuelo; pero al hacerlo, soltó la presa que llevaba entre las garras.

Los cuatro cazadores se lanzaron á recoger el trofeo. Una exclamación unánime les arrancó el aspecto de la víctima.

Era un enorme perpelute, que aún agitaba las agallas, aún movía las aletas, aún saltaba sobre su plateada cola. Habían pescado á quinientos pies sobre el nivel del mar. Terminaremos la *revista* asegurando al lector que el perpelute, en salsa verde, era un bocado exquisito.

Castro, 15 de agosto.







## SALIR DE MADRID.

LEYENDA FANTÁSTICA ALEMANA.

(26 julio 1851.)

CARTA Á MODO DE PRÓLOGO.

Sr. Director de *La Ilustración*.

**F**STIMADÍSIMO amigo: Siento una satisfacción indecible al pensar en la que usted tendrá al leer el adjunto artículo, destinado á enriquecer las columnas de su excelente periódico.

Esta preciosa leyenda, completamente inédita, ha salido de la pluma del gran alemán Esscrek-wetreithkz, autor de varios dramas en cuatro tomos en folio cada uno, é inmortalizado por su grande obra titulada *Del yo, del tú, del mí y del aquél, ó sea Síntesis paralelismática de la Estética*. Esfuerzo tanto más admirable del ingenio humano, cuanto que hasta ahora nadie ha podido comprender ni el título. Excusado es decir que su libro está traducido á todas las lenguas y se explica en todas las universidades.

La felicísima casualidad, á la que debo la ina-

preciable dicha de poseer este precioso fragmento, es la siguiente: Paseando el verano pasado un amigo mío por las calles de Leipsick, se encontró con un anciano cubierto con un levitón gris y ocultando la cara y la mitad del cuerpo debajo de la modesta visera de su gorro. Entró al punto en conversación con mi amigo, el cual tuvo la delicadeza de ofrecerle, á las pocas palabras, su pañuelo, pues el anciano se hallaba, al parecer, algún tanto *grippé*, según la feliz expresión de Cervantes. Agradecido el sabio á esta atención, le devolvió á mi amigo á los dos días el pañuelo perfectamente lavado y planchado, acompañando además como recuerdo el artículo que en mis ratos de ocio me he ocupado en traducir.

Al dar publicidad, por medio de su periódico, á la leyenda, creo prestar un insigne servicio á las letras, pues sabido es que desde hace algunos años nada se escribe en castellano, inglés ó francés que sea legible, al paso que la literatura, la jurisprudencia, y sobre todo la filosofía de los alemanes, comparten con su quincalla y su cerveza el imperio del mundo.

Se repite de V. seguro servidor Q. B. S. M.

M. VELISLA.

Escorial, 11 de julio de 1851.

## PERSONAS DE LA LEYENDA.

|                |                     |
|----------------|---------------------|
| DOÑA AGUSTINA. | UNA INTENDENTA.     |
| D. DAMIÁN.     | UN PROGRESISTA.     |
| ADELA.         | UN MODERADO.        |
| COSME.         | UN ABSOLUTISTA.     |
| D. CANUTO.     | VARIAS SEÑORAS.     |
| BERNABÉ.       | ALGUNOS CABALLEROS. |

La escena pasa en la Granja y Madrid.

## ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala mal blanqueada y peor amueblada. Zumban algunos mosquitos por el aire, y por las paredes trepan insectos en corto número. Por la derecha, por la izquierda y por el foro, hay varias puertas y ventanas.

## ESCENA I.

D. DAMIÁN, durmiendo en una hamaca. COSME escribe en una mesa.

*Cosme.*—¡Oh inspiración! ¡Oh estro! ¡Oh numen de la poesía! Ya he concluído el cuadro vigésimocuarto de mi melo-mimo-malo-drama de grande espectáculo. Leamos la primer escena. (*Lee.*) Escena primera. El teatro representa una selva. Á la derecha una caverna. Á la izquierda una horca. Hace un tiempo detestable: truenos, graniza, diluvia y relampaguea. Sale Ariadne con un cráneo en la mano, y dice:

¡Clara luna, que el cercado ameno  
Iluminas fúnebre luciendo!  
¡Deleitoso arroyo que subiendo  
Vas por los montes hasta el mar Tirreno!  
Y mil y mil, y ciento y ciento...

*D. Damián (despertando).*—Y mil y mil, y ciento, ¿qué demonio estás haciendo? ¿sueñas con tu oficina? ¿repasas la aritmética?

*Cosme (con desprecio).*—¡La aritmética! No faltaba más que me viniera á la Granja á echar cuentas. Estoy acabando mi drama.

*D. Damián (con asombro).*—¡Un drama! ¿Desde cuándo hacen dramas los meritorios?

*Cosme.*—Ya le he dicho á V. un millón de veces que no soy meritorio, que soy aspirante á oficial auxiliar trigésimocuarto de la clase de novenos de la sección segunda de la Dirección general de fincas del Estado.

*D. Damián.*—Tienes razón: ahora me acuerdo... Pero, volviendo al drama, ¿cómo le titulas?

*Cosme.*—El título es de efecto. Le compuse dos años antes que el drama. Oiga V. (*Lee.*)

*Cuerda, puñal y veneno,*

ó

*El Minotauro de Creta,*

drama en cuatro actos y un prólogo. En prosa y en verso, y en castellano, inglés y francés.

*D. Damián (aparte).*—En francés, sobre todo. (*Alto.*) ¡Ya! ¡ya! Pues tiene tres bemoles el título, y además la ventaja de que al vuelo se comprende la distribución de los actos: uno para el puñal, otro para la cuerda, otro para el veneno y otro para el Minotauro. Este último debe ser de efecto.

*Cosme.*—¿Quiere V. que se le lea?

*D. Damián.*—Muchas gracias: ya he dormido lo

suficiente .. Abre las ventanas. ¡Qué siesta tan infernal!

*Cosme (abriendo).*—¡Pues puede V. quejarse! Está usted hecho un lapón en esa hamaca.

*D. Damián (riéndose).*—¡Un lapón en una hamaca! ¡Qué ocurrencia! ¿Sabes dónde está la Laponia?

*Cosme.*—Ni me importa. Ello es que V. está con comodidad metido en esa red, aunque, francamente, parece V. una merluza.

*D. Damián.*—Ó un tiburón; pero lo cierto es que me libra el cuerpo de los ataques de ciertos insectos sin alas... Por desgracia los que las tienen (*dándose un cachete en la frente*) llegan hasta aquí. ¡Cuánto más fresca y más cómoda es mi casa de Madrid!

*Cosme.*—¿Y por qué ha salido V. de ella?

*D. Damián.*—He dejado mi casa porque en el día es una necesidad salir de Madrid; porque no hay persona de buen tono que no abandone sus lares y sus penates en la presente estación.

*Cosme.*—Pues yo confieso que me alegra dejar la oficina y trocar las sumas y las restas por la bella poesía; la pluma, por la lira.

*D. Damián.*—Á propósito de lira, he observado que casi todos los poetas tocan este instrumento: ¿tienes la amabilidad de enseñarme la tuya?... (*Levantándose y cogiendo el manuscrito de la comedia.*) ¿Sabes también cómo podría definirse la ortografía? (*Cosme mira por el balcón.*) Una cosa de que tú careces. No harías mal en repasarla antes de escribir dramas.

*Cosme.*—Buena gana de molestarte: ¿acaso para escribir dramas se necesita ortografía?

## ESCENA II.

Dichos y DOÑA AGUSTINA.

*Doña Agustina (en traje de calle).*—Damián, vístete: vamos á paseo.

*D. Damián (cogiendo un sombrero blanco).*—Ya estoy listo.

*Doña Agustina (retrocediendo).*—¡Y vas á paseo con esa facha, con un casaquín de hilo! ¡con zapatos de caza! ¡Qué horror!

*D. Damián.*—Mujer, estamos en el campo...

*Doña Agustina.*—No, señor: estamos en un sitio real, y es preciso que cada cual conserve su rango. Ponte al momento las botas de charol.

*D. Damián (poniéndoselas con dificultad).*—Pasar un mal rato para pasear por los jardines.

*Doña Agustina.*—¿Por los jardines? No, señor: vamos al camino de Segovia.

*D. Damián.*—¡Pero si hace un polvo y un calor inaguantable en el tal camino!

*Doña Agustina.*—Eso no importa. La gente decente va por allí.

*D. Damián.*—Entonces es preciso ir.

*Doña Agustina.*—Claro está. ¡Ah! échate unos cuartos en el bolsillo, porque han puesto sillas como en el Prado y cuestan lo mismo.

*D. Damián.*—¿Pero y aquellos fresquísimos bancos de piedra?

*Doña Agustina.*—Aquellos bancos están plagados de lagartijas.

*D. Damián.*—Eso no importa. Las lagartijas no te asustan: bien las cogías hace dos años con la mano.

*Doña Agustina.*—¡Calla por Dios! ¡qué asco! ¡qué miedo! ¿Acaso no sabes que es de *bon genre* tener miedo á las lagartijas? También es preciso enviar á Cosme á por un palco: hoy se inaugura el teatro.

*D. Damián.*—Por esta noche déjame de teatro: quiero madrugar mañana.

*Doña Agustina.*—¿Madrugar? ¡Qué ordinariez! En la actualidad nadie madruga: trasnochar, es decir, en francés, *faire nuit blanche*, eso es muy distinto. (*Llamando.*) ¡Adela!

### ESCENA III.

Dichos. ADELA y D. CANUTO.

*Adela (muy vestida).*—Mamá, no tengas tanta prisa: es de muy mal tono llegar los primeros. (*Aparte.*) ¿Dónde estará Bernabé?

*D. Canuto.*—Señoras, á los pies de Vds.; caballeros, muy buenas tardes.

*Doña Agustina.*—Téngalas V. muy buenas, D. Canuto: ¿qué hay de nuevo?

*D. Canuto.*—Hay, que no se puede viajar con gusto; hay, que la Granja está insoportable.

*D. Damián.*—¡Pues, hombre, hace un tiempo delicioso!

*D. Canuto.*—No lo digo por el tiempo, sino porque vengo de visitar el Palacio con mi *Guía del viajero* en la mano, y todos los cuadros y los

muebles están trastornados, y de nada me ha servido el libro. Es una vergüenza el desorden que reina en todas las cosas de Palacio. Dos horas he estado buscando el cuadro núm. 170 del catálogo, y no parece. Un cuadro divino, es decir, que presumo que será divino: Júpiter jugando á la pelota.

*D. Damián.*—El asunto es poético.

*D. Canuto.*—¡Ya se ve que sí! Lo mismo me sucedió el año pasado en Aranjuez: en quince días que estuve, no pude dar con un cuadro de Vanloo que representa á Sócrates tocando no sé qué... Pero Vds. iban á salir... Vámonos todos... De paso veré si son doscientas y siete ó doscientas y ocho las barras de hierro de la verja de entrada.

*Cosme.*—Yo me quedo, porque tengo que vestirme.

*Doña Agustina.*—Hasta luego. (*Salen por la derecha.*)

#### ESCENA IV.

COSME y BERNABÉ.

*Bernabé (entrando).*—¡Deo gracias!

*Cosme.*—¡Ja! ¡ja!

*Bernabé.*—¿De qué te ríes?

*Cosme.*—De tu saludo. Tenéis unos modales los de pueblo... pero ya se ve, no es culpa tuya: ¿qué educación te habían de dar en Salamanca?

*Bernabé (encarnado).*—Muchas gracias por tu atención. El advertírmelo con esa suavidad es una prueba de la tuya.

*Cosme.*—Vamos, no te enfades. Somos amigos



íntimos; como que hace cuatro días que nos conocemos, y en ese tiempo has prestado un servicio notable á la familia, salvando la vida de mi tía en la expedición del otro día á la Boca del Asno. Mi tía dice á todo el mundo que se le desbocó la burra.

*Bernabé.*—Es una lástima que no gasten bocados esos animalitos, porque entonces tendría la cosa visos de verdad. Todo lo que hice fué impedir que cayera...

*Cosme.*—¡En el blando césped!

*Bernabé.*—Sólo en los jardines hay césped. Hubiera caído entre jaras ó zarzas.

*Cosme.*—Sobre lo que pudo caer es indiferente. Lo que quiero es que me des tu opinión acerca de un idilio que he compuesto y que voy á entremezclar en mi drama. Como campesino eres voto en la materia. Escucha:

En un cristalino arroyo...

*Bernabé.*—¿Está buena tu tía?

*Cosme.*—Buena.

En un cristalino arroyo...

*Bernabé.*—¿Y tu tío?

*Cosme (con impaciencia).*—También.

En un cristalino arroyo...

*Bernabé.*—¿Y tu prima?

*Cosme.*—También. Ahora escucha y haz el favor de no interrumpir.

En un cristalino arroyo  
Mirábase una pastora,

Y pintados pececillos  
Surcaban sus limpias ondas.

*Bernabé (sentándose).*—Siento decírtelo; pero eso carece de sentido común.

*Cosme (dando un salto en su silla).*—¡Cómo!

*Bernabé.*—Te lo probaré; pero, ante todo, ¿has visto muchos arroyuelos?

*Cosme.*—Ya se ve que sí: aquél en que me caí el día pasado, y por cierto que estoy ronco todavía del... susto.

*Bernabé.*—Pues no le miraste bien.

*Cosme.*—¡Friolera! Sí le medí. Además, he leído millares de descripciones de arroyuelos, idénticos al mío, en Garcilaso, en Meléndez...

*Bernabé.*—Pues entonces tampoco sabían eso lo que es un arroyuelo. En primer lugar, es imposible, absolutamente imposible, mirarse en un arroyo cristalino, por la sencilla razón de que el fondo de arena absorbe los rayos de luz y no refleja la imagen. Para mirarse en el agua, es preciso que el fondo este obscuro, haciendo, en tales casos, el cieno las veces del azogue de los espejos. De todas maneras, te advierto que se ve uno mejor en un espejo de una pulgada en cuadro, que en una laguna de una legua, por sucia que esté. En segundo lugar, en los arroyuelos cristalinos abundan mucho más que los *pintados pececillos*, las sanguijuelas, las ranas, los lagartos, los escuerzos... y de esos no hablas. Prèscindo, por supuesto, de que has escrito arroyo con *h*.

*Cosme.*—Todas esas objeciones no valen nada.

La primera pertenece á la Física, y los poetas estamos dispensados hace mucho tiempo de conocer las ciencias exactas. La tercera es un *lapsus plummæ*; y en cuanto á la segunda, sabrás, amigo Bernabé, que en la poesía no están admitidos los esfuerzos, y sólo se da cuartel á los pececillos, pero con la precisa condición de que sean pintados. Prosigo.

Á esculpir fué luego un nombre  
De verde álamo en la copa.

*Bernabé.*—¡Alto ahí! Por copa entiendo la reunión de las hojas de los árboles, y esculpir en ellas ofrece dificultad; aparte de que, para verificar esa proeza en un álamo, necesitaba la pastora una talla de cuarenta ó cincuenta pies.

*Cosme.*—Eso consistió en el consonante. Además, con tal de que escriba, importa poco que sea en la copa ó en el tronco.

*Bernabé.*—Es que aun en el tronco es absurdo é inverosímil que escriba ó grave letras una pastora.

*Cosme.*—¡Inverosímil! Al contrario. Cincuenta autores de los más famosos te enseñaré, y en todos ellos verás que, después de tañer la zampoña, el deber imprescindible de todo pastor ó pastora es escribir el nombre de su amante en los árboles, para que los repitan los armoniosos ecos de las selvas.

*Bernabé.*—Pues yo te juro, por mi parte, que en toda la sierra de Ávila y aun en toda España no hay un solo pastor que sepa leer, y mucho me-

nos escribir; que en las selvas es donde más se apaga la voz, y, por tanto, que en ellas hay muy pocos ecos, aun de los comunes, y mucho menos de esos *ecos armoniosos* que repiten las inscripciones.

*Cosme.*—¡Hombre vulgar y materialista! no eres digno de comprender las licencias de la poesía. Calla, pues, y escucha.

Era el nombre de Meliso.

*Bernabé.*—¿Cómo has dicho?

*Cosme.*—Meliso.

*Bernabé.*—Ese no es nombre de pastor.

*Cosme.*—¡Vaya! pues dame otro mejor.

*Bernabé.*—Un millón te daré más propios y naturales. Los pastores de mi padre se llaman: Melitón, Canuto, Tiburcio, por apodo *Bragas anchas*.

*Cosme.*—¡Jesús qué nombres: prefiero el mío! (*Lee.*)

Que ingrato ¡oh! ¡ah! la abandona.

*Bernabé.*—Ese ¡oh! ¡ah!...

*Cosme.*—Representa perfectamente el hipo lacrimoso de la zagala y redondea el verso.

*Bernabé.*—El caso es que á mí no me lo parece.

*Cosme.*—Haz el favor de no hablar de lo que no entiendes: cállate. (*Lee.*)

Sus blondos cabellos de oro  
Arranca la fiel pastora,

Y copiosas perlas finas  
Entrambos sus ojos lloran.

¿Qué tal te parece?

*Bernabé.*—Excusada es mi opinión, pues la rechazas; pero de todos modos, me parece que si las pastoras tuvieran cabellos de oro y derramaran con tantísima facilidad piedras preciosas y lloraran perlas á cada instante, harían muy mal en andar en zagalejos por montes y vallados detrás de sus cabras y ovejas. Creo también que si todos los poetas bucólicos se contentaran con presentar como delirios de su imaginación sus idilios y églogas, se les podría perdonar á algunos, en gracia de su versificación, lo pobre del asunto. Lo que no tiene disculpa es su osadía al titular á veces poesía descriptiva composiciones del género de la tuya, que se alejan de la verdad más que una novela histórica moderna, y es cuanto se puede decir.

### ESCENA V.

Dichos y ADELA.

*Adela (entrando).*—Se le olvidaba á mamá el botecito de sal inglesa, y me ha hecho volver por él casi desde el camino de Segovia.

*Bernabé.*—¡Calla! ¿van Vds. de merienda?

*Cosme.*—¿Cómo?

*Bernabé.*—¡Está claro, cuando mandan á buscar la sal!

*Adela (riéndose).*—No, señor: es una composición para evitar los desmayos.

*Bernabé (muy colorado).*—Perdone V. mi torpeza: además, ¿quién había de creer que su mamá de V., tan robusta y sana, que lo menos pesa ocho arrobas, había de tener desmayos?

*Adela.*—¡Ay! pues sí, los tiene. En cuanto papá la niega alguna cosa, como es tan nerviosa...

*Bernabé.*—¡Vea V. qué enfermedad tan rara! En Ávila es desconocida.

*Cosme.*—Es que en tu pueblo no se observan las modas.

*Adela.*—¿No viene V. de paseo?

*Bernabé.*—No sé si debo.

*Cosme.*—¡Pues no has de deber! En el campo todo parece bien. Acompaña á mi prima... al momento os alcanzo. ¡Adiós, materialista!

*Bernabé.*—Adiós (*aparte*), iba á decir poeta. ¡Dios me lo perdone!

## ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza del real sitio de San Ildefonso al anochecer.

### ESCENA I.

ADELA y BERNABÉ.

*Adela.*—¿Qué callado está V.!

*Bernabé.*—Es que, señorita...

*Adela.*—¿Qué decía V.?

*Bernabé.*—Decía que... que... que... hace muchísimo calor.

*Adela.*—Es muy cierto: ¿y qué más?

*Bernabé.*—Y que...

*Adela (con interés).*—¿Y qué?

*Bernabé.*—Que ayer hacía más fresco.

*Adela (incomodada).*—También es verdad.

*Bernabé.*—Y que... que consistía en que ayer sopló el viento Norte. (*Pausa. Siguen andando despacio.*)

*Adela.*—¿No se le ocurre á V. otra cosa?

*Bernabé.*—¡Ay!

*Adela.*—¡Qué suspiro... tan... poético!

*Bernabé.*—¡Si V. supiera!

*Adela.*—Mal puedo saber si V. no me lo dice.

*Bernabé.*—De fijo se va V. á enfadar.

*Adela.*—¡Quién sabe!

*Bernabé.*—Decididamente no me atrevo; pero si... aunque no... mas... pero...

*Adela.*—¿Se ha vuelto V. loco?

*Bernabé.*—Sí: loco, enamorado frenético por V.

*Adela (como sorprendida, pero sin estarlo).*—¡Dios mío! Bernabé, ¿sabe V. lo que se ha dicho? Si mamá lo oyera... (*Desaparecen por el camino de Segovia.*)

## ESCENA II.

D. DAMIÁN con varios caballeros.

*D. Damián.*—Señores, yo me dirijo hacia el camino de Segovia, donde he dejado, por acompañar á un amigo á la diligencia, á mi mujer y mi hija: ¿viene V.?

*Todos.*—Vamos juntos.

*D. Damián.*—Volviendo á nuestra conversación, el Escorial es un edificio soberbio. Todo es admirable allí; hasta la bodega es prodigiosa. Caben setecientas tinajas de vino.

*Un progresista.*—¡Y á eso llaman hacer penitencia!

*Un absolutista.*—¡Infelices! todo lo gastaban en limosnas.

*Un moderado.*—¡Cómo sabían fomentar los intereses materiales!

*Un polaco.*—¡Qué banquetes daría el prior!

*D. Damián.*—Y no crean Vds. que es chanza. En un solo verano visité diez y siete veces la tal bodega.

*Un andaluz.*—¿Cuándo tenía mosto?

*D. Damián (incomodado).*—¡No, señor!

*Un arquitecto.*—¿Iría V. á admirar aquellas magníficas bóvedas?

*D. Damián.*—No, señor; iba á buscar telarañas para ponerme en una cortadura: las prefiero al tafetán inglés.

*Un poeta sin un cuarto en el bolsillo.*—¡Oh vanidad de las cosas humanas! ¡Oh vilipendio! ¡Oh degradación de la especie humana! (Á *D. Damián.*) ¿Me hace V. favor de un cigarro?

*D. Damián.*—Ahí va la petaca. Yo deliro por la vida del campo: ¡es tan agradable!

*Un caballero (bostezando).*—¡Tan divertida!

*Otro (que cojea porque le aprietan las botas).*—¡Hay tanta holgura!

*Otro (saludando hasta el suelo á uno que pasa).*—Y, sobre todo, nada de ceremonia.

*D. Damián.*—Aquí, por ejemplo, nos rodea una atmósfera de sencillez, de pureza, de inocencia. (Atisbando dos pasos más adelante á Bernabé, que besa la mano á Adela.) ¡Qué veo! ¡Qué es-



cándalo! ¡Señorita, venga V.! ¡Caballero, nos veremos! (*Se lleva á Adela del brazo, á pesar de que ésta, á imitación de su madre, se siente atacada de un espasmo nervioso.*)

*Dos ó tres casados.*—¡Qué horror!

*Tres ó cuatro solteros.*—¡Hace bien!

## ACTO TERCERO.

El teatro representa una de las alamedas laterales del camino de Segovia. Los carruajes levantan bastante polvo. Se ven unos veinte ó treinta niños, y otros tantos perros falderos corriendo por todos lados.

### ESCENA I.

Varias señoras sentadas en corro, entre ellas DOÑA AGUSTINA. ADELA á un lado y sin hablar con nadie. Á lo lejos se pasean DON DAMIÁN y sus amigos.

*Doña Agustina (á una señora gruesa).*— ¡Cuánto me alegro de que haya V. vuelto por acá!

*La señora aludida.*—Ya ve V., tengo que pasar á mis diez hijos.

*Otra.*—¿Diez? Pues el verano pasado sólo tenía V. ocho.

*La señora.*—Es cierto; pero en este invierno he tenido la satisfacción de añadir á los ocho esos dos gemelos que llevan las amas.

*Una soltera que tiene seis perros, cuatro gatos y tres loros.*—¡De esas satisfacciones pocas!

*Otra señora.*—También ha llegado la intendenta.

*Doña Agustina.*—Ya lo sé. Ayer ví al coronel por la calle.

*Otra señora.*—La señal era infalible...

*Otra.*—¡Pobre marido!

*Otra.*—No sé cómo le gusta esa mujer al coronel: me consta por su doncella que es jorobada.

*Doña Agustina.*—Tiene dos muelas postizas.

*Una vieja con peluca.*—Y lleva añadido.

*Una mujer larga, escueta y verdinegra.*—Lo peor es su lengüecita de víbora.

(*Se divisa á cierta distancia una señora graciosa y elegante.*)

*Todas.*—¡La intendenta!

## ESCENA II.

Dichas y la INTENDENTA y el CORONEL.

*Todas (levantándose).*—¡Querida mía!

*Doña Agustina (abrazándola).*—¡Qué guapa estás!

*Otra.*—¡Cada día más hermosa!

*Otra.*—¡Y más buena!

*Otras.*—¡Cuánto nos alegramos que hayas venido!

*La vieja de la peluca.*—Hablando estamos de V.

*La intendenta.*—No sé cómo agradecer tanta bondad... ¿Tenemos al cabo teatro? (*Sentándose.*)

*Una señora.*—Sí, hoy se inaugura. Estoy abonada.

*Doña Agustina.*—¡Y yo!

*Todas.*—¡Y yo! ¡y yo! (*Á continuación.*) No hay persona decente que no esté abonada.

*La intendenta.*—¿Qué hay esta noche?

*Doña Agustina.*—Una función preciosa.

*El coronel (sacando un papel de color de rosa).*

—Voy á leer á Vds. el cartel. (*Lee.*) Teatro del real sitio de San Ildefonso, 24 de julio de 1843.— La empresa, deseosa siempre de complacer á sus favorecedores, ha logrado, á fuerza de instancias y gastos considerables, contratar una compañía de ópera italiana que ha recorrido con aplauso los teatros principales del Escorial, Ávila, Getafe y Ciempozuelos. La compañía se compromete á cantar, en treinta funciones, todas las óperas de Bellini, Rossini, Donizzetti y Meyerbeer. Al efecto, se cantarán dos cada noche.

## CANTANTES.

*Prima donna absoluta.*—La señora Doña Juana Peregini (italiana).

*Altra prima.*—Doña Andrea Fernandesi (italiana).

*Primer tenor.*—D. Matei Borreguini (italiano).

*Barítono.*—D. Giuseppe Bartolini (italiano).

*Bajo.*—D. Giacomo Arrevarretaricosy (ruso).

*Capo di coro.*—D. N.

*Director de orquesta.*—M. García Lanas (francés).

## PRIMERA FUNCIÓN DE ABONO.

*Primera parte.*

**Maria di Rohan.**

## ADVERTENCIAS.

*Primera.*—Por indisposición de la prima donna, se suprime la romanza del primer acto, la cavatina del segundo, el aria del tercero.

*Otra.*—Por hallarse ronco el tenor, se suprimen: el aria del primer acto, el duo de tenor y bajo del segundo, el aria y terceto del tercero.

*Otra.*—Por indigestión del bajo, se suprimen otra aria y otro duo.

*Otra.*—No hallándose organizado todavía el cuerpo de coros, se suprimen todos los de la ópera.

### *Segunda parte.*

### **Lucrecia Borgia.**

*Advertencia.*—Por las mismas causas se hacen supresiones análogas á las anteriores.

*Última advertencia.*—Para indemnizar á los concurrentes de la música suprimida, el director de orquesta se presta á tocar unas preciosas variaciones para violín sobre el tema popular de la *Muñeira*. Á continuación, una niña de tres años cantará la conocida canción titulada *¡Agua va!* terminando la función con un capricho instrumental, compuesto por un aficionado, para guitarra, chinescos, platillos, pito, bombo y redoblante.

*La intendenta.*—¡Así no me extraña que se canten dos óperas cada noche!

*Una señora.*—Es una desgracia que estén resfriados los cantantes.

*Un caballero (con intención).*—Menos el bajo.

*Doña Agustina (apresurándose á dar otro giro á la conversación).*—Hija mía, ¡qué precioso vestido traes!

*La del vestido.*—Vale poco... es regalo de mi

esposo... está á la disposición de Vds. (*Devolviendo el cumplido.*) Agustinita, V. sí que trae un sombrero divino.

*Doña Agustina.*—Muy sencillito: sólo han entrado catorce varas de cinta; pero como aquí hay un lujo...

*Varias señoras con batas de percal.*—¡Asiático!!!

*La señora de la peluca.*—Soy de opinión de que nos vayamos á vestir para el teatro. Yo tengo precisión de peinarme.

*Todas.*—¡Vamos! (*Se levantan y caminan en grupos.*)

## ESCENA II.

DOÑA AGUSTINA del brazo de su esposo, andando á cierta distancia de las demás señoras. ADELA y su primo van delante. Detrás de todos, y bastante lejos, marcha BERNABÉ pensativo.

*Doña Agustina.*—Cuéntame ahora lo que ha sido.

*Don Damián.*—¡Un escándalo! Que me encontré á mi hija dando su mano á besar al caballero Bernabé.

*Doña Agustina.*—¡Me alegro!

*D. Damián.*—¡Cómo!

*Doña Agustina.*—Te lo explicaré. Ese Bernabé quiere á Adela desde que la vió. Es rico, muy rico. Su padre es el primer propietario de Ávila y tiene ceguera por su hijo único, y ya es tiempo de establecer á nuestra hija.

*D. Damián.*—Entonces he hecho una barbaridad en irritarme.

*Doña Agustina.*—Al contrario. No hay como los obstáculos para encender el amor. Á estas horas ha escrito á su padre pidiéndole autorización para casarse.

*Bernabé (siempre á lo lejos).*—¡Qué estarán tramando contra mí! ¡Oh madre cruel! ¡Oh padre tirano! ¡De seguro os vais á ausentar! ¡Me vais á robar mi tesoro! ¡Con tal de que el propio que he despachado á mi padre llegue á tiempo!

*D. Damián.*—¿Y cómo has averiguado lo que es ese muchacho?

*Doña Agustina.*—Es excusado decírtelo. Lo positivo es que dentro de poco habrá boda.

*Bernabé (á lo lejos).*—¡No hay remedio, tendré que robarla! ¡Huiremos á mi país para evitar la ira, el encono de esa madre, de ese déspota con faldas!

*D. Damián.*—Me admira tu habilidad... eres un Talleyrand.

*Doña Agustina.*—No: soy madre, y mi hija tiene veinticinco años cumplidos.

## ACTO CUARTO.

El teatro representa una sala modestamente amueblada.

La escena es en Madrid.

### ESCENA I.

La familia de la casa, compuesta de un padre empleado, la madre y dos hijas solteras. DOÑA AGUSTINA y D. DAMIÁN.

*Doña Agustina.*—El primero de octubre es la boda de Adela, y en su nombre vengo á convidarlas á Vds. El novio es un excelente joven. Le co-

nocimos en la Granja, y tantas instancias nos hizo, que hubo que ceder á su empeño; por otra parte, aunque algo lugareño, es instruído, y su padre tiene cuatro mil duros de renta.

*La señora de la casa (con envidia).*—Reciba V. mil enhorabuenas. Á mis niñas no las quiero establecer todavía: ¡son tan jóvenes!

*D. Damián.*—Pues yo reniego de la Granja. En la última borricada cogí un reúma que me hace andar con muleta.

*El señor de la casa (que es algo sordo).*—En efecto, el aire del campo es muy saludable.

*Una de las hijas.*—¿Y Cosme?

*Doña Agustina.*—Á mi pobre sobrino le han quitado el destino, porque dice su jefe que no hacía más que versos. Á los ocho días de volver, le destituyeron, y eso que dedicó su drama al jefe. Pero ahora se va á vengar en grande. Su melo-mamo-mimo-drama, así creo que se llama, se va á echar dentro de ocho días, y ha tenido la ocurrencia de poner al traidor el nombre y apellido del jefe de su negociado, que tiene la culpa de todo.

*Otra de las señoritas.*—¡Buen rato va á pasar!

*Doña Agustina.*—¡Ya lo creo! como que en el último cuadro le ahorcan primero y luego le fusilan, sí, le fusilan con flechas.

*La señora de la casa.*—Aquí ha estado ayer D. Canuto y viene muy descontento: como es tan raro, dice que en su libro pone que en la fuente de *La Toma* hay diez y siete ranas de piedra, y él sólo se encontró diez y seis y una viva. ¿Es

más bonita esa fuente que el Nocturno del Prado?

*Doña Agustina.*—Mucho más... Pero ya es hora: vamos, Damián. (*Se despiden.*)

## ESCENA II.

Los de casa.

*La madre y las dos hijas (con entusiasmo).*—  
¡El año que viene hay que ir á la Granja!!!

FIN.







## LA ALCARRIA.

### SUMARIO.

Nada nos duele.—Mozo, un Ontaneda.—El chisme indispensable.—El núm. 3 de berlina.—La Plaza de Toros.—Canillejas.—Actitud de los vicalvaristas.—Torrejón.—¡Mucho, mucho!—Alcalá.—El campo de maniobras.—El caballo del puente.—Guadalajara.—Dick y Patrick.—El tío Sisón.—El fuerte flojo.—Los saltadores.—Las cuñas de Horche.—El coloso de Armunia.—Tendilla á obscuras.—Los páramos.—Alhóndiga.—Auñón.—El guano artificial.—Los hombres son según lo que comen.—Las entrepeñas.—Impresiones de una niña.—Elogio de Chapinería.—Sacedón.—La Isabela.

**E**N otros tiempos, un autor que tuviese un regular amor propio, al participar á sus lectores que había emprendido un viaje á unos baños termales, no dejaría de consignar ante todo que nada le dolía y que todos sus remos se encontraban en la más envidiable integridad.

En el día esa precaución es completamente excusada, pues nadie ignora que los que acuden en tropel á solazarse en derredor de una fuente más ó menos templada, son por regla general los que menos lo necesitan.

Esto prescindiendo de que tenemos en Madrid un magnífico establecimiento de aguas minerales artificiales, en que se pide al mozo un Ontaneda, un Panticosa ó un Plombières, que le sirven á uno con la misma prontitud que un café, un ponche ó un chocolate.

En el caso presente, el autor y un hermano suyo emprendieron su viaje por razones de familia y de caza, razones cinegéticas que dirían nuestros vecinos, que tan escandalosamente abusan del griego.

Provistos de todos los arreos imaginables, incluso el cuchillo de monte, acudimos á las cinco y media de la mañana de un día de julio á la administración de diligencias de Guadalajara.

Como de costumbre, una numerosa concurrencia rodeaba el carruaje, y se escuchaba la confusa algarabía de besos, abrazos y despedidas.

Separados del grupo principal, advertimos dos viajeros que hablaban con calor.

—Aquí la llevo,—decía el uno enseñando con cierto misterio un paquete que tenía debajo del brazo.

—¡Y yo también!—decía el otro mostrando otro paquete parecido.

—¡No faltaba más que se me olvidase—replicaba el primero,—cuando el sabio autor del *Manual de la Isabela* encarece tanto la conveniencia de llevar ese chisme!

Al oír esto, mi hermano y yo nos mirábamos con inquietud.

No habíamos leído el *Manual*.

Ignorábamos qué objeto era ese cuya indispensabilidad proclamaba el autor.

Temíamos que la falta de ese objeto aguase toda la expedición.

¿Sería el pasaporte? Ahora sólo es una carta de seguridad, y la llevábamos. ¿Qué sería, Dios mío?

Por fin, al entrar en el carruaje, casi pesarosos de nuestra ligereza, oímos unas palabras á los dos compañeros de viaje que nos sacaron de nuestra ansiedad.

—La mía—decía modestamente el primero,—es de émbolo.

—La mía—respondía el otro en son de triunfo,—es de chorro continuo.

¡Ouff!

Una vez sentados en nuestros rincones de berlina, dirigimos una mirada compasiva al número 3 de berlina, que, como saben nuestros lectores, es el último mono de esa división del carruaje. Tan cierto es esto, que nadie ignora que hace muchos siglos César decía: «Prefiero ser número 1 de ronda, que número 3 de berlina.»

Nuestro número 3 reunía, en un grado inmejorable, las condiciones físicas de su posición, y era un excelente compañero de viaje.

Esta frase, bajo el punto de vista material, significa que el compañero no puede rivalizar en demacración con un esqueleto.

El nuestro, no exageramos, tenía un perfil de lenguado.

La parte intelectual nos satisfizo también, pues hablaba mucho y hablaba bien, cualidades que es

tan poco común hallar reunidas, como ver de bracero al director de *La Esperanza* y al de *Las Novedades*.

Entretenidos en observar al compañero y en entablar relaciones, apenas dirigimos una ojeada rápida á la Plaza de Toros, á la que, por extraño que parezca, no puede negársele el carácter de establecimiento de beneficencia, y otra á la Venta del Espíritu Santo, á donde acuden tantos devotos de Baco, sin echar de ver que influye más de lo que debiera, en la baratura del género, la proximidad de las aguas del desprendido Abroñigal.

Unas cuantas evoluciones, palabra en moda, de las ruedas nos hicieron atravesar la aldea de Canillejas, nombre que demuestra hasta dónde raya el ingenio de un pueblo que ha logrado encontrar un diminutivo de canillas.

Pasada esta población, sólo se divisaban á derecha é izquierda vastas llanuras de doradas espigas, que en unos lados ondeaban orgullosas al aire, y en otros yacían mustias en los surcos, derribadas por la hoz del segador.

En este momento, un viajero del cupé, que inspeccionaba la campiña con un largo anteojo, exclamó:

—Allá á la derecha se ve, es decir, yo veo Vicalvaro.

—Excitada nuestra curiosidad con esta exclamación, sacamos la cabeza por la portezuela del carruaje, y tomamos noticias del viajero perspicaz del cupé, que nos las dió sumamente satisfactorias.

Nuestros lectores pueden tranquilizarse.

Lejos de hallarse, como se aseguraba en los corrillos de la Puerta del Sol, los vicalvaristas en actitud hostil contra el Gobierno, nuestro compañero nos aseguró que, al través de su catalejo, los veía entregados á las pacíficas faenas de la recolección; ocupados, quién en trillar, quién en limpiar, quién en amontonar la parva.

Poco tiempo después entramos en Torrejón de Ardoz, donde relevamos, y donde el mayoral, el zagal y el indispensable número 3 de contrabando de la delantera tuvieron por conveniente refrigerarse con un líquido, que para nuestros débiles estómagos cortesanos se lleva muy poco en cualidades refrigerantes con la lava del Vesubio.

Al salir del pueblo, contemplamos con tristeza aquellas llanuras en que vino á desenlazarse una de las más complicadas situaciones políticas de nuestra patria, y en que, por la vigésima vez, y sin perjuicio de otras vigésimas variaciones, inauguramos los españoles una era de gloria, bienestar y prosperidad, por supuesto, imperecedera.

Vino, por fortuna, á distraernos de estas ideas, impropias ciertamente de un hombre que lleva cuchillo de monte y que tiene guerra declarada á todo género de cuadrúpedos y volátiles indomesticados, nuestro compañero de viaje, que nos contaba las tribulaciones sufridas en cierta excursión que hizo á Francia en compañía de su esposa, que, entre paréntesis, según nos dijo, tenía tanta sobra de carne como él falta.

—Figúrese V.—decía,—que llegamos á Biarritz...

—Á ese sitio delicioso,—exclamamos interrumpiéndole.

—¡Delicioso!—repitió con asombro;—se conoce que no ha estado V. por allá: es el rincón más horrible del mundo, sin vegetación, sin nada; con una playa diabólica, en que se bañan revueltos los hombres y las mujeres; en que las señoritas más elegantes pasan de manos de sus doncellas á las de un barbudo bañero; en que se traga polvo y se coge el sol, ni más ni menos que en la Ronda de Madrid. Como le decía á V.—prosiguió,—abrazados por ese sol, veníamos mi mujer, mi hija y yo por las calles en busca de un café; pero aunque no escasean, no nos atrevíamos á entrar en ninguno, porque no sabíamos una jota de francés, y el amigo que nos servía de intérprete nos había abandonado para zambullirse en aquel pisto de ambos sexos que bulle y hierve en la playa. Pero ¡oh fortuna! al volver una esquina se nos vino á los ojos un rótulo que decía: *Cáfé de Madrid*.

—¡Ya estamos en casa!—exclamamos alborozados, instalándonos alrededor de una mesa de mármol.

—¡Mozo!—dije con desembarazo,—chico de limón y grande de cerveza!

—No—dijo mi hija;—tengo mucha sed: mozo, grande y grande.

Á todo esto el mozo, que parecía tan de mármol como la mesa, permanecía inmóvil contemplándonos.

En vano repetimos á coro el pedido.

—*Chico y grande, grande y grande: ¿comprend pas?*—decía angustiado.

Al ver la actitud extática del mozo, un individuo grueso y rubicundo, que nos pareció el jefe del establecimiento, se aproximó á nosotros y nos dijo con la gravedad del que está penetrado de su ciencia:

—¡Oh! yo saber l'español mucho, mucho.

Repetimos el pedido; dijo cuatro palabras en francés al mozo, y nos replicó con satisfacción y como para darse por entendido y calmar nuestra impaciencia:

—¡Mucho, mucho!

Inmediatamente nos trajeron una ponchera con un brebaje que sabía á dulce y olía á ron.

Mientras nos contemplaba con cierto orgullo el francés, mi esposa no pudo menos de exclamar dirigiéndose á él:

—¡Jesús, María y José, y qué mal sabe esto! Diga V., ¿nos hará daño?

—¡Mucho! ¡mucho! ¡mucho! ¡siñora!

Aún nos reíamos de la aventura del compañero, cuando, aproximándonos á Alcalá, costeamos á galope la antigua ciudad en donde por tantos años se enseñó Teología y Leyes, y donde ahora se enseña Equitación y Esgrima.

¡Quién le hubiera dicho al cardenal Cisneros que su claustro de doctores se vería reemplazado por una belicosa escuela de Caballería! ¡Quién que, andando el tiempo, su moderna Atenas había de adquirir la fama de ser el punto donde mejor se hierra á frío y á fuego!

Entretenido en estas reflexiones, y siguiendo el tiro á escape, apenas tuvimos tiempo para observar con toda la profundidad de un Dumas y un Gauthier que los habitantes de Alcalá merecen el elogio que los escritores de viajes prodigan á todos los indígenas que no son positivamente antropófagos. Los habitantes de Alcalá, diremos, pues, con todos esos viajeros ilustres, son alegres, hospitalarios, de condición suave y de agradable trato.

En vano quiso protestar contra este último rasgo el número 3 de delantera, que refunfuñaba:

—¡Agradable, sí, agradable; váyase por cuando me apedrearon, y de lo lindo!

Bastaba ver la punta de la nariz de dicho número 3 y recordar la calma con que tomó el famoso refrigerio de Torrejón, para comprender que si alguna vez la esperanza, el porvenir, la juventud complutense le lanzó algunas peladillas, fué por horror al vicio, fué porque su alta moralidad llega, no sólo á increpar, sino hasta á apedrear la embriaguez.

Á todo esto llegamos á la venta de la Cortina, donde se relevaba. Acto continuo, el mayoral, el zagal y el número 3 de la delantera manifestaron vivos deseos de echar un reparo al estómago, y á poco rato salieron con un manjar en la mano y un vaso en la otra.

—¡Jesús! mamá—exclamó una niña de diez y seis abriles, que no había querido apearse del interior,—¿qué comen esos hombres?... ¡Calla! son chorizos: ¡qué negros! ¡qué asco! ¡estarán crudos!



Á lo que el señor del catalejo, que tampoco había querido descender de su Olimpo, replicó gravemente:

—¡Quiá, señorita: están... petrificados!

Echado el reparo, volvimos á emprender la marcha, teniendo la satisfacción de que el compañero nos dijese, como del país, á quién pertenecía cada terrón de tierra que dejábamos á derecha y á izquierda.

Entonces observamos, aunque sin atinar con la causa, que los propietarios llamados capellanía de Tal, memoria de Cual, obra pía de los Zutanos, vínculo de los Menganos y otros parecidos, no tenían tan limpios sus majuelos, tan espesos sus trigos, como el tío Juan ó el Sr. Pedro.

Ya cerca de Guadalajara, vimos á mano derecha el campo de maniobras de los ingenieros, donde se celebran de vez en cuando simulacros y funciones bélicas, en que los aventajados alumnos tienen que luchar con un enemigo real y positivo de su sosiego, cual es el garbo y donaire de las madrileñas de todas condiciones que acuden á presenciar sus ejercicios y á disfrutar de la fiesta y de los obsequios que se las tributan.

Desde ese Campo de Marte llegamos sin novedad al puente, donde nos detuvieron, á tiro de bala de la población, un cuarto de hora para enganchar un caballo más, que era tan inútil como en lo antiguo un regidor en un teatro de Madrid.

—¡Jezú!—exclamó un chusco que estaba arriado al antepecho del puente, y entretenido en

escupir en el agua:—¡eze cabayo viene tan á zu tiempo como en las Córtez los porzupuestos!

Por fin llegamos á las doce á la administración, y cada uno se dispersó con su bagaje.

Mientras íbamos andando con un amigo que nos esperaba á comer, vimos que entraban en una casa inmediata los dos individuos de los paquetes, y oímos que uno decía:

—¡El *Manual* no dice si el agua ha de ser fría!

—¡Bah!—contestó el otro,—la pondremos de placer.

Comimos opíparamente, charlamos con nuestro amable y querido anfitrión, echamos un rato de siesta, dimos una vuelta por la ciudad y nos cercioramos de que el último figurín, al menos así lo decía un rótulo, había sentado sus reales en Guadalajara.

En una de las plazas advertimos que un viajero, al parecer francés, contemplaba á los rapazuelos que jugaban al toro.

—¡Ah!—dijo en francés—esto es notable: saquemos la cartera,—y apuntó: «Es tal el furor de los españoles por los toros, que (y esto yo lo he visto) desde la edad de ocho años se ensayan á torear.»

En esto sonó una voz de timbre desagradable, que dijo en inglés:

—Dick Patrick, milord pide los caballos.

—¿Cómo? que, ¿qué es eso?—exclamó el francés.

—Es—respondió riendo mi amigo,—que esos dos españoles frenéticos por los toros son natu-

rales de Irlanda son los *grooms* de lord Stoyne, que está aquí de temporada.

—Igual me da—contestó el francés sin borrar su observación:—*quod, scripsi, scripsi*.

Poco después volvimos á encontrar el francés, que seguía con curiosidad una comparsa de titiriteros que, rodeados de granujas, iban anunciando por las calles á son de tambor la función de la tarde.

El francés, con su diccionario de bolsillo en la mano, se devanaba los sesos por comprender el sentido y significado del pregón.

Nada tenía de extraño, pues el único fragmento de la proclama que oímos decía:

—Á la puerta no se exigen *monises*, pues es un *auto* voluntario de la voluntad de cada uno de por sí.

Así que advertimos que la fuerza del sol nos permitía abandonar la sombra de la ciudad, volvimos á casa, y nos encaramamos en sendos machos que nos esperaban á la puerta y que habían de conducirnos á la Isabela.

Delante de nosotros, y en otro macho, caminaba el arriero que había de dirigir nuestra ruta, y que, según nuestro amigo, era una celebridad de Guadalajara.

Vivo retrato de Sileno ó de Baco, iba cantando nuestro corpulento guía, que sin haber sido criado, mayordomo ni fondista, había recibido, sin embargo, de sus conciudadanos el apodo de tío Sisón.

Á pocos pasos le preguntamos:

—¡Eh! tío Sisón, ¿qué iglesia es esa de la izquierda?

—¡Iglesia!—respondió herido en su susceptibilidad guadalajareense.—¡Si es el fuerte de los ingenieros!

Perdónennos los muchos y buenos amigos que tenemos en el Cuerpo; pero su fuerte de Guadalajara sólo inspira, al que ignora las sublimidades del arte, una irresistible tentación de entrar en él á oír misa.

Más adelante nos paramos á contemplar una fuente que despide por cuatro caños cuatro soberbios raudales de agua.

Pero el tío Sisón, á quien este espectáculo parecía antipático, se cubrió el rostro con la bota y se apresuró á protestar, por medio de enérgicos tragos de lo tinto, contra nuestras tentaciones hidrópicas.

Arrullados por el melodioso chirrido de las chicharras, llegamos medio durmiendo hasta un sitio distante como una legua de la ciudad, en que nos detuvo el tío Sisón para decirnos:

—Aquí fué donde me robaron.

—¡Cómo! ¿Qué es eso?—exclamamos echando mano á las escopetas.

El sitio, en efecto, tenía todos los requisitos apetecibles para el caso, y á derecha é izquierda abundaban los peñascales y las hondonadas, llamadas por los émulos de Candelas confesonarios.

Incontinenti, y sin quitar el dedo del gatillo, exigimos una relación detallada del robo.

En pocas palabras nos confesó el tío Sisón que

en cierto día, siendo ya algo más que entre dos luces, y viniendo él, indudablemente, entre dos vinos, le salieron al camino tres hombres armados que le hicieron apearse y le quitaron un bolsón que traía.

Por fortuna el bolsón estaba hinchado sólo de cuartos, y alegrándose de antemano el tío Sisón al pensar el respingo que darían los tres camaradas cuando examinasen detenidamente el contenido del saco y el colorido cobrizo de su presa, tuvo la original idea de convidarles á comer una tortilla que llevaba en las alforjas y á apurar la bota, que apenas se resentía de las libaciones de la tarde.

Aceptaron los ladrones, y con la mayor paz y cortesanía se llevó á cabo este banquete, sin ejemplar tal vez en el mundo.

Al llegar á este punto de su narración, el tío Sisón, que tiene sus ribetes de filósofo, nos hizo notar cuán necesario condimento es de todo manjar el temor de Dios y de la Guardia civil, pues no obstante que la tortilla estaba tan rica que era cosa de chuparse los dedos, entre los tres salteadores no consiguieron comer la mitad que su víctima.

Poco después atajamos á nuestros amigos de los paquetes, que iban en modestos asnos y con guía á pie.

Al pasar por delante no pude menos de decirles:

—Una pregunta, señores: ¿de qué sistema será la que usa el autor del *Manual*?

Momentos antes de obscurecer, descendimos la

tortuosa calle de Horche, empedrada por el sistema de cuñas, pero con la singularidad de tener cada cuña una tercia de alto y hallarse plantadas á media vara una de otra.

Concluído sin novedad este paseo gimnástico, que nos recordó el de las botellas de Auriol, echamos una ojeada retrospectiva al pueblo de Horche, que es de gran vecindario; bebimos de la riquísima agua de una soberbia fuente de que pueden estar los horchenses más orgullosos que de su empedrado; seguimos bajando pie á tierra por unos cerros cubiertos de viñedo y de olivo, gozando de una perspectiva encantadora formada por un valle extenso, al que baña y fertiliza un río de sinuosa y plateada corriente, limitada por doquiera por montañas elevadas, cuyas formas velaban ligeramente las nieblecillas de la tarde, y animada, en fin, por los caseríos del inmediato pueblo de Armunia, cuyas chimeneas humeaban en azulados espirales y cuyos habitantes se veían en las eras inmediatas ocupados en las faenas de la recolección.

¡Qué lástima que Horche no esté á ciento cincuenta leguas de Madrid! ¡Qué lástima no se llame Horcheville ú Horchogoff! ¡Cuántos madrileños acudirían entonces á disfrutar de su campiña y á ponderar sus aguas!

Embelesados con la contemplación de paisaje tan encantador; adormecidos con el aroma del tomillo, de que es tan pródiga la Alcarria, llegamos á las márgenes del río, que según queremos recordar es el Tajuña, y tuvimos que vadearle á caballo con algún trabajo.

Cien pasos más arriba, un puente inválido, que había perdido uno de sus dos ojos, parecía contemplar socarronamente con el que le quedaba nuestro improvisado y desagradable baño de pies.

Según el tío Sisón, el tal puente estaba amenazando ruína treinta y seis años. Los armunienses, alarmados, no cesaban de elevar súplicas al cielo y al gobernador para que les enviase un ingeniero que reparase su maravilla.

Llegó por fin aquel deseado momento: vino el ingeniero, vinieron las cuadrillas de operarios y los carros de materiales; retumbó la mina, humeó la cal, y quedó por fin la obra concluída á satisfacción del pueblo.

Cabalmente aquel mismo año, el puente, cansado de tantos años de servicios, tuvo por conveniente jubilarse, tumbándose á dormir en el Tajuña.

Á falta del puente, la cosa más notable que hay ahora en Armunia es un opulento y corpulento labrador, á cuyo lado el tío Sisón parecía ético.

Después de saludar en las eras á ese ciudadano, que parecía vaciado en el molde del coloso de Rodas, proseguimos nuestra ruta entre las primeras sombras de la noche.

Á las nueve entrábamos en Tendilla, en donde después de una buena cena, de la que desterramos inflexiblemente el aceite alcarreño, que es capaz de hacer bueno al paladar el de linaza ó ricino, nos echamos á dormir, volviendo á montar en los machos á las dos de la mañana para llegar con la fresca á la Isabela.

Comprometidos á referir nuestras impresiones de viajes, y amantes escrupulosos de la verdad, diremos francamente el efecto é impresión que nos causó Tendilla.

Desde luego las casas nos parecieron negras como el humo; los habitantes que entreveíamos sentados á la puerta de sus hogares, negros como la pez; los árboles, negros como la tinta de imprenta; el agua de la fuente, negra como el betún craso de los limpia-botas de Madrid.

Si dijéramos otra cosa, faltaríamos á la exactitud.

Por lo demás, como la posadera, única persona cuyo colorido, examinado á la luz del candil, nos pareció normal, estuvo complaciente; como en toda la noche no nos dejó pegar los ojos un mozo de mulas que estuvo requebrando al son de la guitarra á alguna Maritornes de la vecindad, nos creemos con derecho para asegurar que los habitantes de Tendilla son dulces, afables, hospitalarios y enamorados.

Anudando el hilo de la narración, diremos que proseguimos nuestra caminata al través de las sombras de una noche obscura como boca de lobo; que trepamos una cuesta en cuyas ásperas revueltas perdíamos á cada instante de vista el bulto opaco que formaban el tío Sisón y su macho; que apenas pudimos columbrar á mano derecha, y bajo el aspecto de una enorme mancha negra, las ruínas del célebre monasterio de la Salceda, que, al decir de los que le han visto, es en alto grado pintoresco.



Por fin, al llegar á los páramos de Tendilla, los cantos de los pájaros, entre los que descollaba la voz vibrante, argentina y original del chorlito, una brisa de nieve y una rosada faja que empezaba á teñir el horizonte sobre nuestra izquierda, anunciaron la próxima venida del astro del día.

Sus primeros rayos vinieron á quebrarse sobre nuestras capas, á tiempo que entrábamos en un pueblecillo llamado Alhóndiga, que cruzamos al trote, perseguidos por los ladridos atronadores de un sinnúmero de perros, en quienes creímos descubrir algunas tendencias inquietantes antropófagas.

Á la salida del pueblo de Alhóndiga tropezamos con un enorme cerro, que escalamos por el atajo, y que descendimos del mismo modo, sin otra diferencia que la de que, al subir, el desnivel del terreno nos hacía inclinar la cabeza hasta dar con las narices en las orejas de las acémilas, y, al bajar, la misma causa producía el efecto contrario, de tener que arrimar la nuca al extremo opuesto de la cabalgadura. Apenas habíamos recobrado la perpendicular sobre la albarda, cuando llegamos al pueblo de Auñón, pueblo aceitero por excelencia, y pueblo que, por consiguiente, trasciende á aceite dos leguas á la redonda.

Francamente, y sin que esto sea motivo de incomodidad para los habitantes de Auñón, y menos para nuestro amigo D. Enrique de Saavedra, Marqués de Auñón, en un principio creímos que desde Chamberí se había trasladado á aquel pueblo la fábrica de guano artificial de M. Bernar-

dini, á cuyo lado parece patchoulí y almizcle el aroma de un cebadero de cerdos.

Á la salida del pueblo, que por lo demás es muy pintoresco, escogimos un sitio alfombrado de césped, cortado por un límpido arroyuelo y sombreado por árboles frondosos, para descansar un rato y tomar un refrigerio en que el jamón tomó una parte, aunque pasiva, de la mayor importancia.

Como la contemplación de la naturaleza conmueve las almas más empedernidas, no nos extrañó que el tío Sisón se enterneciese hasta el punto de empezar á besos amorosos con su bota, que poco á poco, y á impulso de tan vehemente afecto, empezó á perder visiblemente de volumen, y acabó por doblar la cerviz mustia y exhausta.

Terminada la colación, volvimos á emprender la ruta, cruzando á cada instante grupos de gentes del campo, que á duras penas y con manifiesta repugnancia nos devolvían el saludo, lo que en Castilla se llama la palabra de Dios.

Á tanto llegó en una ocasión el despego y mal gesto de los que saludamos, que el tío Sisón no pudo menos de exclamar:

—¡Qué quieren Vds.! estas gentes están reducidas á comer pan de centeno, á guisar con su aceite, y los hombres son según lo que comen.

¡Los hombres son según lo que comen! He aquí una reflexión sobre la que puede fundarse un sistema tan acertado como el de Montesquieu cuando discutía acerca de la influencia de los climas en la forma de gobierno.

Ese sistema, sea dicho de paso, siempre me ha parecido incompleto.

Á poco que se perfeccione, tendremos el absolutismo para la canícula, el gobierno representativo para primavera y otoño, y la democracia para el invierno.

¡Los hombres son según lo que comen! Ya había presentido esa gran verdad el gran Enrique IV de Francia, el autor de aquel programa político, no superado por el de Manzanares ni por ningún otro, y que consistía en ofrecer á cada ciudadano francés una gallina cuotidiana en el puchero.

Aún continuaba vagando mi imaginación por los espacios abiertos por la reflexión profunda de nuestro guía, cuando llegamos al puente del Tajo y entramos por el precioso camino llamado de las Entrepeñas, porque corre entre la margen izquierda y derecha del río y unas elevadas rocas que se alzan perpendiculares hasta las nubes.

Nos resistimos á creer que en Suiza exista un punto de vista más pintoresco.

Tres ó cuatro peñascos desgajados formaban una isleta en el centro del río, cuya corriente precipitada rodeaba la isla de una espumosa faja.

Este accidente del terreno, como ahora se dice, nos recordó dos cosas. Fué la primera, que en cierta ocasión vimos en Aranjuez á una preciosa joven abrir un álbum con tapas de carey y con embutido de penta, que llevaba el título de *Mis impresiones*.

Vimos sacar un lápiz. Y vimos aquella linda mano que le esgrimía con habilidad, escribiendo:

«En Aranjuez he notado una isla que ofrece la singularidad de hallarse rodeada de agua por todas partes.»

Fué el segundo recuerdo nuestro, que nada se oponía á que en aquel instante estuviesen á punto de desgajarse otros tres ó cuatro peñascos, que, por desgracia, no podían bajar á formar otra isla no menos pintoresca que la que contemplábamos con delicia, sin pasar por encima de nosotros.

Esta reflexión me hizo provocar al mulo á un galope imprudente, y á este paso atravesamos el Callejón del Infierno, que, como su nombre lo indica, es una prueba palpable de que en algún tiempo la naturaleza ha debido padecer convulsiones y calambres verdaderamente titánicos.

Poco después se ofreció á nuestra vista la gran villa de Sacedón, que dejamos á un lado; pero que por lo poco que vimos nos pareció merecer el mismo elogio que hacía cierta señora de Chapinería.

—Chapinería—decía esta señora,—ofrece la ventaja de que en saliendo de la ciudad se encuentra uno al instante en el campo.

Muy luego una piedra millaria, como dicen algunos, nos anunció que sólo quedaba media legua para la Isabela. Apretamos el paso; divisamos el palacio, el bosque, el pueblo; corrimos unas varas más, y vinimos á echarnos en brazos de nuestro padre, á recibir las caricias de una madre.

Aquí concluye la relación del viaje.

Los goces de la familia se sienten, no se cuentan.

La publicidad en estos casos es una profanación.



## MAÑANAS DE LA GRANJA.

### MEDITACIÓN PRIMERA EN FORMA DE PREFACIO.

En la que se trata de los amores del autor, de los del Cid; se manifiestan saludables y provechosas máximas, y se declara casi la razón desta obra.

Otra fulgura sus rayos  
En mitad del claro día,  
Y su lumbre ardiente envía  
Al árbol como á la flor.

N.

**E**L autor de estas líneas se ha conquistado entre sus amigos y conocidos una reputación inmerecida de insensible y desapasionado.

Al formar semejante juicio, los que tal opinan se dejan llevar de engañosas apariencias, pues se fundan principalmente en la excelente salud de que goza el que esto escribe.

Los cuadros de Tiziano, Rubens y otros maestros bastan para demostrar que el amor no conduce necesariamente á la demacración. Los pin-

tores citados le simbolizan en un niño sano y robusto, que tiene abultados los carrillos, el pecho y lo demás de su cuerpo; y digo lo demás, porque por una de las infinitas inconsecuencias de nuestra humana especie, hay cosas que ruborizan escritas y que pintadas se admiran.

Nada tiene, pues, de extraño que el autor de este escrito, que salió una tarde de su casa con el ánimo tranquilo y despejado, volviese de paseo meditabundo y preocupado, y que este cambio le produjesen unos vivos ojuelos que desde entonces le persiguen con su recuerdo á todas horas y en todas partes.

Bajo la grata impresión del primer chispazo, pensó en seguir la senda trillada por donde caminan de reata los enamorados de nuestra época.

Trató, por tanto, de hacerse presentar en la casa por un amigo complaciente, apercibiéndose para la primer visita con los atavíos siguientes:

Una camisa de finísima holanda,  
Unas botas de legítimo charol inglés,  
Un pantalón de suavísimo *satén*,  
Un chaleco de blanquísimo piqué,  
Una corbata de lustrosísima seda,  
Un frac de elegantísimo corte,  
Un sombrero de delicadísimo pelo,  
Unos lentes de transparente concha,  
Unos guantes de Dubosc.

Pero abandonó ese proyecto, dejando á un lado las prendas enumeradas, al considerar que otros quince ó veinte adoradores le habrían precedido con suerte adversa en su visita,

Llevando el mismo traje,  
Subiendo los mismos peldaños,  
Llamando de idéntico modo,  
Haciendo igual cortesía,  
Sentándose en la misma silla,  
Y diciendo las propias trivialidades.

Hubo, pues, de prescindir de este medio por sobrado vulgar, porque, excepto el ridículo, nada aterra al que esto escribe tanto como la vulgaridad.

Por identidad de razón rechazó, después de un breve examen, el no menos usado recurso de declarar su pasión en una carta, atendiendo á que la que era objeto de su adoración habría leído, permíteme la suposición, por aquellas fechas un centenar de epístolas amatorias,

Concebidas en iguales términos,  
Escritas en el mismo papel *satiné glacé*,  
Perfumadas con la misma esencia,

Y [en las que se la prodigarían las flechas, los dardos y las llamas de que tanto acopio y consumo hacen los amadores.

Además de que horrorizaba al autor la idea de que habría de valerse para entregar su ardiente misiva del auxilio de su criado, ó tal vez del poético aguador.

Desdeñando medios tan vulgares, pensó en manifestar su pasión por medio de una brillante serenata; pero desistió también de este plan, porque, como las serenatas amorosas son en la corte de España remotas tradiciones, era más probable que su adorada, equivocando la sana intención de los músicos, interrumpiese á los arpistas ó guitarristas

con una lluvia ó granizada de piezas de dos cuartos.

Sin rubor confiesa que pasó también por su imaginación la idea de plantarse á caballo y lanza en ristre sobre el asfalto de la Puerta del Sol, adornado con los colores de su dama y retando á los que negasen su belleza; pero reconoció que esto era impracticable:

1.º Porque habiendo visto á la que amaba engalanarse sucesivamente con trajes blancos, negros, rosados, verdes, cenicientos, morados, azules, tornasolados, escoceses, listados, de mezcla y *chínés*, no le era posible averiguar, en confusión tanta, cuál era el color predilecto.

2.º Porque, siendo la generación actual sumamente política y bien educada, nadie incurre en la grosería de desmentir á otro cara á cara, aun cuando le despedace apenas vuelve la espalda.

3.º y último. Porque probablemente sólo había de luchar con algún municipal que le intimase la orden de dirigirse con todas armas á un cajón, como perturbador de la pública tranquilidad.

Entonces hubo de envidiar el que esto escribe los tiempos afortunados de Ruy Díaz de Vivar y de D. Suero de Quiñones.

En aquella época en que la galantería era un culto y el amor una religión, había sobrados medios de demostrar á una dama la vehemencia de los afectos que inspiraba.

Una mujer podía creer en el cariño de un hombre que por acercarse á su reja despreciaba los riesgos de recorrer á deshora las obscuras y tortuo-



sas callejuelas de una ciudad arábica, que por ella se lanzaba á los combates, ó exponía su vida en una justa ó un desafío.

En la actualidad las cosas han variado completamente de aspecto. El que sigue los pasos de una mujer en el Prado ó el Retiro, *no hace un gran sacrificio*, pues goza de los placeres que procura una tarde apacible, un ambiente puro, un sol templado y una vistosa concurrencia, entre la que encuentra á sus amigos ó á otras personas, con las que inicia ó termina algún negocio productivo.

El que la sigue á la Iberia ó al Suizo, tampoco *hace un gran sacrificio* en sentarse á una mesa inmediata y saborear entre guiño y guiño una cucharada de sorbete de grosella, vainilla ó crema de café.

El que la acompaña al teatro, tampoco *hace un gran sacrificio* en arrellanarse en una butaca y dejarse arrebatarse por la Alboni ó Teodora, Ronconi ó Arjona.

El que la habla en un sarao, tampoco *hace un gran sacrificio* en bailar agradables polkas ó redowas, cultivando de paso provechosas relaciones, y atrapando al vuelo un vaso de ponche de los que, en magníficas bandejas, circulan por el salón.

Por último, y esto raras veces sucede, el que se proporciona un duelo no se expone á otros riesgos, gracias á la filantropía de los armeros y padrinos, que á los de una ligera indigestión del succulento almuerzo que sirve de habitual epílogo á la bélica parodia.

Así es que, por los afortunados tiempos que atravesamos, cuando el amor no es una especulación, es un recreo agradable, una ocupación tranquila, un placer sin amargura, una flor sin espinas.

De aquí el que una mujer se halle en la imposibilidad de distinguir cuál de sus adoradores es el que la considera como una distracción de sus trabajos de oficina, y cuál el que la idolatra, y vive y goza cuando la ve, y pena y sufre cuando se halla distante de ella.

Antes al contrario, como el amor no consiste en el día sino en palabras, las mujeres, salvo ligeras excepciones, prefieren al que las cubre de flores y las deslumbra con una chispeante conversación, á aquél que, sofocado y confuso, sólo acierta á tartamudear un cumplido.

Y sin embargo, el primero es capaz, á lo sumo, de recoger un abanico que se cae en el suelo, y el segundo arriesgaría su vida por una simple mirada.

De las profundas observaciones que el autor ha hecho en la materia, deduce los axiomas siguientes:

1.º El hombre que mejor expresa su amor, es el que menos le siente.

2.º En los jóvenes de menos de veinticinco años, el verdadero enamorado es el que á la vista de su amada parece ahogarse en el corbatín.

3.º El más apasionado es el que á una hora de conversación con *ella*, sólo acierta á decirle: «¿Cómo está V.? ¿Y mamá? ¡Qué buen tiempo hace! ¡Hace mucho tiempo que no llueve!...» y otra

porción de cosas interesantes, al paso que con cualquiera persona sabe sostener una conversación agradable y nutrida de gracia y de chiste.

En este último caso, fuera de lo que tiene de li-sonjero, se hallaba desgraciadamente el autor, y, presagiando una derrota completa, creyó prudente abstenerse, retirándose como Aquiles á su tienda.

Pero no porque aparentase una calma engañososa consiguió borrar de su memoria aquellos penetrantes ojuelos, cuyo recuerdo, más vivo que en otra parte, le asaltó en las florestas de la Granja.

Á ellos van dedicados este artículo y los demás que le siguen, pensados bajo la sombra de un frondoso tilo, á las márgenes floridas de un cristalino arroyuelo, y escritos en algunas frescas mañanas en que se desliza la pluma sobre el papel como el hábil nadador sobre las aguas de la elegante playa de Biarritz.

MEDITACIÓN FILOSÓFICA, AUNQUE LIGERA, EN LA QUE SE CONSIDERAN BAJO UN ASPECTO ENTERAMENTE NUEVO LA POESÍA, LA MÚSICA Y EL BAILE.

Al concluir la lectura del prefacio que antecede, tal vez algún suscriptor arroje el periódico, diciendo que no se ha abonado á *El Diario* para enterarse de declaraciones de amor.

Y sin embargo, ni el autor de estos artículos ha revelado su verdadero nombre, ni ha dado de su adorada otras señas que sus vivos ojuelos, ni ha confesado una pasión con esperanzas.

Y ese mismo suscriptor no se alarma cuando lee

una gruesa de quintillas consagradas, por ejemplo, á la señorita Doña Juana Francisca Pérez y Rodríguez por D. Braulio Gómez y García, en las que se alaban los purpurinos labios, la nítida frente, la sonrojada mejilla, el albo seno de la dama, y se la pide un ósculo ardiente, con otras lindezas por el estilo que se deslizan inadvertidas entre la cadencia y la rima.

¿Qué privilegio tiene el verso, qué prerrogativa el consonante, para que se diga á su sombra cuanto se pasa por la mente del poeta, mientras que no se tolera la más pequeña licencia al pobre prosista?

No es fácil adivinar la razón de esta diferencia; pero ella existe y es bien notoria.

En las sociedades, en las tertulias, en los periódicos, en los liceos, se da publicidad á infinitos versos, detestables casi todos, es verdad, pero en los que se describen los atractivos, los encantos de la persona á quien van dedicados, con una prolijidad y exactitud admirables, sin que nadie se ofenda por ello.

Si en una escogida reunión un joven sacase un rosado papel del bolsillo del frac, y dirigiéndose á una de las jóvenes presentes, á quien sólo hubiese visto dos ó tres veces, dijese: «Á Anita,» y después de sonarse y toser añadiese: «Quisiera que el viento levantase la manteleta que cubre tu seno turgente para verlo latir y agitarse,» es seguro que sería ignominiosamente arrojado del salón por todos los concurrentes, previo el desmayo de la señorita aludida y el ataque de nervios de la mamá.

Pues ese mismo joven exclama:

Soplad ese velo,  
Sopladle y veré  
Cuál late y se agita  
Su seno con él;  
El seno turgente  
Do tanta esquivez  
Abriga en mi daño  
La flor del Zurguén.

En este caso, como la misma idea está expresada en verso, pierde su arriesgado colorido, y todos los concurrentes se apresuran á felicitar al poeta, el cual se esponja de tal modo con los elogios que le prodigan, que tiene que aflojar disimuladamente la hebilla del chaleco.

Excusado es advertir que la composición citada es del ruboroso Meléndez Valdés, del púdico Batilo, del grave magistrado, pudiendo inferir de esto hasta dónde avanzarán otros vates de corazón más ardoroso, y cuyos arrebatos no encubra la austera vestidura de la toga.

El autor considera ocioso multiplicar ejemplos; pero se halla dispuesto á probar que, de cien poesías anacreóntico-amatorias, lírico-amatorias, elegiaco-amatorias y demás de género análogo, no hay dos que puedan ponerse en simple prosa sin ofensa del pudor de las mismas personas que las saben de memoria y se complacen en recitarlas.

Considerada la poesía bajo este aspecto, puede definirse diciendo que es una forma convencional aceptada por la sociedad para expresar todo aquello que no puede indicarse siquiera en prosa.

Otro tanto sucede con cierta clase de música.

El que esto escribe comprende muy bien los goces que procura el escuchar á Gardoni ó la Persiani; pero hasta hace muy poco ignoraba la causa de que el mundo elegante acudiese presuroso á infinitas reuniones musicales, en las que, por lo general, se sirven á los concurrentes verdaderos *morceaux*, como dicen nuestros vecinos, de Rossini, Bellini, Verdi ó Mercadante.

Con sólo observar atentamente lo que se hacía y decía en dos ó tres conciertos á que asistió, pudo convencerse de que en las reuniones de esta clase la música no es más que un pretexto.

He aquí uno de los lances que apuntó en su cartera y le convenció de esta verdad:

Un joven de corta estatura, grueso, patilludo y sumamente amigo del autor, deseaba expresar á una preciosa niña de azulados ojos el volcán que en su pecho ardía.

Si desde un extremo del salón hubiese exclamado á grito pelado «yo te amo,» podía contar de seguro con un rumor de universal reprobación y prepararse á recibir una tremenda bofetada de un hermano de la joven, capitán de Caballería, de torva mirada y avinagrado gesto.

Afortunadamente el amante tenía, al menos según aseguraba su maestro, una excelente voz de tenor; y bajo el pretexto de cantar un duo de *I Puritani* condujo al piano á la que era objeto de su amor, la cual podía vanagloriarse de ser una tiple de primer orden también, según su profesor.

Con la mano izquierda apoyada en el piano, y

la derecha en el último ojal del chaleco, el amante dirigió una ardiente mirada á su adorada, y cantó con voz estentórea sobre setecientas veces *jio t'amo! jio t'amo!* á lo cual ella replicó con otro requiebro en el mismo idioma, continuando en esta agradable ocupación hasta que la terminaron con un gorgorito final de grande efecto, que retembló los cristales de las ventanas, y que los concurrentes cubrieron con una salva de aplausos y bostezos reprimidos.

Á continuación el tenor estrechó con entusiasmo la mano de la tiple, la cual correspondió á esta amorosa señal, sin que nadie murmurase ni criticase, porque habiéndose galanteado en italiano, y sin desafinar apenas, los respetos sociales estaban satisfechos.

Á esta pareja sucedió otra, que escogió para su escopeteo amoroso el precioso dialecto gitano, admirando á toda la concurrencia el garbo con que cantaron unas coplitas que, en cuanto á claridad, nada dejaban que desear.

Varios andaluces se apresuraron á declarar que ambos habían cantado con tal propiedad, que en nada desmerecían del tío Mondongo y la tía Carcoma, celebrados artistas, cuya fama vuela de taberna en taberna por los populosos y aristocráticos barrios de Triana y del Perchel. Después tocó preciosísimas piezas un verdadero pianista; pero como éste tocaba sólo por tocar, nadie prestó oído.

Por último, puso *en fuga* á los concurrentes la niña del amo de la casa, que se obstinó en tocar

las *Habas verdes* por espacio de tres cuartos de hora.

Las observaciones del autor le han suministrado en punto á conciertos los axiomas siguientes:

1.º La sociedad tolera que se haga el amor á voz en grito, siempre que los amantes se expresen en italiano ó en *caló*.

2.º En un concierto se divierten con la música el que canta y su familia.

3.º En una *soirée musicale* no desafina jamás un soltero con tres ó cuatro mil duros de renta.

4.º Toda niña con un millón de dote, es mejor tiple que la Frezzolini ó mejor contralto que la Alboni.

5.º El objeto primario del arpa es enseñar el pie y la mano; el secundario, pulsar las cuerdas del instrumento.

Pero si en los conciertos la música es un pretexto, en los bailes la coreografía es aún más indiferente.

Al intentar la crítica de nuestros modernos bailes, el que esto escribe cuenta desde luego con numerosos impugnadores.

El baile es una diversión tan natural, dicen los unos, que hasta los salvajes se entregan á ese pasatiempo.

Esto es cierto; pero no lo es menos que también se devoran los unos á los otros, debiendo inferir de aquí que el canibalismo es natural al hombre y digno de imitación.

El baile, dicen otros, se pierde en la noche de los tiempos.



Aun concediendo esto, preciso es confesar que los catarros y las tercianas cuentan una terrible antigüedad, sin que esta reflexión consuele á un solo acatarrado ó tercianario.

Pero no es exacto que sea muy antiguo el baile tal cual le conocemos hoy.

No se ha descubierto en las ruínas de Palmira una tarjeta que diga:

*La reina Zenobia invita á V. para el baile que se ha de celebrar para tal día.*

*El gran chambelán, LONGINO.*

*Billete personal intransmisible.—De uniforme.*

No se ha hallado en las excavaciones de Herculano una papeleta que diga:

*Julio César y señora reciben en la noche de tal, esperando se sirva V. honrarles con su asistencia.*

*Excmo. Sr. Marco Lépedo, señora é hijos.*

La razón es bien obvia.

Los pueblos antiguos civilizados se divertían en ver bailar; consideraban la coreografía como un entretenimiento semejante á la mímica ó la declamación; pero jamás presenciaron el extraño espectáculo, tan común entre nosotros, de un rigodón ó una polka, desempeñada en público por un dictador ó un triunviro.

Jamás formaron parte integrante de la educación de sus embajadores la schotisch, el wals ú otros bailes cultivados con tan feliz éxito por los diplomáticos del siglo actual.

Del baile moderno se dan algunas definiciones notoriamente inexactas.

Según algunos maestros ya viejos, el baile es un recreo inocente; mas parece excusado advertir que esta definición es anterior á la polka y la redowa.

Según otros, es un ejercicio higiénico; pero la estadística demuestra lo contrario, señalando por origen de la mitad de las enfermedades del pecho ó del pulmón los saraos modernos, en los que rara es la persona que escapa sin una *grippe* (ya no se dice constipado), ó sin una indigestión, adquirida al tomar por asalto la brecha del *buffet*.

Más exacto sería definir el baile moderno: «Un medio admitido por la sociedad para hacer una porción de cosas que de otro modo no podrían proponerse siquiera sin manifiesto escándalo.»

Un solo ejemplo justifica la verdad de la definición.

Un joven, al pasar de un lado á otro de un salón de baile, contempla á una graciosa niña de talle airoso, de cintura esbelta y de dulce mirar.

Naturalmente, le asalta el deseo de conversar un rato con ella, de estrechar con su brazo un talle tan divino; pues bien, si se dirigiese á la madre de esta señorita y la dijese: «Señora, desearía hablar aparte con su hija de V., de manera que usted nada pudiese escuchar de nuestra conversación; quisiera también ceñir su cintura con mi brazo, estrechar su mano con la mía, sentir latir su seno sobre el mío, y que sus dorados rizos viniesen á rozar mi boca,» es indudable que la madre así in-

terpelada daría un grito de asombro, que motivaría la ignominiosa é inmediata expulsión del insolente.

En vez de conducirse así, el joven, prescindiendo de la mamá, solicita el honor de bailar una polka con la niña, la cual accede; y entonces, sin que nadie lo tome á mal, estrecha el talle, siente los latidos, aprieta la mano, y la dice cuanto quiere en un extremo del salón.

Tan cierto es esto, que la infeliz cuyo talle no merece la pena de estrecharse, por mucho que sea su talento, por grande que tenga el corazón, puede renunciar generosamente al baile, como no se halle en la reunión algún pariente próximo ó amigo íntimo que consienta, así se dice, en sacrificarse.

La definición del baile es, pues, en cuanto á los hombres, exactísima.

Con respecto á las mujeres, el baile es además para ellas una ocasión de lucir una porción de cosas que esconden cuidadosamente en casa ó en visita. Fácil es probar esta aserción.

Si un amigo, por íntimo que sea, penetra en el tocador de una señora en el momento en que tiene levantada la manga de la bata hasta el codo para lavarse las manos, de seguro que se ruborizará, apresurándose á cubrir el antebrazo y á echarse sobre los hombros un mantón que oculte los dos dedos de cuello que deja entrever el traje de mañana.

Y esa misma señora expone en un baile á las miradas y comentarios, no ya de los amigos y conocidos, sino de quinientos ó mil espectadores,

su torneado brazo desnudo hasta el hombro, y su albo seno y su nítida espalda, que deja ver libremente el escote de un vestido, cuyo estrecho corpiño parece á punto de deslizarse hasta la cintura.

No hay madre que no reprenda á su hija si se presenta á comer sin un vestido herméticamente cerrado, aun cuando estén á la mesa un tío ó un cuñado. Y esa misma madre se complace en trazar, de acuerdo con la modista, el traje de baile que ha de ofrecer á los ojos de centenares de personas, indiferentes y desconocidas, las desnudas espaldas de su hija.

Verdad es que algunas cubren sus hombros con bordados camisolines; pero su transparencia revela que estos adornos no tienen otro objeto que el de dulcificar y blanquear la tez de aquéllas que no tienen la dicha ser comparables á la azucena.

El autor, temeroso de incurrir en la indignación de todas las madres y las hijas de los suscriptores de *El Imparcial*, se decide á abandonar esta materia tan espinosa, suplicándoles le manifiesten, de palabra ó por escrito, qué razón hay para que el pudor vede á mediodía lo que autoriza á media noche.

MEDITACIÓN TERCERA, EN LA QUE SE DA EN TIERRA CON  
ALGUNAS PREOCUPACIONES Y SE DEJAN OTRAS MU-  
CHAS EN PIE.

Á un poeta se le antojó comparar el vellón del cordero con el ampo de la nieve; á otro se le ocurrió presentar á Aquiles como el tipo del valor;

un fabulista consideró las veletas como modelos de inconstancia; un filósofo calificó de vicio la ociosidad.

Y desde entonces,

No hay novela, poesía ó comedia en que falte, en una descripción de un sitio campestre, un rebaño más blanco que una pella de algodón;

No hay libro en que deje de presentarse á Aquiles como el héroe de los héroes;

No hay persona que no aplique el epíteto de veleta al hombre inconstante;

No hay moralista que se crea dispensado de declamar contra la ociosidad.

Todo esto sucede porque es mucho más fácil copiar lo que otro ha escrito y repetir lo que otro ha dicho, que examinar las cosas por sí mismo.

Una ligera excursión por la provincia de Segovia, poblada de magníficos rebaños, ha bastado para convencerme de que, si bien los corderos poseen, sobre todo asados, inestimables cualidades, no pueden aspirar con justicia á que se les califique de blancos ó nevados.

En primer lugar, hay muchísimos completamente negros.

En segundo, los que no visten riguroso luto, no pueden considerarse como blancos mientras no pasen por la colada, porque obscurecen su lana los siguientes objetos:

Una enorme marca roja ó negra, que es la del ganadero;

Una cantidad incalculable de polvo con que se saturan al cruzar el camino;

Una infinidad de hierbas y espinas que se les adhieren fuertemente;

Y, sobre todo, un número indecible de pequeñas bolitas de color obscuro, que se resisten á todo análisis literario.

Así es que, por mi parte, protesto no usar en las muchas y buenas obras que, andando el tiempo, escribiré, del epíteto de blanco aplicado á un cordero, sin advertir por nota que el cuadrúpedo en cuestión ha sufrido una completa lejía, que ponga á cubierto de todo ataque mi probidad literaria.

Más fácil aún es desvanecer la preocupación que reina con respecto al valor indomable de Aquiles.

Según Homero y todos los innumerables autores que han venido plagiándole, el héroe griego era invulnerable, excepto por el talón; de modo que las armas de sus contrarios, lejos de hacer mella en su cuerpo, se mellaban en él, al par que las suyas rajaban á los troyanos de arriba abajo.

Nadie se ha fijado en esta circunstancia, que, á pesar del talento del padre de la epopeya, convierte cada combate de Aquiles en un asesinato alevoso y repugnante.

Por una contradicción inexplicable, los mismos que califican de héroe al invulnerable Aquiles, apellidan cobarde al que en un duelo se sirve de una espada que tiene media pulgada más que la de su adversario.

Y sin embargo, el valor del guerrero de la *Iliada* es sólo comparable al de aquél que al abrigo de

una almena fusila á su adversario á campo raso.

Tan sólo en la fuga podía dar Aquiles algún indicio de valor.

Esto no es una paradoja, porque naturalmente sólo en la fuga había de enseñar sus talones al enemigo, y sólo en los talones podía éste hincarle el diente.

Véase, pues, cómo el gran batallador de Grecia, lejos de ser el tipo del heroísmo, es el modelo más acabado de la cobardía, crueldad y perfidia.

Pasemos á las veletas.

Me propongo rehabilitarlas.

Viento es, según el *Diccionario de la Lengua*, el aire agitado.

La veleta gira á impulso del viento.

Si éste sopla del Norte, la veleta marca el Norte; si del Mediodía, señala Sur; y cualquier dirección que tome, ella le sigue infaliblemente.

Aun en el caso en que el viento indeciso se revuelve en raudos torbellinos, la sensible veleta gira sobre sí misma y hace rechinar dolorosamente sus goznes.

¿Puede darse mayor y más completo modelo de constancia?

Por mi parte, desearía que si alguno de mis lectores se viese arrastrado y envuelto en el recio aquilón de la desgracia, la compañera de su vida le siguiese con la misma constancia con que, en ocasión semejante, la veleta que desde mis balcones contemplo vuelve humilde la cara al Septentrión.

Réstame tan sólo desvanecer la preocupación,

tan generalmente arraigada, de que la ociosidad, la indolencia, el *dolce far niente* de los italianos, la *nonchalance* de los franceses, es un vicio que degrada al hombre.

Brevemente demostraré el error en que incurren los que así opinan.

El tipo del hombre perfecto, tal cual salió de manos de su Criador, es, sin género alguno de duda, nuestro padre común Adán; así como la vida más deliciosa que imaginarse puede es la que, en unión con Eva, pasaba en el Paraíso.

¿Y á qué trabajos mentales ni corporales se entregaban estos tipos de perfección?

Dispensada ella de la ominosa tarea de la calceta, del pespunte, el bordado ó el hilván; libre él de pleitos, guerras y enfermedades, pasaban sus horas en la más dulce ociosidad.

El día en que, ingratos, pecaron, se alzó terrible ante su vista el cruel fantasma del trabajo, y se les impuso á ellos y á su descendencia el severo castigo de ganarse el pan con el sudor de su frente.

¿Y por qué ha de reprenderse á aquéllos de sus hijos que, más cuerdos que los otros, aspiran á libertarse del trabajo y á crearse un paraíso, aunque transitorio, en que reine, como en el antiguo, la diosa de la ociosidad?

El trabajo ¿no es una pena?

¿No es un acto de cordura en algunos condenados el solicitar indulto?

Degradada sensiblemente la raza humana, la generalidad de los seres que la componen ha queri-



do deificar al trabajo, y han llegado á promulgar una absurda ley de vagos que comprende desde su primer hasta su último artículo Adán y Eva, esos tipos de perfección antes de su caída.

Lejos de exclamar: «La ociosidad degrada,» los moralistas han debido decir: «El trabajo es un castigo.» ¡Feliz aquél cuyos padres, reuniendo una gran fortuna, han conseguido indultarle de esa pena! ¡Feliz aquél que puede entregarse á la pristina ociosidad de que gozaban nuestros primeros padres!

Más aún en favor del *dolce far niente*: cuando el Criador ha querido favorecer á un pueblo, ¿qué ha hecho? Ha dejado caer una lluvia de maná por espacio de cuarenta años, de manera que todo el trabajo de sus hijos predilectos se hallaba reducido á la mínima expresión de abrir la boca mirando al cielo.

No quiero poner otros ejemplos históricos, por una razón muy obvia.

La erudición es el colorete de los tontos.

Por otra parte, basta considerar lo que pasa en nuestros días para convencerse de que no hay sér racional ó irracional cuyas vehementes aspiraciones no tiendan á la ociosidad; incluso los moralistas que declaman contra ella, incluso los economistas que deifican el trabajo, y que han inventado su división para echar la carga á hombros ajenos.

Empiezo por los irracionales.

El asno humilde que da pausadamente vueltas á una noria, camina confiado en que cada paso le

aproxima á la cuadra donde le esperan, además de los goces inefables del pienso, el placer sin amargura de reclinarse en la tierra y revolcarse voluptuosamente en el polvo.

La golondrina, afanosa, cruza con vuelos rápidos los aires, roza sus alas con los cristales del arroyuelo y en la blanda tierra de los recién levantados surcos, porque sabe que el barro que á sus plumas se adhiere, amasado con su pico, ha de formar el nido en que descansará con su futura familia.

Paso á los racionales.

¿Á qué aspiran el comerciante, el abogado, el militar, el navegante, el literato?

¿Qué causa misteriosa les anima á entregarse á penosas tareas? ¿Qué idea les fortalece en instantes de desaliento?

Todos ambicionan, como ahora se dice, hacer fortuna ó crearse una posición.

El comerciante se propone, como término de sus afanes, construir un magnífico palacio y pasear en el Prado en una elegante carretela.

El militar desea llegar á la más elevada graduación para disfrutar de un sueldo que se le concede para vivir en su casa y á su manera, bajo la especiosa frase de dejarle de *cuartel*.

Los insomnios del literato le hacen entrever un puesto en una biblioteca, que le permita contemplar las encuadernaciones de infinitos libros, que se guardará muy bien de abrir.

Pero lo mismo el militar, que el comerciante, que el literato, desean ardientemente la faja, la ca-

rretela, la biblioteca para divorciarse por el resto de sus días del trabajo.

La palabra *jubilación* con que se designa el sueldo que se concede á un antiguo empleado, dispensándole de asistir á la oficina, proviene sin duda alguna del *júbilo* que resplandece en el rostro de los agraciados de esta manera.

El sacerdote más virtuoso considera como premio de sus afanes las tradicionales dulzuras de la prebenda.

Siendo esto así, no se comprenden las declamaciones con que se persigue desde hace dos siglos á la clase más favorecida del Estado, á nuestra aristocracia, que, salvas raras excepciones, ha tenido el buen sentido de entregarse á la más envidiable ociosidad.

Los ricos mayorazguistas obran juiciosísimamente absteniéndose del trabajo. Desde que nacen tienen palacios, criados, carretelas, caballos de lujo; es decir, poseen todo lo que los demás anhelan conseguir por medio del trabajo.

¿Para qué han de poner los medios si ya han logrado el fin?

Los que tanto los critican, los que elevan altares al trabajo, si ponen la mano en el corazón, si hacen examen de conciencia, habrán de confesar que el móvil de su conducta es la aspiración á la riqueza; y la riqueza, ahora y en todos tiempos, ha sido la compañera de la ociosidad.

Tal vez oponga alguno á estas reflexiones, que no pocos hombres atormentan su imaginación, exponen su vida, ponen en tortura su inteligencia

por fines más nobles que los goces materiales, por lograr la fama póstuma.

Á éstos siento decirles que en nuestra época ya no hay medio, á no ser un Napoleón, de dar alcance á ese engañoso fantasma de la gloria.

La prensa ha hecho imposible la fama póstuma.

Desde que todo pícaro que muere es ensalzado á la par del más probo ó más honrado;

Desde que cada cuitado que fallece es considerado como un genio;

En una palabra, desde que todos son célebres, nadie puede aspirar á vivir en la memoria de las futuras generaciones, que no podrán tener presentes á los innumerables estadistas de primer orden, filósofos profundos, pintores celebérrimos, poetas elevados, militares heroicos, cuyas oraciones fúnebres se estampan por docenas en los periódicos de todos los países del mundo civilizado.

En la actualidad se hace cómplice de tantas mentiras al papel, como en otros tiempos al mármol.

En resumen: la ociosidad, conquistada por medio del trabajo propio ó de nuestros padres, es el sumo bien á que puede aspirarse en la tierra, y al que, con más ó menos hipocresía, con más ó menos franqueza, se dirigen todos los descendientes de los sublimes perezosos que habitaron el Paraíso.

El hombre más dichoso es el que, libre de cuidados y rodeado de su familia, puede sentarse á la sombra de un árbol y contemplar los caprichosos celajes de la bóveda azulada, aspirando el humo de un habano y diciendo: «*Deus nobis hæc otia fecit.*»



## REVISTA DEL ESCORIAL.



¡Querido amigo: Al darme el espinoso encargo de que le condimente de vez en cuando uno de esos manjares semiliterarios, bautizados con el nombre de revistas, se le ha olvidado por completo indicarme la salsa ó el adobo con que debo confeccionarlo para que agrade al paladar de los lectores de su periódico.

¿Quiere V. una revista *á la menta*, es decir, una revista campestre, bucólica, pastoril, en que haga desfilan ante los achicharrados ojos de sus lectores los deliciosos paisajes de la Presa, las Arenitas, y, sobre todo, del nunca bastante ponderado sitio del Molino Caído? ¿Quiere V. refrescar las fauces de sus abonados con el fresco murmullo de los arroyuelos, con los puros brillantes que el rocío distribuye sobre las aromáticas hojas del tomillo y del romero? ¿Quiere V. que lancen desde sus abrasados lechos suspiros de envidia al contemplar las delicias que procura una verde alfombra de aljofarado césped?

Pues ya debe V. saber que esto no se halla á mi alcance, y que nadie es menos apto que yo para empuñar la zampona, para tañer el caramillo y para cantar el césped, salpicado no siempre de puras gotas de rocío, y para encomiar, por último, los arroyuelos, que abrigan en sus márgenes más sapos, más cangrejos y más culebras que dorados pececillos.

¿Quiere V., por el contrario, una revista al *patchouli*, es decir, una revista de tocados, *toilettes*; una revista consagrada á las que son más bellas que lo que es permitido serlo á las que brillan por su ausencia; una revista reducida á enumerar una por una todas las rubias, todas las pelinegras, todas las jamonas, todas las pollitas que pueblan los jardines del Monasterio, y á alabar á la princesa X. ó á la bella señora H. ó á la sin par señorita de I.?

Pues tampoco puede V. desconocer mi ignorancia en punto á los volantes, adornos y encajes; tampoco puede V. ignorar que está agotado este delicado género; tampoco puede ocultarse á V. que desconozco el manejo del incensario, que es el instrumento con el que se confecciona esta clase de trabajos pseudo-literarios.

¿Será su propósito de V. que le mande una revista *au jus de vipere*, en la que á diestro y siniestro destroce tres ó cuatro reputaciones; en la que refiera tres ó cuatro cuentos transparentes; en la que termine el paseo de una dama y un galán, en una noche sin luna, con media docena de puntos suspensivos; en la que deje, entre los zarzales de

un arroyo ó entre las matas de un monte, un extremo de un manto ó el florón de una diadema?

Seguramente que ni ese es su propósito, ni yo podría cumplirlo, dejando esa grata tarea á los contados escritores que saben empapar su pluma en esencia de alacrán.

¿Preferirá V. una revista Metternich, es decir, una revista en que le cuente cómo el embajador de San Marino, cascando ayer un huevo duro (S. E. los adora), dijo al plenipotenciario de Mónaco que le constaba de buena tinta que la república de Andorra pensaba aliarse con la Rusia? ¿Quiere V. que le refiera lo que dice, lo que habla, lo que calla, lo que piensa y hasta lo que se abstiene de pensar mi íntimo amigo el secretario de la legación de Santo Domingo acerca de los proyectos de engrandecimiento del rey de los Mosquitos, ú opta V. porque lleve el alta y baja de los viajeros, revelándole que ayer llegó un diputado demócrata, que mañana se marcha mi tío y que estamos esperando con ansiedad á mi prima?

Por mi parte sólo me siento con fuerzas para escribir una revista *retrospectiva*; para lamentar, en unión con una docena de antiguos peregrinos escurialenses, los incalculables daños que á este antes olvidado sitio ha causado la invasión de la corte y de las *ilustraciones oficiales*.

¡Qué tiempos aquéllos, amigo mío, en que toda la autoridad se resumía en un alcalde, excelente padre de familia, que ostentaba su levita verde en los actos solemnes de la vida pública!

¡Qué tiempos aquéllos en que la expresada

autoridad, célebre por su fiero conato de arrestar á M. Bulwer, guarecía en el palco del teatro su faz administrativa de los rayos de la araña con una enorme pantalla de hoja de lata, blanco perenne de los garbanzos disparados por las inconvenientes cerbatanas de algunos de sus administrados!

¡Qué tiempos aquéllos en que media docena de calaveras seducían á los comparsas, se presentaban inopinadamente en la escena vestidos de verde y amarillo, y atacaban al primer galán, obligándole á fuerza de latigazos en las pantorrillas á hacer una retirada á paso de polka, trastornando el plan de la comedia, y obligándole después al D. Félix ó D. Juan á excusar su derrota, alegando que ningún galán de Calderón ó de Tirso había tenido jamás que batirse con una ronda... de abonados!

¡Qué tiempos aquéllos en que el príncipe de nuestros oradores, cabalgando en un humilde pollino, dirigía los pasos de una *borricada* de ciento cincuenta individuos!

¡Qué diferencia entre aquella amable libertad, de aquella franca alegría, y el aspecto diplomático y grave de que todos los escurialenses se revisiten ahora!

Lloremos, amigos; lloremos aquellos tiempos felices, y echemos una corona de laurel, emblema de la guerra y condimento del guisado, sobre la fría losa que hoy cubre las giras, las borricadas, las meriendas y los deliciosos bailes de la Casita de Arriba!



Ahora tenemos carruajes de alquiler para caminos por donde no cabe una acémila; trajes de granadina para cruzar entre jaras y zarzales; ahora nos saturamos de polvo, ni más ni menos que en Madrid; ahora nos encontramos con los jardines del Patrimonio cerrados para el público, á excepción de los contados palmos de terreno del Monasterio.

Y ya que de esto me ocupo, debo llamar la atención de V. sobre el injustificado y riguroso bloqueo jardinal que estamos sufriendo.

Bien sabe V., querido lector, que en Aranjuez y en la Granja la presencia de SS. MM. no impide que el público disfrute de sus magníficos jardines, que deja abiertos generosamente nuestra Reina.

Pues aquí, sin duda por un antojo del administrador del Sitio, sucede lo contrario.

Ocho días antes de venir la Reina se cerraron herméticamente todos los jardines, teniendo el exclusivo privilegio de disfrutarlos los jardineros, las mariposas, los insectos, y supongo que la familia del administrador, si es que la tiene.

Cuando vino S. M. se entreabrió el del Monasterio; pero los demás siguen en rigurosa clausura, á pesar de que la Reina y la Princesa no frecuentan apenas más que el Castañar.

¿Por qué no se ha de hacer aquí lo que se hace en la Granja y en Aranjuez? ¿Por qué no ha de reproducirse aquí, como en aquellos sitios, el grato espectáculo de pasear los Reyes de España entre sus súbditos? ¿Por qué al menos no se han de abrir los jardines cuando no estén los Reyes?

Seguros estamos de que éstos, tan galantes y generosos siempre, ignoran la conducta de un dependiente que, en este caso, como en muchos sucede, es más realista que el Rey.

Y no será ciertamente porque no haya para vigilar á los paseantes una legión de soldados, guardas y hasta urbanos.

Estos últimos lucen su traje de oro y azul en las calles y en los prados, y presentan el fenómeno, enteramente nuevo, de aparecer consagrada la policía al estudio de la Historia Natural.

Durante su permanencia, y al menos cuando vigilan los Terreros, las Arenitas y las Herrerías, debiera, en vez del ocioso sable, proveerles el Sr. Sagasti de una red de mariposas y de una caja de corchos para clavar insectos.

Cuando se colocan á la sombra de un árbol á vigilar las chicharras, los saltamontes y toda la inmensa familia de los coleópteros que pueblan estos campos, se comprende la exactitud del apodo que les han dado las verduleras de la corte.

La ilusión es completa, y la imaginación espera ver alzarse de un momento á otro de entre unas peñas al padre que va á conducir al redil á los novilleros y extraviados esculapios.

Á falta de giras, en defecto de los paseos en los cerrados jardines, la gente se entretiene en murmurar, principalmente la juventud.

¡Ay, amigo mío, qué delicioso defecto es la juventud, y qué lástima que se corrija tan pronto! ¡Qué de prisa nos vamos corrigiendo V. y yo!

Concluyo mi insípida carta, pues que revista no

puede llamarse, manifestándole que la divinidad del día, gracias al altar que V. le ha elevado en su periódico, es el mastranzo.

Los pollos elegantes andan por esos campos echándola el lente con avidez. Las niñas bonitas reciben como un obsequio una rama de esa ponderada hierba, y condescienden hasta con la palabra cataplasma, con tal que sea de mastranzo.

Pero como es muy nueva la boga de este vegetal, aún no está fijada su exacta pronunciación.

Ayer oí á una respetable y anciana señora que, según decía á sus amigos, se proponía colocarse preventivamente á la mayor brevedad, como preservativo, un mastuerzo sobre la boca del estómago.

Fuera de broma, haga el cielo que nos libremos del azote que aflige á casi toda España, y haga también que pueda seguir, como firmemente se propone, esta correspondencia su afectísimo

VELISLA.

## REVISTA DEL ESCORIAL.

¡Albricias, mi querido director, albricias!

Tan mimado por la suerte como Numa Pompilio ó D. Juan Bravo, he descubierto por fin mi ninfa Egeria.

Apresúrese V., pues, á anunciar al público femenino de su periódico la buena nueva de haberme deparado mi feliz estrella un consejero áulico

como no los tiene el mismo rey de Prusia: un consejero áulico en materias del tocador.

Sin su auxilio jamás hubiera abordado la difícil ciencia del traje. Ciencia respetable, amigo mío; ciencia que, adelantándose á la Filosofía, la Historia y la Química, ha hecho progresos asombrosos, como se advierte sin más que recordar la hoja de higuera de nuestra madre Eva, que, á no dudarlo, fué su punto de partida. Entrando en materia, debo decirle que se están haciendo esfuerzos increíbles para introducir y aclimatar dos novedades.

Es la primera innovación la de llevar vestidos con un solo volante, que cubre más de media falda. Mi consejero áulico condena altamente esa moda en nombre del buen gusto.

En efecto, amigo mío, semejante traje da á la que lo lleva un aire marcado de *prima donna*, y trae inmediatamente á la memoria las candilejas y las bambalinas.

Decorosamente no puede usarse ese traje sin saber la *Norma* al dedillo.

Lo que sí ha prendido, lo que hace furor en los jardines del Monasterio, son los corpiños blancos, decididamente con tirantes de cinta rosa ó azul.

Pero lo que de seguro V. no sabrá, amigo mío, y lo que yo no sabía hasta que me lo hizo notar mi consejero, es que en la secta *tirantista* se ha promovido un horroroso cisma, que ha dividido á los sectarios en dos campos.

Algunas bellas (fórmula puramente convencional, usada en las revistas de modas) han adoptado los tirantes cosidos al corpiño y cubriendo las cos-

turas de la espalda, lo cual recuerda, forzoso es decirlo, más de lo que fuera de desear, los casacones galoneados de los lacayos de Palacio. Á cierta distancia parece que llevan una cítara á la espalda.

Lo que califico de muy lindo, muy gracioso, muy mono (adjetivo, sea dicho de paso, que es el antípoda del sustantivo), son los tirantes anchos, casi sueltos, prendidos con alfileres, y colocados con esa gracia que los dioses han deparado á mi consejero áulico.

Esa moda tiene, sin embargo, un carácter infantil indeleble, y ofrece el inconveniente de no poderse usar de veinticinco años para arriba.

«Sin duda alguna—me decía la otra tarde mi consejero en el jardín del Monasterio,—la belleza es siempre relativa. Vea V. si no ese niño vestido con blusa de seda rosa, calzones cortos de Holanda bordados á la inglesa y sombrero chambergo, y tendrá V. que confesar que es un traje muy lindo. Pues ahora—prosiguió riéndose y señalándome dos personas que venían paseando,—figúrese V. al ex-embajador D. A. A. G., ó al ex-director D. A. G. de Z., luciendo el calzoncito bordado, la blusa de seda y el chamberguito con pluma.» Tan perfectamente me lo figuré, amigo mío, que aún estoy riendo.

Con respecto á los hombres, puedo decirle que siguen de moda los trajecitos de paño pardo ó de mezcla alagartada, que dan bien triste idea de las facultades inventivas de nuestros sastres. Para cubrir la cabeza, unos han adoptado el sombrero de

paja, tocado pastoril y que requiere acompañamiento de zampona, y el mayor número, unas gorritas con viseras, que están en posesión de cubrir, hace siglos, los cráneos de todos los horteras y mancebos del mundo civilizado.

Una de esas malhadadas gorrillas fué causa de que días pasados cometiese yo la grave inconveniencia de pedir imperativamente en el café un vaso de agraz al Marqués de J.

Ya puede V. figurarse que este digno funcionario, al verse confundido con un mozo del café, se apresuró á ponerme una cara de lo mismo que yo le pedía.

Dejando para otra vez varias noticias de modas, que conservo en cartera, le referiré otro incidente de la vida escurialense.

Persuadida la comisión para socorrer á los granadinos que han tenido la suerte de librarse del cólera, de que la caridad á secas no sería muy productiva, ideó y puso por obra, después de agotada la suscripción voluntaria, no despreciable por cierto, el dar una representación filantro-dramática en obsequio de esos mismos desgraciados.

Todas ó casi todas las damas acudieron al llamamiento; y como no hay inconveniente en hacer una obra de caridad con la cara lo más bonita posible, se presentaron lujosamente vestidas. El teatro estaba tanto más brillante, cuanto que la presencia de nuestra Reina, siempre generosa, realizaba la función filantrópica.

Le aseguro á V., querido director, que el contingente femenino, que se presentó de toda gala,

ofrecía sobre toda la línea un aspecto agradable en sumo grado, siendo de notar en algunas señoras ciertas miradas, ciertas conversaciones, ciertas condescendencias, que demostraban hasta qué punto se sentían animadas del vivo sentimiento de caridad que las había conducido á aquel sitio, y que su noble corazón hacía extensiva á algunos sujetos, no granadinos, pero atacados indudablemente de una verdadera epidemia.

El público masculino, por su parte, presentaba un aspecto engomado, y sólo la compañía y la orquesta recordaban aquellos buenos tiempos en que ambas, como ahora, eran detestables.

El de San Lorenzo, después de la función de iglesia, que nada ofreció de notable, se trasladó la concurrencia á la preciosa feria de este Real Sitio, pequeña exposición de la industria... de la calle de Toledo.

Por la noche, algunos de los objetos de arte de la exposición resonaban en el teatro, y más de una vez cortaron el vuelo á *Las Travesuras de Juana*.

Los concurrentes á la función de tarde, á que no asistí, debieron salir limpios de todo pecado, pues la empresa les impuso una *Expiación* en cinco actos.

Por lo demás, nada de fiestas públicas, nada de bailes campestres, nada de conciertos monstruos, nada de carreras de caballos. En una palabra, ninguno de esos alicientes é incentivos que se prodigan con tan buen éxito en Vichy, en Spa y Baden.

Ya vería V. que, según los prospectos, en Spa se ofrecía á la curiosidad de los que allí acudiesen una carrera de asnos. Pues ni aun ese espectáculo tan asequible nos ha ofrecido la Administración escurialense.

La única fiesta de que puedo hacer mención es un baile que se dió anoche en el teatro, y que por la hora, por el lugar y por los tocados ofrecía la novedad de parecerse en todo á los innumerables que se dan en el invierno en Madrid.

La clausura de jardines continúa, sin que haya súplicas bastantes á aplacar los rigores de la Administración patrimonial.

Anteayer, á las seis y media de la tarde, íbamos más de cien personas costeano las tapias de la Casita de Arriba, hacia la plazuela de los Castaños, cuando acertaron á pasar tres carruajes, un ómnibus, cuatro jinetes y una recua. Al momento nos vimos envueltos en un polvo intolerable, lo cual hubo de afectar la sensibilidad de un enorme y corpulento tábano ó moscón, hasta el punto de que, alzando el vuelo, salvó zumbando la tapia y se introdujo en los frescos verjeles de la Casita de Arriba.

Entonces, á una voz, ancianos, jóvenes, damas y galanes exclamamos, corridos de envidia: «¡Quién fuera tábano!»

Este triste suceso le pintará el estado á que nos ha reducido el sistema de bloqueo napoleónico planteado contra nosotros.

Concluyo mi carta rechazando los elogios de la tuya, que me recuerda, sea dicho sin ánimo de in-



juriar, la fábula de la zorra, el cuervo y el queso, no ciertamente porque yo tenga fábrica de este precioso manjar, sino porque preveo tristemente que más de una vez mis producciones han de servir para envolverlo.

VELISLA.







## VARIACIONES FÁCILES

SOBRE EL CONOCIDO TEMA «EL AMOR Y EL  
MATRIMONIO.»

**L**os andaluces suelen llamar al amor la materia infinita. En teoría tendrán razón; en la práctica no existe materia más concreta y limitada.

Depurada la más ardiente pasión en el crisol del análisis, rara vez deja de dar la desconsoladora fórmula siguiente:

### *Átomos.*

|                   |    |
|-------------------|----|
| De vanidad.....   | 35 |
| De interés.....   | 30 |
| De ociosidad..... | 19 |
| De fósforo.....   | 16 |
| De amor.....      | 00 |

Pocos amantes pretenderán rivalizar con aquél que tenía que cruzar á nado un brazo de mar para cada cita; y sin embargo, al que esto escribe no le queda la menor duda acerca de que Leandro no hubiera experimentado tanto frenesí por la sa-

cerdotisa de Venus, si en vez del Hellesponto, sólo les hubiera separado la alcantarilla de Leganitos.

En este prototipo de amantes había indudablemente pasión; pero ¡oh amargo desengaño! pasión de nadador.

Pocos enamorados se citarían del calibre de Petrarca; y sin embargo, es indudable que este insigne poeta no hubiera dedicado trescientos diez y ocho sonetos y ochenta y ocho canciones á Laura de Noves, si ésta, en vez de brillar en la famosa corte de amor, rodeada de apuestos trovadores, hubiera permanecido en el hogar doméstico consagrada á la prosáica y antediluviana tarea de la calceta y del hilván.

Por otra parte, fuerza es conocer que para todo hombre pensador, esa inconcebible granizada de poesías ligeras es la prueba más concluyente de la solidez de la virtud de Laura.

Y prescindiendo de ejemplos, ¿quién negará que las probabilidades de éxito que tiene siempre la actriz más renegrada sobre una mujer modesta, por blanca y fresca que sea, no reconocen otro origen que la vanidad?

En cuanto al interes, él nos explica el manifiesto desdén que una buena porción del bello sexo profesa hacia los tenientes y subtenientes, y la preferencia marcada que otorga á los capitanes. Ya se ve, ¡los primeros sólo pueden ofrecer su descarnado cariño, al paso que los segundos presentan en lontananza una seductora viudedad!

¿Qué otro móvil más que el interés inflama á

esos gallardos mancebos que, provistos de ojos negros, armados de patillas inglesas, equipados con pantalones intachables, fracs seductores y picos de camisa irresistibles, se consagran en cuerpo y alma delante del café Suizo, en el Prado y en los salones, á ese nuevo género de caza, si no creado, al menos perfeccionado en el siglo XIX: la caza de la dote?

Ni tampoco habrá quien sostenga que el amor ha tenido la menor intervención en esas bodas por tanto tiempo celebradas en las campiñas, bajo los auspicios, no de Himeneo, sino del pavor, y en las que el cónyuge masculino, colocado entre los dos escollos del matrimonio ó la quinta, optaba, lastimosamente aconsejado, preciso es decirlo, por el primero.

En otros tiempos los reyes, los príncipes, los magnates, eran casi los únicos que al casarse obedecían al interés, disfrazado bajo el nombre de razón de Estado.

Las consecuencias de estos enlaces están en las crónicas.

¡Los bastardos históricos son hijos de la razón de Estado!

En el día hasta el más humilde zapatero de viejo somete su enlace á la razón de Estado.

Las consecuencias podrá sacarlas el torno de la Inclusa.

En cuanto á la ociosidad, si alguien pudiese dudar de que esta madre de todos los vicios entra por mucho en las pasiones de amor, cambiaría de opinión al considerar que las tres cuartas partes

de los sectarios de Cupido, al menos en España, se componen de empleados con real nombramiento. La otra cuarta parte pertenece de hecho y de derecho á los militares en activo servicio.

Y por lo que hace á la base de la industria de Cascante, á ella se debe sin disputa ese fuego granado de declaraciones que á diestro y siniestro se permite la numerosa é impávida raza de barbilampiños, aprendices en armas, ciencias y letras.

Y ya que por incidencia se ha hablado de declaraciones, bueno es consignar que los amantes veteranos proclaman en esta materia el siguiente

#### *Apotegma.*

Toda declaración de amor es esencialmente un programa político, siendo la mayor gracia que por urbanidad puede dispensarse á su autor la de suponer que se engaña á sí mismo al redactarlo.

En cambio los enamorados de buena fe, los tigres de la especie, han inventado el siguiente

#### *Axioma.*

El dilema del marido turco: «ó mía sola ó del mar,» es la síntesis del amor.

De donde se deducen dos

#### *Corolarios.*

1.º Los celos debieran agradar siempre á la mujer, pues no son en suma más que una aspiración al monopolio de su amor.

2.º (Éste es el desastroso.) El día que á una

mujer casada la pesan los celos de su marido... ese marido, si no ciñe turbante, es hombre al agua.

Tal es la preocupación que domina en esta materia, que si un autor dramático tuviese la osadía de buscar el desenlace de un drama en un premio de la lotería, que enriqueciese á la víctima é hiciera espirar de coraje y envidia al traidor, el público en masa protestaría contra tamaña inverosimilitud; al paso que tolera como cosa natural, corriente y verosímil que en cuantas piezas se representan salgan á la escena dos y tres personajes con la extraña pretensión de superar en la violencia de su pasión á Píramo y Tisbe.

Eso consiste en que nadie reflexiona que desde la institución de las loterías, verdadero opio y hatchís de los pueblos cultos, han debido repartirse cuando menos dos ó tres mil premios grandes, al paso que si se quiere citar una media docena de amantes perfectos hay que entresacarlos trabajosamente de... los dramas de Calderón ó de las *Metamorfosis* de Ovidio.

De todas maneras, es lo cierto que las mujeres no acaban de penetrarse de que es más difícil tropezar con un hombre verdaderamente enamorado, que con el premio grande de la lotería de Navidad.

Y que á su vez los hombres continúan obstinándose en tomar por joyería lo que es quincalla, y por cariño fino lo que no pasa de ser excelente *doublé*.

Nada es, pues, más absurdo que la suposición

de que el matrimonio sea, según un dicho vulgar, la tumba del amor.

La inmensa mayoría de los cónyuges nada tiene que enterrar: esa tumba será, á lo sumo, un cenotafio.

Insensiblemente he venido á parar á la segunda parte del tema, al *allegro* de la composición.

Es, pues, indispensable avivar el compás, y para más realce sustituir las opiniones del autor con un *pout-pourri* de varios compositores.

Un marido nuevo (lleno de entusiasmo).—¡El matrimonio es un duo de amor!

Un célibe con peluca (tomando un polvo).—Cierto; ¡pero son tantos los cónyuges que desafinan!

Un memorialista de portal, concluyendo su vigésima epístola, y su consorte, que regresa del río con un lío de ropa en la cabeza y tres chiquillos á la falda (á duo).—¡El matrimonio es la desesperación de dos seres uncidos á la misma carreta!

El moro que vende dátiles en la calle de Alcalá.—El matrimonio cristiano es la tasa legal del amor (echándose un trago de Valdepeñas): ¡verdad es que no son pocos los cónyuges que practican la usura!

El Duque del Suministro (contemplando el retrato de su difunta).—El matrimonio que á veces no empieza por una suma (mira á sus yernos y suspira), ¡suele terminar, sin embargo, por una resta!

Un zarzuelista aplaudido en el Circo que fué ecuestre.—¡En el poema matrimonial (copia tres



compases de Rossini), el terceto, aunque prohibido por la censura, es la pieza que se sostiene con más éxito!

Leibnitz (cerrando un *in folio*).—El matrimonio es cosa excelente; pero el hombre de juicio debe meditar toda su vida antes de practicarlo.

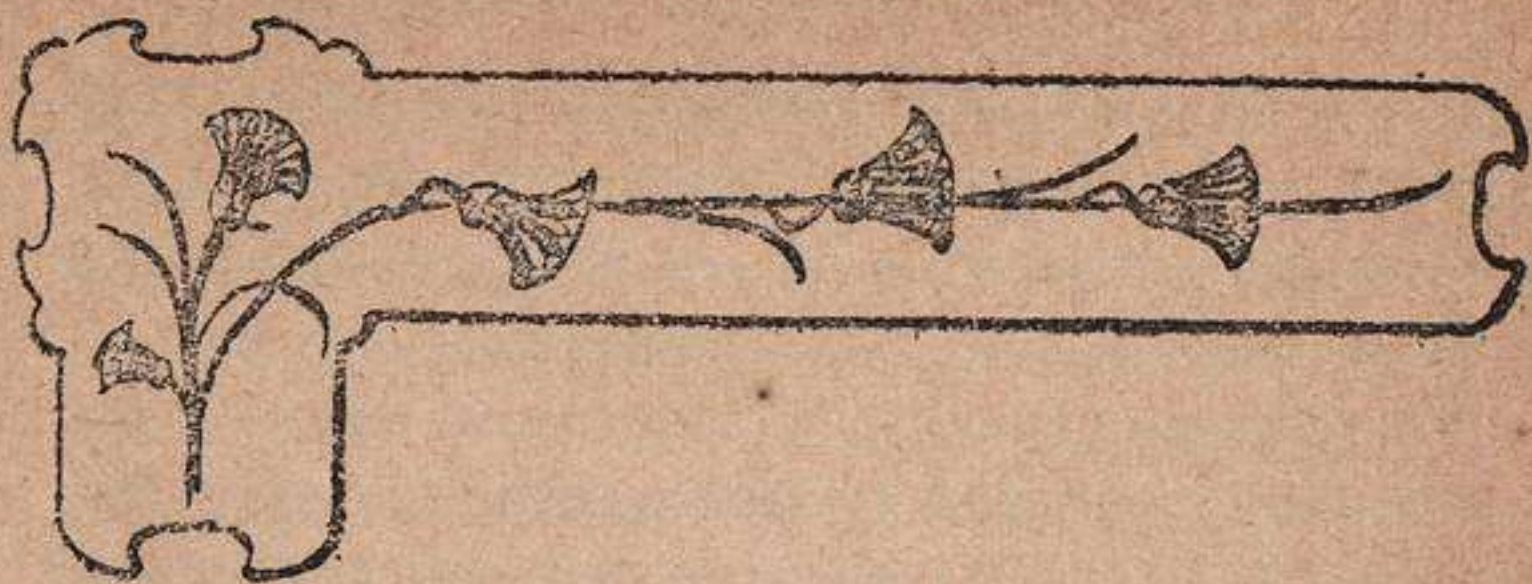
Un cadete del Colegio de Artillería.—El que se casa se parece mucho al guerrero que entra triunfantemente por la brecha en una plaza minada.

*Arpeggio final.*

¡La maledicencia dejaría de serlo si no se cebase en lo bueno!







## UN VIAJE

POR REGIONES DESCONOCIDAS.

**E**N este siglo, que puede llamarse el de los viajes y descubrimientos, se han explorado los polos; se ha recorrido en todas direcciones el interior del África; se han descubierto cien veces los manantiales del Nilo; se ha escalado el Himalaya; se han dado almuerzos en la aguja más alta de los Alpes, y ha faltado muy poco para que Nadar fundase una colonia humana en la región de las águilas.

En el día, el Spitzberg es tan conocido para nosotros como Chamberí; el Tomboctou, como la Virgen del Puerto, y es bien seguro que hay muchos españoles que pueden dar más noticias de Moscow que de Paracuellos. Sin que sea paradoja, con tanto viajero particular, general, universal; con tanto libro pintoresco; con tantas impresiones de viaje, es bien seguro que para los españoles no queda ya más desconocido que España.

Tan cierto es esto, que yo descubrí hace tres ó

cuatro años á Castro-Urdiales, sabiéndose por primera vez, y con general asombro de todos los lectores, que dicha villa no era una gran escabeche-ría de bonito, sino un precioso puerto de mar algo mejor que Biarritz en todos sentidos.

Cuando descubrí á Castro, los indígenas se bañaban entre peñas en unos famosos pedregales, tan gratos para las ostras y almejas, como desagradables para la especie humana, y no se conocía el arte dramático.

En el día hay treinta casetas en su hermosa y antes desdeñada playa; se ha edificado un precioso teatro; se dan bailes, y no cabe en sus muros la colonia madrileña que va todos los veranos y deja mucho dinero, y da mucha vida á la población.

Desde que se publicó el descubrimiento se ha transformado la villa, y serán unos ingratos sus habitantes si, andando el tiempo, no me erigen una estatua.

Pues bien: mi buena estrella, que me hace rivarizar con Franklín y Mungo Park, me ha deparado otro descubrimiento análogo, y quiera Dios que mis indiscreciones le valgan tanto como á Castro.

Hasta ahora la ciencia vacilaba en designar el verdadero sitio donde estuvo el Paraíso terrenal; aquel Paraíso en que tanto gozaron Adán y Eva, aunque no fuera más que por estar libres de sastres y modistas.

Algunos sabios de los de nariz más aguileña, y de anteojos más disformes y de peluca más espeluznada, designaban á la Armenia como el país pri-

vilegiado donde residieron nuestros padres, donde se paseaban en traje de baño, y donde gustaban de frutas tan deliciosas hasta que tuvieron aquella cruel indigestión de manzana que nos las debía hacer aborrecibles aun en compota.

Pues bien: esos sabios estaban, según su costumbre, en un error craso, tan craso como el betún de Hunt, y que, eso no obstante, no les ha valido ningún asiento en el Parlamento inglés.

El Paraíso terrenal está en España, está en la provincia de Ávila, está en Arenas de San Pedro, y á su entrada no hay ya ningún ángel con espada de fuego, sino un simple portazguero que baja la cadena con mucho gusto en cuanto le dan cierto número de maravedís por casco de caballería; porque, eso sí, no se puede ir por ahora al paraíso de Arenas más que á caballo.

Ajeno, bien ajeno, de lo que iba á descubrir, salí una mañana de Ávila de los Caballeros. Por cierto que es posible que muchos lectores no sepan por qué se llama así Ávila, y yo no lo sabría si el mozo del mesón donde me hospedé no me lo hubiera revelado, haciéndome sabedor de que Ávila debe ese nombre á que por allí salen constantemente diputados á Cortes D. Andrés ó Don Francisco Caballero.

Salí, pues, superiormente montado en un anciano corcel, que regía con aquella gracia especial que me distingue, y que dió lugar á que, al llegar una vez á la Puerta de Toledo, quisiera sondearme con el chuzo un individuo del Resguardo vestido de color verde botella, y que me tomaba por

un costal de esos tubérculos que han hecho imposible la reproducción del hambre del año de 12.

Después de cruzar siete leguas atravesando el precioso y rico valle Ambles, llegué bastante asendereado y molido á la fonda de Santa Teresa, cuyo tejado se presenta de repente á la vuelta de un cerro á la vista del triste caminante.

Pero ¡oh dolor! en la fonda de Santa Teresa no había ni pan para los humanos, ni paja ni cebada para los cuadrúpedos. Sólo agua y sombra nos ofrecían aquellos mesoneros, que, por amor sin duda á la antigüedad, conservan á su traje y á su fonda todo el colorido de los mesones de Cervantes.

Después de dudar un poco entre precipitarme, de desesperación, en el pozo ó seguir, opté por lo último, y no sin esfuerzo me encaminé sobre mi corcel, que, con los remos extendidos y la cabeza gacha, presentaba una viva imagen del desaliento.

Dos leguas más adelante, en la venta del Obispo, hallé una acogida más hospitalaria y unas truchas que me reanimaron un poco, y que comí en íntima compañía con los perros, los gatos, las gallinas, los chicos, los pavos y los cerdos del establecimiento.

Después de un rato de siesta proseguí mi camino, y pronto llegué á dar cima al famoso Puerto del Pico.

¡Qué vista, lector amado, qué vista tan mágica! No hay, no puede haber en el mundo un panorama superior.

Á mis pies, el precioso pueblo de las Cuevas,

cuyas casas desaparecen entre frondosos castaños; más lejos, la histórica villa de Mombeltrán con su gótico castillo; á mi izquierda, Villarejo, San Esteban, Santa Cruz, que se alzan entre viñedos y verdes praderas, y más lejos todavía, el extenso valle cortado por el Tiétar, y allá en lontananza, y como entre nieblas, Talavera y los inconmensurables llanos de Extremadura.

¿Qué transformación de teatro, qué juego escénico de bastidores puede producir impresiones parecidas siquiera?

Á la segunda ó tercera revuelta de la bajada está el portazgo; y si en vez de unos cuartos me hubieran pedido un millón y le hubiera tenido, le doy por seguir adelante.

Poco me detuve en las Cuevas, porque se acercaba la noche; pero sí lo bastante para admirar el torrente que corta el pueblo, para recrearme en aquellos huertos frondosos, en aquellas higueras y aquellos castaños que vegetan en extraño consorcio y al lado de aquellas casas de grandes balcones de madera que recuerdan mucho la Suiza.

Por cierto que en los susodichos balcones había infinitas cuerdas de higos que se secaban al sol, y cuyas primicias paladeaban un millón de moscas y mosquitos, con evidente detrimento y perjuicio considerable de los paladares madrileños, que, andando el tiempo, habían de paladear á su vez lo que quedase de aquella asediada fruta.

Continué mi ruta; cerró la noche; entré por las calles de Mombeltrán como puede caminarsé por entre los algodones de un tintero, y sin percibir

otra cosa que el ruido de un arroyo saltador, y dí con mi rocín en la posada, donde á la luz del candil de la ventera, y ayudado por el ventero, que alzó una de mis entumecidas piernas, pude por fin dejar la postura de tijera que durante diez horas y por espacio de doce leguas había traído.

Cené bien; no con te ni con galletas de Cracknel, sino con buen jamón extremeño, y tome por fin, entre sábanas blancas y sobre regulares colchones, esa postura horizontal que es grata siempre, y que lo es infinitamente más cuando acaba de tenerse por tanto tiempo el centro de gravedad en íntimo contacto con una silla de caballo.

Por la mañana entró Febo á despertarme, y, asomándome á un balcón, pasé embelesado un gran rato contemplando de cerca aquella vegetación que la tarde antes á vuelo de pájaro había admirado.

Formaban el primer término unos jardines en que, con asombro mío, ví limoneros del tamaño de una oliva, frutales de todas clases que inclinaban sus ramas al suelo, cubierto por completo de verdura.

Venían luego después viñedos colocados en escalones, y que alternaban con praderas que hacían palidecer la esmeralda, con grupos de castaños, y poco á poco, según subía la sierra, se iban presentando, no ya de lado, sino de frente, San Esteban y Santa Cruz, de cuyos tejados se desprendían infinitas espirales de humo.

Mombeltrán tiene una hermosa plaza, tiene un frondoso paseo al pie del gótico castillo, y todo



revela la importancia histórica de la renombrada villa.

Por no incurrir en repeticiones no hago mención especial de los demás pueblos que pertenecen á esa hermosa quebrada, á ese país que casi ningún español conoce, que por allí se llama el Barranco, y que iríamos todos los madrileños á contemplar extasiados si no fuese nuestro, si estuviese en Italia ó en Rusia, si se llamase Mombeltranoff ó Mombeltranini.

Imposible creía yo encontrar emociones en punto á paisaje siguiendo adelante; pero es allí tan pródiga y varia la naturaleza, que todavía hallé en qué recrear mis ojos al llegar á Arenas de San Pedro.

La población, incendiada dos veces en la guerra de la Independencia y en la civil, es casi toda nueva, y en uno de sus costados se alzan las ruínas de un castillo antiguo, á cuyo pie corre un río bullicioso; al frente, y á poca distancia, está el suntuoso palacio que labró el infante D. Luis cuando, desterrado de la corte, tuvo el admirable buen sentido de trasladarse al paraíso terrenal, y más lejos, y después de salvar la vista un océano de verdura y de follaje, se levantan los picos inmensos de la tierra de Gredos, en uno de cuyos conos hay una admirable laguna de profundidad inconmensurable.

No al que haya visto sólo la vegetación raquítica de Madrid, sino al que haya viajado por Andalucía, las provincias Vascongadas, la Holanda y la Lombardía, lo reto á que pueda recorrer sin

deleite el paseo que hay desde Arenas hasta su preciosa capilla de San Pedro.

Figuraos un país tan quebrado y pintoresco como la Suiza ó la provincia Vascongada; figuraos una sierra cortada por todos lados por arroyos saltadores, y figuraos, en vez de la monótona alfombra de helecho, en vez de la constante verdura de los robles, una vegetación tropical; figuraos el limonero al lado del castaño, el pino junto al olivo, el acerolo cubierto de bolas de granate al lado del sombrío álamo negro; figuraos en los puntos más ásperos enormes manzanos, perales inmensos, frutales de todo género, cuyas cargadas ramas besan el suelo, y figuraos al final del camino que baja, que sube, que serpentea, una preciosa capilla ochavada, de piedra por fuera, de mármol por dentro; figuraos un cielo azulado, un ambiente lleno de aroma, y aun así tendréis una idea imperfecta de lo que es el paseo de Arenas á la capilla.

En pocos templos puede entrar el hombre con el alma más llena de gratitud hacia el Supremo Hacedor, cuya poderosa y bienhechora mano se descubre en toda aquella maravilla.

El día que se haga el ferrocarril á Talavera, que se hará pronto; el día que se concluyan las seis leguas de carretera de Talavera á Arenas; el día, en fin, que Arenas y el Barranco se pongan en contacto con el mundo moderno, todo Madrid irá á contemplar aquella joya, á disfrutar de aquella rica campaña, y más de uno hallará la salud en lo que, ó mucho me equivoco, ó ha de ser la Niza de España.



## DE LA INFLUENCIA

DE LAS CONSTRUCCIONES MODERNAS

EN LA LITERATURA.

**A**PESAR de tenaces investigaciones, se había ocultado durante mucho tiempo al que esto escribe la verdadera causa de la superioridad de la literatura antigua sobre la moderna, y de la decadencia constante é innegable de esta última.

Una casualidad, providencial sin duda, ha venido á revelársela, y esta revelación se la debe exclusivamente á un vecino suyo.

Este vecino es pianista.

Hace poco más de tres meses, el autor del presente artículo se hallaba en su despacho abismado en profundas reflexiones, que tenían por objeto el investigar el por qué los hombres del siglo XIX saben construir ferrocarriles y telégrafos eléctricos, y son incapaces de crear un poema épico,

cuando vino á turbar su reposo un estruendo musical que se producía sobre su cabeza.

Era el nuevo inquilino del piso tercero, que se entregaba al agradable ejercicio de pulsar el teclado de un piano.

Á una marcha sucedió un wals; al wals una polka; á la polka unas variaciones; á las variaciones unas fantasías; á las fantasías un nocturno, y así progresivamente.

Á los ocho días el autor de este artículo conocía á fondo el repertorio del vecino, á quien juzgó oportuno mandar un atento recado suplicándole que moderase su entusiasmo musical.

El vecino contestó en el acto con otro recado atentísimo, reducido á decir que estaba en su derecho haciendo ejercicios.

El autor del artículo, reconociendo la exactitud de esta declaración, no pudo menos de suspirar porque llegue el día de que todos los ejercicios, incluso los del piano, se ejecuten en el Campo de Guardias.

Mientras llega el momento afortunado en que se promulgue esa sabia disposición, no le queda otro recurso que poner en conocimiento de todos sus lectores que si encuentran cierto desorden en lo que escribe, no lo atribuyan á falta, sino á sobra de método, pues su vecino desgraciadamente posee y toca los de Albéniz, Lemoine, Adam, Viguéri y Hunten.

Pero como no hay mal que por bien no venga, la irritación producida por una granizada de octavas y arpegios que caía furiosamente sobre sus

oídos, fué causa de que se pusiera á meditar sobre el nuevo diluvio de que era víctima, y para el cual no encontraba más arca de salvación que el Colegio de Sordo-Mudos. Poseído en los primeros instantes de ideas de venganza, trató de adquirir un figle para aplicar al vecino la pena del Talión.

Pero abandonó esta idea considerando que la venganza es una pasión indigna del hombre y el figle un instrumento superior á sus fuerzas.

Algo más tranquilo, no pudo menos de reconocer que al abrigo de la libertad ilimitada de nuestra actual forma de gobierno, que tiene leyes represivas para la prensa, pero no para el piano, el vecino se ganaría tal vez la vida enseñando su arte y propagando sus conocimientos, y que además era muy dueño de emplear sus manos como mejor le pareciese, que...

Y de deducción en deducción vino á parar á la luminosa conclusión de que si el techo del cuarto segundo fuese más grueso, percibiría las armonías debilitadas en una mitad, y dejaría de gozar de ellas si las casas no tuvieran un tercer piso.

De modo que, en realidad, el único sér responsable de todo el mal causado y por causar era el arquitecto.

Instantáneamente el autor cogió la pluma y escribió rápidamente los dos renglones que encabezan este artículo, exclamando como Arquímedes: *¡Eureka!*

En efecto, acababa de descubrir la verdadera causa de la decadencia de nuestra literatura: las construcciones modernas.

Y este descubrimiento era debido á una redowa, de la misma manera que años antes una manzana inglesa, desplomándose sobre las narices de Newton, le reveló una serie de leyes físicas desconocidas de todos los grandes hombres que no tuvieron la dicha de recibir semejante proyectil, ó que, en caso de haberlo recibido, se limitaron á trasladarle al estómago sin previo examen.

Antes de demostrar palpablemente la funesta influencia de las construcciones modernas en nuestra literatura, enunciaré ligeramente, á compás de un schotish que se está tocando por la milésima vez sobre mi cabeza, las diferentes causas á las que, con notoria equivocación, se ha atribuído su decadencia.

Culpaban los unos á la política.

Otros á nuestro actual sistema de educación, basado en el principio de estudiar de todo un poco.

Algunos á las innumerables academias científicas, morales, políticas, filosóficas y literarias, donde consiguen en cada sesión laureles inmarcesibles algunos jóvenes precoces que pronuncian nutridos discursos sobre la pena de muerte en una edad en que ignoran lo que es la vida, y leen composiciones en que, después de probar que todo es perecedero en este mundo, que los montes se derrumban, los edificios se arruinan y los ríos se secan, exclaman modestamente:

Sólo en el mundo  
Es eterno por Paca  
Mi amor profundo.

También se ha querido hacer responsables de la decadencia de la literatura á los periódicos llamados literarios, y que, salvo raras excepciones, sólo han servido para sacar á luz un ensayo histórico-analítico-filosófico de la política de Gengiskan, copiado sin gusto y sin criterio de una historia universal, ó dar á conocer unas preciosas fábulas, en las que el autor, por medio de un diálogo ingenioso entre un cangrejo, una tórtola y un mico, desarrolla el arduo principio de que el hombre debe ser bueno, y cierta la importante máxima de que el que tiene mucha sangre está pletórico.

Hanse atribuído también en parte á las exigencias de los directores de periódicos políticos que imponen al novelista la obligación de concluir el folletín del último día del mes en una situación interesante que obligue al suscriptor á prolongar el abono por un mes más. Por ejemplo: si el protagonista trata de ahorcarse, que quede con la soga al cuello; si es jinete, que esté á punto de despeñarse; si aspira á envenenarse, que tenga la copa en la mano. Eso sí, en el número inmediato el novelista queda facultado para hacer que el jinete caíga con su montura en la verde hierba, el ahorcado rompa el cordel, y el envenenamiento se convierta en un simple cólico.

Llevados no pocos del espíritu de partido, creyeron hallar la causa de nuestra decadencia literaria en la Milicia nacional, fundándose en que ésta sostenía en la república literaria un estado permanente de constipados, anginas y catarros en

invierno, y erisipelas y tabardillos en verano, resultado tristísimo de las guardias, piquetes y revistas á que jamás se vieron sujetos Horacio, Voltaire ni Argensola.

Lo que es indudable es que el romanticismo nació con la Milicia y con ella ha muerto.

Lo cual se explica muy bien, porque la literatura belicosa sólo podía sostenerse en la época en que los favoritos de las Musas ostentaban charreteras de lana, dejaban el sable para tomar la cítara ó la lira y se entregaban á la fatigosa profesión de las armas el día del Corpus, Viernes Santo y algunos otros.

Pero ese estado anormal ha terminado: ya no hay ejercicios de fuego; ya no se representan dramas en veinte cuadros; ya la Medusa ha dejado de naufragar entre bastidores; ya los afortunados vates no coronan sus sienes con los chacós y gorras de pelo, y, sin embargo, no se ha adelantado gran cosa.

Es, pues, indudable que el mal reside en otra parte, y ahora mismo paso á demostrarlo poniendo el dedo en el cáncer que corroe la inspiración tan abundante y pura en otros tiempos.

El autor de este artículo concede que para escribir con ingenio es indispensable tener ingenio, así como para aderezar una liebre los Artes de cocina de allende los Pirineos exigen en primer lugar una liebre.

Pero, al mismo tiempo, le parece no menos necesario que el talento, la meditación.

Ahora bien: la meditación no existe sin la independencia y el aislamiento.



Y el aislamiento y la independencia han desaparecido en la capital y en los grandes centros de ilustración, desde que habitamos en empapeladas jaulas de cinco y seis pisos.

Demóstenes meditaba sus arengas bajo la espléndida bóveda del cielo helénico, en las doradas playas de su patria, y engrandecía su elocuencia tendiendo su vista sobre la inmensidad de los mares, cuyas inquietas olas avanzaban sobre él rugiendo, y desarrollándose venían á espirar á las plantas del más grande de los atenienses, que aprendía á desafiar las furiosas oleadas populares, las cuales morían á su vez y se extinguían al pie de la tribuna, dignísimo pedestal de su sublime genio.

Ovidio improvisaba sus elegías en las playas de otros mares, y hallaba en las nubes plomizas suspendidas sobre su cabeza, en la estéril naturaleza del país de su destierro, la inspiración que hace imperecederos sus versos y arranca lágrimas de compasión y de ternura, que se derraman al contemplar un infortunio sobre el que han pasado siglos y generaciones.

Fr. Luis de León, en la soledad, en el silencio de su retiro, olvidaba el mundo; y la meditación, el aislamiento, la contemplación le sugirieron sus magníficas odas, en las que resalta el sentimiento religioso, la grandiosidad de sus pensamientos acrisolados por la persecución, justificados por la desgracia, ennoblecidos por la resignación y fe cristiana.

Montesquieu escribía *El Espíritu de las leyes* en su palacio de la Brede.

Walter Scott, en su quinta de Abbotsford, resucitaba con su mágica pluma á toda la Edad Media, con sus trovadores, sus damas, sus paladines, y elevaba un monumento glorioso para su querida Escocia.

Pero ninguno de ellos tenía, al componer sus obras inmortales, una academia de baile sobre su cabeza, ni á sus pies un café.

Mal pueden, en efecto, nuestros literatos actuales describir la inmensidad del desierto de Sahara desde una habitación de seis pies cuadrados.

Ni la hermosura de una fresca campiña sombreada por copudos árboles, cortada por un río, limitada por un monte, animada por un rebaño que paca la aljofarada hierba y el tomillo oloroso, si desde sus ventanas sólo alcanzan á contemplar un sinnúmero de tejados, sobre los que se destacan quince ó veinte chimeneas y por los que campean con la cabeza erguida, el pelaje erizado y la cola levantada tres ó cuatro gatos en celo.

¿Hubieran escrito Young y Cadalso sus lúgubres composiciones si les sirviera, como ahora sucede, de acompañamiento las melodías del *Tango* americano, la *Atala* ó la *Jardinera*, que parten de la áspera garganta de una vecina fregatriz?

¿Hubiera compuesto Iglesias sus epigramas, ni Alcázar sus redondillas al ronco son de una trompa, más ó menos tartárea, que aplica á sus labios durante todo el día uno de esos infelices afiliados en las músicas callejeras, tanto más infatigable, cuanto que el aire se enseñorea las más veces sólo en su desguarnecido estómago?

Tampoco Homero (y perdóneme Vico si no creo que la *Iliada* es obra de una sociedad en comandita de copleros de la legua); tampoco, repito, hubiera escrito la brillante descripción del combate de Héctor y Aquiles, si se hubiera visto interrumpido por el ruidoso altercado de una pareja vecina que discute de palabra y obra sus diferencias matrimoniales, á compás de los acentos agudos de las criaturas, de los ayes de las criadas, del estrépito de los vecinos, del sereno que toca el pito y de la policía que, con el celador al frente, acude á tranquilizar los ánimos echando la puerta abajo á fuerza de aldabonazos.

Todo esto es innegable; y si Hesiodo, Sófocles, Eurípides, Píndaro, Demóstenes, Horacio, Virgilio, Catulo y Marcial son un dechado, un modelo inimitable en sus respectivos géneros, no debe atribuirse sólo á su grande ingenio, sino muy principalmente á que los griegos, y sobre todo los romanos, tenían cada uno su casa aislada, y no conocieron las medianerías, las casas de vecindad, y no se vieron obligados, como sucede en el día, gracias á nuestros arquitectos, á vivir en sociedad permanente desde que amanece hasta que anochece, y viceversa, con una docena de familias, de las cuales la una ríe mientras la otra llora, la una se aumenta con un vástago mientras en la otra se administra el Viático, sin más que una supuesta separación de un tabique ideal.

Otra prueba irrecusable de la perniciosa influencia de las construcciones modernas en la literatura, es el afán instintivo con que procuran nues-

tros escritores acomodarse en la Biblioteca Nacional y en los Ministerios de Gracia y Justicia, Hacienda, Marina ó Gobernación, colocados todos en antiguos edificios que favorecen indudablemente la inspiración.

Si tuvieran presentes todas estas consideraciones los modernos Zoilos y Aristarcos, no aguzarían tanto sus aceradas plumas ni las esgrimirían con tanta crudeza contra el triste *vate* que concibe sus obras en una habitación donde penetran libremente los vapores de la cocina y las inimitables *fioriture* de una *prima-donna* de teatro casero.

Por su parte, el que suscribe pone término á su artículo, tanto más persuadido de las profundas verdades que en él ha sentado, cuanto que su amable vecino continúa tocando el schotish que las motivara.

Y desde ahora se compromete á escribir excelentes artículos de crítica para cuando el pianista del piso tercero traslade á otra parte sus lares ó sus penates, á menos que nuestros lectores no quieran anticipar ese momento erigiendo por suscripción al autor de estas mal perjeñadas líneas una casa á la romana, ó adquiriendo, con el mismo objeto, la de Cordero, ó Rivas, ó Santamarca, cuyas bellas proporciones, aunque modernas, le seducen y le encantan.



## DE MADRID Á SEVILLA Y CÁDIZ.

### IMPRESIONES DE VIAJE.

#### SUMARIO.

Placer y suplicio.—Literatura férrea.—El interior de un vagón.—Profecía no cumplida.—Un día de percalina.—El culto del sol en Getafe.—El paraíso de los galgos.—La siembra y el barbecho.—Quero y Tembleque.—Comida á la bayoneta.—Alcázar.—La fuente de Manzanares.—El programa y la espoleta.—Muchacho, llena esa bota.—Los cepos de Valdepeñas.—El mondadientes de Santa Cruz.—Las Ventas de Cárdenas.—No son de Iradier.—Bailén.—Las rejas de Andújar.—El diluvio en Córdoba.—Un *rélevé* de chanclos.—*Cabayeros* sin caballo y sin camisa.—Jerez.—Los Puertos.—San Fernando.—De Cádiz al cielo...

**E**L viernes 22, á las seis de la mañana, se estacionaba un grupo de personas de ambos sexos á la puerta de una casa de la calle de Alcalá, junto al que fué convento de las Vallecas.

Todos tenían la cara lánguida, los párpados tumefactos, la expresión del rostro dolorida, las facciones desencajadas.

No eran, sin embargo, proscriptos que abando-

naban sus hogares, ni siquiera parientes que acudían á un duelo: eran madrileños y madrileñas que emprendían una expedición á Sevilla, que empezaban un viaje de placer con el suplicio de levantarse á las cinco de la mañana, la hora más impropia de las veinticuatro que tiene el día para dejar la cama y trasladarse á la administración de La Cordobesa.

Pronto nos llevaron en un ligero ómnibus al ferrocarril, medio de locomoción tan cómodo como antipoético.

¿En qué décima cabe un rail-way, en qué quintilla el coke? ¿Qué octava real dará jamás hospitalidad á un cojinete?

Á nuestros hijos y nuestros nietos será excusado hablarles de la ligereza de una gacela, comparación que pone ante la vista un pico del Himalaya ó de los Andes, que salva á la carrera la graciosa y esbelta corza, que simboliza el viento: de hoy más se dice la velocidad de una locomotora, y esta palabra recuerda ese aparato al que se ha dado la ingeniosa forma de un rollo de manteca con ruedas; recuerda ese conjunto de válvulas, pistones, calderas y émbolos, que es capaz de helear la imaginación de un Moreto.

De tal manera alteran esas innovaciones nuestro idioma, que un entusiasta del sistema métrico decimal decía no há mucho criticando unos malos actores: «¿Qué puede esperarse de unos cómicos de kilómetro?» En el vagón, y he aquí otra palabrilla que ha adquirido carta de naturaleza, había una colección variada de tipos. Al lado de

un cura pesaroso de viajar en Viernes de Dolores, se movía, se reía y cantaba á media voz una mozueta convidada á una fiesta de pueblo; más allá un matrimonio bregaba con sus cinco frutos de bendición, que lloraban, gruñían, querían bajarse á ver los caballos del tren, pedían pan, pedían agua, pedían dulces, pedían juguetes y pedían en realidad una corrección ejemplar.

En otro asiento un viejo con facha de posadero andaluz ostentaba una ancha faja que ceñía su esqueleto, inclinaba sobre la oreja un airoso calañés que cubría su calva cabeza, y enseñaba, para reirse de sus propias gracias, una boca huérfana de dientes.

Cerca de él, una señora anciana, que nos dijo ser gaditana, demostraba una vez más que, de todas las ruínas, las humanas son casi las únicas que carecen de majestad y belleza: el tronco añoso partido por el rayo; el torreón feudal, cuyas últimas almenas sostienen los amorosos lazos de la yedra, valen casi tanto, á veces, más que de nuevos.

La mejor moza del año de 1808 es, para todo el que no la profese un cariño filial, un objeto lastimoso.

Junto á la gaditana había dos catalanes que, aprovechados como todos los de su país, leían á duo en un ejemplar de *La Discusión*.

Más lejos había un caballero abultado, atlético al parecer, pero que según se fué viendo llevaba dos pares de pantalones, tres chalecos, una chaqueta, una levita, un gabán, un carrik y una ca-

pa, un tapabocas, un gorro blanco de algodón, uno negro de seda y un sombrero por cima.

Excitada la curiosidad general, se establecieron varias hipótesis. Unos decían: es un ropero que va á la feria de Sevilla y lleva su comercio encima. Otros: es un célebre acróbata que compite con Carlos Price en la escena de las transformaciones, con la diferencia de que el uno las verifica á caballo y el otro en ferrocarril.

Al fin se vino á salir de duda: el sol apretaba; el viajero se ahogaba y gemía bajo el peso de su ropa; sobre él se formaba una nubecilla que indicaba que el individuo se evaporaba. Al fin, cansado de sufrir, empezó á quitarse ropa, diciendo entre dientes: «El astrónomo zaragozano es como todos los de su ralea: anunciaba para hoy un temporal de tres carriks, y hace un día de percalina.»

Entre el ruido de cien conversaciones, de cien frases:

—¿Me quieres?

—¿Á cuánto va la arroba de sebo?

—¡Todo sea por Dios!

—Mamita mía, mandad por él; papá, quiero que paren.

—La *Unión liberal* va al precipicio.

—Yo estoy por París.

—De Paracuellos, para servir á V.,

llegamos á Getafe. Los pocos indígenas que vimos nos parecieron aficionados á tomar el sol y á apuntalar tapias con sus espaldas; por lo demás, dulces, hospitalarios, alegres y generosos.

De los habitantes del pintoresco pueblo de Pin-



to, del frondoso Valdemoro, formamos también la idea de que profesan el culto del sol, al que demuestran su idolatría de pies, sentados y aun tendidos á la larga.

Dimos un vistazo á la hermosa vega de Ciempozuelos, y llegamos á Aranjuez: el aire nos traía emanaciones balsámicas; la brisa agitaba las ramas, vestidas ya de un naciente follaje; las aves cantaban sus amores, también nacientes; entreveíamos, en fin, ese paraíso del mes de mayo, cuando el insoportable silbo de la locomotora ahuyentó las aves, y las negras espirales del humo de la chimenea vinieron á tender un velo sobre aquel mágico panorama.

Poco después entramos en las llanuras de la Mancha, que demuestran á primera vista que debe ser la tierra de promisión de los galgos.

El espectáculo no ofrece monotonía al viajero: primero se contempla la siembra; cuando uno se cansa de contemplar la siembra, se recrea en el barbecho; cuando uno se cansa de recrearse en el barbecho, no hay inconveniente en volver á mirar la siembra.

Y entre aquel mar de espigas nacientes, entre aquel océano de terrones, se alza de vez en cuando un pueblo que, llámese Quero, Villacañas ó Tembleque, tiene invariablemente una iglesia en el centro, un par de ermitas en los flancos, y una guerrilla ó avanzada de molinos de viento de aspas descomunales, que son mudos, pero elocuentes testigos de la veracidad del autor del *Quijote*.

En Alcázar para el tren para comer en un cuar-

to de hora los viajeros, si siguen á Valencia y Alicante. ¡Qué espectáculo, Dios mío! ¡Oh diosa gastronomía! ¡Oh Brillat-Savarin, Lúculo y Apicio! Aquello no es masticar, no es comer, es engullir: dan quince minutos, de los que el infeliz viajero tiene que destinar cinco á soplar los manjares, que con intención taimada les sirven abrasando. Á uno ví que echaba llamas por la boca, y no era que estuviera haciendo ningún ejercicio de prestidigitación á lo Herrmann: era que estaba tragando un trozo de tortilla de ron, tan saturada de espíritu, que es bien seguro que una hora después aún ardía en el estómago.

Es muy de notar que los viajeros que van para la Mancha y Andalucía toman otro tren en Alcázar, y podrían marchar en el acto; pero sin duda se quiere que presencien el castigo de sus compañeros de viaje, á la manera que el condenado á la argolla presencia la justicia que se hace en la persona de su compañero en desaguizados.

Emprendido otra vez el viaje, pusimos la proa á Manzanares, y así que saltamos en tierra corrimos á ver la fuente monumental que ideó Nocedal para celebrar el fausto acontecimiento de 1854.

Según nos dijeron, la fuente se ha vuelto agua de cerrajas; pero lo que no pudo comprender un pobrete que nos acompañaba, fué que el autor del símbolo acuático del alzamiento de 54 se hubiese convertido en Ministro de 1866.

También preguntamos por el original del programa de Manzanares; pero quedó frustrada nuestra curiosidad, pues según nos dijeron se había

remitido á Madrid y había servido para formar la espoleta de bomba que tomó asiento en el Congreso el 16 de julio de 1856.

En Manzanares subimos al coche de La Cordobesa con una compañía excelente, y el lector convendrá en que lo era en todos sentidos, al saber que la formaban Julián Romea, gloria de nuestra escena, literato apreciable y persona distinguida; su hermano Florencio, inimitable en ciertos papeles; el elegante galán joven Morales, que por cierto vino desempeñando su papel durante el camino, y la graciosa y expresiva Pepita Hijosa.

La ingrata y olvidadiza actriz no conserva ni el recuerdo de los dulces que la daba ni de los artículos que escribí en su elogio cuando hacía en el teatro de la Cruz, á la edad de ocho ó diez años, la más pura, la más inspirada Virgen María entre un tropel de ángeles y arcángeles de su edad, que decían su papel de carretilla.

Éstas y otras personas iban en la planta baja del coche; en cuanto á nosotros, nos encaramamos al cupé, porque á fuer de publicistas y de propagadores de las luces, tenemos que tomarlas siempre de primera mano.

Después de unas horas de correo, tragando polvo y dando tumbos que nos hacían recordar cuán exacto era que viajábamos en Viernes de Dolores, un «muchacho, llena esa bota,» proferido por el mayoral, nos anunció de una manera indudable la proximidad de Valdepeñas.

Á la entrada, en los portales, en la reja vimos

bastantes curiosos, y pronto conocimos la causa de su afluencia.

Los habitantes de Valdepeñas parece que se han dedicado á escarbar la calle principal que sirve de carretera, apurando todos los recursos de ingenio para armar cepos á las diligencias.

La nuestra salvó, no obstante, todos los obstáculos, y, después de un bamboleo formidable, se rebasaron los escollos sin más avería que un soberano golpe que me dí en la cabeza, y que constituye una de las principales impresiones de mi viaje.

Muy luego llegamos á Santa Cruz de Mudela, y allí, mientras se mudó el tiro, nos asaltaron con su vocerío los vendedores de navajas chicas y grandes, largas y cortas, navajas de muelles y navajas sin muelle, navajas que no llegan á serlo y navajas que dejan de serlo.

Entre otras, nos brindaron con una verdaderamente notable.

Cerrada, recordaba bastante el chuzo de un sereno.

Abierta, sólo era comparable al asta-bandera del Congreso.

Esta obra de arte espera sin duda el paso de alguna noble dama que la adquiriera para colocársela en la liga, como es práctica y usanza de las españolas, según doctrina corriente entre los escritores franceses.

Á todo correr y de noche cerrada llegamos á las Ventas de Cárdenas, y durante el relevo entablé con el mozo que estaba á la puerta la siguiente conversación:

—He visto á tu amo hace pocos días en Madrid.

—Su mercé perdone, que no puede ser.

—¡Cómo no puede ser! Te digo que he visto á Iradier.

—¿Á quién dice su mercé?

—Á Iradier. Á tu amo, hombre.

—¡Si no es mi amo ese señor Iradec!

—¡Cómo que no! ¿Con que no son de Iradier las Ventas de Cárdenas?

—¡Quiá, no, señor! Son de D. Juan Fernández.

Estupefacto subí al coche, confirmándome en mi idea de que los viajes ilustran y enseñan al hombre: á no ser, en efecto, por este coloquio, seguiría en el error bastante generalizado de que las Ventas de Cárdenas eran del maestro Iradier.

Con la noche vino el sueño, cerré los ojos, y los entreabrí en la Carolina, que tiene una plaza circular, la mitad plateada y la mitad de un negro más obscuro que una caja del betún más craso y más inglés que pueda darse. Si esto fué capricho del Rey ó un efecto de luna, el lector decidirá: yo le comunico mis impresiones.

Volví á abrir los párpados en Bailén, saqué la cabeza para aspirar las auras balsámicas de Andalucía; pero en vez de emanaciones de naranjos y limoneros, de jazmín y de azahar, asaltaron mis narices tales efluvios de alpechín, que tuve que meter más que de prisa la cabeza dentro. No obstante tu ambiente alpechinado y aceitoso, Bailén, recibe mis plácemes: tú diste al nombre español uno de sus mejores títulos de gloria; en tu campo sucumbieron las águilas francesas, y tú hiciste pa-

sar al déspota del siglo uno de los peores ratos de su vida. El Dos de mayo nos enseñó á resistir; Bailén nos enseñó á vencer.

En Andújar vino la aurora, y sus rosadas tintas nos permitieron ver esas monumentales rejas destinadas á pelar la pava; nos revelaron la mágica vegetación de Andalucía, que campea más que en el campo en los tejados, cuyas floridas canales acreditan tanto la actividad del sol como la desidia de los propietarios.

Después de tomar una fementida sopa de ajo, de larga recordación, seguimos cruzando trigos y cebadas, y olivares y más olivares, y alguno que otro pueblo, llegando por fin á Córdoba.

De advertir es que en todo el día no habíamos visto el ponderado sol de Andalucía, que permanecía envuelto entre negros celajes; pero al llegar á Córdoba se le cayó uno de sus mantos, y se nos vino encima una lluvia que se deja atrás al aguacero de mayor calibre de Santiago de Galicia.

En ocasión tan oportuna la diligencia nos despidió en medio de una plaza, y calados hasta los huesos llegamos á una fonda, cuyo nombre omito, porque debe odiarse y decirse el delito, pero no al delincuente.

Aceitunas condimentadas por un sistema especial de acíbar y rejalgar, pedazos de chanclos de goma servidos insidiosamente bajo el nombre de carnero guisado, agua tibia con dos ó tres angulas á que se daba el nombre de sopa, queso salitroso, constituían la base de la comida.

Á la mañana siguiente tomamos el ferrocarril,

que tiene mejores coches que el de Alicante, pero unas estaciones que parecen puestos de melonares, y pasamos la hermosa vega de Córdoba, pero hermosa por el estilo de la tierra de Campos, y vimos la decantada Andalucía, rica en granos, rica en aceite, pero cuyo aspecto no corresponde á las exageraciones de sus habitantes, ni tiene ese conjunto encantador de la huerta de Valencia, en que los naranjos y limoneros cargados de fruta meten sus ramas por los coches del ferrocarril, ni la vista pintoresca de las provincias Vascongadas, ni siquiera el arbolado y follaje de las márgenes del Pisuerga.

En una estación-choza llamó nuestra atención un andaluz de tales patillas, y con una faja tan descomunal, que todo el resto de su traje nos pareció una pura superfluidad.

En otra una cuadrilla de trabajadores, andrajosos y desarrapados, suspendió su siempre lento trabajo para mirarnos. Uno, que parecía el capataz, por estar un si es no es menos andrajoso y desarrapado, los llamó al orden diciendo: «Caballeros, á mover pies y manos, que no me gustan los pinos.» Excusado es decir que los caballeros siguieron impávidos con el azadón entre las piernas, echando sus papelitos y dirigiendo sus pupilas á la gente del tren con esa agilidad que Dios les ha dado en la lengua, y que, á tenerla en los brazos, se dejarían atrás á los catalanes.

Prescindiendo de descripciones, por no hacer interminable esta primera entrega, sólo diremos que llegamos á Sevilla, á la que consagraremos

un capítulo aparte, que comprenda las fiestas de estos días; que pasamos al ferrocarril que va á Cádiz; que hasta Jerez nada vimos digno de llamar la atención.

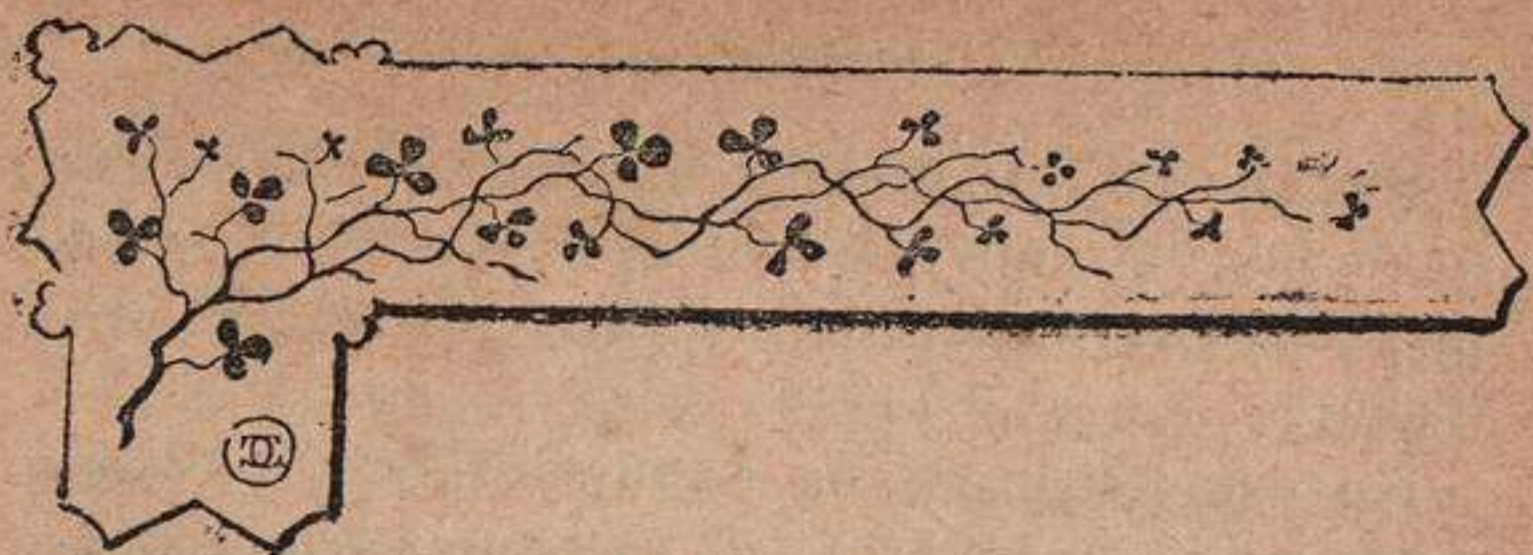
Desde Jerez la campiña embellece, y en llegando al Puerto de Santa María, Puerto Real y San Fernando, el corazón se ensancha, la vista se dilata y el alma se engrandece con el mágico espectáculo que se ofrece al afortunado viajero.

En Cádiz nuestra buena fortuna nos trajo á la fonda de Isabel la Católica, dirigida por D. Rosendo Taboada: casa elegante, limpio servicio, interés y deseo de agradar, todo se encuentra reunido.

En cuanto á Cádiz, con sus plazas elegantes, sus relucientes edificios, su suntuosa catedral, sus paseos sobre la muralla, sus cien buques empavesados, sus alegres y amables habitantes, nada nos cumple decir. El que no lo haya visto, que venga á verlo; el que lo haya visto, volverá sin que nadie se lo diga. Además, á Cádiz le rodea el mar; el mar, mil veces más maravilloso que la Giralda, porque si la Giralda es obra del hombre elevada en honra de Dios, el mar es obra de Dios dedicada al hombre.







## LITERATURA INFINITESIMAL.

**N**o le basta á un médico saber que unas enfermedades no tienen cura y que otras se curan por sí solas, que es, en plata, lo que un buen discípulo de San Carlos, hablo del Colegio, sabe al salir de allí.

Es preciso que sus conocimientos los pueda aplicar á los enfermos, haciéndoles tomar medicinas inocentes y al boticario dinero. Pero si en sus recetas pusiera con letra clara: «Dénsele unas bolitas de miga de pan doradas,» sería muy de temer que la dueña de la casa se aprovechara de las muchas que hace su hijito á la hora de comer para dorarlas con el talco de los mazapanes de Toledo, lo cual no empeoraría seguramente la situación del enfermo, pero sí la del boticario.

Por esto ha sido preciso inventar un arte de recetar, cuyos dos principios fundamentales son: escribir cualquier cosa en latín y griego abreviados y con muy mala letra.

Tanta es la importancia de este arte, que sólo por demasiada modestia se han abstenido los médicos de llamarle ciencia.

Pues bien: en la literatura, llamada por algunos medicina del alma, hay también su arte de recetar, sólo que tiene otro nombre: «El arte de redactar.»

En estos tiempos ha adquirido una inmensa importancia, y suple al arte de pensar de que usaban los antiguos.

Ya no se dice escribir en un periódico; se dice redactar. Pero las reglas de ese arte yacen desconocidas para la multitud, y creo hacer un servicio inmenso al país publicándolo en un tomo en 8.º, que daré en dos cuartos para ponerlo al alcance de todos, y que me granjeará una merecida popularidad.

Para tantear el gusto del público, me limitaré á aplicar los principios de la ciencia nueva, mucho más que la de Vico, que escribió hace tiempo, á la redacción de los periódicos literarios, que por sus exiguas formas y diminutos artículos, y por la moda en que están, forman la escuela homeopática de la literatura.

Fundar un periódico es un grano de anís, como vulgarmente se dice; pero pagar el depósito y llenar los demás requisitos que exige un político, es costoso y difícil. Ésta es la razón por qué la juventud actual se ciñe á la conquista de los laureles literarios, incomparablemente más baratos.

Preciso es confesar, por bochornoso que parezca, que antes estábamos en un atraso inconcebible.

Se estudiaba veinticinco años.

Se meditaba otros cinco.

Y lo más pronto, á los treinta, se daba un libro á la imprenta.

Es indudable que ahora se escribe cien veces más; y aunque algunos dicen que lo que se ha ganado en cantidad se ha perdido en calidad, esto no pasa de ser murmuraciones de gentes envidiosas y lamentaciones de viejos.

Hoy día todos los talentos son, sin excepción, precoces, y si llego á ser alguna vez diputado, en vista de los adelantos de la época, propondré una ley para que se fije la mayor edad á los cinco años.

Por consecuencia forzosa, los empleados públicos jubilados á los veinte años, término de la decrepitud.

Mas como aún no tengo la honra de ser una trescentésima quincuagésima parte de la representación nacional, me ocuparé de mi artículo, tomando las cosas *ab ovo*, y suplicando al cajista, el cual probablemente no sabe latín, que no cambie la *v* en *b*.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### DE LA CAUSA EFICIENTE DE UN PERIÓDICO LITERARIO.

Lleva un hombre ya maduro de quince años de edad, que se afeita el bozo con las tijeras de su madre y á escondidas de su padre, una anacreónica, en la que se celebra, bajo el nombre de Filis, á la señora de sus pensamientos, á una redacción de un periódico político, compuesta de ancianos

de treinta años. Prepárase á leerla al comité, tose, se suena y empieza:

Al son de las bellotas  
Que crujen al fuego,  
Echa andaya, Torcuato...

Aquí le interrumpe el gacetillista del periódico, y le dice:

—Esos versos son un plagio.

—¡Un plagio! ¿de quién?—pregunta el postulante.

—Está claro, de D. Esteban Manuel de Villegas, cuando dice:

Al son de las castañas  
Que saltan en el fuego,  
Echa vino, muchacho,  
Beba Lesbia y juguemos.

—No hay duda—responde el otro,—que algo se asemejan; pero hay diferencias notables: él dice castañas y yo bellotas; él dice vino y yo andaya; él dice muchacho y yo Torcuato; me parece...

—Nos parece—le interrumpe á coro la redacción,—que puede V. guardarse sus versos en la cartera.

Sálese el otro furioso, y exclamando como Don Eleuterio: «¡Picarones! ¡cuándo habrán ellos visto anacreónica mejor!»

Cálmase su ira poco á poco, y ya sólo siente un noble sentimiento de desprecio hacia esos hombres envidiosos que se complacen en ahogar los genios nacientes, á tiempo que se encuentra con

otros dos ó tres de sus amigos, á quienes cuenta su desventura.

Interrúmpenle éstos muy pronto, exclamando:

—Á mí me han desechado una oda.

—Á mí me han devuelto un artículo de costumbres.

—Á mí me han repulsado una novela.

—¡La mejor oda!

—¡El mejor artículo!

—¡La más interesante novela!

Colocada la conversación en este terreno, lánzanse maldiciones innumerables contra los que tienen usurpada la ciencia; deplórase el monopolio de las letras y el exclusivismo de los literatos actuales, y empiézanse á discurrir medios de darse á conocer á la patria, sin pasar por las horcas caudinas de las redacciones de los periódicos políticos y de los comités de teatros. Surgen y se adoptan dos medios:

La creación de un teatro casero, y

La fundación de un periódico literario.

Por hoy nos ocuparemos de este último pensamiento.

Para ponerle en planta se necesita dinero; y si bien en nuestros redactores abunda el genio, escasea ese vil metal, por cuya razón se dedican á buscar un redactor ó director que suministre fondos.

Este Mecenas le encuentran generalmente en el hijo de algún comerciante de pastas ó de indianas, cuyo padre, á trueque de ver su apellido en letras de molde, sacrifica gustoso el producto de

un quintal de fideos ó de una pieza de elefante.

Éste es el origen más común de un periódico de literatura.

Alguna vez deben también su vida al deseo inmoderado que le aqueja á un hombre rico de ver publicados sus veintitrés artículos titulados: *Consideraciones sobre la influencia social de la fécula de la patata.*

Excusado es decir que este periódico sólo vive veintitrés días. En faltando la fécula, desfallece.

Otras veces el objeto *literario* del periódico es satirizar una empresa de teatros ó un poeta conocido. En este caso el periódico se titula satírico, y merece una sección aparte que le dedicaremos.

## CAPÍTULO II.

DONDE SE EXPLICAN LAS REGLAS QUE RIGEN PARA TITULAR EL PERIÓDICO Y REDACTAR EL PROSPECTO.

El nombre del periódico se saca siempre de cosas poéticas y agradables:

El Aura.

La Azucena.

El Pensil.

La Primavera.

La Mariposa.

El Recreo.

Otras veces el periódico lleva el nombre de la ciudad donde se publica ó del río que pasa por ella; tales son:

El Vallisoletano.

El Manzanares.

El Gerundense.

El Guadalquivir, etc.

Algunas veces prestan su contingente los instrumentos de música, y se publica:

El Arpa.

La Lira.

La Cítara, etc.

Esta clase de títulos ha sido poco explotada, y si yo fundara un periódico no dudaría en titularle *La Pepitaña*.

Tiene la ventaja este instrumento de ser muy popular y seguramente el primitivo. Su origen es anterior, sin duda alguna, al rabel y á la zambomba.

Éstos son instrumentos árabes, según algunos, y la pepitaña debió ser el de Adán.

Tiene también otra ventaja que le hace muy superior al decantado xilocordeón de Mollberg, y es que este profesor tiene que aguardar á que se seque la cebada para hacer el suyo, mientras que la pepitaña puede tañerse en los primeros días de la primavera.

También tiene la ventaja de ser económico en grado sumo, lo cual es recomendable bajo el punto de vista democrático-social.

El prospecto debe empezar por una especie de profesión de fe. Los redactores son independientes; enemigos de las reglas y aun de las falsillas; adversarios de Moratín en el teatro, de Hermosilla en la crítica, y... españoles sobre todo. Si alguna vez copian ó traducen del francés, es por

hacer ver la diferencia. Conviene que el colorido de la profesión de fe sea vivo y enérgico, y que se intercalen tres ó cuatro ¡Ay! ¡Oh! Es oportuno hablar de la necesidad de ilustrar al pueblo y marcar un desprecio sarcástico á la sociedad. Para final del artículo puede servir este modelo de elocuencia:

«Hemos estudiado á la mayor parte de los escritores en sus estudios sobre la sociedad, y ¡ah! el genio, esa chispa eléctrica de la divinidad, ha trazado con mano firme sobre el papel el lenguaje del corazón. ¡Oh! hemos mirado la sociedad por el prisma del desencanto, hemos dejado correr la pluma mojada en la hiel de la amargura y en el vinagre del sarcasmo. ¡Ay! ¡Ay! ¡instantes ha habido en que hemos derramado abundantes lágrimas sobre las miserias de la triste humanidad, así como en otros han hecho asomar á nuestros labios una sonrisa de desdén sus inmundas deformidades!!!»

Trátase en seguida de enumerar los directores y colaboradores.

Para acreditar el periódico, visita uno de los fundadores á un literato afamado: ¡recomienda, pide, ruega, suplica, se postra, si es preciso, de rodillas, para obtener un artículo, medio artículo, cuatro versos, dos versos, un verso, una sílaba!

Repítese la escena en casa de otros tres ó cuatro escritores de nota, y sale la lista en esta forma:

DIRECTOR.

D. Martín Martín.



## COLABORADORES.

Sr. D. M. J. de Quintana.  
 D. M. Bretón de los Herreros.  
 D. V. de la Vega.  
 D. J. E. Hartzenbusch.  
 Mr. E. Sué.  
 Mr. A. Dumas.  
 Mr. T. Gauthier.  
 Señorita Doña Camila Luz.  
 Doña Juana Eulogia Santiponce.  
 Sr. D. Emeterio del Cisne.  
 D. Andrés Jiménez.  
 D. Pedro Rodríguez.  
 D. Valentín Valiente de Valiente y El Paladín.  
 El Filósofo.—El Elegante.—El Gracioso, etc.  
 Luego entran las condiciones de suscripción.  
 El periódico saldrá en un pliego 4.º mayor, una vez á la semana.

Comprenderá las secciones siguientes:

Historia.—Artículos de literatura.—Novelas.—  
 Artículos de costumbres.—Crítica literaria.—Música.—  
 Biografías.—Modas.—Poesía.—Crímenes  
 atroces.—Chismografía.—Anuncios.

|                      |           |
|----------------------|-----------|
| Costará.—Al mes..... | 4 reales. |
| Por trimestres.....  | 3 »       |
| Por un año.....      | 1 »       |

*Nota.*—No se admiten más que suscriptores por un año.

*Advertencia.*—Los 24.000 primeros suscriptores

tendrán opción á una rifa de una colección de obras variadas, á saber:

Las obras de Jovellanos, las de Moreau, de Obstetricia, la colección de *Códigos españoles*, las obras de P. de Kock, las de Fr. Luis de León y un álbum de todas las óperas de Rossini, Bellini, Verdi, Donizzetti y Meyerbeer. Para el caso eventual de que el suscriptor premiado sea de corta edad, se añadirá á la lista que antecede el Catecismo del P. Ripalda y un pliego de aleluyas.

*Otra.*—Tenemos en prensa un fragmento completamente inédito del *Diablo Mundo*, que se ha encontrado en el bolsillo del último chaleco que gastó Espronceda.

*Otra.*—Repartiremos en breve á nuestros suscriptores dos curiosos facsímiles de Numa Pompilio y Anco Marcio, extraídos del archivo de Simancas.

### CAPÍTULO III.

DONDE SE MANIFIESTA LA MANERA DE REDACTAR UN PERIÓDICO LITERARIO POR MEDIO DE SABROSOS EJEMPLOS Y DE PRINCIPIOS INCONTROVERTIBLES.

El primer artículo, el de fondo, debe versar sobre una cosa seria y titularse del modo siguiente:

«Del origen, creces, progresos, decadencia y declinación y ruína de la invasión normanda en el Reino Unido.»

Sabido es que este asunto se despacha con unos treinta renglones.

Suele haber un artículo de ortografía, en el que se prueba que las letras existen desde que se inventaron.

Otro de agricultura sobre la historia de la siembra del cebollino y sobre la conveniencia de alimentar á los bueyes con galleta.

Síguele un tercero titulado filosófico, en el que se intercalan las palabras:

Síntesis, estética, antítesis, intuición, monografía y paralelismo, y se citan, sin haberlos leído, los escritos de Fichte, Kant y Hegel.

Estos tres artículos, que no tienen colocación posible en la sección de amenidades, se destinan á la instructiva.

Si el periódico tiene tendencias un tanto populares, debe publicar en folletín una novela evasiva.

En este género el protagonista es siempre una víctima de la tiranía feudal, real ó imperial, que gime en un hondo calabozo. El que le cultive no debe estudiar el diálogo, pues la obra se compone casi toda de monólogos, por razón de que los carceleros no quieren hablar y de que al preso le es absolutamente imposible dialogar con los ratones que pueblan su húmedo encierro. El patrón por el cual se han cortado todas estas novelas es el Barón de Trenk, de tijera alemana. El arte del novelista está en idear medios para que se escape su prisionero.

Por ejemplo: está encerrada la víctima en el quinto piso de una torre de la fortaleza: deshace un pañuelo de batista y una corbata de seda; con

las hilas que obtiene fabrica una fortísima cuerda de nudos de 380 pies de larga, y aprovechando una noche obscura se deja deslizar por ella y cae sobre la cabeza de un centinela, que queda física y naturalmente derrotado; quiere en seguida escalar el foso y se entierra en el fango, en donde permanece hasta que le vuelven á encerrar. Estos héroes de cárcel, de barba larga y que cobran aborrecimiento á la raza humana en general y á sus carceleros en particular; que dedican su amistad á las arañas que tapizan con sus telas las esquinas de la habitación, y consagran sus expansiones á las ratas que comen las migajas de sus alimentos, forman el encanto de los zapateros liberales y de las modistas sensibles, y procuran al periódico algún abonado que esté esperando con ansia que una revolución ó indulto liberten definitivamente al preso.

Si, por el contrario, el periódico tiende á buscar suscriptores jóvenes, no debe descuidarse su director en hacerse con una novela del género isleño, que ha escapado á los más hábiles clasificadores.

El principio invariable de esta clase de novelas es el embarque de tres ó cuatro chiquillos con su papá y mamá: llegado el buque á los mares de la Oceanía, sobreviene una horrorosa tempestad; encalla la nave; ahógase la tripulación, y sólo se salvan los niños y generalmente el papá. Esta es la introducción. La isla á donde se acogen es siempre una isla desconocida del archipiélago de Hu-nu-ku-ku-iva-iva, ó cosa semejante. El primer día,

la familia náufraga se anida en la copa de un árbol. El segundo, andan indefectiblemente á pedradas con las nueces de los cocos. El tercero, gran pesca de ostras, almejas y otros mariscos. El cuarto, recolección de efectos del buque encallado, que la mar arroja á la playa, entre otros una partida de clavos y herramientas que viene flotando sobre las aguas, con soberano desprecio de las leyes de la Física, que por lo general están en desuso en las islas desiertas. Al quinto, descubre el papá una palmera, á la cual hiere con un clavo, y en el acto brota de la incisión un caño de una especie de champagne. (Entre paréntesis, estoy tan acostumbrado á leer en los libros las frecuentes incisiones que sufren estos árboles, que no acierto á representarme en mi mente una palmera sin estar convertida en fuente.) De día en día los náufragos van descubriendo cosas nuevas: hacen una casa, fabrican arcos, matan toda clase de fieras y de todos climas, encienden lumbre, meriendan uvas y guayabas, almuerzan oso blanco, comen jabalí, cenan con un trozo de león.

Un viaje por la isla y un combate con salvajes antropófagos son cosas de rigor, después de lo cual llega oportunamente á la costa un buque, hácenle señas con el fragmento inferior de una camisa, embárcanse llevándose el loro querido, el mono favorito, el gato, el perro adorados, y concluye la novela. Estas novelas interesan sobremanera á los niños. Uno conozco que lleva leídos 37 Robinsones, que es el nombre vulgar de este género; el primitivo, *Los dos Robinsones*, el Robinsón suizo,

el alemán, el de los hielos, el de los bosques, el del Norte, un nuevo Robinsón, un novísimo Robinsón, otro archinovísimo Robinsón, etc.

La sección de poesías suele ser la más abundante en los periódicos literarios, y sobre esto no hay más consejo que dar á los aspirantes á poetas sino que se dejen llevar de su genio y atropellen cuantas reglas puedan, pues en eso está el mérito. La más atropellada es la del sentido común, pues está probado que el juicio y la inspiración son cosas incompatibles. Si el aprendiz se dirige á cultivar la elegía, debe dejarse crecer la melena. Si prefiere el epigrama y la sátira, entonces el bigote retorcido y el pelo rapado le sentarán muy bien. En general, si pretende elevarse á la reputación de poeta profundo y pensador, de genio inmensamente poético, debe poner todo su esmero en andar sucio y desaliñado.

Las tribulaciones del director de un periódico literario que se ve acosado para dar cabida en cada número á centenares de poesías, son inconcebibles. Á cada paso recibe cartas concebidas en éstos ó semejantes términos:

«Mío caro: Pongo á tus órdenes un hermanito que nació ayer, y de paso te remito esas doce docenas de quintillas á su nacimiento para que las insertes en el número de mañana.—Tuyo, *Valentín Valiente de Valiente.*»

«Querido: Ayer tuve un espantoso dolor de muelas, y te remito esos seis epigramas sobre la materia para que los publiques mañana.—*Juan.*»

«Sr. Director de *El Arpa*.

»Muy señor mío, de mi mayor aprecio, respeto y veneración: Á esta misiva acompañan ciento veinte octavas reales de la introducción de mi gran poema *Móstoles libertada*, para su inserción en el número próximo.

»S. A. S. S. L. R. B. S. M.—*Un suscriptor.*»

Estas cartas han sido escogidas entre las ciento que recibe el director en un solo día.

Por lo general, las poesías amatorias se reducen á describir los ojos negros, la tez rosada, los cabellos rizados, el seno turgente y los menudos dientes de una supuesta Amarilis, Dorila ó Filis, y son, en resumen, un pasaporte en verso.

Antes de terminar esta materia, quiero dar publicidad á una poesía que debiera ocupar un lugar preferente en las elecciones de trozos escogidos de Silvela, Quintana y otros, y es como sigue:

(1) Á MI AMADA.

Ángel hermoso del cielo,  
Que cual harpón de metal  
Heristes el pecho mío  
Con tu belleza sin par.  
Imagen bella y radiante  
De una aurora boreal;

(1) Siento no poder declararme autor de esta producción, c cuyo padre ignoro, y que me ha sido recitada por un amigo que la conserva en la memoria para formarse el gusto y el oído.

Sér divino de quien nunca  
Puedo mis ojos quitar;  
Son tus cabellos de nácar (1),  
Finas hebras de coral (2),  
Y tu boca de esmeralda (3)  
Y perfumada de azahar,  
El consuelo de mi vida,  
De mis penas y mi mal;  
Son tus dientes azabache (4),  
Y tus ojos y mirar  
Finas perlas más brillantes  
Que la brisa matinal.

¿Por qué te ví tan hermosa,  
Por qué mi vista fugaz  
Puse en tu rostro divino  
Si me había de matar?

Eres más bella que el sol  
Cuando luce en su fanal,  
Y más dulce que la luna  
Cuando se oculta detrás  
De los límpidos encajes  
Que por la atmósfera van.

Deja, hermosa, que te mire  
Sin pararme á descansar,  
Y que te bese amoroso  
Las mejillas de cristal.

Renuncio á cualquier comentario, que había  
de parecer demasiado frío, para expresar mi ad-

- (1) Es decir, blancos.
- (2) Es decir, encarnados.
- (3) Es decir, verde.
- (4) Es decir, negros.



miración hacia el numen poético y buen sentido que impera en toda la composición.

Viene después la sección biográfica, destinada á los hombres no célebres, pero que están en vida, en un buen destino y con alguna influencia. Las biografías que se publican son: en primer término, las de los ministros; en segundo, las de senadores y diputados. También alguna vez sale á luz la biografía del padre ó el hermano de uno de los redactores. Entonces se halla concebida, á poco más ó menos, en estos términos:

«D. Pánfilo Gutiérrez nació en Getafe en 1820, de padres honrados, y desde muy niño dió á conocer que sería una notabilidad, pues necesitó dos amas á la vez. Según fué creciendo, manifestó asombrosas disposiciones... para el juego de la pelota, y sobrepujaba á todos sus contemporáneos en el de las chapas. Á los quince años, el 16 de abril de 1835, peligró su interesante vida á consecuencia de habersele atravesado en la garganta una espina de barbo. Distinguióse en la escuela de primeras letras, en la que obtuvo un sinnúmero de vales, que conserva. Vino después á la corte á cursar Jurisprudencia, y en todos los años de su difícil carrera obtuvo la honrosa nota de aprobado. Fué admitido licenciado por una inmensa mayoría de votos, y aspiró al doctorado. El discurso que en aquel acto pronunció fué notabilísimo: versaba sobre el análisis de una ley completamente derogada y que no tiene aplicación alguna. Los dos catedráticos que le arguyeron le impugnaron terriblemente.

»Uno le dijo que su discurso era corto.

»El otro opinó que era largo.

»Y nuestro D. Pánfilo contestó que, á su juicio, era regular.

»En vista de tan felices disposiciones, le dieron una espada sin corte, un anillo de latón, unos guantes de Dubost; le regalaron un libro en dozavo, asegurándole que contenía todas las leyes de España; le hicieron jurar que defendería á las viudas, aunque fuesen viejas, y á los huérfanos, aunque fuesen pobres, y fué declarado doctor, recibiendo en el acto setenta y cinco abrazos de otros tantos compañeros, de los cuales no conocía dos terceras partes.

»Regresó por fin á su pueblo, donde unió su suerte á la de una señorita, hija de un respetable comerciante en embutidos, originario de Extremadura, la cual se llama Doña Candelaria Candelas; y si bien le falta aún ser diputado y ministro, no hay razón para que, andando el tiempo, deje de serlo.

»Es de advertir que Gutiérrez posee también las bellas artes y puntea la guitarra con una gracia particular.»

La sección de desgracias horribles, crímenes atroces, está por lo regular confiada al más encrespado de los redactores, que pone en juego todos los resortes de su imaginación para producir un engendro por este estilo:

«Se han recibido por la vía de Inglaterra cartas de Masulipapatam, que refieren el siguiente suicidio: Ayer apareció colgado de un árbol de su jar-

dín el hijo de un rico comerciante inglés, á quien su padre daba una pensión de 40.000 duros. Al pie del árbol había un papel que decía: «No se »culpe á nadie de mi muerte: poseído del *spleen*, »abrumado de dinero y terriblemente atormentado »en invierno con las atroces picaduras de dos saba- »ñones, que han resistido á los esfuerzos combina- »dos de los mejores artistas pedicuros de Europa, »cesó de vivir y sufrir.» Es tanto más lamentable este suicidio, prosigue la carta, cuanto que no puede atribuirse á falta, sino á sobra de religión, pues en los diez y seis años que viajó por Europa este joven desdichado, tuvo ocasión de profesar y abjurar sucesivamente el anglicanismo, el pu- seísmo, el puritanismo, el metodismo, el quie- tismo, el catolicismo; y á su vuelta al Asia, el mahometismo, el brahmismo y el confucismo.»

Inmediatamente después viene el artículo de modas, cuyos términos suelen ser éstos:

«*Modas de señoras.*—Ahora que ha entrado el frío, son de gran moda las mangas á la pagoda, por ser las más frescas que se conocen. Los vesti- dos se llevan con siete alforzas en la falda, y an- tes de ayer fué objeto de la mofa general una se- ñora, tan atrasada de noticias, que tuvo valor de presentarse en el Prado con sólo seis. Los tra- jes de casa ó *négligé* se llevan lisos; son también de moda los de cuadros; no menos se usan los de mezcla; igualmente hacen furor los de rayas. Los vestidos de teatro ó sociedad se llevan de satín ó moaré *aile de mouche amoureuse*, y los abrigos más generalizados son á la Dupin, así llamados por

tener un corte análogo al del gracioso gabán del presidente de la Asamblea nacional francesa.

«*Modas de hombres.* (Antes de escribir esta parte el redactor se mira de arriba abajo.)—Los gabanes-levitas siguen haciendo furor, sobre todo si están algo raídos. Los pantalones de moda son á cuadros, y está muy admitido que marquen las rodillas. Los sombreros se llevan deslustrados y las botas con el tacón torcido. En lo demás no ha habido alteración; pero según se susurra entre los leones, esta primavera habrá grandes novedades. Parece que se llevarán los fraques con un solo faldón, y que reina una activa correspondencia entre los maestros de París y Londres para decidir cuál será el suprimido.»

Luego entra la parte de gacetilla, donde se leen éstos ó semejantes *suelos*:

«*Necrología.*—Ayer fué víctima de un catarro pertinaz el subteniente de Infantería D. R. Fernández. Su muerte ha sido llorada por todos sus amigos y causado un profundo sentimiento de tristeza en todo el país. Atendidas sus bellísimas prendas, es indudable que, á durarle la vida, hubiera llegado á general.»

«*Baile.*—Anteayer asistimos al magnífico *rout* de la amable señora de C. Las trece señoritas (léase hijas solteras) de la casa estaban á cual más hermosas. Entre las señoras vestidas con más gusto se pueden citar las señoras A. B. C. D. E.

»Entre las personas notables distinguimos: un bizarro teniente de Caballería; un entendido auxiliar del Ministerio de Instrucción, Comercio y

Obras públicas; un sabio bachiller en Leyes; un joven y celoso practicante del Hospital General, y dos hábiles cursantes de escribanos, con otras personas de posición que no recordamos. Se bailó un baile tan sumamente nuevo que aún está por inventar.»

«*Concierto.*—Ayer concurrimos al que se dió en casa de la elegante señora de X. Distinguióse sobremanera el joven D. Adalberto Ivankuskoskafss, pianista de Cámara del rey de Laponia, gran cruz de la distinguida orden del Peregil de Tartaria. Tocó primero unas preciosas variaciones sobre el conocido tema de *Las habas verdes*, y al final del concierto electrizó los ánimos con su admirable fantasía, titulada: *Recuerdos de viajes por Alemania, Italia, Francia, Bélgica, Inglaterra, Rusia, África y España*. Baste, por último, para encarecer el relevante mérito de este artista, decir que en menos de media hora consiguió saltar diez y siete cuerdas al piano de la señora de X.»

En el terreno de la gacetilla es donde más se distinguen los periódicos satíricos, y aprovecho la ocasión para tratar de esta variante ó sección de la literatura infinitesimal.

Á nadie aconsejo que lea la generalidad de los periódicos satíricos. Personalidades de mal género, chanzas de pésimo gusto, son la base del periódico, en el que resalta, de vez en cuando, un sentimiento de ira ó envidia á determinada persona.

La única ventaja que tienen es que, á la manera de la culebra de cascabel, avisan antes de picar, y es fácil evitar la mordedura.

Si alguna vez un lector frunce el ceño al recorrer un artículo necio, provocativo ó chabacano, cúlpese á sí mismo, pues nadie le mandaba leer

*La Víbora,*

*El Látigo,*

*La Ortiga,*

*El Aspid,*

y otros de tan buen gusto como los anteriores.

Estos periódicos no comprenden tampoco:

Que un duque sea poeta lírico;

Que no menos lo sea un sacerdote;

Que haga buenos dramas un excelente padre de familia, para cuyo apellido no hay consonantes en la lengua castellana.

Y sólo alaban y encarecen á

Cervantes,

Lope de Vega,

Calderón,

Moreto,

porque han muerto y no hay probabilidades de que resuciten.

Quédanos que examinar, para dar fin á esta tarea, la sección de crítica de teatros, que ocupa un lugar preferente en cada número de periódico literario. He aquí algunas débiles muestras de lo que diariamente se ve en ella:

«*Teatro Español.*—Ayer se estrenó con éxito delirante el gran drama original, de trece literatos de esta corte, titulado: *San Fernando, Alonso el Sabio y Sancho el Bravo*, desarrollando sucesivamente en la escena todos los acontecimientos de aquella época. Es el *Mariana* en verso, y es

seguro que, con media docena de piezas de este género, los directores de colegio pueden despedir los catedráticos de Historia y abonar sus discípulos. Llama la atención el cuadro sexto, en el que sale el maese Roldán, y, para más ilusión, recita todo el libro primero de las *Siete Partidas*, que trata de la fe católica, en seguidillas. Se ve en el acto tercero la toma de Tarifa; en el séptimo el asalto de Sevilla. Salen guerreros, pajes, damas, un escuadrón de moros, dos validos, cuatro arzobispos, un cardenal, un papa, tres reyes y los infantes de la Cerda. ¡Si el apocado Moratín viviera, de seguro volvería á morir! ¡Qué lujo! ¡Qué trajes! ¡Qué decoraciones! ¡Qué boyante está la poesía dramática en España!»

«*Noticia importante.*—Sabemos positivamente que un literato de nota está escribiendo un gran drama con el objeto de aprovechar varias decoraciones pintadas por Philastre y algunos bailables compuestos por Ruiz.»

«*Teatro de la Opera.*—Anoche hubo una nueva competencia entre las famosas bailarinas S. y F. Salió vencedora la segunda, pues consiguió alzar la pierna izquierda dos pulgadas más que su competidora. Recibió con este motivo diez coronas, seis ramilletes, un aderezo, una pulsera y mil quinientas flores sueltas. ¡Al fin los españoles saben recompensar el genio!»

«*Teatro de la Opera.*—Se anuncia la próxima representación de una ópera, cuyo éxito será deplorable, pues nos consta que no es de Verdi. Anunciase también un baile nuevo, titulado *La reina*

*Pomaré*, y se susurra que hay en él un *pax de deux* de grande efecto entre la reina y el contralmirante francés de Bruat; un divertimiento general, en que tomará parte toda la escuadra, y un paso de carácter ejecutado por el misionero inglés M. Pritchard.»

## CAPÍTULO IV.

EN EL QUE SE NARRA EL DEPLORABLE Y LASTIMOSO FIN DE LOS PERIÓDICOS LITERARIOS Y SE LES HACE UN ENTIERRO DE PRIMERA CLASE.

Para desempeñar esta fúnebre tarea tengo que adornar mi pluma con un crespón anticipado.

La muerte de una publicación literaria es debida pocas veces á una enfermedad fulminante, y se anuncia generalmente con síntomas infalibles.

Las suscripciones forzadas, es decir, las de los padres, tíos, hermanos, primos y amigos de los redactores, cesan infaliblemente á fin de mes.

En los suscriptores de buena fe se declara hacia la misma época una deserción contagiosa.

El director, que sufraga los gastos principales, empieza á meter muchas menos veces la mano en el bolsillo del chaleco, y algunas la saca vacía.

Óyesele murmurar del positivismo del siglo y de la singular y exclusiva predilección que profesan los lectores á la cotización de la Bolsa.

Todos éstos son signos infalibles de la proximidad del día desastroso en que el señor director congrega á todos sus colaboradores y les dice:



*Exordio.*

Señores: Creo haber cumplido por mi parte mi noble misión sobre la tierra, difundiendo la ciencia y la ilustración por espacio de más de un mes. Por otra parte, mi nombre quedará por siempre en los fastos literarios, y no seré considerado como un extraño en la república de las letras.

*Narración, confirmación.*

Nuestra empresa ha luchado con el materialismo del siglo y ha sido vencida. Anunciábamos rifas entre 24.000 suscriptores, y su número, preciso es decirlo, nunca pasó de 24. Hoy contamos con 103 suscripciones; pero las 100 son gratuitas, y con las otras tres sólo hay para pagar la repartición de las restantes. No puedo seguir sufragando los gastos. El periódico muere.

*Epílogo.*

(El epílogo lo forman las caras mustias de los colaboradores.)

Después de esta arenga demosteniana, recoge cada uno lo que en la redacción le pertenece, y bajan la escalera silenciosamente.

Al director le queda un triste deber que cumplir, que es el despacho de los 6.000 ejemplares que se tiraron de más. Avisa al tendero del cuarto bajo, que sube con la romana, pesa los ejemplares y tasa la arroba en cuatro cuartos. Después de hecho el ajuste, toma el director las llaves del so-

tabanco ó buhardilla donde estuvo la redacción, y que se situó tan alto porque, teniendo sin duda que difundir las luces, quería tomarlas de primera mano, y las entrega al portero, el cual se aflige sinceramente porque era uno de los suscriptores gratuitos.

Los demás periódicos anuncian que su cofrade pasó á mejor vida, y ninguno se encarga de cubrir las suscripciones, por la poderosa razón de que no las tiene. Pero en mal hora vendió el director los ejemplares sobrantes: desde aquel día adquieren una asombrosa circulación, y no va á ninguna casa donde, á manera de sombra de Nino, no se le presente su difunto periódico bajo la forma:

De un cucurucho de pimentón;

De un envoltorio de azucarillos;

De una pelotilla con la que juega la perrita favorita de su novia;

De un tricornio de papel que luce el hermanito de ésta;

De un patrón que corta la mamá, metiendo la tijera por su mismo apellido.

Y por último ¡oh dolor! un día, al dar una vuelta por la ronda, descubre junto á la tapia del Hospital un fragmento de su obra horriblemente tiznado.

Los ex-redactores, por su parte, quedan en cierto modo satisfechos, pues han conseguido su objeto literario, que era la publicación de una poesía á cada uno de sus respectivos encantos.

Y el siglo es el que en último lugar carga con la responsabilidad del fracaso periodístico. Así es que

hoy día ha llegado á considerarse como una cosa incontestable la imposibilidad de la publicación de un periódico exclusivamente literario, aunque le escribieran los esclarecidos ingenios que honran nuestro país, lo cual es una verdad; pero la causa no está en el siglo, sino en los muchos periódicos detestables que se han publicado.

Se me olvidaba decir que los periódicos satíricos suelen labrarse la tumba en las bóvedas de San Martín, lo cual proporciona á más de un redactor el placer de considerarse como una víctima de la opresión y la facilidad de representar el simpático papel de condenado político.

## CAPÍTULO V.

DONDE SE REFIERE MI OPINIÓN SOBRE LOS PERIÓDICOS LITERARIOS, Y SE CORROBORA CON UN EJEMPLO Á MANERA DE SAINETE, FIN DE FIESTA Ó ENTREMÉS.

Tengo para mí que los periódicos literarios hacen más daño que á la literatura á los que los redactan.

Salvas ligeras excepciones, sirven para alucinar á algunos desdichados que se empeñan en ser literatos *invita Minerva*.

Otros redactores tienen verdaderas disposiciones que se malgastan antes de tiempo.

Si un polvorista va disparando cada cohete según concluye de fabricarlo, es seguro que nunca hará un vistoso árbol ó ramillete de fuego.

Rara vez los fenómenos de precocidad llegan á ser hombres célebres.

Rara vez la flor que brota en marzo deja de helarse en abril.

El que ha escrito el día antes la biografía de Schiller, copiándola de las varias que existen impresas, mal se sujeta á aprenderse al día siguiente una lección de patria potestad.

El autor de estas líneas confiesa humildemente que, después de escritas, y por detestables que sean, encuentra poco agradable la tarea de estudiarse los requisitos de una demanda ó los efectos del emplazamiento.

Por último, he prometido un ejemplo de los desastrosos efectos que produce el ser redactor de un periódico literario. Hele aquí, aunque no tiene nada de trágico:

Un meritorio de cierta oficina llegó á enamorarse perdidamente de la hija del oficial de su negociado. Tanto paseó la calle, tantos billetes escribió, que el padre, hombre sumamente prosáico, despidió de su casa al enamorado meritorio, prohibiéndole el que continuase *babeando* con su hija.

Si el meritorio no hubiese sido redactor de un periódico literario, la filípica paterna hubiese apagado el volcán de sus fuegos, y se hubiera dirigido á buscar otra deidad cuyos padres leyesen libros de caballería y comprendiesen el gozo inefable que se experimenta con estar dos horas de plantón debajo de la ventana ó hablando por la rejilla de la puerta ó explicándose desde la calle,

o cual equivale á aplicar al amor el sistema de la publicidad, sujeto siempre á la previa censura de los vecinos.

Pero era literato, y apenas llegó á su casa se decidió á vengarse, para lo cual emborronó una novela árabe, en la que se refieren sus desgracias, con el título de *El penúltimo Abencerraje*, en atención á que el último está escrito hace tiempo.

El padre inhumano se llamaba Zuloaga, y al momento lo transformó en Zuló-Agá; la madre, Doña Benita, se convirtió en Ben-Aita, de la familia de los Zegríes, porque no está admitido hablar de un Abencerraje sin ponerle su correspondiente Zegrí por delante; la niña Casimira se metamorfoseó en la bella Cas-Ymrá, ¡estrella celeste! ¡rocío de los jardines! ¡flor de las flores! y él por su parte campeaba con la calificación de penúltimo Abencerraje y bajo el apodo de Almanzor.

En la novela se refiere como pasada en Granada la escena de la despedida, atribuyéndola á avaricia y odio de los Zegríes; se habla un poco del patio de los Leones, describiendo bajo este nombre la sala de Doña Benita; se narra una justa ó combate singular entre Zuló-Agá y Almanzor á la vista de Ben-Aita, que termina por la victoria definitiva de éste y el rapto de la incomparable belleza, la hermosa Cas-Ymrá.

Firma, por supuesto, el artículo con su nombre y apellido, y al día siguiente envía el número á la casa consabida, donde produce una espantosa conmoción.

Zuló-Agá se desespera, porque teme que le reconozcan sus compañeros de oficina, á donde el informal meritorio lleva su periódico. Ben-Aita promete señalarle en la cara los dedos y uñas de ambas manos si se pone á tiro, porque se ha atrevido á calificar de patio de los Leones á su estrado, y porque la pinta vieja: ella, que era una belleza el año de 1808; y por su parte la enamorada niña acaba de perder el poco seso que la queda, y desde aquel día encabeza todas sus amorosas epístolas con el nombre de Almanzor, y las termina con el de Cas-Ymrá.





## EL ABOGADO DE POBRES.

FRAGMENTO ÉPICO (I).



o! La raza de los héroes no se ha extinguido en la tierra.

Al fuerte Aquiles y al piadoso Eneas podemos oponer una infinidad de subterfugios de todas armas, á quienes sólo falta para competir con aquellos héroes un Homero ó un Virgilio.

La antigüedad se enorgullece con la gigantesca figura de Hércules limpiando los establos de Augias; pero la sombra del hijo de Júpiter y Alemana tiene que prosternarse ante nuestro moderno

(I) El autor de este artículo, al darle á la estampa, espera que ninguno de sus lectores desconocerá que pertenece á ese género de crítica burlona, festiva, pero inocente: nada más distante de su ánimo, nada más ajeno de su objeto que desprestigiar una profesión que él ejerce, y en la que son tan frecuentes como poco conocidas y recompensadas las pruebas de inteligencia, abnegación y talento, cuyas cualidades tanto realzan la magistratura y el foro de nuestro país.

Sabatini, que ha sobrepujado al semidiós gentílico... en materias de policía urbana.

El rey Artus y los caballeros de la Mesa Redonda han desaparecido en las sombras del no ser.

En la actualidad las mesas redondas se cuentan á millares, y los antiguos defensores de las viudas y los huérfanos han trocado su título de caballeros andantes por el más modesto de abogados de pobres.

Puesta la toga, calado el birrete y enristrada la acerada pluma, combaten desinteresadamente en favor de los oprimidos, y consiguen laureles inmarcesibles, derrotando con frecuencia á la raza incorregible de nigrománticos, que se presentan en liza bajo el engañoso nombre de promotores y fiscales.

¡Oh nunca bien ponderados jóvenes! ¡Yo os levanto un monumento eterno en papel del sello cuarto!

¡Yo cantaré vuestras hazañas, y nada tendréis ya que envidiar á los doce Pares, cuyas proezas Eco repite en las esquinas, al son armonioso de la cítara moderna!

¡Y tú, digno émulo de Minos y Radamanto, vicario de Themis, gran maestro de la andante orden, ilustre... acoge benévolo mis elevados cantos, y premia desde tu trono de cerda y de caoba mis heroicos esfuerzos con una promotoría fiscal de entrada!

#### CANTO PRIMERO.

Hecha la invocación en el tono encrespado, usado generalmente en la epopeya por los vates



antiguos y modernos, la lira se me escapa de las manos, con lo cual se deja conocer á tiro de ballesta que me hallo en la imposibilidad de proseguir mi obra en el tono épico con que la comencé, toda vez que, según el testimonio unánime de los poetas que han cultivado este género, que empieza en la *Iliada* y termina, á no dudarlo, en el *Pelayo*, los poemas heróicos se componen y se cantan indefectiblemente con acompañamiento de cítara, arpa ó lira, y alguno que otro obligado de trompa.

Á falta de estos instrumentos, y con el deseo de conservar cierto colorido á mi composición, he contratado un individuo que toca el figle y se acompaña con chinescos y platillos.

Con su auxilio espero todavía eclipsar al autor de la *Henriada*.

Doy principio á mi obra.

En todos los tiempos, en todos los países, se ha reconocido y acatado el elevado principio de que nadie debe ser juzgado sin ser oído.

Con arreglo á este axioma, los jueces debieran oír siempre á las partes.

Pero como todos los axiomas sufren modificaciones en la práctica, bien pronto se echó de ver que éste era, en toda su extensión, inaplicable.

(Lo que yo echo de ver es que he bajado espantosamente de tono, y para inflamar mi espíritu grito al hombre-orquesta: ¡música!

Contestación: ¡rum! ¡chin! ¡cataplín!)

Prosigo:

Los litigantes sordo-mudos, los acatarrados, y

en general todos los que padecían extinción de voz, no podían ser juzgados, por la sencilla razón de que no podían ser oídos.

Otros que poseían un órgano privilegiado abusaban de él, y atronaban los oídos de sus jueces, dejándolos sordos, y en la consiguiente imposibilidad de oírlos y juzgarlos.

Y la mayor parte de ellos se dejaban llevar de sus iras, se lanzaban interjecciones que ruborizaban á los adeptos de Themis y amenazaban devorarse á la puerta del tribunal.

Para evitar esta catástrofe se inventaron los abogabos, cuya misión es hablar en estrados, modulando la voz de manera que no turbe, antes bien favorezca el blando reposo de los jueces.

(Observando que continúa mi *declinación* épica, y que hablo ya de manera que todo el mundo me entienda, para entrar en calor y cobrar bríos, arrimo un puntillón á mi orquesta, la cual se estremece y pone en actividad, dejándose oír las siguientes armonías:

¡Prum! ¡rum! ¡chin! ¡plan! ¡chin! ¡cataplín!!!)

Y prosigo:

El ministerio del abogado consiste en ocuparse exclusivamente de los negocios de sus conciudadanos, por lo que en una excelente obra se le define de esta manera:

El abogado es un ente racional que se mete en camisa de once varas, mediante cierta cantidad.

Su regla de conducta es defender los pleitos como propios, y sentir su pérdida como ajenos.

En el mismo libro se define la justicia diciendo:

Justicia... es  
Lo que en la sala de cinco  
Deciden tres.

(No bien he estampado estos renglones exclamo: ¡mi ruína se consumó; he descendido á la seguidilla; adiós, epopeya!)

Inmediatamente alargó un napoleón á mi colaborador, el cual se quita el figle de la boca, los chinescos de la cabeza, los platillos de los tobillos; se echa sus instrumentos á la espalda; baja la escalera, y obsequia á la portera con un concierto improvisado que le atrae las maldiciones de la vecindad, y espeluzna de gozo á los innumerables gatos que asoman sus cabezas desde el alero de los tejados.

Por mi parte renuncio á mi poema, íntimamente persuadido de que en esta época se ha hecho imposible la epopeya, sin duda porque, al paso que pululan los instrumentos de cobre, no se encuentra una cítara por un ojo de la cara.

Continúa, pues, siendo el *Pelayo* el último de los poemas más épicos, envidiable calificación que no le niega ninguno de los que le han hojeado.

## CAPÍTULO II.

Vuelvo á mi asunto.

Después de revelada la verdadera misión del abogado, corresponde manifestar los anteceden-

tes del que consagra su talento á la defensa de los pobres.

De cien jóvenes que concluyen en cada año de cursar Jurisprudencia, puede calcularse que treinta ó cuarenta han consagrado sus desvelos á Cupido, perfeccionándose en el estilo epistolar amoroso;

Que diez ó doce han dedicado sus vigiliass á sobresalir en el arte difícil del billar ó del ecarté;

Que tres ó cuatro se han arrojado en los brazos de las Musas, cultivando con igual esmero y desgracia el epigrama y la elegía, la comedia y el drama;

Que otros tres ó cuatro se han abismado en el vorágine de la política, absorbiendo todo su tiempo la redacción de las gacetillas de un periódico político;

Que seis ó siete han cedido á los inefables encantos de la música, con gran detrimento del sistema auricular de sus convecinos;

Que otros tantos han empleado agradablemente las horas del día en medir el asfalto de la Puerta del Sol, matando el tiempo en los paseos y el café;

Que algunos más se hallan dominados de la idea de sobrepujar á Massot y Petit-Pas en la polka y la redowa, haciendo progresos tangibles en todos los bailes que dan aquellas personas que se hallan enemistadas con sus alfombras y que desean pagar muy caro un mal rato,

Y que sólo unos pocos han tomado por lo serio su carrera.

Éstos son los que, apenas recibida la investidura

ra, solicitan la alta honra de ser abogados de pobres, y fácilmente la obtienen.

Si el novel defensor tiene un conocido gaceti-llista, se hincha de gozo al leer al día siguiente en el periódico un suelto en éstos ó parecidos términos:

«*Incorporación.*—Ayer quedó admitido en nuestro ilustre Colegio el aventajado joven Don Pascasio Pérez. Por no ofender su modestia, sólo diremos que su talento, sus conocimientos y su elocuencia lo ponen desde ahora al nivel de los Cambreros y Argumosas.»

Á los ocho días sale otra gacetilla concebida de este modo:

«*Filantropía.*—El ilustrado orador D. Pascasio Pérez ha determinado por este año consagrarse á la defensa de los pobres. Rasgos de generosidad semejantes no deben permanecer ocultos, y nuestras columnas estarán siempre abiertas para consignarlos.»

### CAPÍTULO III.

Á los quince días recibe nuestro héroe su primera causa.

Profundamente conmovido se precipita á leer en la carpeta la clase de delito de que se acusa á su defendido, y encuentra que se trata de castigarle por riña con una mujer.

Se entusiasma, y sin desatar los autos escribe, apelando á recuerdos universitarios y académicos, un exordio, en el que se trata de los griegos,

los egipcios y los caldeos, y se cita á Osiris, el buey Apis, Venus y Domiciano.

Fíjase después en el nombre de su defendido, que ¡oh dolor! resulta llamarse Policarpo Pelote.

Este nombre funesto apaga el entusiasmo del orador, al que sólo le queda por consuelo la idea de que jamás hubiera conseguido el mismo Cicerón pronunciar una arenga, siquiera mediana, *pro Policarpo ó pro Pelote*.

Con el objeto de predisponer favorablemente el ánimo judicial, trata de averiguar los antecedentes del procesado, y encuentra los siguientes:

Que Pelote juega con toda perfección al cané;

Que de veinticuatro horas que tiene el día está ebrio veintiséis;

Que ha pasado varias temporadas en el Saladero.

Para desvanecer el mal efecto de estos antecedentes, el abogado apunta:

Que el jugar al cané supone desde luego inteligencia, y que á otros juegos peores se entregan personas de mucho tono;

Que el beber vino, en rigor, sólo supone sed;

Que el ir al Saladero nada implica, porque la justicia humana está sujeta á errores; además de que los magistrados frecuentan ese edificio, con la diferencia de que éstos van generalmente en coche y Pelote á pie.

Pasa en seguida á examinar el hecho de la disputa, que resulta probado por catorce testigos presenciales.

Á esto dice el abogado:

Que no se ha probado en autos que estos testigos no sean ciegos;

Que dos de ellos bizcan conocidamente;

Que tampoco está probado que no estuvieran de espaldas;

Que admitida esta hipótesis, es indudable que nada debieron ver.

Concede después que sea cierto el hecho criminal, reducido á que el inconstante Pelote, sin sospechar que plagiaba á D. Rodrigo, estaba folgando á las orillas del Manzanares con una hermosa habitante de la Cava Baja, desgraciadamente con testigos, pues que su antigua novia, que á cierta distancia presenciaba el coloquio amoroso, disparó iracunda al rostro de su infiel amante unos calzoncillos que estaba lavando, á lo que replicó Policarpo con una lluvia de palos.

El abogado alega:

Que los calzoncillos estaban empapados en agua fría;

Que pasada la primera impresión de frío, debió producirse una reacción en sentido contrario;

Que en el paroxismo de esa reacción debió sin duda Policarpo aplicar á su interlocutora la paliza que forma la base de este procedimiento; paliza á todas luces y bajo todos conceptos impropio y contraria á lo dispuesto en todos nuestros Códigos, desde el Fuero Juzgo hasta el día;

Que Pelote es hombre de honor y no le gusta que le den con nada en el rostro, y mucho menos con unos calzoncillos húmedos;

Y, por consiguiente, que la lluvia de palos tuvo

por causa determinante el estado morboso del procesado y los estímulos de su honra mancillada.

Examina después cuidadosamente la declaración indagatoria del procesado para ver si trata de atenuar su delito, y se encuentra con la novedad de que Pelote, no sólo confiesa haber dado un jabón á la lavandera, sino que ha asegurado que en saliendo de la cárcel duplicaría la dosis, y aun algo reservaría para el juez y el escribano.

Este nuevo contratiempo desalienta al abogado, que apenas tiene ánimo para apuntar:

Que si Pelote no está loco, nada se opone á que andando el tiempo llegue á estarlo;

Que cuando prestó esa declaración se hallaba sin duda embriagado; pues si bien desde que estaba detenido sólo bebía agua, este líquido debía subírsele á la cabeza por falta de costumbre.

En el día de la vista el abogado hace cuantos esfuerzos son imaginables para salvar á su defendido; pero éste, que continúa bajo la perniciosa y anormal influencia del agua clara, desbarata con un tino admirable toda la defensa, permitiéndose hacer una mueca al tribunal.

El defensor pide apresuradamente la palabra, diciendo:

Que el lenguaje de los gestos, aunque universal, no está sujeto á reglas fijas é invariables;

Que en la China la mayor señal de afecto consiste en restregarse las narices con las de la persona á quien se quiere honrar;

Que en las Molucas se considera como ademán



respetuoso la aplicación de la extremidad de la bota al hueso sacro de la persona favorecida con esta señal de aprecio;

Que en Taiti...

Pero el presidente le interrumpe, y el tribunal confirma la sentencia del inferior, por la que se condena á Pelote á unos meses de arresto, durante los cuales puede entregarse, si gusta, á profundos estudios sobre la mímica.

#### CAPÍTULO IV.

Después de esta causa recibe el abogado de pobres tres, cuatro, seis de la misma importancia.

Trátase en la una del robo de un tenedor que se ha encontrado en el bolsillo del ladrón, no quedándole al abogado otro medio de defensa que el alegar la circunstancia atenuante de faltarle una púa á la prenda robada.

Persíguese en otra á una naranjera por haber injuriado á otra del oficio con palabras que no pueden estamparse aquí, pero con las cuales se tropieza en cada página del *Quijote* y de otros libros publicados en una época en que, según dicen, había más pudor, más recato, más delicadeza que ahora.

Á veces invade el modesto despacho del abogado de pobres algún individuo que viene á reclamar sus auxilios. En estas ocasiones, como el cliente es siempre de humilde condición, suelen representarse escenas cómicas, entre las que merece ocupar un lugar distinguido la siguiente:

Llaman á la puerta.

EL ABOGADO DE POBRES.—Adelante.

UNA MUJER CON MANTILLA DE FRANJA Y VESTIDO CORTO.—Señor abogao, usía...

EL ABOGADO DE POBRES (*como quien abdica*).—Deje V. el usía.

LA MUJER (*poniendo la mano en el hombro al abogado*).—Cabayero, tengo un puesto en la plazuela de la Cebáa, y vendo ajos, cebollas...

EL ABOGADO (*tapándose las narices*).—En efecto, se conoce... Adelante.

LA MUJER (*rascándose la cabeza con la peinetita*).—Tengo siete hijas.

ÉL.—Sea enhorabuena.

ELLA.—Toiticas solteras.

ÉL.—Retiro la enhorabuena.

ELLA.—¿Qué ice su mercé?

ÉL.—Nada. Siga V.

ELLA.—Enfrentico é mi puesto tiene otro la Colasa. V. la debe conocer: una roja con un lunar en el pescuezo, muy puerca (*vuelve al ejercicio de la peinetita*), con los ojos ribeteaos...

ÉL.—Adelante, adelante...

ELLA.—Pues como iba diciendo, la Colasa me ha tomao tema porque un día la... la... (*aquí hace un signo expresivo*).

ÉL.—Entiendo, entiendo.

ELLA.—Pues como iba diciendo, me ha tomao tema; y para hacerme de rabiar ha dicho á un novio que tiene que compone... compone...

ÉL.—Cualquier cosa... zapatos.

ELLA.—No, señor, coplas; y la ha compuesto

una copla contra mí, y la arrastráa la canta todito el día.

EL ABOGADO.—¿Á ver la copla?

ELLA (*á voz en grito*):

Infeliz de quien tiene  
Siete solteras,  
Que en setecientos años  
No sale de ellas.

EL ABOGADO (*riéndose*).—La seguidilla me gusta.

LA MUJER (*preparándose al combate*).—¡Por vida de!... Si á V. le gusta, á mis hijas no; sobre todo Sinforosa, que dice que no quiere aguardar setecientos años... porque... porque...

ÉL.—Bien, ¿y qué más?

ELLA.—Es que el tío Pacho dice que los abogaos saben de todo.

ÉL (*con entusiasmo*).—En efecto, nuestra ciencia es universal, á la par que digna y elevada: la Jurisprudencia, el Derecho, la Legislación... ¡he aquí la síntesis de la inteligencia! Con verdad dice Ulpiano que nuestra misión constituye el sacerdocio más sublime... más...

ELLA (*sacando tres pesetas del bolsillo*).—Güeno, güeno: puesto que V. sabe de todo, ahí van esas tres pesetas para que me componga V. unas coplas que hagan de rabiar á Colasa...

ÉL (*con asombro é indignación*).—¡Señora! (*levantándose*) ¿es posible que así se profane la... la... lo... lo?...

ELLA (*recogiendo sus tres pesetas*).—No se incomode V., señor abogao; que si V. no sabe ha-

cer coplas, ya me las sacará el barbero del portal.

El abogado se vuelve á sentar y queda extático. La consultante toma la puerta llamándole chaval entre dientes, y tarareando una copla cuya maligna intención no comprende del todo. Al llegar al último tramo suelta su voz, y el alumno de Themis se recrea oyendo lo siguiente:

Todos los abogados  
Van al infierno,  
Y el camino que llevan  
Es... el derecho...

## CAPÍTULO V.

Suena al cabo la hora dichosa en que el orador novel tiene que luchar, no cuerpo á cuerpo, pero sí lengua á lengua, con un adversario de inmensa reputación, por lo cual se prepara para el combate con particular cuidado.

La causa se ha seguido en un tribunal de Guerra por la razón de que el procesado es amigo íntimo de un cabo de Infantería, siendo, por tanto, evidente que le corresponde el fuero privilegiado.

Llegado el momento de la vista, el célebre criminalista que lleva la defensa del acusador privado empieza su oración en estos términos:

«Jamás se ha presentado un caso como el que me obliga á molestar la atención del tribunal con más ó menos elocuencia, porque esto al tribunal, no á mí, le toca decidirlo. ¡Jamás ha estado más claro el delito, ni ha sido más urgente la necesi-

dad de imponer un terrible castigo al delincuente para contener los desmanes de seres corrompidos que amenazan destruir el edificio social por sus cimientos, y no reconocen en su audacia ni límites ni freno!»

(El célebre criminalista ejecuta numerosas variaciones sobre este tema por espacio de un cuarto de hora, y prosigue:)

«Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez nació en una aldea del Principado de Asturias. Pasaron rápidos para ella los años de la niñez, y atravesó con heróico esfuerzo la época azarosa de su dentición. Á los diez y siete años contrajo matrimonio con D. Jaime Andrés y Antonio, y transcurrieron para los esposos seis lustros felices, tanto más felices, cuando que no tuvieron sucesión.»

(Pausa. Un magistrado que tiene trece hijos se enternece. El orador prosigue:)

«La terrible guadaña de la muerte segó la existencia de D. Jaime Andrés y Antonio, y tras esta desgracia, otras y otras se acumularon sobre su desgraciada viuda.

»Tres veces volvió á encenderse para ella la antorcha de Himeneo, y otras tantas se apagó; ó lo que es lo mismo, á la edad de sesenta años Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez quedó viuda de su cuarto marido y desesperanzada de encontrar el quinto.

»Sola se halló entonces sobre la tierra, sin más consuelo que dos millones de fortuna.

»Tenía y tiene Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez treinta ó cuarenta parientes sumidos

en la miseria, y además habitaba en su casa una perrita de lanas llamada *Artemisa*.

»Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez, conociendo toda la extensión de sus deberes sociales, dedicó 240 reales al año para hacer la felicidad de sus ingratos parientes, y concentró su cariño en *Artemisa*, á quien alimentaba con dulces y con bizcochos.

»Correspondía la perra á tantas caricias, y salvo algún que otro inocente mordisco, nada turbaba la dicha de esos seres inocentes tan dignos el uno del otro.

»Pero nada es duradero en esta deleznable vida, y un suceso horrible vino á destruir el plácido sosiego de que el ama y la perra disfrutaban.

»El día 5 de julio del año próximo pasado, á las nueve de su mañana, cruzaba Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez la Puerta del Sol, llevando á *Artemisa* con su largo cordón de seda verde, que, partiendo de la mano de mi patrocina- da, terminaba en el collar de grana del cándido animal.

»Confiada *Artemisa* en el celo de los que velan por la pública seguridad y en la superior ilustración y alta sabiduría de V. E., trotaba alegremente detrás de su ama, cuando... (*el célebre criminalista se conmueve*) cuando un monstruo vomitado del Averno, aprovechando la confusión que reina en aquellos parajes, se precipita sobre la inerme perra, corta diestramente el collar y hu- ye, llevando en sus brazos á su triste víctima.

»Vuelve á poco la vista Doña Clara de Vargas

Bermúdez y Bermúdez, y ¡cuál sería su asombro al considerar que el verde cordón de seda, en vez de servir de conductor á la rizada y nítida *Artemisa*, sólo arrastraba por el fango una insensible y repugnante escoba!

»Á los agudos lamentos de mi patrocinada acude la gente; penetra en el corro un honrado salvaguardia, el cual, enterado de la catástrofe, pone sus piernas en movimiento, con tan feliz éxito, que logra rescatar á *Artemisa*, á tiempo ya de que el raptor penetraba en sus inmundas guaridas de la plaza de la Cebada.»

(Al oír estas palabras, un magistrado que habita en dicha plazuela frunce el ceño, lo nota el célebre criminalista, y sin cambiar de tono dice:)

«¡En esa plaza, en ese regio Coso, en cuyas nobilísimas casas tantas egregias cunas se mecieron, y en donde hoy habitan esclarecidos ingenios!»

Aplicado el calmante, prosigue su discurso, tratando de probar que el rapto de *Artemisa* se hizo á instigación de los ingratos parientes de su patrocinada, y concluye pidiendo severísimas penas contra el acusado.

Suspéndese la vista, y á la salida recibe el célebre criminalista un estrecho é inevitable abrazo de Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez, que con las lágrimas en los ojos le apellida su salvador, y sólo se queja de que le haya faltado energía para pedir la pena de muerte contra el raptor de *Artemisa*.

Al día siguiente el abogado de pobres empieza su defensa con un exordio basado sobre el axio-

ma sostenido por Buffon y todos los naturalistas, de que el perro es el amigo del hombre, sacando de estas premisas la consecuencia de que no es una acción punible la que tiende á proporcionar un amigo.

Manifiesta después que él no tomará las cosas de tan arriba, ni hablará de la época remota de la dentición de Doña Clara, ni entrará en la enumeración de los maridos que haya podido tener esta señora, cuestión que ofrece escaso interés.

Sostiene después que el hecho, aun suponiéndole criminal, no está probado; pues si bien á su defendido Dimas le capturaron con un perrito de lanas en los brazos, y ese animalito era ladrador, sucio y goloso, esas señas convienen con las de los once ó doce mil individuos de la misma raza que se pasean á pie y en coche por Madrid, lo cual es un obstáculo insuperable para comprobar la identidad;

Que aun admitiendo la hipótesis de que Dimas sea el robador de *Artemisa*, habiendo sustituido á ésta, como se reconoce de contrario, con un utensilio casero, sólo puede censurársele por haber aplicado, con alguna exageración tal vez, las doctrinas predicadas por Ricardo Cobden y su apostolado acerca del librecambio;

Y en último resultado, que Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez no debe darse por agraviada de la acción de Dimas, ni despreciar el artefacto que sustituyó á *Artemisa*, porque es bien sabido de todo el mundo que en las casas en que hay perritos de lana la escoba es de uso diario.



Al día siguiente se publica el fallo imponiendo una leve pena á Dimas.

Al saber ese resultado Doña Clara de Vargas Bermúdez y Bermúdez se pone frenética, se arranca la peluca, y acusa á los jueces de haberse vendido á sus parientes, los cuales se hallan en su mayor parte en San Bernardino ó en el Hospital.

El procurador, para calmarla, la asegura que la indulgencia del tribunal, que no ha condenado al tormento á Dimas, proviene de que el presidente aborrece los perritos de lanas.

## CAPÍTULO VI Y ÚLTIMO.

Después de trabajar asiduamente, después de haber hecho infinitas defensas con el celo y el entusiasmo propio de una edad llena de ilusiones generosas, el abogado de pobres abre su libro de asientos á fin de año, y forma el balance de sus ganancias, el cual le da el resultado siguiente:

### HONORARIOS.

|                 |                |
|-----------------|----------------|
| Devengados..... | 10.007 reales. |
| Cobrados.....   | 7 »            |







## REVISTA DE LA GRANJA.

El día de San Luis.—El Instituto de París.—Las tercianas y el arte escénico.—La Marquesa de C... y Mister...—Duelo literario.—La fuente de las Jervas y la de los Chevós.—Perseo y la cruz de San Fernando.—Los surtidores.—Definitivamente.



o obstante el proverbio francés, los días de San Luis en la Granja se siguen y se parecen.

Siempre el mismo gentío, siempre la misma algazara, siempre los mismos mágicos juegos de aguas que jamás han podido reproducir con exactitud la paleta y el pincel, y que mucho menos pueden describir el tintero y la pluma.

Así es que al que no lo haya visto le aconsejamos que venga á verlo, y al que lo haya visto no menos sinceramente le aconsejamos que vuelva.

En los días en que corren las aguas, las fuentes adquieren una belleza más; los cercos de verde césped que la rodean desaparecen bajo otro cerco de dos ó tres mil bocas abiertas.

Si fuéramos individuo, é individuo influyente, del Instituto de Francia, hace mucho tiempo que

se habría celebrado concurso sobre el siguiente tema: «Averiguar el por qué al alzar los ojos al cielo el género humano abre la boca.»

Tal vez este fenómeno no sea más que una costumbre heredada del pueblo hebreo, que hubo, sin duda, de adquirirla durante aquella benéfica lluvia del maná.

Pero volviendo á la Granja, bueno es proclamar que es una preocupación ridícula la de suponer que este Real sitio es tercianario.

Ésta es á todas luces una calumnia grosera inventada sin duda por los del Escorial.

Por nuestra parte sólo hemos tenido noticia en toda la temporada de un tercianario.

Este infeliz egrotante ha sido el teatro de la Granja.

Sí, lectores amigos: el arte escénico ha sido intermitente todo el verano, á excepción de la semana de San Luis, en que los ataques han sido tan repetidos y tan rudos, que el desdichado enfermo ha sucumbido.

Pasando ya del teatro de noche al de día, fuerza es confesar que la sociedad veraniega ha estado poco animada.

La fracción coche ha desfilado una y otra tarde por el camino de Segovia, contemplando con desdén á todo el que carece de carretela, berlina ó tilburí, que son los verdaderos blasones de la época, los únicos títulos que reconoce el siglo.

La gente de á pie (no aludimos á Muñiz ni á Pulguita) ha recorrido en pequeños grupos todas las fuentes, todos los manantiales, todos los sitios

agrestes, celebrando funciones gastronómicas, pero en familia.

No ha habido ni un solo *meeting* de esos que son tan comunes en el Escorial, en los que se mastica á grande orquesta.

Con respecto á chismografía, sólo podemos comunicar con toda reserva al público la siguiente historia, que con el mismo sigilo nos ha sido referida:

Parece que en una de estas últimas mañanas un grupo de la fracción coche se hallaba reunido en la fuente de la Reina.

Llevaba, según costumbre, la *battuta* la graciosa Marquesa de C.

Iban ya cortados más de doce vestidos de todas hechuras; la conversación empezó á arrastrarse lánguida, cuando á cierto mister, con coche por supuesto, se le ocurrió llevar la conversación al terreno de las aguas del Sitio.

Acordándose sin duda de que á la ocasión la pintan calva, la Marquesa de C. exclamó:

—Cierto que todas las fuentes son á cual mejores, pero los gustos andan muy divididos. Mister (aquí pondremos...), le suministraré á V. algunos ejemplos. Ahí tiene V. á la Condesa de G., cuya predilección por la fuente de la Plata es ya un gusto tradicional de familia; la Marquesa de S. prefiere la de la Mimbrera; la señora de V. está por la fuente Fría; nadie desconoce que á la de T. la atrae la de la Rendija; á la Duquesa de C. no la sacian nunca los inagotables raudales de la fuente de Palacio; la señorita de S. prefiere la de

Santa Isabel; y en cuanto á la del Rey, no son pocas las personas que se lamentan de que se haya secado este año.

— ¡Oh! — dijo el mister con la mayor inocencia: — yo haber descubierto esta mañana una fuente nueva, y yo querer que la prueben vosotras; yo creer que la gunte extremadamente á la Marquesa.

Riéndose los circunstantes de la inocencia del mister, que no había comprendido las alusiones de su maliciosa interlocutora, se apresuraron á aceptar el convite.

Aquella misma tarde, al pie de un fresco manantial que brota de la falda de un enorme peñasco, se hallaba reunido el mismo grupo de personas saboreando unos merengues.

Terminada la frugal colación, y probada el agua, que fué proclamada excelente por la Marquesa de C., ésta se levantó diciendo:

— Es preciso bautizar el descubrimiento de mister...; hay que dar nombre á esta fuente, que prefiero á todas.

— ¿Para qué? — exclamó una aldeana que estaba llenando el cántaro: — ¡mil años há que se llama la fuente de la Víbora!

Una estruendosa carcajada acogió este nombre, que vino á revelar á todos la venganza del taimado yankee.

Sin duda alguna, en caso de haber venido á la Granja algún celoso paladín de la lengua que los gallegos, catalanes, vizcaínos y valencianos impiden llamar española, se habría apresurado á retar

á singular combate al autor de cierto libro descriptivo de estos jardines, cuyo nombre no recuerdo.

Al recorrer las breves páginas de este librito, tropezaron mis ojos con la palabra *potasseres* y otras que deben ser para el autor del *Diccionario de galicismos* otros tantos *casus belli*.

En el mismo libro se trata de sostener que la hermosa fuente de Pomona, llamada de las Selvas por el vulgo, debe llamarse de la Jerva. Porque, añade el autor, así se llama el conjunto ó haz de caños ó surtidores menudos que arroja en abundancia.

Bien sabemos que en francés un haz se llama *gerbe*; pero ¿por qué el público, el vulgo español, ha de adoptar para designar una cosa española esa degeneración monstruosa de la palabra francesa?

Si nosotros, y con nosotros el vulgo, la llamamos de las Selvas, es por los atributos campestres con que la marcó el escultor.

De seguir la etimología del autor del manual, el vulgo debía llamar á la carrera de caballos carrera de los chevós, porque indudablemente en francés los caballos se llaman *chevaux*.

Por lo demás, no vemos gran inconveniente en adoptar la etimología del manualista, siempre que nos permita una ligera variante, inspirada por sus mismas doctrinas.

De hoy más la llamaremos, con su permiso, fuente de la Jerga.

Prescindiendo de estos pequeños lunares, el li-

bro, escrito sin pretensiones, llena cumplidamente su objeto.

Con él en la mano pueden recorrerse fructuosamente los jardines.

Por ejemplo: los ojos le dicen á uno: «¡Qué linda es esa estatua!» Pero nada más. Abre V. el libro, y al momento sabe V. que esta estatua pesa cien quintales y que costó 36.666 reales y 6 maravedís, lo cual siempre es bueno de saber, y hace generalmente exclamar: «¡Cáspita! yo no los daría.»

La verdad es que un paseo por los jardines de la Granja es un curso de mitología de bulto. Se pasea, se toma el fresco y se rectifican algunos errores.

Nosotros, por ejemplo, habíamos creído hasta ahora que Perseo era la personificación del valor; su combate con la serpiente, que amenazaba almorzarse á Andrómeda, hacía que le consideráramos como el Pelissier de los griegos.

Pues nada más inexacto.

Según la mitología, es indudable que Perseo salió al encuentro del enorme serpentón que amagaba la existencia de la desventurada Andrómeda; pero salió pertrechado del siguiente modo:

Llevaba en primer lugar la espada del ministro... digo, del dios de la Guerra, que debía ser superior á los alfanjes de Damasco y á los montantes de Toledo.

En segundo lugar, tuvo buen cuidado de calarse, siempre según la mitología, el yelmo de Plutón, que le ofrecía la pequeña ventaja de hacerle



invisible, es decir, le daba la misma superioridad sobre el formidable serpentón que la que obtiene aquél cuyos eficaces padrinos de duelo empiezan por sacar los ojos al adversario.

Á mayor abundamiento, llevaba Perseo asida de la mano izquierda la cabeza de Medusa, con la cual conseguía petrificar la fiera, ó lo que es lo mismo, atarla de pies y manos.

Por último, temeroso todavía el arrojado Perseo de no poder dar cima á la atrevida empresa de mechar una fiera que ni le veía ni podía moverse, colocó prudentemente á retaguardia á Minerva y se caló además los borceguíes alados de Mercurio, para tomar aire en caso de que la fiera, previamente cegada y petrificada, tuviese el capricho de perseguirle.

De verdad, lector amigo, ¿crees que el capitán Perseo obtendría por semejante acción de guerra en juicio contradictorio la cruz laureada de San Fernando, la reformada, la superfiná se entiende?

Después de tales precauciones, no comprendemos que la ya venturosa Andrómeda se casase por agradecimiento con Perseo.

En caso de que únicamente la gratitud la impulsase al matrimonio, debió, á nuestro juicio, contraerlo con la cabeza de Medusa.

Pero la verdad de la razón del enlace la indica públicamente el mármol de la Granja:

«Andrómeda y Perseo, así concluye dicho libro, tuvieron muchos hijos, entre ellos Esteleno y Electrión.»

Lo que nos parece sumamente ingenioso es ha-

ber elegido para orificio de surtidores esas innumerables deidades gentílicas.

Esos dioses, en un tiempo en activo servicio, se encuentran hoy jubilados definitivamente y reducidos á adorno de jardín. Dígase, pues, de buena fe si éste no es motivo suficiente para arrojar espuma por la boca, no ya el día de San Luis, sino los trescientos sesenta y cinco del año.






CUATRO CAPÍTULOS  
DE UNA NOVELA INÉDITA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EN EL QUE SE EXPONEN LAS CAUSAS POR LAS CUALES EL HÉROE DE ESTA HISTORIA SE LLAMA MILCIADES DE NOMBRE Y MOUTARD DE APELLIDO, Y SE DEMUESTRA LA INFLUENCIA DE LA POLÍTICA EN LOS COMESTIBLES.

ORRÍAN presurosos los últimos días del año de 1790 á sepultarse en la inmensidad de lo pasado, y veíalos correr impasible desde detrás del mostrador de su tienda, situada en el barrio Saint-Denis, un hombrecillo delgado y macilento, que tenía por nombre Eustaquio Moutard.

Hallábase triste y desconsolado porque veía decaer de día en día su tienda de comestibles, que ofrecía á los ojos del menos observador señales manifiestas de proxima ruína.

Un vecino rico y que ostentaba dos puertas más abajo sobre su muestra resplandeciente el pompo-

so título de proveedor de SS. MM., se llevaba todos los consumidores del barrio, no por el imán mágico de las regias personas, cuya fuerza magnética se hallaba ya muy debilitada para el que empezaba á ser pueblo francés, sino porque debajo del espléndido rótulo se desarrollaba una no menos espléndida guirnalda de frescos salchichones, y al través de los cristales de los aparadores se percibían innumerables pilones de azúcar, sacos de café, frascos de pepinillos en vinagre y de apetitosas salsas inglesas, y millares de comestibles aseados y succulentos, sobre los que parecía haber derramado su barniz brillante la prosperidad, que todo lo pule y vivifica.

El pobre Eustaquio, solo, abandonado en su triste tienda, se veía reducido á alimentarse con sus propios géneros, abriendo cada día una brecha terrible á su capital de quesos y pastas finas.

Ni tenía ya otro entretenimiento que el contemplar desde el quicio de la puerta de su tienda la turba de criados, criadas y artesanos que entraban y salían de la de su rival, la cual parecía hallarse convertida en un templo en el que se celebraba un jubileo ó una procesión.

Atormentado por este espectáculo, roído por la envidia, acosado por su inminente pobreza, sus ideas se volvieron sombrías, acre su carácter, y se sintió predispuesto á afiliarse en el bando republicano y á propagar las opiniones niveladoras, acogidas siempre con entusiasmo por aquéllos cuyo nivel está muy bajo.

Concurrió á los clubs, que nacían entonces.

Pronunció dos ó tres arengas patrióticas, en las que acertó á ingerir una lista detallada de los géneros que le quedaban en la tienda, con sus precios.

Se suscribió por una peseta á la erección de una estatua colosal de la Libertad, la cual había de tener precisamente encadenados á varios tiranos.

Se puso un gorro encarnado, llamado frigio por los franceses y catalán por los españoles.

Ante estas pruebas manifiestas de patriotismo, ya no era posible dudar de sus opiniones.

Empezó á ponerse á flote su tienda y á aclararse para el tendero el horizonte político, que, por un contraste común en esta vida, se ennegrecía más y más para el desventurado Luis XVI.

Llegó, por último, el triunfo de la República, y con ella alcanzó Moutard el apogeo de su gloria.

Todos los vecinos del barrio calificados de sospechosos, y sabidas son las consecuencias que tenía este simple adjetivo, se apresuraban á comprar comestibles por mayor para obtener la confianza del omnipotente tendero, que presidía un club, convidaba á almorzar á Danton y surtía de café y azúcar á Robespierre.

Cerróse también la tienda del vecino, el cual fué delatado por realista y conducido á la Abbaye, considerada en algún tiempo como una leve pausa para la eternidad.

Entonces tuvo Eustaquio la idea, verdaderamente inspirada, de poner de manifiesto en la muestra de su tienda sus opiniones políticas.

Llamó á un pintor, el cual, bajo su dirección,

borró las letras de *Eustaquio Moutard* y empezó á perfilar las palabras

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD Ó...

Llegaba aquí el pintor, cuando Eustaquio le detuvo el brazo antes de que pusiera el final.

Reflexionó en aquel momento que *la muerte* sería una palabra de mal agüero en una tienda cuyos géneros tienen por objeto conservar y prolongar la vida, y se persuadió de la necesidad inexcusable de cambiar en esta ocasión el final de la frase patriótica.

Meditó por un breve rato, consultó con el pintor, y de acuerdo ambos, se cubrió la muestra con una cortina, debajo de la cual trabajaba misteriosamente el Apeles parisiense.

Al cabo de dos días apareció ante las miradas atónitas de los vecinos un enorme rótulo que decía:

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD,  
Ó  
TE, CAFÉ Y ALMIDÓN.

No faltó un vecino de talento que en versos octosílabos se burlara de la muestra y de la correlación establecida entre las virtudes republicanas y los géneros ultramarinos, diciendo:

Que tan exótica era en Europa la planta de la libertad como la del te;

Que había tantas clases de igualdad como variedades de café;

Y que la fraternidad era, como el almidón, un

dulcificante inofensivo destinado á suavizar y calmar las excoriaciones producidas por la libertad y la igualdad.

Eustaquio contestó á tamañas insolencias delatando á su autor ante el tribunal revolucionario, el cual decidió por unanimidad de votos que el santo dogma de la igualdad no se extendía hasta el extremo de permitir manifestar opiniones anti-republicanas, aunque fuese en quintillas, y que la fraternidad les obligaba á enviar al poeta á la guillotina, de la que éste pudo escapar componiendo una magnífica oda contra la tiranía de los déspotas europeos, que eran unos tigres al lado del manso cordero Fouquier Thionville.

Por su parte, Eustaquio llegó á reunir una cuantiosa fortuna, sin más que aplicar al comercio las tres virtudes que se destacaban sobre su barnizada muestra.

Aplicó la libertad á aumentar con una dosis de agua del pozo los vinos de Borgoña y Frontignan, por sí demasiado espirituosos;

Estableció la igualdad más rigurosa en sisar á los consumidores;

Y se declaró dispuesto á fraternizar con toda la especie humana, á excepción de los demás lonjistas ó dueños de tiendas de comestibles.

Una vez encontrada la veta de la suerte, siguió explotando el filón y duplicó su caudal, casándose con la hija de un emigrado riquísimo, que había cometido el enorme delito de huir al extranjero, para evitar, según la frase patriótica, que la República le suprimiera.

Para colmo de dicha, su esposa dió á luz á los pocos años un robusto niño, destinado á perpetuar sobre la tierra la raza de los Moutard.

Consultados los amigos sobre el nombre que se daría al niño, prevaleció la opinión emitida por un sabio boticario, muy conocedor de la historia antigua, pues había traducido en su juventud casi dos terceras partes del Cornelio Nepote.

El tierno vástago, que lloraba y se estiraba vigorosamente en su cuna, recibió el nombre de Milciades, acogido con aclamación por los concurrentes, que brindaron por el valor que más adelante había de desarrollarse en el futuro general, y por la proximidad de un nuevo Marathon.

Conseguidos todos sus deseos, Eustaquio traspasó la tienda y compró fincas por valor de dos millones de reales.

Desde entonces se retiró de los clubs; renunció á la política, á la cual debía mil sinsabores, según aseguraba, y calificó de locos á los republicanos, que estaban ya en baja, y desaparecían ante la influencia del primer cónsul.

Creció poco á poco el niño Milciades, y vino á dar un solemne mentís á su nombre, demostrando sólo un valor heroico en dejarse atormentar por sus compañeros de escuela.

Desvaneciéronse con esto los presagios de gloria; pero su padre se consoló con la idea de que donde estaba Napoleón eran inútiles los Milciades, y reconociendo (y en esto no iba errado) que al lado de Austerlitz y de Wagram hacían un triste papel Marathon y Salamina.



Llegó más adelante el que había sido tierno vástago á constituir un mozo robusto, grueso, colorado y capaz de administrar la fortuna que le dejaran sus padres al acudir al llamamiento de la muerte, que, como dice Horacio, así se presenta en el alcázar regio como en la modesta casa del tendero republicano.

Acometióle á Milciades el deseo de viajar, y se decidió á venir á España, país, según él había leído, semi-africano, y en el que esperaba hacer una serie de descubrimientos que le elevaran entre los viajeros á la categoría de Vasco de Gama y Cook.

Llevóse en esto un desengaño completo; pero al mismo tiempo conoció que en España, como en todas partes, tiene el hombre de dinero una excelente acogida, y nadie incurre en la grosería in-calificable de preguntarle ni su patria ni su genealogía.

Fuese quedando un año y otro y amoldándose á los hábitos de un país en el que si hay pocos capitalistas, todos lo parecen, y cobró afición á los toros y á las diversiones españolas que tanto brillan bajo la espléndida bóveda de nuestro cielo.

Para acabar de arraigarse, entró en relaciones y vino á casarse con la hija de unos alemanes, que se habían enriquecido fabricando cerveza en un gran establecimiento extramuros de la capital.

La novia se había quedado tuerta á consecuencia de la explosión de una botella del fermentado líquido; pero rescataba este ligero defecto con una dote considerable.

Con este matrimonio demostró Milciades que, si

bien vivía en España, no se hallaba descastado de Francia hasta el punto de ignorar que el matrimonio viene á reducirse á una operación aritmética, vulgarmente llamada suma ó adición.

Establecióse ya definitivamente en Madrid, y se dedicó á gastar alegremente sus rentas y á educar, ó mejor dicho, á que educaran en dos colegios á una niña y un niño que tuvo de su enlace con la señora de Cerbrmfzt. Á ésta cada día se la hacía más disimulable la falta de un ojo, en atención á que el capital de sus padres crecía como la espuma del líquido que fabricaban.

En la mañana de 1.º de enero de 1850 se hallaba desvelado Milciades, y se extrañaba de no haber dormido sino doce horas; miró el reló que tenía á la cabecera de la cama: eran las nueve.

Despertó á su esposa; llamó para que abriera el criado los balcones del gabinete, y se puso á vestir.

—¿Para qué me has despertado?—preguntó su esposa.

—¡Pse! poca cosa: me fastidio y... quiero que demos á nuestros amigos un baile de trajes... el Carnaval se acerca... y...

—¡Cómo!—exclamó Doña Casta Cerbrmfzt de Moutard, —¿vamos á darle ahora mismo?

—¡Tú estás dormida! Ahora no... pero sin falta, dentro de quince días... Voy á salir para hacer los preparativos.

El resultado de los preparativos de M. Milciades le verán los que lean el próximo capítulo, pues tuve la honra de contarme en el número de los convidados.

## CAPÍTULO II.

## ANTES DEL BAILE.

Doña Casta; su hija Adelina, que ya tenía quince años cumplidos, y la criada, se dedicaron á preparar el salón de baile.

Los dos bustos de porcelana que representaban á Danton y Robespierre fueron jabonados de arriba abajo.

Los retratos de Caton, Bruto, Cincinato, Saint-Just y Marat sufrieron un escrupuloso reconocimiento.

Y ya que de todos estos fieros republicanos se habla, no crean algunos que los tenía allí monsieur Moutard para honrarles.

Se complacía, por el contrario, en tener apriisionados debajo de macizos cristales de la Granja á los representantes de la igualdad, á la cual odiaba de corazón, como todo el que tiene más de dos millones de capital.

Con respecto á las intenciones de Danton y Robespierre, la porcelana en que se hallaban convertidos le tranquilizaba por completo.

Y cualquier cosa hubiese dado por poder colocar á su compatriota Proudhon debajo de un fanal, para complemento de su colección republicana y de su propia tranquilidad.

Siguieron los preparativos.

Se quitaron las fundas á la sillería;

Se mudaron las cortinas;

Se afinó el piano, y se convidó al maestro de la niña para que tocara;

Se ajustó una cena delicada y succulenta, que había de traerse de casa de Lhardy;

Se repartieron esquelas de convite para la noche del 15.

Hecho todo esto, cada cual se ocupó de su traje.

La señora de Moutard optó por un traje de *capricho*, que se compone invariablemente de una falda de raso, un corpiño de terciopelo, doscientas varas de cinta y docena y media de sortijas, broches y pulseras.

La señorita Adelina prefirió vestirse de duquesa de Luis XV, con tontillo y polvos, por ser éste el traje de más aparato que halló.

El niño Eduardo tuvo que resignarse al económico traje de turco, que se le improvisó con unas enaguas de su hermana, poniéndole por turbante un gran pañuelo de seda de su padre.

Éste, queriendo hacer una delicada galantería á los españoles que concurrían á su casa, se vistió de picador por no hallar ningún traje de banderillero que viniera bien á su corpulencia. Se calzó las espuelas; se puso el barrote de hierro en la pierna derecha, llamado *mona* por la gente del oficio, y aun hubiera llevado la pica en la mano si su esposa no le hubiera manifestado que podrían tomarlo por un ofensivo epigrama los maridos convidados.

Llegó, por último, el día solemne que había de recompensar tanto afanes.

Dieron las nueve de la noche.

Doña Casta se hallaba vestida y adornada desde las ocho y pasaba el tiempo en regañar á la criada y en correr de un lado á otro, haciendo sonar sus dijes, hasta el punto de que su esposo la confundiera con el perro de aguas, que tenía un collar de cascabeles, y le llamara por dos veces: «Chis, chis... *Medoro*, pobrecito, ven acá.»

Á la segunda equivocación se exaltó la bilis de Doña Casta y se produjo una tempestad matrimonial.

Vino á apaciguarla Adelina, que llevaba dos horas de echarse harina en el pelo y que venía á pedir á su madre un poco de almidón para completar el peinado.

El niño Eduardo se había caído hasta tres veces, porque se le enredaban las piernas en sus calzones de mameluco, y había sufrido un pellizco de su hermana y un tirón de orejas de su madre.

Á las diez toda la familia se hallaba en la sala esperando con impaciencia á los convidados.

Dieron las diez y cuarto, las diez y media, y nadie parecía.

La familia Moutard llegó á desesperarse temiendo que nadie viniera.

Doña Casta meneaba la cabeza con aire de cólera. La hija no la maneaba por temor de que se la cayeran los polvos, pero casi lloraba. D. Milcides hubiera pateado de ira, si se lo permitiera el barrote de la pierna derecha.

Dimanaba todo esto de que no se acordaban de que en España es general costumbre no acudir jamás á una cita sino una hora después.

Al cabo, á las once menos cuarto tiraron de la campanilla y entró...

### CAPÍTULO III.

#### DURANTE EL BAILE.

Entró el maestro de piano de la señorita, que no venía disfrazado, y á quien se le obligó á ponerse el frac del revés. Al instante pidió un refrigerio y, conducido al comedor, aceptó como tal un plato de huevos hilados y un vaso de Jerez.

Casi en seguida entró la familia Martínez: papás gordos, hijitos gordos y todos vestidos á la oriental; la mamá de odalisca y el Sr. Martínez de primer visir. En la chaqueta del traje de éste brillaba, bordada de lentejuelas, una media luna, triste emblema, según lenguas maldicientes, de su situación marital.

Á continuación se abrió la puerta para dar entrada á un hombre alto, seco y erguido, que traía puesta una resplandeciente armadura... de cartón. Tan aventajada era su estatura, que al entrar se abolló el casco contra el quicio de la puerta, y al saludar á las señoras dió con él un vaivén á la lámpara que colgaba del centro del techo del salón. Era éste un oficinista solterón, que se hubiera dedicado con gusto á la carrera de las armas, si la profesión no ofreciera más apurados lances que pasar revistas en el Prado y lucir en la procesión del Corpus.

Entró después una viuda de edad respetable,

vestida de pastora y sin más corderos que dos hijas mayores de veinticinco años, que rabiaban por casarse, enfermedad que hoy ha venido á hacerse epidémica en las mujeres.

Llegaron luego tres ó cuatro aldeanos con sus aldeanas, que traían botitas de charol y guantes de cabritilla.

Detrás de este grupo venía vestido de Arlequín un poeta repentista que hacía más de ocho noches estaba improvisando una quarteta en honor de M. Moutard, y que había formado parte de las redacciones de dos excelentes periódicos que no llegaron á publicarse. El poeta presentó á un íntimo amigo suyo, oficial sexto supernumerario de la clase de sextos de contribuciones directas, el cual estaba dando diente con diente por venir vestido de cultivador americano, traje compuesto de un sombrero de paja y pantalón y chaqueta de lienzo crudo, y poco adecuado á la crudeza de una noche del mes de febrero en estas latitudes.

Los penúltimos fueron dos primos de Doña Casta Cerbrmfzt de Moutard, alemanes como su tío, á quien ayudaban en la fabricación de cerveza.

Y el último un señor Barón que dispensaba á Milciades el honor de tomarle dinero prestado, y que para obtener renovación de un pagaré que vencía en aquellos días, se decidió á hacer el sacrificio de asistir á un baile de gente plebeya... vulgar... de mal tono... y tan grosera, que pretendía que se la devolviese lo que prestó.

Se me olvidaba decir que yo entré también, y fué la entrada más oportuna, pues sin ella no

sudaran las prensas en honor de M. Milciades.

Reunidos ya los concurrentes, se animó la fiesta: sentóse el maestro de música al piano, y emprendió con una polka de grande efecto; formáronse las parejas y dió principio el baile.

El supernumerario de la clase de sextos sacó á bailar á Ofelia, una de las hijas de la pastora viuda, y bailó frenéticamente entusiasmado, no sólo porque gustaba de su pareja, sino porque con su traje de lienzo blanco necesitaba hacer un ejercicio violento para entrar en calor.

El guerrero alto empezó la polka con Palmira, la otra hija de la viuda; pero tuvo que desistir de su temeraria empresa, pues en poco tiempo dió tres veces con el casco en la lámpara colgada, haciéndola oscilar de una manera terrible.

El poeta repentista se dirigió á la señorita de la casa, y esta pareja se distinguió sobremanera en cuanto pudo verse, pues á cada paso de polka se desprendía del peinado de Adelina una nube de harina y almidón que los hacía invisibles á los concurrentes.

Mientras tanto, Milciades se paseaba henchido de gozo hablando con el señor Barón, el cual le aseguraba que su baile sobrepujaba á los de la Condesa del Montijo, y rivalizaba con los de Palacio.

—Por lo demás—decía,—aquello se lo pagaré á V. muy pronto, en cuanto se vendan mis granos (es de advertir que el Barón no tenía más granos que tres verrugas en la nariz); y en cuanto se vendan, y se venderán á buen precio...

—¡Oh! sí, señor—contestaba Milciades;—pero



ésta no es ocasión... otro día hablaremos de eso:  
¡ay! ¡ay! ¡ay!

—¿Qué tiene V.?

—No es nada: este maldito traje; los calzones me desuellan, y este barrote se me clava en la pierna derecha... Voy á arreglarle.

—¡Uf! ¡qué dolor!—exclama el Barón, á quien Milciades al levantar la pierna ha clavado una espuela en plena pantorrilla:—¡qué idea tan estúpida, tan bestial, de ponerse!...

—¿Qué decía V.?

—Nada... no vale la pena—contesta el Barón, que se apacigua al acordarse del pagaré:—decía que ese traje, aunque poético, pintoresco en grado sumo, no es el más adecuado para un baile.

—Cierto—añade el guerrero acercándose:—debe V. ponerse un traje como el mío, que no molesta. Estoy vestido con una armadura idéntica á la del Gran Capitán. No hay más diferencia entre las dos sino que la suya es de hierro y la mía de cartón... y tiene la ventaja de ser ligerísima... y ningún inconveniente...

—¿Qué es esto que se le desprende á V.?—le pregunta el Barón en aquel instante.

—¡Dios mío! es la pieza inferior de la pierna izquierda... está mojada... hecha una sopa... ya no sirve... ¿Qué habrá sido? ¡Ah! ya caigo... ¡es la perrita de Moutard la que... la que... me ha humedecido la armadura!

—Eso poco importa—le contestó el Barón:—todavía tiene V. encima bastante cartulina para confundirse con el Gran Capitán.

Durante esta conversación ha concluído la polka y comenzado un wals, y el peinado de Adelina, con la rapidez del movimiento giratorio, despidió una nube de polvos que hieren los ojos de los convidados. La sala parece llena de niebla; la situación se hace intolerable, y algunas personas empiezan á enjugarse las lágrimas que les arranca el almidón.

—¡Válgame Dios, y qué invención la de los polvos!—exclama la señora de Martínez.

—Nunca los tuve afición...—contestó su esposo, —á menos que no fueran de batata.

—Para tragar esto—pensaba el Barón para sus adentros,—más valiera irse á una yesería.

Y añadía en voz alta:

—Señora de Moutard... su hija de V. está encantadora... ha sido feliz idea la de ponerse ese traje, y sobre todo el peinado... parece enteramente madame de Montespan.

—¿Madame de Mon-Montespan? No la conozco... no la he visto nunca en el Prado,—replica Doña Casta Cerbrmfzt, que en punto á historia no conoce á fondo más que la de la cerveza.

En un rincón de la sala están los dos alemanes, que no han tomado parte en el baile, hablando con animación; me acerco y oigo:

—Te digo que esta última remesa está muy poco fermentada.

—Te contesto que no...

—La prueba es que no ha estallado una sola botella.

—En cambio han saltado diez y siete tapones.

—¡Consiste en el corcho!

—¡Consiste en la cerveza!

—¡Pues, señor! para hablar de cerveza—dice Martínez, que pasaba por su lado,—me parece que es inútil venir á un baile de trajes.

El poeta repentista se ha retirado también del baile, y sentado en el sofá continúa la laboriosa improvisación de su quarteta, diciendo á media voz:

Viva el insigne Moutard,  
De Francia noble aureola...

—¡Qué diablo! no estoy en vena... hace cuatro días que ando en busca de los otros dos versos y... no me salen...

Entre tanto, Milciades se acerca á la pastora viuda y la dirige un cumplido acerca de su traje y el de sus hijas.

—Gracias, gracias—le contesta la pastora:—¿no ve V. aquel joven vestido de cultivador americano?

—Sí por cierto: me lo han presentado esta misma noche...

—Es un oficial sexto de la clase de sextos de directas, mozo de gran porvenir, de mucho talento, de imaginación ardiente... ¡capaz de hacer en un día trescientas copias de un oficio!

—¿Y qué tenemos con eso, Doña Brígida?

—Tenemos que se casa con mi Ofelia.

—¡Ya! ¿Le ha pedido á V. su mano?

—Su mano precisamente... no; pero el otro día vino siguiéndonos desde el Prado... el signo es in-

falible... además de que toda la vecindad está enterada del caso.

—¡Pues! Le verían venir detrás.

—Desgraciadamente no fué así, porque era casi anochecido; pero ya se lo he contado á todos los vecinos y vecinas, que suman entre hombres, niños y mujeres 125 personas... y si no se casa será un escándalo.

—¡Un escándalo!—dice para sí el Barón, que estaba escuchando,—¡un escándalo de la fuerza de 125 caballos! Sólo le faltó á Maquiavelo vestir faldas para igualarse con la viuda... ¡Pobre supernumerario! Pero ¿qué es esto? ¿Nos quedamos á obscuras?

Era que el Gran Capitán había vuelto á la carga, y al hacer un solo de rigodón, dió tan fuerte encontrón con el casco á la lámpara, que saltaron dos tubos y se derramó aceite en abundancia.

Pusiéronse nuevos tubos, se reemplazó el aceite vertido y se restableció el orden.

Sólo el desventurado Gonzalo de Córdoba se hallaba afligido de su torpeza pidiendo excusa, á tiempo que sufrió un nuevo detrimento su preciosa armadura. El casco, empapado en aceite, empieza á reblandecerse sensiblemente y á perder su forma guerrera para tomar la de un gorro de dormir. El Gran Capitán se desespera porque tiene que arrojarle por el balcón; los concurrentes se sonríen, y el poeta consigue mitigar su pena asegurándole que ahora es más bélico su continente, porque parece salir de un combate.

Dieron por fin las dos de la mañana.

El señor de Martínez bosteza.

El pianista apenas puede tocar.

El supernumerario tiritita de frío, porque ha dejado de bailar.

El poeta vuelve de la sala de juego, donde fué con intención de fumar un cigarro de dos reales que le habían regalado aquella mañana; pero cambia de opinión y le guarda en la petaca, porque sólo hay dos personas jugando, y para saborear un habano se necesitan por lo menos cuatro espectadores.

La señora de la casa ha tenido en poco tiempo tres discusiones, con las de fuera, sobre el mérito de sus respectivas hijas.

Los enamorados suspiran tanto de amor como de apetito.

El Barón declara que en casa de la Condesa del Montijo se abre el *buffet* á la una. Todos éstos son síntomas precursores de la cena.

Abrense, en efecto, las puertas, y damas y caballeros, del brazo, pasan al comedor, á excepción de Milciades, el cual tiene que ir solo, tanto porque las señoras han cogido miedo á sus espuelas, como porque la barra de hierro le obliga á andar á la manera de un gorrión ó de una urraca.

Colócanse las señoras á la mesa y los caballeros detrás: esta moda no complace al señor de Martínez, el cual devora anticipadamente con la vista los succulentos manjares que cubren la mesa. El supernumerario teme que acabe Ofelia con todos ellos, pues ha averiguado por sus amigos que ésta, á pesar de que siempre habla de su inapetencia,

es capaz de comerse dos libras de dulces, por supuesto cuando son regaladas.

De todos los hombres, el único que demuestra alegría es el poeta, pues sus ojos chispean al contemplar sobre la mesa un enorme queso que le sugiere el consonante de aureola, faltándole ya sólo el de Moutard.

El Barón declara que en casa de la Condesa del Montijo los hombres comen al mismo tiempo que las señoras, y algunos antes.

Apenas oyen estas palabras se precipitan hacia la mesa, y alargando la mano, empiezan á dar cuenta de los pavos y jamones que la adornaban.

Todos están contentos y nada parece turbar la alegría: sin embargo, Gonzalo de Córdoba, al atacar un flan, encuentra en él una aleluya que representa la vida del Gran Tacaño, y lleno de asombro la enseña á los circunstantes.

Acto continuo, uno de los alemanes suspende su polémica sobre la cerveza, y afirma que ha encontrado un mondadientes dentro de un merengue.

El supernumerario exclama que se ha roto una muela al hincarla en un hojaldrado, dentro del cual se halla una ficha de tresillo.

Y los esposos Moutard adivinan quién es el que ha perfeccionado el ramo de pastelería al ver estallar de risa á su hijo Eduardo, al que hubieran castigado á no interponerse los convidados, tanto por filantropía, como por deseos de acabar con tranquilidad la digestión de la cena.

Llegado ya el momento de los brindis, el poeta, que se ha quedado pensativo, dice:

—¡Sí! ¡sí! conviene un brindis por nuestro noble anfitrión... haré lo posible: improvisaré... vaya, hele aquí...

Viva el insigne Moutard,  
De Francia noble aureola,  
Y viva el queso de bola  
Y de las Rusias el Czar.

Chocan algunos las copas y beben, pero las señoras se abstienen.

La pastora viuda manifiesta, en nombre de su sexo, todo el descontento que la causa el verse postergada al queso de bola.

El poeta se defiende diciendo que, no queriendo introducir entre damas la discordia, ha recurrido para dejarlas iguales al queso de bola, cuyo mérito es para él muy inferior, pero que, á pesar de su forma esférica, estaba llamado en la presente ocasión á producir el efecto contrario al de la famosa manzana de las Hespérides. Las señoras no contestan y quedan casi convencidas con la última palabra de este discurso, en razón á que no la comprenden.

El señor de Martínez dice á su vez que él es progresista y que no puede tolerar que en su presencia se brinde por el autócrata de todas las Rusias. El poeta replica que él también es progresista, habiendo brindado por el Czar sólo para concertarle con Moutard, y que es sabido que ante la fuerza del consonante ceden siempre las opiniones políticas.

Para poner término á estas cuestiones, Milcia-

des hace despejar la mesa y trae á sus convidados otra vez á la sala, donde continúa el baile hasta las cinco de la mañana.

El Barón se despidió al concluir la cena, alegando que aún tiene ocho bailes que recorrer aquella noche, y da á Milciades su palabra de honor de pagarle en cuanto venda sus granos.

Entre cuatro y cinco, las mamás empiezan á desfilarse con sus hijas.

La familia Martínez se marcha incomodada: el padre, por el brindis absolutista que aún no ha podido digerir; la madre, porque no la han sentado á la cabecera de la mesa; los hijos, porque nadie les ha hecho caso como no sea su compañero Eduardo.

Los dos alemanes se marchan también, y por la escalera llevan esta conversación;

—Créame, con ocho días de fermentación no basta.

—Pues yo digo que sobra.

—Eso, aunque la cebada sea buena.

—Si la cebada es buena, bastan cinco.

—No, señor: ¡ocho!

—No, señor: ¡cinco!

El poeta desaparece también, y se sospecha que se fué con una aldeana suiza, soltera, mayor de edad y que tiene ya horror al nombre de señorita.

La pastora viuda se hace la remolona y se queda de las últimas, porque observa que el cultivador americano está de conversación tirada con Ofelia.



También lo nota M. Milciades, al cual desagrada el calor y entusiasmo de esta pareja, y para mitigarle dice al pasar al supernumerario:

—¡Más juicio, más calma, señor oficial de directas al sexto!

El cultivador americano considera como un amargo epigrama las inocentes palabras de Moutard y se despide incomodado, sin querer oír las excusas que éste le da.

La pastora viuda sale inmediatamente detrás de él para no perder la ocasión de que dé el brazo á Ofelia y de ofrecerle la casa.

El Gran Capitán, antes de marcharse, pide un vaso de agua, y tiene la desgracia de derramar la mitad sobre su coraza, en la cual se produce un súbito reblandecimiento que le obliga á correr á su casa para ponerla á secar al brasero.

El maestro de piano se despide el último, desesperado por no haber podido comer más que medio pavo, un capón, dos libras de salmón y dos docenas de merengues, y beber más que una botella de Burdeos, otra de Jerez y otra de Champagne.

Quédanse solos el anfitrión y su amable familia á las cinco y cuarto de la mañana. Á las seis empiezan á conciliar el sueño, á tiempo que entra el aguador á depositar el contenido de la cuba en una tinaja sonora.

## CAPÍTULO IV.

## DESPUÉS DEL BAILE.

Á las dos de la tarde se despierta Doña Casta Cerbrmfzt, y con el ojo sano recorre sus dominios y hace el inventario de los siguientes destrozos:

Un sillón de la sala ha perdido un pie;

El sofá del gabinete está manchado;

En el de la sala se nota un enorme girón;

En la alfombra, tres manchas de aceite;

El Robespierre de porcelana ha perdido el brazo izquierdo, que yace pulverizado en el suelo;

Su compañero Danton ha adquirido, por el contrario, un emplasto de cartón en el ojo derecho, lo cual considera Doña Casta como una alusión á sus imperfecciones visuales, según dice su médico; alusión epigramática que atribuye, y con razón, á los niños de Martínez.

Finalmente, todos los muebles necesitan barnizarse de nuevo para quitarles el almidón del peinado de Adelina, que parece haber incrustado en la caoba.

El total de perjuicios eleva á un grado sumo la irritación de Doña Casta, cuyo ojo único chispea por dos.

En este crítico instante penetra en la sala el desventurado Milciades, arrastrando la pierna derecha que tiene magullada y poco menos que fracturada por la barra de hierro del traje del día, ó mejor dicho, de la noche anterior.

Su esposa le enseña los perjuicios que se han originado del baile, y á su vez contesta con voz doliente el homónimo del vencedor de Marathon:

—¡Ay, esposa mía! á todos esos gastos tienes que añadir los de médico y botica.

—¡Cómo! ¿Quién está malo?

—Yo, yo mismo. Ese traje infernal me ha destrozado todo el cuerpo: tengo la pierna magullada, y el calzón de ante me ha llagado... lo que vas á ver.

Pero no llegó á verlo por entonces Doña Casta, porque entró en la sala Adelina llorando amargamente, con gran parte de su pelo én las manos y sin poder quitar la harina y el almidón que está adherido á lo restante.

El niño Eduardo se aparece también, quejándose de que no le ha sentado bien la cena y protestando de que no puede irse aquella tarde al colegio.

M. Milciades Moutard hace en aquel acto firme propósito de no volver á dar bailes de trajes en su vida.

Doña Casta presta incontinenti un solemne juramento sobre lo mismo.

Juramento que ofrece, sobre todos los que se han prestado en el mundo, la particularidad de no haberse violado todavía.

Verdad es que aún no van transcurridos quince días desde que se prestó.

P. D.—Al volver de un baile la noche del domingo de Carnaval del año próximo pasado, una

persona de buen humor escribió las líneas que preceden. ¿Se reconoce en ellas el influjo de la careta y del dominó? Su autor lo teme, y por esta razón guarda el anónimo. Perdónenselo sus lectores, porque es época de embromar.





## DESDE MADRID Á TOLEDO.

(1854.)



¡ querido amigo: Ahora que le creo repuesto de sus fatigas y con deseo de apartar por un momento su vista de la política y solazarse un rato, voy á referirle de cuenta mitad, estilo mercantil, y por consiguiente de moda, con un caballero francés, corresponsal de *La Presse*, nuestro viaje á Toledo, el cual ofrece desde luego la particularidad, digna de llamar la atención, de haberse terminado sin vuelco. Con una atmósfera tan densa como la que encubre para algunos nuestro horizonte político, arrancamos á las siete de la mañana de la administración de diligencias.

El viajero que llevaba á mi izquierda en la berlina tuvo á bien desembozarse, moralmente por supuesto, antes de salir de la Puerta de Toledo. Después de haber sido, según me dijo, por algún tiempo empleado, ingresó en las clases pasivas; y á muy poco, y deseoso sin duda de sufrir más, se

presentó para editor de un periódico político, en cuya posición le anonadaron los rayos y centellas fiscales, pues es sabido que el editor responsable de un periódico político es el pararrayos de la redacción.

Transigió después con la situación, y el alzamiento le alcanzó siendo empleado.

En vano protestó de puerta en puerta que sus ideas políticas estaban consignadas una por una en el programa de Manzanares; en vano juró en los cafés que él no le hubiera redactado mejor; en vano colocó en su despacho un plano de la acción de Vicálvaro, y en su alcoba los retratos de Espartero y O'Donnell; en vano, por último, se alistó en la Milicia.

Ninguno de estos específicos, que en algunos han producido efectos maravillosos, bastó para evitarle un terrible acceso de cesantía epidémica, que en estos tiempos ha hecho casi tantas víctimas como el cólera.

Por supuesto, que este señor llevaba por remate de su persona su correspondiente kepy, verdadero solideo militar antípoda de las gorras de pelo, y cuya boga es debida sin duda á que si bien carece de gracia y dignidad, posee en cambio la inestimable ventaja de no preseryar ni del calor, ni del frío, ni del aire, ni de la lluvia.

El viajero de la derecha era, según me manifestó, un literato francés que estaba, como ahora se dice en idioma de folletín, *en tren* de publicar una obra titulada *Cá et lá Voyage en Espagne*, destinada á rectificar los errores de Dumas.

Mientras nos dábamos estas explicaciones, había subido furtivamente, fuera ya del Puente de Toledo, en la delantera del coche, un amigo íntimo del mayoral, el cual no le exigió más retribución por su asiento que la de entonar á duo con él las blasfemias y palabrotas que sirven de acostumbrado acicate para el ganado.

Un poco más adelante, el zagal se instaló también en la delantera y cedió la *fusta* al aficionado, que, con ardor nada común, desempeñó su tarea de tirar estocadas á las mulas. Á este tiempo cruzábamos la legua Negra, en la que, á pesar de las recientes lluvias, ha brotado esta otoñada una vegetación tan escasa que sólo puede compararse en esterilidad con la cosecha de los talentos nuevos que han surgido del alzamiento.

Tal vez consista en que nuestra sociedad se encuentra también en la otoñada, época en que madura el níspero, amarillea el membrillo y resplandece la calabaza. Á derecha é izquierda había centenares de hombres partiendo piedra para el camino.

Al ver aquellos seres andrajosos, ancianos unos, adolescentes otros, y miserables todos; al verlos destrozarse las manos y ensangrentarse el rostro con los fragmentos de las piedras; al verlos unas veces arrecidos de frío, otras anegados en sudor; al verlos sufrir esa verdadera tortura por ganar un jornal que apenas les basta para acallar el estómago y para cubrir su desnudez; y al considerar, por otro lado, que esos infelices ven desfilar sin acritud, sin odio, todos los días delante de sí

las diligencias, los correos, las sillas de postas, que conducen unos cuantos hombres inferiores en número y en fuerza, y que deben su fortuna, muchos á la casualidad, algunos al vicio y muy pocos al mérito, preciso es confesar que la humanidad no es tan instintivamente mala como la suponen los moralistas, y que hay resignación, hay sufrimiento muy superiores á los que se encuentran bajo el orgulloso manto del antiguo estoicismo.

Para distraernos de esas ideas acertó á pasar un cazador madrileño con rumbo para Villaverde, que llevaba sus magníficas polainas, con el fin de preservarse de las espinas, que no crecen en tres leguas en contorno, y lucía una soberbia escopeta del sistema Robert, cuya arma posee, como es sabido, la inestimable cualidad, según Cham, de cargarse por la culata y de descargarse á veces por el mismo sitio.

El perro del cazador seguía á su amo con las orejas gachas, y lanzaba miradas melancólicas á un intrépido gorrión que se alzaba siempre á trescientas varas de distancia, y que de seguro había oído en su vida más pólvora que lord Raglan.

Al llegar á la altura del cerro de los Angeles, columbramos por la izquierda una columna de humo del convoy de Aranjuez, al propio tiempo que cruzaba por la derecha un asno humilde cargado de patatas: ¡síntesis ambos de dos civilizaciones!

Al atravesar el pueblo de Getafe á trote largo, el viajero francés me preguntó el nombre de la población, y sacando su cartera escribió:



«Los habitantes de Getafe son dulces, afables y hospitalarios. Su civilización se halla en el segundo período; su legislación se asemeja á la de Madrid. Las mujeres sobresalen en el *Bolero*, la *Muñeira* y la *Cachucha*; en la iglesia sólo hay algunos cuadros verdaderamente detestables.»

Después del relevo de Parla, el francés volvió á sacar su cartera y apuntó:

«*Parla*.—No he conseguido averiguar el origen del nombre de este pueblo: por una fatalidad inexplicable, el único indígena con quien me aboqué era tartamudo.»

Como V. comprenderá, querido director, cobré afición á las notas del viajero, que aunque según me confesó se llamaba en la iglesia y *mairie* *M. Chausson*, es decir, M. Calcetines, usaba en la república literaria y hasta en sus tarjetas, según es costumbre de nuestros vecinos transpirenáticos, el nombre más decoroso y mejor sonante de *Guy de Lusignan*, marqués de Tierra Santa.

Así es que con el objeto de excitar su inventiva, y al ver que al salir de Illescas nada escribía, no pude menos de decirle:

—M. Chausson, es decir, M. Guy, ¿cómo no toma V. apuntes acerca de Illescas?

—¡Bah!—me respondió;—los tengo escritos de antemano. Vea V.:

«Illescas, población notable, por ser la cuna del célebre barón feudal del mismo título, protagonista del drama del poeta trágico de Moratinos.»

De Illescas á Olías sólo contemplamos algunos

olivos y algunas recuas indignas de ocupar un lugar en estas reseñas.

En Olías se apeó el francés; y después de internarse en el pueblo volvió con una bandurria en la mano, y al punto escribió:

«El nombre de Olías, según una célebre leyenda, viene de que en ese pueblo verificó su descenso aérea el profeta Elías, á quien los espíritus despreocupados consideran como el inventor de los globos. En mi excursión ví un peninsular que tocaba un instrumento parecido á la *guzla* oriental. Para adquirirla ofrecí al indígena siete cuentas de vidrio y dos clavos sin cabeza; pero no sin sorpresa mía los rechazó con desprecio. Convencido de que estos objetos no surten en España el efecto que en África y Oceanía, saqué dos monedas de plata.

»Entonces me convencí de que el prestigio del nombre napoleónico ha penetrado en los más oscuros rincones de la tierra, pues apenas contempló el indígena las dos efigies de Napoleón III, cuando poseído del más profundo respeto tomó las monedas, me alargó la *guzla*, y hasta me dió una al parecer púa de peine que sirve para tocarla, y que debe formar parte de la mandíbula de algún animal originario de España.»

Más y más entusiasmado con los apuntes del francés, al salir de Cabañas, donde relevamos, le dije:

—M. Chau..., es decir, M. Guy de Lusiñan, ¿por qué no toma V. notas de Cabañas?

—Es verdad—me dijo;—voy á escribir: «Las

mujeres de Cabañas poseen ojos rasgados y provocativos.»

—Pero—le repliqué,—¡si la única que hemos visto era tuerta!

—*Ca ne fait rien*—me contestó:—el que la queda vale por dos.

Y en seguida, después de escuchar largo rato una tempestad de ternos que arrojaban á duo el mayoral y su acólito, escribió: «En España, país de recuerdos por excelencia, los conductores animan el tiro cantando los romances del Cid y entonando himnos voluptuosos de amor.»

Por último, después de dos ó tres conatos de vuelco, llegamos á Toledo: se despidió el cesante del ramo de Indirectas, y el francés, mientras bajaban los equipajes, apuntó en su cartera: «De mis dos compañeros de viaje, el uno era el célebre lord Cockney, que está dando la vuelta al mundo para completar su colección de huevos de gallina. Como era natural, y á pesar de su flema británica, y víctima de su originalidad, su gracia vino todo el camino cacareando.

»El otro compañero es un joven español bastante ilustrado, sobre todo si se atiende al país en que ha nacido, llamado D. Velislo, y á quien sienta admirablemente bien el cigarrito, la redcilla y el espadín, de cuyos objetos, como es sabido, jamás se desprende el español ni aun para viajar.»

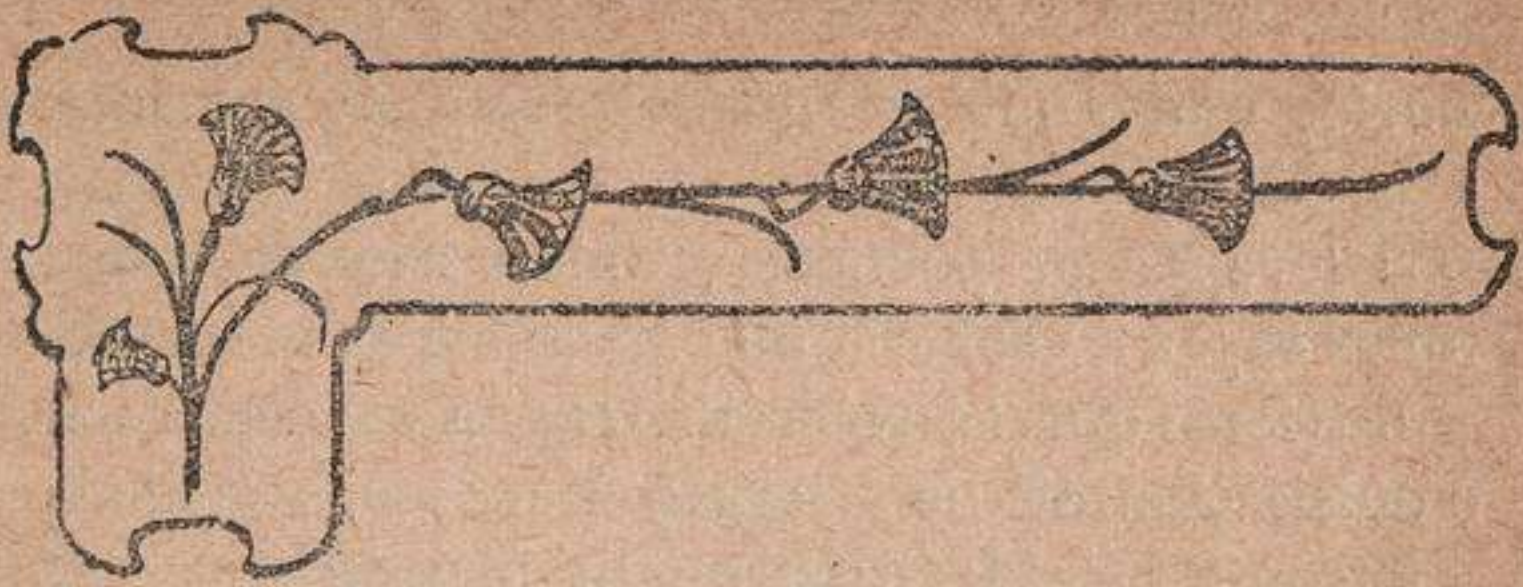
Colmada ya mi paciencia, exclamé:

—M. Chau..., es decir, M. Guy, ¡pero no dice V. la verdad acerca de España!

— ¡Desdichado! — prorrumpió; — pues entonces ¿quién me creería en Francia?

En parte tenía razón el francés. Bien sabido es que hace muchos siglos que, salvas raras excepciones, la verdad se piensa, pero no se dice, ni se escribe, ni se lee.





## EL CASTILLO

### DE «AUNQUE OS PESE.»

**L**A magia que ejerce Ávila sobre nuestros reyes se comprende muy bien. No sólo al que tiene historia, é historia ilustre, le agradan los recuerdos; no sólo Ávila es un libro, una crónica en páginas de piedra, sino que es indudable que á los grandes de la tierra debe agradarles poder olvidar, siquiera por un momento, las complicaciones y afanes del presente y las inquietudes del porvenir, volviendo la vista á los grandiosos y gratos recuerdos de un pasado lleno de poesía, de misticismo y de gloria.

¡Ah! si tuviéramos la febril actividad de otras naciones; ¡ah! si tuviéramos ese arte maravilloso de divulgar, de propagar, de hacer la luz sobre lo que existió, á que se consagran los escritores extranjeros, ¡qué de leyendas, qué de poemas, qué de dramas históricos hallaríamos en nuestra España de la Edad Media!

En sólo un día de lectura, en un ligero paseo por unas ruínas, he cogido, como quien dice al

vuelo, una tradición religiosa, llena de ese sabor á la vez místico y candoroso de la Edad Media, y una leyenda de poéticos y dulces amores, como no es capaz de soñarla una imaginación alemana.

Advierto que la tradición religiosa la refiere el cronista Gonzalo de Ayora, y la recoge, la aplaude y la confirma el P. Ariz, monje benedictino, que aplicó toda la perseverancia y toda la sinceridad que tanto distinguen á los de su Orden á escribir las grandezas de Ávila, obra en 4.<sup>o</sup> mayor, precedida de la tasa y de todas las licencias sacras y profanas que su escrupuloso autor pudo encontrar.

Á fines del siglo xi, dice tan respetable historiador, vivía en la vecina aldea de Cardeñosa una doncella honrada, de tanto celo y devoción, que acostumbraba á venir á pie y disfrazada, para su seguridad, de peregrina, á visitar los santos cuerpos de San Segundo, San Vicente y San Pedro del Barco, que todos están en los arrabales de Ávila y el Septentrión.

Era la doncella tan hermosa de figura como de alma, y hubo de prendarse de ella un noble mancebo de costumbres relajadas, y que con torpe afición la requería de amores.

Alguna vez, y próximo á las cercas de la ciudad, la había esperado; pero siempre la doncella había rechazado con horror sus ofertas, había desoído sus ruegos, y había, con ayuda de Dios, deshecho la artificiosa obra de perdición que el mancebo intentaba con sus palabras y sugerencias.

Persistía éste, sin embargo, y un día, saliendo

la joven de la capilla de San Segundo, y encaminándose á la de San Vicente por la ronda de la ciudad, vió que su perseguidor venía á caballo, resuelto á atajarla el paso y á obtener, al parecer, por la violencia lo que por la persuasión y los ruegos no había podido alcanzar nunca.

En tal apuro, se precipitó la joven en la próxima iglesia de San Lorenzo, á la sazón desierta, y poniendo el corazón en Dios y los ojos en el retablo, hizo humildísima oración.

Sonaba el trote del caballo, primero lejos, luego cerca, luego en las losas del atrio, después se sintieron las pisadas del audaz caballero en la iglesia; pero ¡cuál no sería el asombro de éste cuando, al dirigirse al altar, en vez de la peregrina hermosura que codiciaba y que creía su presa, se halló sólo con un venerable anciano, cuya blanca barba descendía hasta la cintura!

Era, así lo dice textualmente el P. Ariz, que súbitamente, sin echarlo de ver, se la cubrió á la joven el rostro de barbas como si fuera varón.

Desconcertado el caballero, abandonó mohíno el templo, atribuyendo á una ilusión del deseo el error que creía haber cometido, no perdonándose nunca el haber seguido con codicioso anhelo, como si fuera á gentil dama, á un anciano romero, cargado de años y cubierto de canas.

Este milagro, esta mixtificación piadosa, por medio de la cual la virtud y el pudor de una virgen se salvaron de satánicas asechanzas, se consignó en un cuadro que Ayora dice haber visto en la misma iglesia de San Lorenzo con las armas de

los Bracamontes y Valderrábanos, añadiendo dicho autor y el P. Ariz que, aunque no figura en martirologios ni leyendas, la pía devoción del pueblo menciona esta Santa que anda en retablos, y tiene sepulcro con altar y verja en la iglesia de San Segundo, con el nombre de Santa Barbada.

Embebido en los varios pensamientos que hubo de sugerirme esta pía tradición, y después de ver la iglesia de San Segundo, en que el P. Ariz afirma estar el sepulcro de Santa Barbada, seguí por la carretera de Talavera, gozando del agradable fresco de una tarde de otoño.

Cuánto anduve, no lo sé; pero al cabo vinieron á fijar mi vista las ruínas históricas de un antiguo castillo, colocado al pie de la sierra en un pequeño estribo de la misma.

Miré en derredor: ni ví pueblo cerca que el castillo en sus tiempos protegiese, ni paso ni cañada que atajase, ni horizonte alguno por el frente para que sirviese de atalaya á la ciudad de Avila; y extrañando la traza misma de la obra, y no explicándome tampoco su situación, distinta de la que ocupan las obras militares de aquella época, busqué con la vista á alguien que saciase mi curiosidad.

Sentado en uno de los sillares sobre los que debió estribar el puente levadizo, ví un anciano que parecía el encargado de guardar media docena de ágiles é inquietas cabras que, saltando de piedra en piedra, despuntaban alegremente los arbustos que crecían entre las derruídas almenas.

—Este castillo—me dijo,—es el castillo de *Aun-*



*que os pese*: se alza en el término de Mironcillo; y este otro próximo se llama *Solo Sancho*.

Le rogué que me explicara el origen de tan extraños nombres; y sin hacerse rogar mucho, y asegurándome que así lo había oído referir á sus padres y abuelos al amor de la lumbre, en las veladas de invierno, me narra en esa hermosa habla castellana, que por aquí conserva el pueblo casi en su primitiva pureza, la siguiente historia de puros y melancólicos amores:

«Hace muchos años, el Conde de las Navas, cuyo castillo veis desde aquí y que forma un arco de entrada de la ciudad, tenía una hija llamada Doña Guiomar. Era hermosa como un sol, y buena, buena como una santa.

»Un joven de la ciudad, llamado D. Sancho, deudo remoto y de la parcialidad del Conde de Avila, la amaba y era correspondido. Aunque de puro linaje, era pobre y no de tan alta alcurnia como el Conde. Así es que éste, lejos de otorgar al mancebo la mano de su hija, le arrojó de su palacio, y con duras penas prohibió á ésta que le hablase.

»Doña Guiomar, obediente y sumisa, cumplió las órdenes de su padre; pero el enamorado mancebo la seguía al ir al templo, la contemplaba en las justas y romerías, y pasaba cien veces al día debajo de aquel gran balcón de piedra que desde aquí aún acertaréis á columbrar.

»La lengua callaba; pero con los ojos se decían tantas cosas, las miradas expresaban tan constante y entrañable afecto, que inquieto el Conde de las Navas llamó al mancebo, y con semblante

adusto insistió en quitarle toda esperanza, y hasta le prohibió que mirase á su hija.

»D. Sancho le replicó:

»—Prohibísteis que entrase en vuestra casa, y os he obedecido; prohibísteis que nos hablásemos, y lo hemos cumplido; pero en cuanto á no mirarla, me pedís demasiado sacrificio: no puedo otorgaros palabra de ello, pues había de quebrantarla á no arrancarme entrambos ojos ó á no sacarme el corazón que por ella alienta.

»—No es menester tanto—le replicó el anciano Conde con incrédula sonrisa:—rijo y mando por el Rey en Avila y su tierra, y desde hoy os arrojo de ella.

»—Pues la veré, *aunque os pese*,—replicó resuelto D. Sancho.

»Á los pocos días vendió su hacienda; compró el cercado que veis, que está tocando los mismos hitos de la jurisdicción del concejo de Ávila, y en poco tiempo alzó el castillo. Desde entonces todas las tardes subía á las almenas, y cuando el sol envolvía en sus últimos resplandores el ennegrecido balcón de piedra del Conde, veía sus afanes recompensados al mostrarse apoyada en el balaustre, desvanecida, casi formando un tenue celaje, la esbelta figura de Doña Guiomar.

»Negóse ésta á todo enlace; resistió entrar en religión, porque ocupaba su corazón otro afecto, aunque puro, mundanal, y poco á poco, dominada por la pena, perdió su juventud, vió marchitarse sus colores, doblarse su cintura, y sucumbió como se seca el capullo arrancado de su tallo. Don

Sancho, á quien llevaron la triste nueva, la consideró como stratagema del Conde, se negó á darla crédito y siguió todas las tardes trepando á las almenas, y pareciéndole á veces, por efecto de su acalorada fantasía, que veía asomarse á aquel balcón la muchacha á quien amaba.

»Nunca más salió de su castillo; nunca dejó que lo invadieran ni los sarracenos, ni los caballeros que con ánimo curioso solicitaban verle, y á su última hora hizo que su fiel escudero le subiese al torreón en que pasara su vida, y allí espiró invocando el nombre de su Dios y de su dama.

»Muerto D. Sancho, el castillo, que no servía ni de defensa, ni de antemural, ni de atalaya, quedó desierto y fué arruinándose; pero el pueblo, en quien lo grande y extraordinario labra más profundamente que el buril en el cobre, recogió ese grande y puro afecto, transmitió el recuerdo de generación en generación y conservó á las ruínas el nombre de *Aunque os pese*, y al término inmediato, en que consumió su vida solitario el enamorado doncel, el nombre aún más poético de *Solo Sancho*.»

Seguro es que la Duquesa de la Roca, que prosáicamente cobra todos los años en grano y en dinero la renta de ese término, ignora que próximo á él vivió un modelo de amantes que supera á los de Teruel y se deja muy atrás á Eduardo y á Lucía de Lamermoor.

Las ruínas pertenecen hoy á la casa de Abrantes, y toca al joven Marqués de Sardeal la honra de repararlas como una protesta contra el materialismo á la época en que vivimos.





## UNA DALIA Y UN PUNTAPIÉ.

PÁGINA DE DIEZ Y SEIS AÑOS.

**H**ALLÁBAME en el año de 184... en la antigua corte de España, situada á las márgenes floridas del Pisuerga, y habitaba con mi familia el suntuoso palacio edificado por el poderoso Duque de Lerma, que, de la misma manera que Cisneros, Richelieu y Wolsey, se había puesto prudentemente al abrigo de los azares de la privanza, bajo la púrpura cardinalicia. Tenía yo entonces esa edad afortunada en que la mujer no es más que un hombre con enaguas; esa edad dichosa en que el sueño de Holofernes es un enigma, la confianza de Sansón un logogrifo, la conducta de Marco Antonio una charada; esa edad, en suma, en la que se halla uno dispuesto á dar todas las Judits, todas las Dalilas, todas las Cleopatras del mundo por una docena de soldados de plomo ó un sable de hojadelata.

Por entonces, lector querido, acertó á venir de temporada á mi casa una prima.

Una prima, es decir, una mujer joven, bonita, graciosa, amable, cariñosa; una mujer á quien se puede arrebatarse jugueteando la rosa que adorna su cabeza, el clavel que acarician sus labios; un ángel con el que puede emplearse sin rebozo desde el primer día ese *tú* que con tanta razón llama celestial el Marqués de Valdegamas; ese *tú* que es el verdadero Rubicón del amor.

¿Qué primo habrá cuyo corazón no haya dado sus primeros latidos por una prima? ¿Qué prima que no haya recibido de un primo los primeros y más ingeniosos tributos de amor?

Sucumbí, pues, á esa regla general, que tan escasas excepciones cuenta, y sentí por primera vez en mi vida ese conjunto de indefinibles sensaciones que se ha convenido en llamar amor.

Pero esta revelación no fué fulminante como una explosión del fogoso genio de Verdi, sino lenta, suave, vaporosa, como una melodía de Cimarosa ó Bellini.

Me sentí poco á poco invadido por los primeros síntomas.

Con asombro mío los soldados de plomo me daban bostezos, y el sable me pareció por primera vez un objeto ridículo. Empecé á dirigir plegarias á mi madre para que prolongase los faldones de mi chaquetilla, y más de un suspiro lancé al contemplar por la calle un sombrero de copa alta.

Por vía de digresión debo decir que lo que conseguí fué uno de esos horribles jaiques que entonces se estilaban, elaborado con todo el cariño, pero también con toda la inexperiencia maternal,

que colocado sobre mi largo y entonces delgado individuo, me daba una completa semejanza con un pendón cuadrangular de los que lucen las cofradías el día del Corpus, como me lo reveló el burlón hermano de mi prima, que se brindó á empuñarme por los pies.

Otro síntoma fué experimentar un respeto, una veneración que rayaba en lo fabuloso hacia la madre de mi prima, hacia mi tía, á quien prodigaba por instinto, y no obstante mi ignorancia en *ju-gar por tabla*, caricias capaces de dar envidia á mi madre.

En cuanto á lo que sentía hacia mi prima; en cuanto á aquel ahogo, aquel sobresalto, aquella dicha angustiosa que me causaba su presencia, yo no podía comprenderlo ni explicármelo, hasta que una noche y desde un palco, en compañía de ella, asistí á la representación de *Los Amantes de Teruel*.

Aquella noche, lector amado, lloré á lágrima viva. Aquella noche estuvo mi prima atracándose de dulces, relamiéndose con un sorbete y riéndose como una loca, porque, según me hizo observar, el galán era cojo y la dama vieja, lo cual es seguro que no hubiera yo advertido hasta la consumación de los siglos.

A los pocos días de esa inolvidable noche estaba mi fresca y graciosa prima asomada á un balcón del palacio de Lerma, luciendo un traje blanco con adorno de paja, que para siempre se grabó en mi memoria.

Colocada en el centro de aquel inmenso cuadro

de labrada y ennegrecida piedra; apoyadas sus infantiles manos sobre la ancha balaustrada, iluminada por los últimos rayos del sol en una tibia tarde del otoño, parecía una de esas vagas y poéticas viñetas creadas por el buril inglés.

Por debajo del balcón, y en la acera de enfrente, se paseaba con estudiada lentitud un teniente de Infantería, que alzaba con más frecuencia sus miradas á la fachada del palacio de Lerma que á la divina portada del templo de San Gregorio, que está enfrente, y que es un verdadero prodigio de escultura.

Pero por lo visto, el oficial, que no cesaba de atusarse sus rojos y ásperos bigotes, profesaba un soberano desprecio por el arte de Praxiteles.

En uno de sus paseos, en que casi se detuvo frente al balcón donde estaba yo con mi prima, se entreabrieron al descuido los dedos de ésta, y una espléndida dalia que entre ellos oprimía, obedeciendo á la ley de la gravitación, cayó á tres ó cuatro pasos del teniente.

Verla, abalanzarse á ella y estrecharla sobre sus labios, fué obra de un segundo para el hijo de Marte y de Belona.

En aquel instante sentí una impresión semejante á si hubieran caído en mi pecho cuatro ó seis gotas de plomo derretido, y mi prima, sonrojándose y confusa, se entró en la pieza diciendo:

—¡Ha sido sin querer!

—Sin querer—exclamé á mi vez, bajando de tres en tres los anchos peldaños de la regia escalera del palacio de Lerma;—¡sin querer!



Y saliendo por el suntuoso pórtico, me abalancé á mi vez al alumno de Marte, le arranqué la flor y de paso algunos pelos del bigote.

Cual un tigre de Bengala partió rugiendo tras de mí el furibundo militar; pero su sorpresa me había dado suficiente ventaja para librarme de sus manos.

Viendo que se le escapaba la presa, quiso ayudarme á cruzar el umbral del palacio, alargándome el puntapié más soberano que haya amenazado jamás el hueso coxis de cualquier humano; pero haciendo mi flotante jaique el efecto de la muleta del espada, erró el bulto, dió en el trapo, y, no hallando resistencia, perdió el equilibrio, y cayendo de espaldas entró en el portal, dispuesto en rambla, con la suavidad con que se desliza una carta por las marmóreas fauces de los leones del Correo.

Por mi parte trepé velozmente la escalera; cerré la puerta, en cuyas junturas estuve á punto de dejar un fragmento de mi cumplido jaique, y sin aliento eché mi trofeo en el regazo de Margarita.

Con sorpresa sin igual ví que mi prima, torciendo el gesto, me decía friamente:

—Se cayó sin querer; pero ya que la tenía, has sido impolítico en quitársela.

Este modo de recompensar mi hazaña me dejó helado.

Un minuto después mi prima cogió la dalia, la aproximó á su finísima nariz, y me dijo tirándomela á la cara:

—¡Guárdatela si quieres! ¡Puf! ¡Apesta á tabaco!

Conservé la dalia como un recuerdo; la guardo hoy como una reliquia: mi prima no existe.

En cuanto al militar, cariacontecido y algún tanto deslomado, se sacudió el polvo y se fué á su compañía, que tenía bandera para el Asia, donde es de creer que haya asaltado con mejor éxito alguna fortaleza de su amarilla majestad el sultán de Joló.





## LA ÓPERA Y EL GOBIERNO.

(JULIO DE 1865.)

**E**SPÍRITUS inquietos, caracteres aviesos, lenguas murmuradoras han dado en decir que la situación es grave; que hay grandes partidos en funesto retraimiento; que la crisis metálica nos ahoga; que las operaciones financieras nos abruma; que el descontento acrece, la desconfianza cunde, y que el horizonte se cubre de nubes, del mismo modo que en los trópicos, momentos antes de estremecerse y agrietarse el suelo á impulso del terremoto, ó de abrirse el firmamento por el estallido del rayo, ó de conmoverse el Océano por el bramido del huracán.

Basta leer la *Gaceta* del jueves para adquirir la consoladora convicción de que esos cuadros aterradores son sueños y delirios de las oposiciones, y penetrarse que la única cuestión grave, palpitante, que puede perturbar el sosiego de la sociedad española, es la de asegurar para el invierno próximo una buena compañía de ópera que nos deleite en el Teatro Real.

Atendiendo solícito á satisfacer esa gran necesidad de la época, el actual Ministro de la Gobernación cita, llama y emplaza para el 24 del próximo julio, en su despacho, á todos los Bagieres, Calzados, Sabateres y demás de la grey especuladora y subastadora, para darles por seis años la explotación de la dorada jaula del Teatro Real, en la que han de gorjear seis inviernos consecutivos los ruiñeños de ambos sexos más renombrados del universo.

El Ministro, que tantas veces ha condenado los excesos de la centralización, el absurdo, el ridículo de que el Estado se ocupe de minucias, ha querido una vez más justificar con hechos la solidez de sus convicciones.

De lo que sí debe ocuparse un Ministro, como podéis verlo en el susodicho pliego de condiciones, *es de que se pongan brazos á los asientos del paraíso; de que se tapen agujeros en los tabiques de los palcos segundos.* ¡Eso, eso sí que es una prerrogativa del Poder ejecutivo; eso sí que es digno de la atención de un Ministro de la Corona!

Una vez puestos á los asientos del paraíso sus correspondientes brazos, es de esperar que los espectadores, agradecidos, empleen activamente los suyos en palmotear al Ministro y pedir que salga á la escena.

En cuanto á condiciones de los cantantes, el Ministro, más exigente y escrupuloso que cuando se trata de candidatos, quiere que haya *seis absolutos y de primissimo cartello*, que gocen de universal reputación y que hayan cantado en París, Londres, etc.

En cuanto á los partiquinos, es condición precisa que *sean jóvenes, de buena voz y disposiciones naturales.*

Realmente un partiquino *viejo, sin voz y sin disposiciones naturales,* es una abominación que ofende, no ya á un Ministro de la Corona, sino al mortal menos exigente.

Pero el Ministro avanza aún á más: gracias á su previsión, la moral y las buenas costumbres están de enhorabuena. Temeroso de que algún empresario quisiera hacer representar *El Trovador* en calzoncillos, le ha salido al encuentro con el artículo 16, que dice que «*por regla general* deberán ponerse en escena todas las óperas con el decoro posible.»

No faltan, sin embargo, personas timoratas que andan alarmadas, pues previniéndose el decoro *por regla general,* temen que quepa alguna excepcioncilla, y que se ponga de vez en cuando una ópera en escena sin el decoro posible.

No menos notable es el interés que demuestra el señor Ministro por los conciertos sacros, encargando que no se *omita diligencia ni medio alguno para su buen éxito.* Sin esta regla era de temer que los empresarios, á quienes es sabido que no agrada la concurrencia ni los llenos, organizarasen unos conciertos sacros verdaderamente endiablados, y que produjesen la fuga de los concurrentes. Esa recomendación debe, por lo demás, generalizarse á otras clases, y urge que la *Gaceta* advierta á los sombrereros, guanteros, pasteleros, cafeteros é industriales de todo géne-

ro, que no *omitan diligencia ni medio* para hacer parroquia.

También está muy en su lugar la advertencia relativa á que el cargo de director de orquesta sólo se confíe á la persona que tenga las condiciones necesarias para su desempeño.

Este artículo pone freno á las vanas aspiraciones de los sordos y de los que, amputados de los dos brazos, no podrían manejar sino de una manera imperfecta, con los dientes, la importantísima batuta, que es el verdadero bastón de mando musical.

Lo que es inmejorable es la composición de la orquesta; bien es verdad que todos los inteligentes convienen en que le ha servido de modelo al Ministro la mayoría del palacio de las Cortes. El señor Ministro necesita diez y seis primeros violines, diez y seis segundos, ¡diez violas! ¡diez violones! ¡diez contrabajos!

Un solo violín menos, un solo contrabajo menos, y se desahucia á todo rematante, y se queda haciendo, como Salamanca y Pereire recientemente, la más triste figura.

Si los espectadores siguen nuestros consejos, deben llevar sus instrumentistas al acto de la subasta. En un momento de indecisión de S. E. puede ejercer poderoso influjo en sus oídos un vigoroso arranque de los diez violones y los diez contrabajos.

También es objeto de los cuidados de S. E. la banda militar, que desea *tan buena como sea posible*, y semejante, en la clase y número de los ins-

trumentos, á la del Real Cuerpo de alabarderos.

Por de pronto, admiremos la prudencia con que el Ministro previene que la banda sea *sólo tan buena como sea posible*, evitando así que un empresario se obstine en buscar una banda mejor de lo que sea posible; y notemos cómo por esa cláusula facilita al público el medio de proporcionarse, el día que quiera, dos bandas.

En efecto: hacen el *Fausto*, sale una banda militar y el público empieza á gritar: «*Condición 10 del pliego: Igual en número y clase á la de alabarderos.—¡No es igual!—¡Sí es igual!—¡Que venga la de alabarderos!—¡Que se cuenten los instrumentos!—Y, sobre todo, ¡que toquen las dos á ver si son de igual clase!*»

El Ministro, completamente desocupado y sin atenciones que le rodeen, se ha consagrado también á escoger el repertorio. El señor Ministro, á quien teníamos por novador y romántico, resulta ahora clásico: en efecto, declara preferente á Rossini, Bellini, Donizzetti, Mercadante y Meyerbeer, y manda que de cuando en cuando se ejecuten obras de Mozart y Weber. He aquí condenados á destierro el novador Verdi, los peligrosos Flotow, Gounod y otros demócratas de la música. Si al público le gustan, que se vaya á oírlos á Nápoles, pues el Ministro prefiere los primeros señores, y se le da un ardite del *Trovador* y *Rigoletto*, de *Marta* y de *Fausto*.

También es una atribución muy propia del Estado, muy á la altura del Poder ejecutivo; también es una sublime prerrogativa la consignada en

el artículo 18, que dice: «Cada año cómico se *repintarán* cuatro decoraciones.»

Y tan alta y preciosa prerrogativa es la del repintado, que el Ministro sólo la delega, según la condición 19, en la empresa, en el caso de que no tengan las decoraciones mérito sobresaliente. ¡Desgraciado empresario si se permite *repintar lo sobresaliente!* ¡Caerán sobre él todos los rayos burocráticos!

En cuanto á los trajes, podrá el empresario reformarlos y componerlos, y responderá de los desperfectos que no procedan de *un uso natural*.

En cumplimiento de esta cláusula, es evidente que á la conclusión del contrato deberá examinarse cuidadosamente por el Poder ejecutivo toda la colección de calzones, chupas, casacas, ropillas, gregüescos; y allí donde se descubra algún roto que proceda de un uso *sobrenatural*, imponer al empresario la obligación de echar piezas ó cuchillos. Para este evento hubiera sido muy digno de la previsión de S. E. exigir que formase parte de la compañía de ópera el Sr. Casademunt ó cualquier otro zurcidor de *primissimo cartello*.

Como modelo de redacción, debe también citarse la cláusula 29, según la que será facultad de la empresa *dar ó no dar...* bailes de máscaras. Es de advertir que el público español en general, y muy en especial el público contribuyente, quedan muy interesados en que la empresa que resulte favorecida con esa doble facultad *de dar ó no dar*, opte resueltamente por la de dar, pues en tal caso la tal empresa ha de dar, no sólo los bailes, sino



además 40.000 reales vellón que ingresarán en las arcas del Tesoro público.

Este ingreso especial de bailes de máscaras, esa contribución carnavalesca, ese impuesto escénico, debe haber sido inspirado por nuestro moderno genio de la Hacienda.

¡Apostamos un baile de máscaras á que no se le ha ocurrido otro tanto á M. Gladstone!

Señalamos también á la admiración del lector la cláusula 31, en que se dice que pasará á ser propiedad del teatro la mitad de las decoraciones que se hubiesen pintado por la empresa.

Esto de quedarse con la mitad de las decoraciones, es cosa grave y ocasionada á dudas. ¿Esa mitad, en el supuesto de serrarla por el medio, será la mitad inferior ó la superior? El que lleva la mitad superior, es evidente que sale aventajado con las bambalinas. En cambio, el que quede con la mitad inferior de un palacio, de una plaza, puede utilizar esa mitad, sin llegar á ella, para toda ópera en que acaezca un terremoto.

También la mitad puede entenderse quedándose el teatro con todos los bastidores de la derecha, y llevándose el empresario los de la izquierda. De todos modos, es singular el gusto del señor Ministro, que quiere quedarse con la mitad de las decoraciones, en vez de quedarse, en todo caso, con las decoraciones completas de la mitad de las óperas que se exornen de nuevo.

Por último, está previsto, para tranquilidad del público, hasta el caso de incendio en el teatro, peste, guerra interior y exterior.

Merced á esa medida previsorá, ni el público tendrá que asistir al teatro mientras éste se queme, ni después de quemado, ni en el caso de que el cólera morbo invada la orquesta tendrá que asistir á la ejecución, con calambres, de una ópera bufa.

Finalmente, ha llegado el acto de la subasta, que será el 24 de julio: el señor Ministro, dando de mano á los demás asuntos baladíes de su departamento, presidirá la solemnidad rodeado del jefe de la sección de Orden público (que en esto de música italiana debe tener especiales conocimientos), de tres profesores de música (que de seguro no podrán mirar sin reirse el pliego de condiciones), y de dos personas aficionadas á la ópera, de dos *dilettanti*, que es la palabra sacramental.

El señor Ministro no dice cómo ha de justificarse la afición de estos señores á la ópera, y parece que se piensa consultar á los acomodadores del teatro para que suministren antecedentes.

Lo que trae atortolados á los aspirantes á empresarios es la necesidad de tener ajustados para el 24 de julio seis, nada menos que seis cantantes de *primissimo cartello*, y luego la responsabilidad de conservarlos incólumes hasta principios de octubre.

Parece que un empresario más ingenioso que sus rivales está ya en correspondencia con la casa Chollet para que extienda algo la esfera de sus especulaciones, y abrace, además del ramo de judías verdes y legumbres, el de conservas de tiples y tenores.

Por de contado que en el pliego de condiciones se observan aún muchos defectos y olvidos, entre los que descuella el no imponer al empresario siquiera un día de arresto por cada gallo que se permitan los señores *absolutos* y las señoras *primisimas*.

Créanos el señor Ministro: con su famoso pliego es imposible que encuentre un solo empresario que entre de buena fe y resuelto á cumplir los compromisos que se le imponen.

Tal es nuestra convicción, que si le encuentra, le autorizamos para que nos le clave en la frente, aunque el tal empresario goce del majestuoso desarrollo del Sr. Ferrer del Río.

La verdad es que si S. E. quiere gobernar con arreglo á los buenos principios que él ha proclamado cien veces, debe dejarse de pliego de condiciones; debe declarar que no es misión del Estado, que no es función digna de un Ministro el andar en tratos y contratos con empresarios de diversiones públicas; debe gestionar la enajenación del teatro.

Entregado al interés individual, él sabrá encontrar cantantes de *primissimo*, él sabrá las violas y los violines que gustan al público madrileño, él acertará á dar conciertos sacros que atraigan concurrencia.

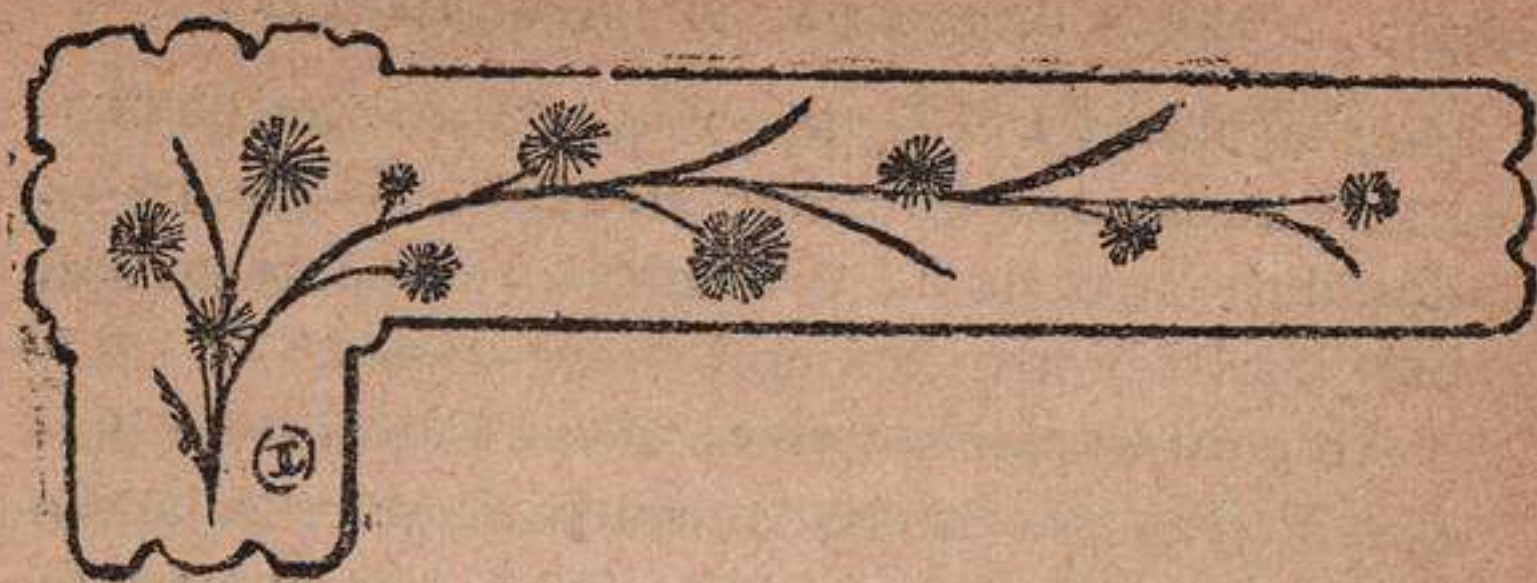
La ópera en España no necesita subvención, porque hay una afición loca; ni cabe el pretexto de atraer extranjeros, pues ninguno vendrá á buscar en Madrid lo que le sobra en París y Londres, ni tiene por qué mezclarse el Gobierno en una es-

peculación que es como otra cualquiera, ni buscar garantías para los abonados, que deben saber dónde ponen su dinero y correr los riesgos que corren otros muchos españoles al prestarlo ó al darlo para empresas en verdad más útiles que la ópera, y de que no se hace fiador y responsable el Estado.

Libertad, concurrencia y mera vigilancia por parte de las autoridades para la conservación del orden es lo que requiere ese espectáculo, lo mismo que los demás.

Fuera de ahí, todo son absurdos y ridiculeces, como las que ofrece el celebérrimo pliego de condiciones.





## APUNTES CRÍTICOS

ACERCA DE LAS POESÍAS DE BAEZA, Y POR INCIDENCIA  
DE LAS CONDICIONES LITERARIAS DEL SIGLO.

**U**ANDO al autor de este artículo le cabe la dicha de que llegue á sus manos un libro verdaderamente poético, acostumbra á abrirlo con respeto, á leerlo con cariño y á juzgarlo con desconfianza de sí propio.

De la misma manera que excita su asombro el recio nadador que corta con esfuerzo y vence con denuedo una corriente impetuosa, así también le admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.

Por una contradicción harto frecuente en la historia de la humanidad, hay que buscar en una época calificada de bárbara la sensibilidad, el entusiasmo religioso, el amor caballeresco, el culto del honor, fuentes inagotables de poesía.

¡Cosa rara, pero cierta! Los grandes corazones

palpitaban debajo de una pesada armadura de hierro; y ahora que iluminan todo el orbe los destellos del astro de la civilización, las corazas son inútiles: el hierro está en los corazones.

Al contemplar un vasto circo rodeado de gradas, en las que la ávida muchedumbre se apiña ardiendo en deseos de presenciar el encuentro de dos campeones que recorren el palenque apercibiéndose á la lid y haciendo sentir el acicate á sus briosos caballos, se comprenden los latidos de un corazón de poeta. ¡Qué mucho que broten de sus labios inspiradas trovas celebrando el ardor de la pelea, la destreza de los quites, los moteles de los escudos y el orgullo del vencedor, que de un fiero bote de lanza derriba al suelo á su adversario y, roto el yelmo y cubierto de sudor y polvo, recorre paso á paso, serenando el rostro, la agitada arena entre el estruendo y gritería de nobles y pecheros!

En nuestra época se celebran torneos infinitamente más útiles, torneos industriales. Pero ¿qué vate pulsará la lira para ensalzar los triunfos de la perfumería francesa, la superioridad de la loza de Zollverein, la victoria del charol inglés y las inmarcesibles glorias de la bujía esteárica?

Hubo un tiempo en que á la mágica voz de un ermitaño, que refería los sufrimientos de los peregrinos en Tierra Santa, se alzaron las naciones, y en confuso tropel los reyes y los vasallos, los nobles y los villanos, los ancianos, los jóvenes, se precipitaron bajo la enseña de la Cruz, y perecieron por su fe en las abrasadas arenas de la Siria.

Las Cruzadas engendraron al Tasso.

En la actualidad la reina de los mares, que ha contemplado impasible las heróicas convulsiones de una raza generosa que se ahogaba bajo la mano de hierro del *Tedesco*, se conmovió no há mucho al difundirse la infausta nueva de que se cerraban los mercados del Celeste Imperio. ¡Qué la importa, en verdad, que perezca una nación entera! ¡Qué afecta á sus oídos el estertor de la agonía de todo un pueblo! Pero que se perjudique al comercio inglés en un solo *penny*. ¡Santa Biblia! ¡qué abominación! Ármense las escuadras, cruja la artillería, derrámese á torrentes la sangre humana á la mágica voz de *hurrah* por el opio!

¿Y habrá jamás un poeta que cante la guerra del láudano?

El lema que ostenta al presente la antigua y orgullosa Albión es: «Antes morir que no vender.»

Y Mercurio el dios de sus ejércitos.

Inútil es prodigar ejemplos para convencer de que las revoluciones han trastornado la calma aparente de la sociedad antigua, del mismo modo que la reja del arado rompe el césped que esmalta una pradera, haciéndola perder por algún tiempo su belleza, con tal de producir en adelante ópimos frutos.

Preciso es conocerlo. En nuestros días, Pluto ha destronado á las Musas. El comercio, limitado en un tiempo á la maldecida raza judáica, es ocupación á que se entregan los reyes y los magnates. Y no es raro ver á un descendiente de Guzmán el Bueno ó de D. Diego López de Stúñiga figurando

en el Consejo de administración de una sociedad anónima, ó solicitando un privilegio exclusivo para la fabricación del queso de bola.

Por doquier que se vaya se respira una atmósfera de treses, cupones, cotizaciones, pólizas y dividendos, que, si es beneficiosa para muchos, es mefítica para el poeta.

Hasta el báculo y la espada se inclinan, aunque momentáneamente, ante la inconmensurable influencia de la letra de cambio.

En tal estado de cosas, no es extraño que abunden más las tablas de logaritmos que los poemas épicos.

Pocos, muy pocos son los que resisten el torrente y conservan pura su imaginación de poeta.

Entre ellos debe colocarse, sin duda alguna, al Sr. D. Pascual Fernández Baeza, cuyas obras han sugerido al que esto escribe las antecedentes reflexiones.

El gran poeta de cuyas yertas manos ha rodado hace poco el cetro de la crítica, el que consideraba la censura como un magisterio, ha prodigado á la «Oda á Azara» elogios tanto más apreciables, cuanto que los dictaba la más severa imparcialidad. Y en efecto, esta composición recuerda por su elevada entonación, por sus grandes rasgos, algunas estrofas del sublime Herrera. Bien conocida es también la tiernísima elegía de Baeza á la muerte de su esposa, en la que predomina una vaga tristeza, un sentimiento que se apodera lentamente del ánimo según se avanza en su lectura.

Pero el género predilecto, la especialidad, como



se dice en dialecto galo-hispano, del autor que nos ocupa, es el apólogo.

En una pequeña colección impresa que tiene á la vista el que esto escribe, hay un gran número de fábulas en las que se revela la extraordinaria facilidad de Baeza en este género: *El niño y el cazo*, *El asno fanfarrón*, *La corona*, *El entierro del escarabajo* y *Los niños baleares*, son composiciones de un mérito indisputable.

Es imposible satirizar con más gracia la inexplicable vanidad de ciertos pigmeos intelectuales que en *El asno fanfarrón*.

La fábula de *Los dos alhelies* es una de las más ingeniosas y de las mejor versificadas de la colección.

En general, todos los apólogos de Baeza se distinguen por la profundidad del pensamiento, que contrasta con la ligereza y gracia de la expresión. En su mayor parte tienen también un sabor de novedad muy poco común en las composiciones literarias de nuestra época.

Y la razón es bien obvia; porque la escritura ó la imprenta han conservado las producciones de millares de generaciones pasadas, y no hay composición literaria de la que no puedan citarse seis ú ocho modelos acabados.

El apólogo mismo, no obstante sus modestas apariencias, ha sido uno de los géneros más cultivados, y no se necesita mucha erudición ni gran lectura para que se presenten á la memoria al ocuparse de este asunto, y en columna cerrada, los nombres de

Vichnou-Sarma.  
Bidpai.  
Saady.  
Esopo.  
Fedro.  
Avieno.  
La Fontaine.  
Gay.  
Moore.  
Gogol.  
Hagedorn.  
Gellert.  
Pignotti.  
Iriarte.  
Samaniego.

Bien se deja conocer, en vista de esta enumeración, muy incompleta por cierto, que en el vasto campo del apólogo, cosechado por tales hombres, apenas quedan algunas espigas para sus sucesores.

Si no temiera hacer más difuso este artículo, muy fácilmente probaría que en los demás géneros sucede lo mismo, y que los pensamientos, las formas, las invenciones se hallan casi agotadas, lo cual explica ese clamor de ¡plagio! ¡plagio! que se levanta contra casi todas las producciones modernas.

Atendidas estas circunstancias, el haber evitado tales acusaciones es un mérito indisputable que concurre en las fábulas que voy examinando.

Éstas, preciso es decir la verdad, adolecen, sin embargo, como todas las humanas obras, de algunos defectos que conviene señalar, por lo mismo

que le es muy fácil á su autor el evitarlos. Como todos los poetas improvisadores, peca Baeza de algo incorrecto en ciertas ocasiones.

También puede hacérsele un cargo de la extrema concisión de algunos de sus apólogos, que encierra en una redondilla como si tratara de rivalizar con el griego Gabrias, de quien se cuenta que despachaba todas sus fábulas en cuatro versos.

Excusado es, por lo demás, encarecer la oportunidad del género predilecto de Baeza. Á los hombres limitados, á las inteligencias miopes que califican al apólogo de cosa fútil, puede contestárseles con estos dos versos de un gran poeta francés, que encierran el elogio más cumplido de la fábula:

*L'histoire nous apprend ce que sont les humains  
La fable ce qu'ils doivent être.*

Y si en todos tiempos es incontestable la importancia de dar, bajo formas ligeras y agradables, lecciones provechosas, crece la utilidad del apólogo en una época en que, por desgracia, la moral va reduciéndose á proporciones microscópicas.

El género satírico (y la fábula es una de sus formas) conviene más que otro alguno á las necesidades del siglo.

Nunca, en efecto, florecieron los Juvenales y Perseos en la era afortunada de los Cincinatos.





## EL DICCIONARIO Y LA GASTRONOMÍA.

**N**o sólo se ha inmortalizado el siglo XIX por los ferrocarriles, por la telegrafía eléctrica, por los Gobiernos representativos con una ó dos Cámaras, sino que alcanza también la gloria de haber impulsado el renacimiento de la ciencia gastronómica.

La gastronomía, verdadera antítesis de la filosofía alemana, llegó en el siglo de oro de Roma á un grado de esplendor incontestable; pero los grandes descubrimientos de Lúculo y Apicio perecieron con la irrupción de los bárbaros del Norte, y el arte culinario quedó sumido en el piélago de la ignorancia y voracidad germánicas.

Renacieron en la Edad Media los festines en que brillaban el pavo real, los lechones dorados y el hipocrás; más adelante, en Inglaterra, la excelente reina Ana llevó el afecto maternal hacia sus súbditos hasta el punto de condimentar para ellos algunos platos á que la antigua Albión, agradecida, conserva su nombre; después, en Francia,

Luis XIV, el regente y Luis XV aumentaron el lujo de la mesa y elevaron la cena á grande altura; y por último, en España, nuestro buen rey D. Carlos IV consagró una atención preferente al importante ramo de los embutidos, y colocó en su galería de hombres célebres al insigne choricero Rico.

Pero aunque los placeres de la mesa y los goces del paladar eran de antiguo muy conocidos, la ciencia gastronómica, á semejanza de la economía política, carecía de organización y yacía en el caos.

Cupo á nuestro siglo la gloria de marcar los prolegómenos, de coordinar las bases, de coleccionar las reglas de la nueva ciencia; y desde que un sabio jurisconsulto, Brillat-Savarin, escribió su obra magistral y estampó en ella la profunda máxima: «Dime lo que comes y te diré quién eres;» desde que un Ministro, Henrion de Pausey, exclamó: «Más beneficios dispensa á la humanidad el que inventa un manjar que el que descubre una estrella,» puede decirse que la ciencia vive.

Es más: discípulos fervientes de los Say y Smith de la gastronomía han escrito tratados sencillos, han vulgarizado la ciencia, y han difundido, éste es el caso de decirlo, los principios.

Á la vez la Física y la Química han venido en auxilio de la nueva ciencia, y los Appert, los Chollat y las latas de Logroño y Calahorra han detenido el curso de las estaciones, convirtiendo en perennes frutas y substancias antes pasajeras y efímeras.

Por último, multitud de espíritus prácticos, inspirándose en los principios abstractos y en las máximas de los maestros, han ceñido el gorro blanco, han vestido el delantal de lienzo, y empuñando la cacerola han abierto por toda la superficie del orbe fondas sin cuento.

La gastronomía, que no es en verdad la gula ni la golosina, brilla, pues, en el siglo XIX, y todos los idiomas cultos se han enriquecido con tantos vocablos nuevos como nuevas combinaciones gastronómicas han venido á acrecer los goces del paladar y á perfeccionar las funciones del estómago. ¿Y qué hace en tanto nuestra Academia de la Lengua? ¡Ah! doloroso es decirlo: permanece estacionaria y refractaria al progreso gastronómico, como á casi todos los progresos.

Nuestros académicos, inspirándose sin duda en los consejos de cocineras vulgares, abriendo sólo los oídos al dialecto de los jefes de los ventorrillos del Manzanares, se obstinan en no dar cuartel á casi ninguno de los nuevos manjares y en mantener en las columnas de su Diccionario una nomenclatura gastronómica verdaderamente feudal.

Y no se diga, en verdad, que les alarman siempre los vocablos nuevos, ni que les asustan las voces del extranjero importadas.

No hay por qué hacer ascos á *galantina*, *babá*, *mayonesa*, *roasbeef*, *croquetas* y otras cien dicciones nuevas, cuando, por ejemplo, se ha incurrido en la debilidad de dar cabida en el Diccionario de la Lengua castellana al vocablo ex-

traordinario, fabuloso, incomparable de *Grodetur*.

Una indiscreción femenina me permite explicar á mis lectores cómo vino á tomar carta de naturaleza en el Diccionario de Castilla tan extraordinaria palabra. La esposa de un académico de la Lengua hubo de experimentar la necesidad de hacerse un traje de seda: acudió á los lujosos escaparates de la calle de Espoz y Mina; el mancebo la presentó varias piezas de fulares, tafetanes finos y otras de tafetanes gruesos, *gros* fabricados ó que traen el nombre de la ciudad de Tours.

—Vea V.—la decía,—qué género, qué cordoncillo, qué seda tan tersa y tan joyante: éste es, señora, gro de Tours.

Cayó la académica en la tentación; compró el corte, y en vez de decir á su consorte que *gro* es una variedad ó especie de tejido de seda como el raso ó el moaré, le refirió el nombre pronunciado por el hortera, tal cual á ella la sonaba, envolviendo en él á la vez el de la tela y el de la ciudad de que procede. Gustó el sabor latino de la palabra al académico; acogióla con entusiasmo sus compañeros, y vino por fin á figurar triunfalmente en las severas columnas del Diccionario el incomparable *Grodetur*.

Pero en honor de la verdad, y ya que la Academia emprende el rumbo de formar vocablos con el nombre del tejido y de la ciudad, pronunciados y escritos á la española, no parece bien que se detenga, y por mi parte la propongo que no deje solitario á *Grodetur*, y le haga escoltar siquiera por *Grodenaples* ó *Cachemirdesindes* ó al-



gún otro vocablo de análoga estructura, capaz de hacer rugir á Cervantes y bastante á sacar de quicio á Argensola.

Pero la ignorancia gastronómica de la Academia Española se revela, no sólo por la ausencia de todos los manjares nuevos, sino también por las extrañas definiciones que se permite de los platos más antiguos y vulgares.

Si preguntáis al jefe del más humilde *restaurant* qué es tortilla ó cómo se hace la tortilla, os contestará quitándose la gorra de lienzo:

—Es muy sencillo: se mezclan y baten delicadamente unos huevos frescos; se les añade algo de leche para suavizar la masa; se agregan setas previamente picadas y rehogadas ó hierbas finas; se espolvorea con sal; se vierte todo de golpe en una sartén caliente que contenga un poco de grasa. Apenas cuaja, se coge la sartén por el mango; se da un impulso horizontal de frente, extendiendo el brazo, y al recogerlo otro impulso hacia arriba; se dobla, merced á este movimiento, la tierna masa en forma de media luna; se corrigen con una cuchara las imperfecciones de los perfiles; se da otra vuelta; se saca, y se sirve dorada y humeante sobre una servilleta ó sobre un plato que apenas debe humedecerse con alguna que otra gota de jugo anaranjado como un topacio que se desprende, del mismo modo que rueda lenta y vacilante la gota de rocío sobre la aterciopelada epidermis del melocotón ó el albérchigo.

Si en vez de preguntar á un jefe os dirigís á una de esas excelentes cocineras vizcaínas que, guia-

das por el instinto, practican tan admirablemente el arte, es probable que os conteste lo mismo, si bien permitiéndose las concordancias más fabulosas, y convirtiendo, atendida la materia, en femeninos los masculinos más incontestables del habla castellana.

Pues bien: concienzudo jefe, inspirada vizcaína, estáis en un error, en un craso error: eso que hacéis es un manjar heterodoxo, eso no es tortilla; al menos no es tortilla académica.

Tortilla es (Diccionario de la Lengua, edición 10.<sup>a</sup>, página 680, columna 1.<sup>a</sup>) una fritada de huevos batidos en aceite ó manteca, hecha en figura redonda, á manera de torta, y en la cual se incluye de ordinario otro manjar.

Prescindo de la forma redonda que despóticamente impone la Academia á la pobre tortilla; prescindo de lo vago de la indicación de que cabe incluir en ella otro manjar, lo cual puede hacer caer á inexpertos cocineros en las más extrañas aberraciones, y me ciño á lo de huevos batidos en aceite ó manteca. ¿Cabe concepción más original? ¿Ha probado algún académico á hacer alguna tortilla por ese método?

Definir así la tortilla es hacer imposible la tortilla; es más: es inventar un nuevo plato sin saberlo. En efecto: si en vez de dejar tranquilo al aceite en la sartén, que harto tiene que hacer con que le frían, se obstina la Academia en batirle en frío con los huevos, resultará, salvo las claras, una especie de salsa mayonesa; y si después se empeña en freir esa mayonesa, resultará mayonesa frita.

Propongo, pues, al amigo Farrugia que aumente la lista del *Armiño* con el siguiente plato:

*Entremets.*

*Mayonnaise à l'academicienne.*

Pero le ruego á la vez que sólo sirva semejante manjar á los académicos.

Mas si el Diccionario yerra lastimosamente en las definiciones vulgares, en cambio puede estar orgulloso de contener en sus columnas manjares y bebidas que hasta ahora han desconocido los paladares más eruditos.

¿Sabéis, queridos lectores, lo que es Onfacomeli? ¿Habéis bebido ó saboreado alguna vez una copita de Onfacomeli? ¿No os gusta, hasta gramáticamente considerado, el nombre? ¿No halláis en el *onfaco* una raíz euskara, en el *meli* una terminación latina, y en el conjunto un saborcillo de árabe aljamiado?

Pues si del nombre pasamos á la cosa, sabréis que, según la Academia, el Onfacomeli es «cierto género de vino que se hace tomando unos *agracas verdes*, y puestos al sol por tres días se aprietan fuertemente, y con tres partes de su zumo se mezcla una de miel espumada, y echado en vasijas se pone al sol...» y después, añado yo, evidentemente se tira por la ventana.

Pero si el líquido merece tirarse sin la menor vacilación, la receta es digna de estudio.

Nada diré de los agracas verdes, dejando al Diccionario la gloria de haber descubierto agracas no verdes; nada preguntaré acerca del porvenir que

reserva la Academia á aquella desventurada cuarta parte de extracto de agraz verde que no quiere que se mezcle con miel espumada; nada apuntaré tampoco acerca de los tres días, ni más ni menos, que ha de estar expuesto á los rigores del sol el desdichado zumo; pero sí me sublevo contra la impropiedad y osadía de llamar al Onfacomeli cierto género de vino. Si brebaje, según la Academia, es toda bebida compuesta de ingredientes desapacibles al paladar, preciso es convenir en que el Onfacomeli, es decir, la mezcla de agraz y miel espumada, es el brebaje más notable que puede afligir á un paladar medianamente civilizado; más digo: es, sin disputa, el rey de los brebajes.

Pues si de los líquidos pasamos á los sólidos, se nos ofrece un horizonte interminable de bodrios académicos.

El primero de todos es la *Gualatina*, que, según el Diccionario de la Academia, es «una especie de guisado ó salsa que se compone de manzanas, leche de almendras desleídas en caldo de la olla, especias finas remojadas en agua rosada y harina de arroz.»

La Academia, que rechaza la galantina, la clásica galantina de pavo ó faisán, admite sin náuseas esas extrañas puches, ese repugnante engrudo en que braman de verse juntos el caldo del puchero y la esencia de rosas.

En cambio, el que no quiera *Gualatina* es muy dueño de almorzarse un *Jusello*, que, según la Academia, es «una especie de potaje que se hace con caldo de carne, perejil, queso y huevos;» ó si

más le apetecen, puede comerse unos *Grasones*, que define la Academia diciendo que son «un guisado de cuaresma, que se compone de harina ó trigo machacado, sal en grano, y después de cocido se le echa leche de almendras ó de cabras, grñones (granos de trigo cocido), azúcar y canela.»

Confieso, lector amado, que no hay cuaresma que no me parezca desmesuradamente larga; pero estoy seguro que no resistiría ni media si me pusieran al régimen de trigo cocido, por más que le cocieran con sal en grano, que para el caso se me figura que no habría de dar resultados muy diferentes de la sal molida.

Y por cierto que la condición de ser la sal en grano, tratándose de una cosa cocida, revela que la Academia se ha inspirado para esta receta de algún malaventurado ventero que nunca conoció la sal bajo otra forma, ni nunca la echó sino á puño limpio sobre sus bodrios y gazofias.

En efecto: tratándose de un asado, de un capón de Vizcaya, *au gros sél*, se concibe que la sal arrojada en pequeñas cristalizaciones, que se fijan desigualmente sobre la dorada epidermis del ave, dé al paladar distintas sensaciones que la sal pulverizada y pasada por tamiz; pero tratándose de un guisote hecho en olla y cuando la sal cae en un líquido en el que hierve horas enteras disolviéndose, ¿qué más da que sea en grano ó en polvo? ¿Qué razón hay para hablar de granos sino la de que sólo en esa forma se conoce por el autor de la receta?

De igual procedencia debe ser la *Alboronia*, que

es «un guisado que se hace de berengenas, tomates, calabazas y pimientos, todo mezclado y picado.»

Aquí la Academia se quedó corta en la numeración, y debió añadir, á no dudarlo, callos, caracoles, cominos, aceitunas, cebollas y rábanos.

Francamente, no comprendo que pueda comerse un plato de *Alboronia* sino á la puerta de un merendero del Manzanares, á la sombra de un emparrado de camisas y calzoncillos, sobre una mesa coja de pino, con un porroncillo de Arganda á la izquierda, una moza de rumbo á la derecha y media docena de gatos entre las piernas.

No menos notable es la *Ojota*, especie de potaje ó menestra antigua, compuesta de *bledos*, perejil, hierbabuena y borrajas picadas y cocidas con especias, y otras veces sofreídas con gordura de tocino y rehogadas con caldo de la olla.

La gordura de tocino asociada á la flor de borraja constituye desde luego un manjar original; y acaba de coronar la obra de la Academia la restauración gastronómica del bledo, que hace siglos no se usa en Castilla sino en sentido metafórico y como la cosa más despreciable. Verdaderamente que guisar bledos es llegar á las columnas de Hércules de lo guisable.

Hay más: la original nomenclatura del Diccionario expone al que siga sus inspiraciones y adopte su tecnicismo á los más desagradables *quid pro quos*.

Supongamos que un joven estudioso, que considera el Diccionario de la Lengua como la fuen-

te más pura y el modelo más autorizado del buen decir, al contemplar á una delicada joven tendida en una butaca, lánguida y convaleciente, la inste á que tome una *panetela*. Si esto acaece en Castilla, es probable que la madre ó la tía de la niña consideren como un insulto el consejo dado á su hija ó sobrina de que se fume un cigarro; y sin embargo, según el Diccionario de la Lengua castellana, *panetela* es una especie de sopa como papas que se hace con caldo, pan rallado y azúcar, y suele darse á las personas convalecientes y delicadas.

¿Y qué diríamos de otro joven que proclamase en una tertulia de Valladolid, Ávila ó Segovia su ciega afición á las *mellizas*? ¿Sospecharía ninguna de las mamás, tías, hijas y sobrinas presentes, que melliza es «cierto género de salchichón hecho, asómbrense los fabricantes de Vich, Lyon y Génova, hecho con miel?»

Por de contado, que admitiendo la Academia que cabe hacer salchichón con miel, no puede negarse á conceder que andando el tiempo se haga ensalada con leche ó chocolate con sal.

No quiero molestar á los lectores con las definiciones de los originales manjares consignados en las columnas del Diccionario, y que llevan los extraordinarios nombres de Salmorejo (1), Pulpetón (2), Zarapatel (3), Calabacinate (4), Pi-

(1) Diccionario de la Academia, 10.<sup>a</sup> edición, pág. 625, columna 2.<sup>a</sup>

(2) Idem id., pág. 582, col. 3.<sup>a</sup>

(3) Idem id., pág. 727, col. 3.<sup>a</sup>

(4) Idem id., pág. 121, col. 2.<sup>a</sup>

pián (1), Treballa (2), Capirotada (3), Piñonata (4), Pampirolada (5), Grafiolos (6), Manjar lento (7), Taránganas (8), Candiel (9), Juncada (10), Bruscate (11), Jerricote (12), Jinestada (13), Jirofina (14), Aleji-ja (15), Almodrote (16) y otras infinitas.

Sólo sí me permito llamarles la atención acerca de la *Sopaipa* (17), «masa bien batida, frita y enmelada,» que por sólo la descripción, da ganas de escupirla, y acerca de la *Xapoipa* (18), nombre el más exótico que puede crear una imaginación académica desarreglada.

En buena ley y entre gastrónomos serios, no es dado concebir siquiera que el autor de una *Sopaipa* deje de ser indefectiblemente manteado.

Pero la Academia Española da albergue en sus columnas á vocablos que de seguro habrían de

(1) Diccionario de la Academia, 10.<sup>a</sup> edición, pág. 542, columna 1.<sup>a</sup>

(2) Idem id., pág. 687, col. 2.<sup>a</sup>

(3) Idem id., pág. 134, col. 1.<sup>a</sup>

(4) Idem id., pág. 541, col. 3.<sup>a</sup>

(5) Idem id., pág. 504, col. 2.<sup>a</sup>

(6) Idem id., pág. 352, col. 3.<sup>a</sup>

(7) Idem id., pág. 436, col. 1.<sup>a</sup>

(8) Idem id., pág. 662, col. 1.<sup>a</sup>

(9) Idem id., pág. 129, col. 2.<sup>a</sup>

(10) Idem id., pág. 404, col. 2.<sup>a</sup>

(11) Idem id., pág. 110, col. 3.<sup>a</sup>

(12) Idem id., pág. 401, col. 1.<sup>a</sup>

(13) Idem id., pág. 401, col. 3.<sup>a</sup>

(14) Idem id., pág. 401, col. 3.<sup>a</sup>

(15) Idem id., pág. 30, col. 2.<sup>a</sup>

(16) Idem id., pág. 36, col. 2.<sup>a</sup>

(17) Idem id., pág. 649, col. 1.<sup>a</sup>

(18) Idem id., pág. 722, col. 2.<sup>a</sup>



causar asombro á sus mismos individuos, si algún desventurado se sirviese de ellos al escribirles.

Figuraos á los treinta y seis académicos cuyos apellidos están al frente de la décima edición de su Diccionario, monumento del habla castellana, archivo sagrado del idioma patrio, recibiendo cada uno un ejemplar de la siguiente carta:

«Mi querido amigo: Cuento con que honrarás con tu asistencia mi próximo *Pipiripao* del lunes, y con que tampoco faltarás al *Saraguete* del martes.—Tuyo, PEPE.»

Seguro estoy de que al enterarse de tan extraña epístola, los académicos se quedan atónitos; vacilan acerca de si *Pipiripao* es una función de guerra á que deben concurrir con revólver, y se permiten todo género de suposiciones acerca de *Saraguete*, cuya desinencia parece algún tanto in-moral.

Y de seguro que no salen de su perplejidad, sin recurrir á su propia obra, que les enseña que en castellano familiar (que, por supuesto, no se habla en Castilla) *Pipiripao* significa convite espléndido, y *Saraguete*, la definición vale aún más que el vocablo, equivale á *sarao casero*.

Para poner de relieve lo que puede dar de sí la nomenclatura gastronómica de la Academia, figúrense mis lectores que cierto grande de España, muy conocido en Madrid, y que tiene la dicha de poseer el mejor cocinero de la corte, se empeñase un día en obsequiar á los académicos dándoles un festín castizo y arreglado á los preceptos del Diccionario. He aquí el *menu* que resultaría:

## PIPIRIPAO DE S. E.

*Sopas.*

De gato.—De arroyo.—Borracha.

*Entradas.*

Alboronia.—Panetelas.—Calabacinate.—Jerricote.

*Cocido.*

Olla con pulpetón.

*Principios.*

Jusello en capirotada.—Conejos al salmorejo.—Esturión á la pampirolada.—Pipián.—Tarán-ganos fritos.—Berengenas en almodrote.

*Platos de dulce.*

Xapoipa.—Grafióles.—Candiel.—Alpistela.

*Sobre-comidas.*

Uvate.—Piñonata.—Sopaipa.

*Vinos.*

Onfacomeli.

Preciso es convenir en que si todo eso se halla en el Diccionario de la Lengua, afortunadamente ni se pronuncia ni se come en Castilla.

Queda, pues, demostrada la urgencia de reformar la nomenclatura gastronómica consignada en el Diccionario llamado, en esta ocasión con evidente injusticia, de la Lengua.

Para esto se ofrecen dos medios: ó elevar á la Academia á un gran cocinero, lo cual sería lo

más derecho, ú obligar á los académicos á estudiar el tecnicismo gastronómico, bebiendo en buenas fuentes, comiendo en buenas mesas y consultando los clásicos de la nueva ciencia.

Por de contado, que como apremio irresistible para que adelante la anunciada undécima edición del Diccionario, es difícil idear otro mejor que el de obligar en tanto á los académicos á que se nutran de alboronia, se sustenten con sopaipas, y, por supuesto, beban onfacomeli á todo pasto.







## MISCELÁNEA.

El duelo.—Un perro *mactus*.—La cueva de las Encantadas.—El correo de gabinete.—Los monteses en Gredos.

**E**L duelo moderno es un verdadero aperitivo, y merece colocarse por su eficacia entre la aceituna y el rábano.

De aquí el que un amigo mío, á quien se interpelaba por un furioso rival, exclamando:

—Escoja V. las armas,

Le contestase:

—¡Y V. elija el fondista!

Las tres frases históricas del desafío están bien marcadas.

Buscábase en un principio en los duelos el juicio de Dios; después una ejecutoria de valor; en el día son el pretexto de un desayuno.

Los creó la superstición, los mantuvo el espíritu caballeresco y preside sus últimos momentos la gastronomía.

En la Exposición de pinturas de 1862 se presentó un cuadro que representaba un precioso pe-

rro de caza, y que adquirió cierta celebridad, no sólo por la delicadeza del pincel de Othon, sino por la anécdota á que dió lugar.

Según el Catálogo, el perro de que se trata, y que sin duda estaba predestinado á figurar en una Exposición, se llamaba *Pintado*, y pertenecía á S. M. el Rey. Si no hubiera dicho más el Catálogo, ¡cuántos disgustos hubiera ahorrado á los aficionados á la raza canina!

Pero es el caso que el Catálogo añadía que el susodicho perro era un perro *mactus* de Navarra.

Hubo de deslumbrar á los aficionados esa nueva raza, y al punto escribieron á Navarra pidiendo, á vuelta de correo, perros *mactuses*; pero les contestaron que, aunque abundaban los galgos, perdigueros y sabuesos, los *mactuses* eran más desconocidos en la provincia que el ave fénix.

Escribieron á Inglaterra, y replicaron que acto continuo no podían enviarlos por no haber existencias; pero que dando tiempo é instrucciones los fabricarían.

Acudieron los aficionados á Francia, é *incontinenti* les mandaron un sinnúmero de fotografías, asegurando cada tratante que el modelo suyo era de más pura raza *mactusa*, al paso que los de los demás eran *mactuses* de contrabando y evidentemente falsificados en Bélgica.

Pero es el caso que ninguno presentaba la menor analogía con el retrato de *Pintado*.

En tal apuro, los aficionados recurrieron al artista, y entonces supieron ¡oh dolor! que el perro *mactus* era creación de la fantasía del cajista, que

al componer el Catálogo había sustituido esa caprichosa calificación á la de perro maestro que decía sencillamente el original.

Uno de los sitios más encantadores de Castro-Urdiales es la Cueva de las Encantadas.

¡Si viérais, amables lectores, el panorama que desde ella se contempla!

Se va por la Atalaya, peñón inmenso que desafía el empuje de los mares; se pasa por los Huerfos; se deja á la derecha el islote escarpado de los Conejos, y cuando la tierra se acaba, cuando se está á pico sobre el mar á una elevación mayor que la de una torre, se baja por tres ó cuatro escalones naturales, hoy algo escabrosos, y se encuentra repentinamente en una gruta abierta en la roca, en que se disfruta una frescura indecible, contemplando un panorama mágico que no cansa jamás, que impulsa á la meditación, que arranca al hombre de las miserias de la vida, para elevarle insensiblemente á las regiones del ensueño y la fantasía, flotando el alma indecisa sobre delicadas nubes. Y si apartáis la vista de las olas que en primer término atacan incansables la base de la roca, y que más lejos tachonan el agua verdosa con blancos toques de espuma; si acertáis á arrancaros de la contemplación vertiginosa del abismo de la inmensidad del Océano que allá en lontananza se pierde en el cielo; si volvéis los ojos á la gruta, admiraréis algunos arcos irregulares y caprichosos, multitud de columnas salomónicas y preciosas estalactitas, que son lágrimas

lloradas por la roca en el espacio de los siglos.

En el horrible saqueo y degüello de Castro en 1813 por la división italiana del ejército invasor, saqueo que costó la vida á centenares de personas inermes, la Cueva de las Encantadas ocultó en sus entrañas más de treinta mujeres, ancianos y niños. ¡Roca bendita, menos dura en aquella ocasión que los corazones de fiera que ordenaron el degüello!

La Cueva de las Encantadas pedía humildemente, la última vez que la visité, al municipio de Castro una escalinata, facilísima de abrir en la roca, con un ligero pasamanos de hierro; una limpia que la desembarace de las piedras sueltas que la obstruyen, y una lápida que consagre la memoria de la salvación de aquellas pobres familias que hallaron amparo contra la ira del hombre en la caridad del granito.

No sé si la corporación municipal habrá accedido á los ruegos que há tiempo formulé; pero si tal hizo, yo la contaré, el día que vaya á visitar de nuevo aquellas playas, la preciosa leyenda que entre el murmullo de las olas me refirieron las hadas que aún pueblan, invisibles para los profanos, la Cueva de las Encantadas.

Quien crea que la moda limita su imperio á los figurines franceses, padece un error lamentable.

Casos hay en que ella transforma las naciones y varía el carácter y costumbres de los pueblos.

El de Madrid, por ejemplo, viviendo en su Puerta del Sol, solazándose en su Prado, contentándose-



se para sus esparcimientos campestres con San Isidro y la pradera de la Teja, recreándose en sus verbenas y sus toros, estaba clasificado de antiguo en la gran tribu de los moluscos que nacen, crecen y mueren adheridos á la peña, de que no consiguen desprenderlos ni los empujes de los vientos ni los embates de las olas.

Pues la moda, la tiránica moda, ha variado de tal modo las costumbres del madrileño, que hoy da en el extremo opuesto, pudiendo clasificarle en la gran familia de las golondrinas y de las aves que tienen sus emigraciones é inmigraciones periódicas.

Hoy son muchos los que en un par de meses recorren á la carrera la costa cantábrica, visitan al vapor los Pirineos, callejean por París á escape, tocan en Londres, cruzan la Italia, y vuelven jadeantes en otoño á sus modestos lares.

Ese prurito de recorrerlo todo sin detenerse á disfrutar de nada, ese afán de locomoción estéril, ese empeño de desfilarse como sombra chinesca de linterna mágica al través de paisajes y ciudades, dió lugar hace pocos días al siguiente diálogo, de cuya veracidad respondo.

Sentada en un elegante banco de mármol, y á la sombra de un tilo secular, estaba no há mucho tiempo en la Granja una de las jóvenes más lindas y discretas de la sociedad madrileña que veranean en el Real Sitio.

Entre las varias personas que de pie ó sentadas á su alrededor estaban, se distinguía uno de esos insípidos elegantes que adornan nuestros altos

círculos, y que es partidario acérrimo de las excursiones á vuelo de pájaro por mares y tierras.

Después de referir una rápida correría por el extranjero y de afirmar que en tres días había visto París, en cuatro Londres, en dos Viena y en otro Bruselas, sostenía que cuarenta y ocho horas eran sobradas para recorrer las maravillas naturales y artificiales de San Ildefonso, sin tener—añadía por su parte—nada ya que envidiar á los que residían el verano entero en ese delicioso Real Sitio.

—¿Ha visto V.—le dijo su graciosa interlocutora,—las maravillosas fuentes de Latona, el Canastillo y los Baños de Diana?

—¡Oh! perfectamente,—contestó el émulo del Judío Errante.

—¡Ah! ¿Conoce V. las deliciosas alamedas de la Casa de Vacas y el camino de Segovia?

—También las conozco,—contestó sonriendo.

—¿Y las pintorescas márgenes del Balsaín?

—Ayer mismo las recorrí.

—¿Y los paisajes suizos y los puntos de vista admirables del Cebo y el Último Pino?

—Una hora hace que los he visto.

—Pues bien—replicó sonriéndose la maliciosa joven:—todo eso que V. ha visto en dos días, y ésta es la leve diferencia, todo eso lo estamos nosotros disfrutando hace dos meses. Para nosotros, gente vulgar y estacionaria, los tranquilos goces de este paraíso de verano; para V., eso sí, no se los regateo, todos los esplendores de la vida... de correo de gabinete.

Son infinitos los libros en que se refieren sabrosas aventuras de caza, y no admiten recuento los artículos que publican las revistas y periódicos ilustrados del mundo entero refiriendo proezas venatorias.

El león, el tigre, el búfalo, el rinoceronte, la gacela, el oso blanco, el hipopótamo son atacados diariamente, en las revistas y periódicos, por supuesto, por arrojados escritores, que desde sus respectivos sotabancos se entretienen en inventar las cacerías más estupendas de los trópicos y los lances más asombrosos del mar Glacial.

No siempre el lector se traga el anzuelo; pero es lo cierto que, verídicas ó fingidas, deben haberle hastiado las relaciones de caza.

Y sin embargo, me atrevo todavía á señalar á los aficionados un género de caza desconocido para Julio Gerard, León Bertrand, Mery y los ilustrados directores de nuestro periódico *La Caza*.

No crea el lector que se trata de ojear el unicornio, de cazar en mano el dragón, ó de acechar el águila de dos cabezas. Sabido es que estas fieras campean ó anidan en escudos de armas, y en el día sólo pueden calificarse de reses heráldicas.

Propongo como novedad, como inmensa novedad, sobre todo para esos viajeros ingleses y franceses saturados de matar elefantes y condores, una cacería de cabras monteses en la sierra de Gredos.

He aquí el programa:

Se sube una inmensa sierra siete horas á caballo; se vivaquea en la vecindad de las estrellas; se trepa al día siguiente tres horas por precipicios; se

espera en el puesto todo el día, rodeado de nieve, y después, eso sí, después se disfruta de la grata emoción de no ver ni cazar nada.

La cabra montés es una res casi mitológica.

De cien atrevidos cazadores, dos ó tres llegan á verlas.

De estos dos ó tres, alguno que logra hacerse propicios los dioses consigue tirarlas; pero es exactamente lo mismo que si no las tirase, pues las yerra indefectiblemente.

Y sólo de cien en cien años algún mortal afortunado, de esos que están predestinados al premio gordo de la lotería de Navidad, consigue derribar una.

Un amigo nuestro, irritado de acudir todos los años á ojeos sin resultado, y ansioso de hallar elementos para llenar unas cuartillas encabezadas hace diez años con el título de *Las monteses en Gredos*, determinó apelar al ardid, perpetuado por la tradición, que los clásicos llaman caza del cabestrillo, y de que usaba, al parecer con fruto, cierto célebre cazador de la antigüedad, llamado el tío Ángel.

Al efecto se cubrió el cuerpo con una piel de macho cabrío; se ciñó, sin escrúpulo, sobre la frente dos enormes astas, y así disfrazado se consagró á trepar riscos, asomándose con precaución por las cumbres para sorprender las monteses.

Al asomarse al segundo risco, y cuando más satisfecho se hallaba de su stratagema, experimentó una desagradable sorpresa.

Otro cazador, en acecho desde el alba en el ris-

co inmediato, le descerrajó un tiro, derribándole un cuerno de un tremendo balazo.

El amigo comprendió instantáneamente todos los inconvenientes del disfraz del tío Ángel, y arrojando la pellica y el cuerno que le quedaba de non, se volvió á su casa.

En la fuga arrojó las cuartillas, y sobre ellas se han escrito estas líneas.







## LA PRENSA ILUSTRADA.

**T**AL vez al leer este título haya quien frunza el entrecejo, suponiendo que me propongo hablar de los periódicos graves, elevados y serios, y establecer distinciones siempre odiosas.

Nada menos que eso.

Por prensa ilustrada entiendo simplemente la prensa que se sirve, para distraer ó instruir al lector, además de la pluma, del lápiz; de la prensa que acude, no sólo al literato, sino al dibujante; de la prensa que usa y abusa de las letras de adorno, de estampas, grabados, viñetas, y aun, según la expresión de un púdico traductor, puesto en aprieto por la crudeza del tecnicismo francés, de los posteriores de lámparas (1).

Me refiero al *Penny Magazine*, al *Magasin Pittoresque*, á *The Illustrated London News*, á la *Ilustración* de París, de Madrid, de Lisboa, de

(1) *Culs de lampes*.

Leipzig, á las *Lectures pour tous*, al *Monde Illustré* y á *Los Sucesos*.

El origen de este consorcio entre el literato y el artista data de aquellos preciosos devocionarios y libros de hora y rezo que en la Edad Media usaban las reinas y grandes señoras, y cuyas delicadas miniaturas constituyen hoy la desesperación de la cromolitografía.

Por lo que hace á la imprenta, yo creo tener uno de los primeros ejemplares en que al texto del escritor se agregó, para amenizarle, el dibujo del artista.

Preciosamente conservado, colocado á mi derecha, en un estante de mi biblioteca, tengo el *Fascisculus temporum*, de Wernero Rolewing, monje cartujo, edición de 1485. El que se entretiene en recorrerlo, halla el texto salpicado de grabados informes, confusos, en que apenas se distinguen unas líneas que parecen querer reproducir un torreón ó un grupo de edificios. Y para que se vea si data de antiguo el ingenio para sacar partido de un grabado, hay una viñeta que representa unos cuantos edificios con chapiteles y torreones, y dice debajo Hierosolyma (1), y en la hoja siguiente exactamente el mismo dibujo vuelto al revés, en que están los edificios de coronilla, permitiendo este sencillo y cómodo procedimiento poner al ingenioso editor Ratdolf: *Hierosolima a turcis vastata* (2).

(1) Jerusalén.

(2) Jerusalén saqueada por los turcos.



Véase con cuán poco se contentaban los lectores del siglo xv.

Siguió prósperando el grabado: se aplicó á obras de viajes, de historia natural; pero hasta una época muy reciente no se ha utilizado en grande y con éxito por la prensa periódica.

Y en verdad que todos los Gobiernos de Europa que han permitido la prensa ilustrada, no han calculado bien que constituye un elemento de perturbación.

Á la prensa no ilustrada la aprovechan las discusiones, utiliza los discursos, la basta que se hable y se escriba mucho.

La prensa ilustrada, la que adquiere el compromiso de colmar de dibujos y estampas al suscriptor, tiene otras aspiraciones. No hay medio de ilustrar con viñetas un real decreto; no puede intercalar grabados en un despacho diplomático; no la sirve de nada lo que se habla, ó lo que se dice, ó lo que se controvierte: necesita que sucedan cosas, vive de los hechos, se alimenta de los sucesos.

De ahí por cierto que yo apruebe por completo el título de este periódico, si bien sintiendo que la persona que se halla á su frente prescinda de su habitual modestia (1) y parezca proponerse rivalizar con la Providencia, á quien hasta ahora se venía concediendo la dirección de los sucesos.

Director del *Diario*, director de la *Gaceta*, son

(1) Fundó esta popular publicación D. Angel Fernández de los Ríos, creador de *Las Novedades*, conocido por su ingenio y actividad.

títulos tolerables; pero director de *Los Sucesos* es atribuirse sencillamente una importancia que á lo sumo puede concederse hoy á M. Bismarck.

Pero ello es que la prensa ilustrada necesita hechos, que suspira por escenas que pintar, y que un periódico de ese género era imposible en el antiguo Egipto, donde no sucedía nada, y donde, por consiguiente, los artistas, desesperados, tuvieron que limitarse á ilustrar las *Pirámides* con jeroglíficos, en los que se encuentran reproducidas con exageración la soga y la escarpia de que proyectaban colgarse, como término de la vida más insulsa é insoportable.

Lo que han hecho los editores de los periódicos ilustrados porque sucedan cosas en este mundo y porque haya batallas y revoluciones que grabar, es incalculable.

La China estaba prudentemente cerrada á todos los extranjeros, y en especial á los que viajan con una cartera y un lápiz, suspirando por una camorra que dibujar. Era un campo inmenso que estaba vedado á la ilustración, y el director de la de Londres fué el que tramó é inventó aquella famosa guerra del opio, que le dió dibujos para seis meses, y le permitió atracar á sus lectores de mandarines, emperadores, pagodas de porcelana é ídolos, para los que, sin sospecharlo, servían por cierto de modelo los más rechonchos comerciantes de la *City*.

No sé si notaríais la actitud de la prensa ilustrada durante la eterna cuestión de los ducados. Aquella calma germánica, aquellos protocolos,

aquellas reuniones de la Dieta, aquellos despachos de Berlín á Viena, de Viena á Francfort, de Francfort á Dresde, tenían crispados los nervios á todos los directores de periódicos ilustrados: con toda aquella jerga no había motivo para la más ligera viñeta.

Que se coligaron, es indudable; que se pusieron unos detrás de Napoleón, otros á espaldas de M. Bismarck, es indudable, y resultó lo que no podía menos: desapareció la Dieta, aquella Dieta que por tanto tiempo se la impuso á ellos.

¿Pues y la influencia de la prensa ilustrada sobre el carácter y condiciones de la generación presente? ¿Á qué se debe tanta vanidad, tanto orgullo, tanta soberbia, sino á esa moderna prodigalidad del retrato? ¿Cómo ha de resignarse á comer obscuramente un plato de *saiïer craïtt* el buen alemán que, al volver de su cátedra de Filosofía, en que habla á sus discípulos hora y media sin que ellos ni él mismo comprendan una sola palabra, se encuentra con un número de la *Ilustración* de Leipzig, en cuya primera página figura un retrato de un señor que se le parece en cuanto que tiene ojos, narices y boca, y debajo del cual lee que es la vera efigie del sabio profesor é ilustre consejero privado Steghephel?

Paseando un día de otoño por delante del estanque del Retiro, recuerdo haber visto á un amigo mío á quien aflige de antiguo una curva altanera del espinazo de lo más insoportable que puede imaginarse.

Pues aquel día no iba derecho, no iba tieso, no

llevaba la cabeza erguida, la llevaba hacia atrás, y daba á su cuello una ondulación tal que parecía querer rivalizar con los cisnes que por el agua seguían paralelamente sus pasos, esperando una migaja de pan.

Le miré, no me vió; le saludé, no me contestó; y todo ¿por qué? Porque aquel mismo día un director de periódico ilustrado acababa de desvanecerle el poco seso que le quedaba, publicando su biografía é ilustrándola con su retrato.

De fijo no comió, no durmió, y soñó que, á semejanza de la biografía de Azara, publicada por D. Basilio Sebastián Castellanos, su vida se estaba traduciendo al griego moderno, al euskaro y al árabe aljamiado.

¿Y la influencia de la prensa ilustrada en cuanto al lujo? ¿Á qué locuras no arrastra á un capitalista el ver publicado un grabado antiguo del Parthenon, con la capciosa leyenda de «Casa de campo del banquero D. N.» ¿Á qué extravíos no conduce á una dama del gran mundo la idea de que el baile que proyecta dar será objeto de serie de viñetas que representen la escalera, por supuesto, con macetas, de la Condesa de X.; la antesala, por supuesto, con lacayos, de la Condesa de X.; los salones, por supuesto, con un sin fin de necios de corbata blanca, de la Condesa de X.?

Yo no niego que la prensa ilustrada da trabajo á mucha gente y distracción á infinitamente más; pero es como todas las creaciones del siglo xix, esencial y radicalmente perturbadora é incompatible con toda aquella antigua sociedad que se pa-

saba la tarde durmiendo para reposar la comida, y la noche en cama para digerir la cena.

Por lo demás, no creáis, amados lectores, que el oficio de director ó redactor de un periódico ilustrado carece de espinas, y que, aparte de la comodidad que ofrece para retratarse él y toda su familia, y para poner en viñetas cuanto pasa en su casa, no tiene graves inconvenientes y no ocasiona transcendentales disgustos.

Quienes suelen proporcionárselos más grandes son los traductores, que es en España la raza que más dolores de cabeza ha originado al que publica un periódico.

Recuerdo, entre otros, uno que traduciendo una escena de una de esas novelas que Dumas tiene el descaro de llamar históricas, y en la que figuran una reina y una dama de su corte, á quien, según parece, el gran rey requería de amores, las hacía entablar el siguiente curioso diálogo:

Entraba la dama un tanto sobresaltada y con la conciencia intranquila, y decía:

—Señora, no sé si debo...

—Rasúrese V.,—contestaba incontinenti la reina.

—Señora, sólo porque V. M. se digna llamarme, yo...

—Rasúrese V.,—repetía la reina.

—Señora...—decía la dama cada vez más acongojada.

—Rasúrese V.,—volvía por tercera vez á decir la implacable reina.

Al llegar aquí, el lector que ignora el francés,

para el cual es para quien se traducen ó deben traducir las obras al castellano, se quedaba extático ante el empeño incomprensible, ante la tenacidad rencorosa de la reina, y sospechaba si la dama en cuestión, Mlle. de Fontanges ó de la Vallière, tendría bigotes; sospechaba que la reina se proponía mortificarla con ese repetido consejo de que se afeitase, y sospechaba todo menos que en España no se necesita para traducir de una lengua extranjera sino cierta dosis de audacia.

Y no saben en verdad los tales *traditores* las aberraciones á que dan lugar.

Un desdichado editor de un periódico ilustrado, pero especial de caza, paseaba una tarde con un hijo de nueve años por las frondosas alamedas de Aranjuez, á sazón que pasaba un camello levantando acompasadamente sus descomunales patas, ondulando su interminable pescuezo, y meciendo su cabeza con esa mirada plácida que los distingue y revela desde luego que son animales honrados.

—Papá,—dijo el niño.

—¿Qué quieres, hijo?

—Papá, si viniese un águila, ¿se llevaría á ese pobre camello?

El padre retrocedió horrorizado ante la estupidez que revelaba la observación de su hijo, y cruzando los brazos replicó:

—¡Cómo! ¡Un águila llevarse un camello! ¿Qué necesidad estás diciendo?

—No, papá; no digo necesidades: las águilas, al menos las águilas de tu periódico, se llevan los

camellos por el aire; en el número de hoy lo he leído.

Fueron á casa, y el niño enseñó á su padre un famoso artículo sobre la caza de un águila en las montañas de Suiza, cuya traducción había encargado días antes.

—¿Ves?—decía el niño,—¿ves? El cazador dice que dejó la carretera, y el camino vecinal, y la senda, y la trocha, y que ya iba tan alto, y por terreno tan escabroso, que parecían senderos: mírale, papá, senderos de *camellos*; después, mira, dice que se ocultó detrás de una peña; que el águila venía trazando círculos en el aire, y bajando, bajando, hasta que la descerrajó un tiro y cayó al precipicio, soltando la presa, y que el cazador bajó, y que se halló con un águila hembra y á su lado un *camello muerto* y destrozado con sus garras; y mira más, papá: aquí sigue diciendo que el cazador subió al nido del águila á coger las crías, y que lo primero que halló en el nido, míralo, papá, fué... un *camello* tendido y á medio comer: ¿lo ves?

—¡Ah!—exclamó bufando el desventurado director,—¿qué van á decir de mí? ¡qué cacerías son esas! ¡si el artículo francés hablaba de senderos de *chamois*, de gamuza, de cabras monteses! ¡si lo que llevaba el águila era un cabritillo!

—¿Con que, papá, en esa aventura no hay ningún camello?

—No, hijo, no—le replicó el padre furioso;—no: en todo eso no hay más camello que el traductor.

Tampoco es grano de anís lo que aconteció á un director de periódico ilustrado que publicó, bajo la fe de un corresponsal, una fachada, asegurando que era la de la casa de Lord Byron, y se vió después demandado por el propietario de la finca, honrado comerciante, que tenía horror instintivo á los versos, y á quien sus convecinos daban como mote ese ilustre nombre, únicamente por padecer de una horrible cojera.

En cuanto á los redactores, son otros los lances que les ocurren.

Suele acontecer que el director, que ha comprado unos clichés viejos y que está falto de original, escribe á uno de sus colaboradores la siguiente carta:

«Mi querido amigo:

»Ahí van esos tres grabados para que me los ilustres con un artículo; procura que encajen bien, y manda las cuartillas esta noche.»

El desventurado redactor coge los tres dibujos, y se encuentra en la necesidad de resolver el siguiente problema: dado un *bebé* con chichonera, un busto con pelucón y un guacamayo de Australia, escribir un artículo que haga juego con esas tres aleluyas y que tenga sentido común.

En tal apuro, coge la pluma é improvisa una biografía de un gran hombre de Inglaterra, célebre por su precocidad: aquí encaja el *bebé* con chichonera, que llega grado por grado á ser Speaker de la Cámara de los Comunes; así da salida al busto del pelucón, y á quien sus lectores y comi-



tentes, admirados de su facundia, obsequian... gracias á Dios... con un magnífico papagayo.

El vulgo de los lectores no tiene idea del sinnúmero de artículos semejantes á éste, y que se escriben con viñetas forzadas.

Pero la materia presta tanto, que haría interminable este artículo, y prefiero cortarlo, dejando para mejor ocasión referir en otro las tribulaciones de un redactor y las cuitas de un corresponsal.







## UN UKASE.



¡Es exacto lo que *La Correspondencia* refería hace poco, con relación al *Diario Oficial* de Varsovia, es preciso confesar que no puede llevarse más allá la pasión política.

No ha bastado, en efecto, irritar el sentimiento religioso, ofender la susceptibilidad nacional, herir los afectos de familia con suplicios y con deportaciones, cerrar todo camino para el porvenir á la juventud, condenando á la inercia y la impotencia la generación actual.

El ukase que refiere como auténtico *La Correspondencia*, va más allá.

Ese decreto memorable, so pretexto de explicar qué debe entenderse (así dice *La Correspondencia*) por prendas de vestir sediciosas—¡quién había de decir que el virus revolucionario había de infiltrarse en la lana dulce!—contiene las siguientes disposiciones:

- 1.<sup>a</sup> Quedan prohibidos los gorros cuadrados.

Es decir, que para vivir en Polonia, para no ser deportado á Siberia, para no ser azotado, no basta dejar de ir á la iglesia ó á romerías religiosas, no basta renunciar á ser algo en su patria, no basta morderse los labios para contener los gritos de dolor cuando se deporta á un hijo querido, no basta, en suma, dejar de ser hombre, no basta ser autómata.

Es preciso, además, que el autómata salga á la calle con gorro redondo: si sale con gorro cuadrado está perdido, ó más bien está helado, puesto que el Czar suele escoger por verdugos el hielo y la nieve.

¿Y por qué ese odio al gorro cuadrado? Ciertamente que, considerado estéticamente, un gorro cuadrado debe ser de un gusto detestable; pero si el Czar se mete en lo que dentro del cerebro tienen los pobres polacos, ¿por qué no les deja siquiera cubrirlo por de fuera con lo que quieran? ¿Por qué imponerles el gorro esférico, el gorro triangular y todos los demás gorros que pueda inventar la imaginación? Y luego, ¿no reflexiona S. M. Imperial que, si la tela es ligera, un soplo de viento, un bofetón puede dar al gorro más esférico, y por consiguiente más conservador y más legal posible, un repentino aspecto cuadrangular, y por tanto subversivo en primer grado?

Pero no sólo los polacos han perdido hasta el derecho de cubrirse la cabeza con el gorro que más les cuadre; no sólo, so pena de ser tratados como sediciosos, deben salir de hoy más á la calle con un gorro de algodón con su mecha ó

borla, sino que el decreto del 4 avanza á más, y dice:

2.<sup>a</sup> Quedan prohibidas las túnicas polacas.

Como si dijéramos en España en el mes de enero: quedan prohibidas las capas.

Lo natural es que en Polonia la mayor parte de la gente gaste túnicas polacas, y es lo natural también que muchísimos no tengan más túnica que la puesta; y si esto es así, ¿han calculado los autores del bando el traje en que van á salir los que no tengan más túnica que la prohibida?

Evidentemente ese artículo exige una adición que diga: «Á los que no tengan más túnica que la polaca... se les dará... siquiera una hoja de parrusa rusa.»

Sigue el ukase traducido por *La Correspondencia*, y dice:

3.<sup>a</sup> Quedan asimismo prohibidos las corbatas y los chalecos de color amaranto.

Esta prohibición es consecuencia de las anteriores: se había legislado sobre gorros, sobre túnicas; algo debía hacerse por el chaleco y la corbata.

S. M. Imperial acepta la corbata, tolera el chaleco, ¡dadle gracias, oh polacos ingratos! siempre que no sean de color amaranto. La razón de condenar ese color es notoria, y se concibe que irrite á un autócrata el que empieza por la palabra *amar*, para él naturalmente antipática.

4.<sup>a</sup> Queda prohibido el calzado de color.

De un golpe echa por tierra el Gobierno ruso la industria de las zapatillas de orillo.

Una vez dado el decreto imperial, debe mirarse

mucho en aportar por Polonia cierto ex-Ministro español eminentemente conservador y fanático por el calzado de orillo, á que debe en parte su fama, pero que ahora podría acarrearle un disgusto que compensase los goces que ese calzado le ha procurado durante cincuenta años.

Pero no es esto sólo: esa terrible proscripción condena implícitamente á los polacos á andar descalzos.

Queda prohibido, así dice *La Correspondencia* que dice el decreto imperial, el calzado de color, es decir, el calzado blanco, el calzado encarnado, el calzado verde, el calzado amarillo, el calzado negro, que al cabo todos son colores.

Es, pues, evidente que el ukase, al prohibir el calzado de color, sólo tolera el calzado incoloro; calzado que, por desgracia, sólo usan los que no se calzan.

5.<sup>a</sup> Por último, queda prohibido todo traje que se distinga por un color subido ó por una forma inusitada.

Este final viene á coronar la legislación rusa sobre trajes.

El Gobierno sólo permite los colores no subidos: un polaco que se vista de color de rosa marchita ó de color de café con mucha leche, será considerado como un buen ciudadano, y se le permitirá la libertad de respirar, de digerir, si encuentra qué comer, y de tomar el sol, si la acera del Mediodía no está ocupada por cosacos.

Pero el miserable que se atreva á provocar la rebelión, á excitar las pasiones revolucionarias...

por medio de una levita negra, de un carrik azul turquí ó de un chaleco carmesí, ó cualquier otro color subido, y como tal proscripto, será incontinenti trasladado á Siberia.

También es punto de la mayor transcendencia la hechura del traje.

Si es usitada, hay probabilidades de volver á casa; pero el que cometa la imprudencia de salir á paseo con traje de hechura inusitada, se expone, no á que se rían de él, sino á no volver á entrar en ella.

Para que se vea lo que influyen las leyes en las costumbres y en el modo de ser de un pueblo, si en el Prado viéramos á un individuo con frac escotado y de manga corta, provocaría la hilaridad general; y por el contrario, si un polaco saliese á pasear por las calles de Varsovia, después del decreto del 4, con una levita que sólo tuviese faldón por delante y por los costados, todo el mundo, al ver ese traje, de forma inusitada ciertamente, prorrumpiría en amargo llanto, y consideraría al que lo llevase con la misma conmiseración que á un reo de muerte.

En resumen: ó los tiranos de Varsovia han perdido el seso y se proponen, á fuerza de humillaciones, de ultrajes y de ignominia, provocar en Polonia un alzamiento frenético, delirante, ó *La Correspondencia*, al publicar con la seriedad oficial que acostumbra la noticia del ukase imperial, se ha tragado una de esas especies que de vez en cuando y para delectación propia y ajena echan á volar los periódicos transpirenáticos.







## REVISTA

DE LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES.

(1862.)

### ARTÍCULO PRIMERO.

**N**o cabe espectáculo más bello que el que ofrecen los salones de la Exposición este año, ni misión más grata que la de consagrar un recuerdo á las joyas artísticas que encierra.

La Exposición de 1862 es algo más que un recreo agradable, un pasatiempo ameno: es, para todo hombre pensador, un acontecimiento, porque es la esplendente aurora de un nuevo período de gloria para España.

Del mismo modo que al terminar un prolongado invierno renace por completo la naturaleza, y á la vez el árbol viste sus ramas, la tierra extiende su alfombra de flores, el arroyuelo murmura libre y las aves pueblan el aire con sus gorjeos, de la misma manera las grandes naciones, al sacudirse de uno de esos letargos á que las condena la Pro-

videncia, renacen en todas las manifestaciones del espíritu; y no sólo aumenta el bienestar general, prospera el comercio; se multiplica la navegación y se desarrolla todo lo útil, sino que también á la vez las letras y las artes derraman sobre el conjunto sus esplendentes fulgores.

Esa admirable armonía de lo útil y lo bello, que constituye lo grande cuando llega á su apogeo, se llama en la historia el siglo de Pericles, de Augusto, de Luis XIV, de los Reyes Católicos.

Pues bien: para España, tanto tiempo entumida con las frías ligaduras del despotismo, tantas veces desangrada por guerras extranjeras y luchas fratricidas, ha llegado sin duda uno de esos períodos de vida, de prosperidad, de renacimiento. La idea nueva, la idea revolucionaria, por más que el adjetivo desagrade á los que no comprenden su verdadera significación, ha venido á infiltrar en el cuerpo social una savia vigorosa, cuyos efectos se ven en todo: en la política, en los trajes, en el comercio, en la industria, en las costumbres, en las Bellas Artes.

¡Cuántos años transcurridos sin que se notara en España la estela luminosa de astros como Murillo y Velázquez! ¡Cuántas Exposiciones en que apenas se distinguían más que algún retrato de hombre célebre, algún retrato de una mujer hermosa, y algún escasísimo cuadro verdaderamente artístico!

Pero en estos últimos años, *Guzmán el Bueno*, *Los Comuneros* y alguna que otra obra han venido á revelar al observador que se acercaban otros

tiempos, y ya en la Exposición presente se ve la nueva generación que viene á dar vida á las Bellas Artes; vida grande, vida fecunda, vida de trabajo y privaciones, pero también de gloria; vida exuberante, que aspira á crear, y que no se satisface con dibujar los rizos de una gran señora, ni copiar las condecoraciones de un personaje.

El movimiento existe, el impulso está dado, y es llegado el momento de que el Gobierno piense seriamente en alentarle por los medios de que dispone, y entre los que descuella la creación de un Museo nacional en que reúna las obras de los tiempos modernos, y en donde nuestros artistas contemporáneos vean entrar sus producciones con honra y provecho.

Y esto es tanto más necesario, cuanto que en la transformación que han sufrido las sociedades modernas han desaparecido los antiguos Mecenas de los artistas. Ya no hay nobles opulentos, ya no hay comunidades más opulentas aún, es verdad; pero en su lugar está el pueblo español, el pueblo español, que se educa á pasos de gigante, el pueblo español, cuyo gusto se depura, y que acude en tumultuoso tropel á esas Exposiciones; el pueblo español, que más rico, más generoso, más inteligente que todos los magnates y generales de órdenes monásticas, puede alzar un suntuoso templo á las artes, para satisfacción y orgullo de propios y admiración de extraños. Por lo demás, los artistas deben considerar como un feliz presagio la hospedería interina que les ha abierto el Gobierno al franquearles los salones de la Casa de

la Moneda, y sería un sarcasmo cruel del Marqués de Vega Armijo el que, después de instalarles en el templo de Pluto, les negase algunos de los dones con que esta divinidad pagana favorece á sus adeptos.

Es también de tener en cuenta que se ha consultado ¡cosa rara! la comodidad del público, colocando banquetas, y se ha rendido ¡cosa más rara aún! justo tributo á su buena educación y cultura, suprimiendo toda valla ó palenque que le separe de los cuadros, á los que llega con tanta libertad como buen orden y compostura.

En cuanto á la impresión que causan las obras al público, es unánime. Este año, dicen todos, no hay un cuadro único que desde el primer día reclame el premio; no hay una obra gigantesca que descuelle sobre las demás obras vulgares, como el álamo sobre el césped de la pradera; este año no hay un brillante solitario que cubra con sus destellos toda una diadema; este año, exclaman todos, hay más de dos, hay más de tres, hay más de cuatro obras de distintos géneros, de diferentes escuelas, que sorprenden, que embelesan, que dejan el ánimo en suspenso.

Y es la verdad, y ese es el carácter distintivo de la Exposición de 1862: eso es lo que prueba la resurrección de las Bellas Artes; eso es lo que anuncia á los entusiastas la buena nueva; eso es lo que patentiza que ya no hay un gran artista, sino toda una España artística.

Este año hay, en efecto, en la Exposición grandes obras para todos gustos.

Quien prefiera á todo la pintura mística, pondrá en las nubes los *Santos*, de Palmaroli, ó el admirable *San Lorenzo*, de Vera; quien anteponga á todo el cuadro histórico, dará el premio á las *Cortes de Cádiz*, de Casado; quien ensalce la pintura romántica y de efecto, aclamará el *Episodio de Trafalgar*, de Sans, ó el *Sueño de Calpurnia*, de Álvarez; quien prefiera la expresión de afectos, dará el premio á *La familia de Antonio Pérez*, de Manzano, ó al *Entierro de Lope de Vega*, de Suárez Llano.

Y al lado de estos grandes cuadros, que naturalmente llaman en primer término la atención, pueden señalarse en otros géneros el admirable cuadro de Tony de Bergue, que representa á Rembrandt pintando, en que hay una verdad que asombra; la notabilísima composición del *Entierro del pastor Crisóstomo*, de García; la poética *Despedida*, de Maureta, de la que no aciertan á despedirse las lindas curiosas que acuden á la Exposición; el cuadro patriótico del *Dos de mayo*, de Castellano, y el *Colón*, de Puebla, que contienen bellezas de primer orden, al lado de algunos defectos que otro día señalaremos; el encantador cuadro de costumbres *Las Primicias* y el *Alcalde de la Huerta de Valencia*, de Ferrandiz; las *Escenas populares*, de Fierros; la preciosísima *Napolitana*, de Palmaroli; el *Viaje de la Virgen á Efeso*, de Germán Hernández, cuadro singular que merece detenido estudio; el *Concilio Toledano*, de Martí; la severa composición de Mercadé, *La agonía de Fr. Carlos Clímaque*; una marina admirable de

Bergue; y por último, en el género diminuto microscópico, el *San Ricardo*, de Othon, y los cuadros de Laguna y Zamacois y otros, que de seguro olvidamos, y que prueban que la Exposición de 1862 es rica y es variada como ninguna.

En comparación con otras, y esto no es de lamentar, está algo escasa en retratos, entre los que sobresalen los de D. Luis Madrazo, que continúa por lo visto las tradiciones de familia.

Y por haber de todo, se han presentado excelentes floreros, fruteros y bodegones, sobresaliendo entre estos últimos unos que están en la última sala, á la derecha del cuadro de Sans, y cuyo autor no recordamos.

Dada así á grandes rasgos una idea general de la Exposición, reservamos para otro artículo, si el tiempo nos alcanza, algunas consideraciones críticas sobre la Escultura y sobre los cuadros más notables, que apenas hemos podido enumerar hoy.

Pero desde ahora auguramos que el fallo del Jurado se ha de prestar á más críticas que nunca, pues jamás ha estado tan dividida la opinión, y jamás ha sido tan difícil el papel de juez.

Por fortuna, la dificultad no está este año en la escasez de buenas composiciones, sino al contrario, en la diversidad y en la abundancia; y cuando esto sucede, el Jurado podrá estar de pésame, pero de seguro el arte está de enhorabuena.

## ARTÍCULO II.

Al recorrer los salones adornados con las obras de nuestros artistas contemporáneos, y al observar la distinta atención que á unas ú otras consagra el público, se cerciora el más incrédulo de que la apreciación de la belleza es instintiva, no existiendo inteligencia tan ruda ni corazón tan atrofiado que no se conmuevan ante el espectáculo de lo verdaderamente bello.

Ante una de esas máquinas monstruosas, engendro disforme de la industria inglesa, aglomeración confusa de válvulas, ruedas, muelles, émbolos y tornillos, enmudece el público, y sólo se atreve á emitir su juicio el hombre especial, saturado de álgebra y encanecido en los abismos del cálculo infinitesimal.

Pero ante una obra de arte, ante un gran cuadro, una gran comedia, una gran composición musical, el público, ese extraño conjunto de sabios y necios, pobres y ricos, ancianos y jóvenes, es el juez soberano; y cuando la crítica magistral y pedantesca del pintor, del literato, del compositor, pretende combatir su fallo, la posteridad viene en último término á decidir que el que estaba en un error era el hombre especial imbuído en los preceptos de una escuela intransigente, ó dominado por una preocupación doctrinaria. Así es que al proseguir esta reseña y al describir y apreciar las obras capitales de la Exposición, daremos, más que un juicio propio, un resumen de

lo que hemos visto y oído y de lo que consideramos la impresión más general.

Siguiendo al público, pasaremos de ligero por ante los planos de una suntuosa casa de campo con más puertas, ventanas y galerías que el Escorial; dejaremos á un lado otros planos de unos interesantes fielatos proyectados para estrujar al contribuyente, con todas las comodidades imaginables, en la línea del futuro ensanche de Madrid; fijaremos un instante nuestra mirada en un precioso dibujo de carbón del aventajado joven Sánchez Blanco; cerraremos los ojos ante un malhadado santo que se viene sobre el público, si el Jurado no lo manda apuntalar con urgencia; apretaremos aún más los párpados ante unos paisajes bíblicos y kaleidoscópicos; prescindiremos de un famoso país que parece ejecutado con seda lasa; daremos al olvido unos cuantos retratos que hacen tan poco favor al ejecutante como al ejecutado; prescindiremos de cierto Supremo Tribunal que funciona en traje de baño, y vendremos á fijar nuestra atención en el primer cuadro, ante el que el respetabilísimo público, que no han podido detener los colorines de una paleta furibunda ni los extravíos de un pincel fantástico, forma animado grupo, del que sale un coro de elogios.

Estamos ante el cuadro de Suárez Llanos.

En hombros de sacerdotes, y sobre el abierto féretro, va el que, horas antes Fénix de los ingenios, no es ya más que un despojo mortal que reclama la tierra.

Enfrente, asida á la pesada reja de las Trinita-



rias Descalzas de Madrid, que en vano quieren quebrantar sus manos, lanza un desgarrador quejido la hija del gran poeta, á la cual rodean las demás religiosas, y á un lado y otro nobles y pecheros, mujeres del pueblo, niños desarrapados contemplan el espectáculo de la muerte, que, imponente siempre, es más imponente aún cuando anonada á un genio.

Á pesar de que el asunto parece justificar la tendencia un tanto sepulcral y cadavérica de que acusan á nuestros pintores los extranjeros, no hay duda que abre ancho campo á la fantasía de artista.

¡Y qué bien ha acertado el Sr. Suárez Llanos á expresar los afectos de los distintos personajes de su cuadro; qué verdad en los tipos, qué admirables cabezas se destacan en su cuadro!

Tal vez la menos perfecta es la de la hija del poeta, en que ha querido expresar el supremo dolor de la que, enterrada en vida en un claustro, da una final despedida á los afectos terrenos ante el féretro de su padre. El pincel no ha expresado, no, todo lo que el pintor sentía; pero, en cambio, aquella superiora de rostro macilento, de labios pálidos, de surcada frente, en que se ve que el espíritu ha vencido la materia; aquella mujer del pueblo, llena de vida, que enseña á su hijo el lúgubre ataúd; aquel rostro indiferente de uno de los que le conducen; aquellas miradas que se distribuyen buscando, unos con avidez la contemplación del dolor en la hija, otros con terror el espectáculo de la muerte en el poeta, son inmejorables.

Como cualidades artísticas, son de elogiar una armoniosa entonación llena de verdad, y la corrección del dibujo; siendo los lunares que más se notan cierta monotonía de la composición, en que apenas rompe las líneas perpendiculares alguna que otra figura, y, sobre todo, una profusión de cabezas, cada una de por sí perfectamente modelada, pero que forman un conjunto pesado, y que por no estar algo desvanecidas se vienen encima y perjudican á la perspectiva.

De todas maneras, reciba el Sr. Suárez Llanos un sincero parabién del que escribe estas líneas, y que no tiene otro derecho para juzgarle que el de constituir un átomo de ese conjunto tan respetable que se llama público.

Formando perfecto contraste con el *Entierro de Lope de Vega*, por su entonación, no deja, sin embargo, de agradar bastante el cuadro del Sr. Mansó Martí, que representa el tercer Concilio toledano. Esta obra tiene excelentes condiciones, y es lástima que la haga desmerecer la exageración del colorido de que se abusa en toda la composición, y que llega á sus últimos límites en la figura que ocupa el primer término, y cuya túnica escarlata ofende la vista.

*La heroína de Zaragoza*, del Sr. Navarro, tiene también el privilegio de atraer las miradas; pero choca más que agrada por la exageración hiperbólica de la obra. No puede desconocerse, sin embargo, que al través del descuido en algunos detalles, de la violencia en otros, y en general del mal gusto de la composición, hay una ejecución

valiente y algunos tipos excelentes, siendo para nosotros indudable, y al tiempo ponemos por testigo, que estudiando más detenidamente sus obras, depurando más su gusto y logrando dominar el funesto contagio de la entonación de nuestros vecinos, habrá de sobresalir el Sr. Navarro en el difícil arte que cultiva.

Los dos grandes lienzos consagrados á la agonia política de la desventurada Doña Mariana Pineda tienen poco que elogiar, tanto por la elección del asunto, demasiado reciente, como por las condiciones del desempeño. Se miran con curiosidad y con dolor, pero se aparta pronto de ellos la vista.

Otra escena se ha querido pintar en que figura, ya en el garrote, esa desdichada víctima de las pasiones políticas; pero afortunadamente no ha pasado de boceto, y es de desear que así se quede.

Tampoco ha conseguido en general agradar la *Visita de San Francisco de Borja á Carlos V*, del Sr. Esquivel, á quien parece falta aquella gran espontaneidad que se admiraba en su padre, y cuya obra, aunque tiene bastante que elogiar, peca por la dureza y frialdad y lo forzado de las actitudes.

Hemos llegado ya á la *Calpurnia*, de Alvarez. Este cuadro, que en su primera exposición en el Ministerio consiguió arrancar unánimes elogios, sostiene ahora, sin desmerecer, la competencia con las obras rivales.

La figura de Calpurnia es bella, correctísima, y logra conmover. La de César, que alarmado por

los angustiosos quejidos de su esposa acude al pie de la cama, expresa bien la curiosidad y la inquietud, y viene por fin á dar una magia apenas imaginable al cuadro el efecto de luz artificial, manejado de un modo superior á todo elogio, aunque algún tanto exagerado y de incendio.

De cualidades muy distintas, aunque sobresalientes, es el cuadro del Sr. Vera, que representa el entierro de San Lorenzo.

El artista se ha inspirado por completo en la mística poesía del párrafo de las Actas de los mártires, que á manera de explicación de su cuadro inserta el Catálogo.

El cuerpo del santo mártir no está ciertamente tan destrozado como quisiera el exagerado realismo de algunos; pero la actitud de la viuda Ciríaca, el resignado dolor de la hermosa cristiana Flavia, la entereza del creyente Justino, son admirables. Éste es uno de los cuadros que más ganan con una larga contemplación. Ejecutado de una manera superior, empieza por agradar, suspende el ánimo y acaba por infiltrar en él ese sublime sentimiento religioso que sólo el cristianismo despierta en el corazón humano.

Es, en fin, un cuadro que no puede colocarse en un salón mundano; es un cuadro que reclama una capilla gótica con ojivas de vidrios de colores que sólo difundan una media luz, un altar, una lámpara de tibios resplandores y el suave y apagado olor del incienso.

Siguiendo nuestra peregrinación artística, forzoso es detenerse ante otra obra, que aunque sólo

expresa afectos terrenales, no por eso deja de atraer vivamente la atención del que la contempla.

El Presidente del Consejo de Castilla, Rodrigo Vázquez, visitando la cárcel que encerraba á la familia de Antonio Pérez, es en efecto una de las mejores obras de la Exposición.

Aquella madre, de rostro altivo, que, rodeada de sus hijos casi desnudos, se humilla y postra ante el valido; aquel carcelero que busca en el rostro de Vázquez el sentimiento de conmiseración que ha penetrado su ruda corteza; aquel veterano que, intentando dominar la impresión de lástima y queriendo combatirla, contempla frente á frente el grupo de aflicción que forma la familia; aquel guardia bisoño é imberbe, que no se atreve á mover los párpados porque no se desprenda la lágrima que enturbia los ojos y que está á punto de rodar por sus mejillas, y, sobre todo, la terrible figura del que conoce que pesa de una manera soberana sobre aquellos desventurados, y que sintiendo entibiarse su odio y vacilar sus rencores, hace un supremo esfuerzo para alejarse de un espectáculo que á pesar suyo le penetra y le ablanda, son superiores á todo encarecimiento.

Difícil es llevar más allá la expresión de los afectos humanos con el pincel y el color.

Como verdad, como expresión, como corrección, apenas consiente crítica. Tal vez pudiera señalarse algún defecto de dibujo en el carcelero, y algo de aglomeración, de estrechez, en el grupo de los guardias, en cuyas actitudes hay poca na-

turalidad; pero esos y otros pequeños lunares que ha de tener toda obra humana, desaparecen ante la belleza del conjunto.

Ante ese cuadro, los artistas, los hombres de mundo, las nobles damas, las modestas artesanas, el general y el soldado, detienen su planta. Cada uno á su modo, cada uno en su lenguaje, siente y expresa, pero todos pagan al artista un tributo de alabanzas.

En esta sala se halla, según creemos recordar, el *Metabo*, del Sr. Puebla, y por cierto que esta figura, bellísima de dibujo y color, obtiene merecidos elogios de los artistas.

En la misma sala ó en la anterior hay otro cuadro que atrae numerosa concurrencia, y no es extraño, porque representa el *Dos de mayo*, y se comprende que sea asunto predilecto para el público madrileño.

Esta vez, además, la ejecución está casi á la altura del asunto.

Daoiz, rodeado de enemigos, desangrándose, casi exánime, se aferra con la mano izquierda á la rueda de un cañón, y todavía intenta con la diestra vengar en un general francés la humillación de su patria. Asístale por la espalda un mortal bayonetazo un granadero, en tanto que á la derecha un manolo remata con la culata del fusil á un oficial tendido á sus pies. Además de estas figuras capitales hay otros grupos, que vienen á formar el sanguinario conjunto del ataque y defensa del Parque.

La obra del Sr. Castellanos, aun prescindiendo

de todo sentimiento patriótico, es notable y contiene grandes bellezas. Si no satisface por completo, debe atribuirlo á que en un cuadro de grandes dimensiones las figuras deben ser de tamaño natural, so pena de producir involuntariamente el efecto de uno de esos extensos grabados en madera de las publicaciones ilustradas, empequeñeciendo la composición. También adolece, y en esto influye algo tal vez el tamaño de las figuras, del defecto de no resaltar la expresión en las fisonomías, estando el drama más en las actitudes que en el rostro, espejo sublime del alma. El poema épico del Dos de mayo, que el espectador busca con avidez en el rostro de Daoiz, no está allí: es un militar, un oficial de Artillería que se defiende; pero le falta el *quid divinum* del héroe: el militar francés que está á los pies del manolo tiene una actitud y una expresión desgraciadísimas. A esto se agrega que el efecto del humo de la pólvora está mal ejecutado, pareciendo, más que la atmósfera abrasadora de un combate, una apacible neblina de mayo; y por último, se nota en las ropas un sistema de pliegues transversales, un amaneramiento que perjudica al buen efecto.

Esto no obstante, el cuadro del Sr. Castellanos, en que domina lo bueno, merece sinceros elogios y abre á su autor las puertas de un envidiable porvenir artístico.

Mencionaremos, como de paso, una *Doña Juana la Loca mandando abrir el féretro de su esposo*, en que es de considerar la extremada y nimia inteligencia de los detalles, y sobre todo una

célebre casulla que parece bordada; un *Hernán Cortés luchando con indios*, de desgraciadísimo efecto; un magnífico retrato de un alcalde valenciano, de Ferrandiz, de excelente color y entonación y de gran verdad; una *Batalla de Almansa*, de Balaca, de bastante buena composición, aunque desentona un poco, y vendremos ya á la sala 14.<sup>a</sup>, que merece detenido examen.

Uno de los cuadros que en ella llaman la atención es el de los *Santos Patronos del Príncipe de Asturias*.

La composición es poco feliz, si bien el artista tiene, según parece, la excusa de haber trabajado su obra con pie forzado.

Se trataba de representar á Santiago Apóstol, Santa Isabel, San Francisco y San Pío V intercediendo con San Ildefonso, santo tutelar del Príncipe de Asturias, para que lo bendiga y guíe.

El artista, saltando necesariamente por todo género de anacronismos, ha representado á San Ildefonso en un altar ó trono, y los cuatro santos intercesores al pie y volviendo la vista suplicante al Arzobispo de Toledo.

Este cuadro, incomprensible para el público, que ve con sorpresa un Apóstol, un Papa y una Reina implorando á un Arzobispo, ó tres santos convertidos en humildes pretendientes de otro; este cuadro, que parece contrariar algún tanto la idea cristiana de la Gloria, no produce toda la impresión que debiera, atendidas las envidiables dotes artísticas que revela su ejecución.

Es, en suma, un logogrifo religioso difícil de



descifrar, y que complica no poco la malhadada idea de haber colocado á San Ildefonso sobre una peana, mueble que rompe lanzas con el idealismo de la Gloria, que apenas acertamos á figurarnos sino entre tenues celajes y delicadas nubes.

Pero si de esto se prescinde para fijarse sólo en la ejecución, es preciso convenir en que las figuras son excelentes, el dibujo correcto y la entonación buena, aunque poco española, y el conjunto de un mérito indisputable.

Damos, pues, nuestro parabién al Sr. Palmaroli, cuyo genio artístico luce en verdad más libremente en la preciosa *Aguadora napolitana*, que tiene en otra sala, y que el que esto escribe quisiera, por cierto, ver en la suya.

Al llegar aquí, y al considerar que nos falta hacer el análisis de algunos grandes cuadros; el examen de no pocos de menos tamaño, pero no de mérito inferior; los de costumbres, los países, los animales vivos y muertos, las perspectivas y la Escultura, y al notar que la pluma se cansa, nos asalta la idea de si le sucederá otro tanto á la paciencia de nuestros lectores.

Ponemos, pues, por hoy término á nuestra tarea.

Pero no nos despediremos sin llamar su atención sobre una obra, que tiene tanto de arte como de beneficencia.

En una sala de la Arquitectura se encuentra rodeado el espectador de una colección de planos del Instituto Manzanedo, en Santoña. Aquí, la fachada Sur del Instituto Manzanedo; allá, la fachada Oeste del Instituto Manzanedo; por acá,

sección vertical del Instituto Manzanedo; acullá, plano de distribución del Instituto Manzanedo; más allá, detalles del Instituto Manzanedo, y en todos los dibujos descuella en letras colosales el glorioso apellido de Manzanedo.

Preciso es convenir en que el Creso madrileño ha tenido un modo ingenioso de figurar en una Exposición artística; y si lo que hoy es proyecto llega á realizarse, si vemos el día venturoso de que el tan delineado Instituto sea una verdad, y ofrezca enseñanza gratuita á la juventud, fuerza será reconocer que el afortunado capitalista sabe hacer buen uso de su fortuna, y entiende ¡cosa rara! tan perfectamente el arte de ganar dinero como el de gastarlo noblemente.

Por supuesto que completaría dignamente su propósito de figurar en la Exposición artística si se resolviese á poner al pie de alguna de las obras capitales una tarjetita que dijera: «Comprado por el Sr. Manzanedo.»

¡Y ojalá otros afortunados de la tierra lleguen á comprender que más que carrozas, trenes, banquetes y saraos, consiguen mantener el esplendor de un antiguo escudo, ó legitimar una posición recientemente conquistada, la protección dispensada á las artes, la instrucción prodigada al que ignora, y el amparo otorgado al desvalido!

### ARTÍCULO III.

Quedamos en el análisis del cuadro que representa el primer desembarco de Colón en América.

El asunto, eminentemente nacional, está hábilmente elegido. Colón, motejado como insensato, despreciado en su patria y en naciones de primer orden, halló amparo y protección en España, y merced á una Reina española, merced á consejeros españoles, á hombres y recursos de España, se abrió á la civilización un nuevo continente, y la humanidad inteligente, creadora, que se agitaba en antiguos y circunscritos límites, halló para sus conquistas un campo anchuroso, un Nuevo Mundo.

No hay, no ha habido, no puede haber corazón humano que latiese como el de Cristóbal Colón al sentar al fin su planta en esa tierra que la mirada del genio, á cuyo lado el águila es miope, le permitía contemplar al través de millares de leguas, desde las suntuosas antesalas de los soberanos que le abrumaron con su desprecio.

Y haciendo justicia al Sr. Puebla, preciso es convenir en que la cabeza de Colón corresponde á la idea y expresa cuanto es posible el éxtasis del genio.

Cuanto contra esa magnífica cabeza quiera decirse es injusto, es infundado; pero ¿y todo lo demás del cuadro? Asombra la desigualdad, la inferioridad de lo restante, hasta el punto de que no se concibe que sea el todo creación y ejecución de un mismo artista.

Los compañeros de Colón, que en confuso tropel desembarcan, tienen todos un aspecto singularmente antipático, y hasta varios de ellos parecen reproducción de un mismo modelo: el traje,

puerilmente deslumbrador, de Colón mismo; el pesado é incorrecto fraile que se lanza con la cruz en la mano al encuentro de los indígenas; los salvajes contraídos, arrecidos de frío, que ocupan la izquierda del cuadro, y hasta el fondo y el paisaje, que por sus tintas nada tiene de tropical, son objeto de censuras merecidas.

Si la inspiración que animaba al Sr. Puebla al pintar la cabeza de Colón le abandonó luego, debió esperar á que volviera, debió trabajar por adquirir de nuevo el fuego sagrado que entonces le animaba; pero nunca debió deslucir una obra tan bien empezada rodeándola en mal hora de personajes y detalles que la perjudican.

Sigue el cuadro religioso de D. Germán Hernández, que representa el viaje de la Virgen y San Juan á Efeso, después de la muerte del Salvador.

En ese cuadro se ven, más que los defectos de un artista, las exageraciones de una escuela. Considerado bajo el punto de vista del arte, es duro en toques, modelado y tono. Considerado en el terreno de la impresión, del efecto vulgar, extraña por lo frío, y no produce ninguna de esas emociones que excita, por ejemplo, el *Martirio de San Lorenzo*.

No hay unción, no hay misticismo, no hay vida, y parece una litografía iluminada de un bajo relieve: tal es el aspecto marmóreo de las figuras.

La expresión del rostro de la Virgen, merced á la manera de dibujar la ceja, es contraria á la resignación, á la angelical mansedumbre de la Madre de Jesús. En cuanto á San Juan, cuyo manto

parece á primera vista impelido por un viento contrario al que hinche la vela, es preciso convenir en que es una bella figura, notándose en cambio algunos defectos en la del remero, cuyas muñecas más parecen las de una dama. La cabeza del ángel que se ve de frente es poco agradable, porque la mandíbula es desencajada y larga por demás. Y en cuanto á la barca, así lo exige la escuela, parece, por lo tersa y reluciente, uno de esos buques contruídos en los afamados astilleros de Nuremberg y fondeados, para recreo de niños y desesperación de padres, en los escaparates de Schropp ó la Estrella del Norte. La nimia exactitud con que está pintada la greca que marca la línea de flotación de la barca; la tensión de la vela, que parece de hojadelata; la regularidad acompasada de las olas; la rigidez, en fin, de todo el cuadro, es, en suma, ya lo hemos indicado, más bien defecto de escuela que del autor; pero no por eso deja de producir desagradable efecto.

Seguros estamos de que D. Germán Hernández, cuyas brillantes cualidades revela el cuadro, puede, sacudiendo esas preocupaciones de sistemas y pintando con entera libertad, merecer un primer premio, que esta vez ha parecido á muchos prematuro ó poco justificado.

Nada diremos del cuadro de *Las hijas del Cid*, que representando dos mujeres desnudas hasta el punto de que el pudor de la una se salva gracias á la cabellera absalónica de la otra, no tiene de cuadro de historia más que el título.

Más aceptación y aplauso ha merecido el *Epi-*

*sodio de la batalla de Trafalgar*, de Sans, que es un gran cuadro.

Está bien dibujado, salvo algunas desproporciones en las figuras del primer término; y aunque el colorido es algo triste y apagado, hay que recordar que se trata de una escena que se ve entre la bruma de los mares en un día de borrasca.

Los tipos interesan; y si no llena por completo el cuadro, es porque la distribución de los personajes, la actitud expectante de los dos oficiales colocados en el centro, parece indicar y exigir la llegada de un protagonista, sobre el que se fije la atención.

El Sr. Sans invocó el nombre de Trafalgar, y Trafalgar es Nelson ó Gravina, según se pinta en Inglaterra ó España.

De todos modos, es una de las obras más notables de la Exposición, y dará al Sr. Sans merecida nombradía.

Más grato es para oídos españoles el recuerdo del *Juramento de las Cortes de Cádiz*, magistralmente reproducido por el Sr. Casado.

Ésta es la obra que para nosotros ofrece más igualdad, más belleza, y presta menos flanco á la crítica.

Aunque el asunto es grato, á nadie se oculta lo difícil de su desempeño.

Se corría el riesgo, sujetándose demasiado, de pintar una galería insípida de retratos, y, abandonándose á los caprichos de la fantasía, de hacer una obra de imaginación, inaceptable para un público que ha conocido á los principales actores de aquella imponente escena.

Pues bien: el Sr. Casado ha conseguido vencer la aridez de la pintura, por lo reciente, más bien oficial que histórica, y nos ha ofrecido una composición rica, animada, y que reúne condiciones de dibujo y de color en alto grado envidiables.

La figura del cardenal Borbón, trazada con tanta verdad; el apuesto ministro Sierra; D. Juan Nicasio Gallego; Argüelles, de pie y en noble actitud; Inguanzo, que se sale del lienzo; Calatrava, que está detrás apoyado sobre un sillón; la notabilísima figura de Toreno, y otros que no recordamos, son tipos llenos de animación y vida.

Algunos han censurado el cuadro, diciendo que recuerda una sesión de la Convención francesa; pero ¿por ventura las escenas de patriotismo y de exaltación política no han de ofrecer alguna semejanza? ¿Es acaso preferible ese sistema de composición jerárquica, de que es modelo la Gloria de la bóveda del coro del Escorial, en que se nos presentan los ángeles, arcángeles, tronos y dominaciones en correcto orden de parada?

Hemos concluído el examen de los grandes cuadros, y para hablar de la escultura y de los restantes disponemos de poco espacio.

La escultura hiere menos la fibra del sentimiento, hace menos impresión en el vulgo, es más técnica, si se nos permite la palabra, y es, por consiguiente, más difícil de juzgar.

Entre lo más notable, sobresalen la *Tragedia*, de Vallmitjana; *Doña Marina y la india que abraza el cristianismo*, de Figueras, en que son de elogiar la belleza de las proporciones.

En el *Lope de Vega*, de Subirat; el *Martínez de la Rosa*, de Sevilla, y el *Feijóo*, de San Martín, son notables los paños.

La *Andrómeda*, de Fernández, valdría más si no fuese algo exagerada y violenta la actitud.

También ha aparecido un precioso *Ganimedes*, estatuita de mármol llena de belleza, con buenas proporciones y graciosas formas.

En cuanto á los cuadros de menor tamaño y de distintos géneros, son notables los *Frailes*, de Mercadé, en que hay tipos perfectamente estudiados, buena composición y una entonación severa; el *Entierro del pastor Grisóstomo*, de García, que sostiene dignamente el seudónimo de Hispaleta, y cuyo cuadro detiene, por la buena composición, la entonación fresca y agradable, que hace perdonar algunos descuidos, como la barra de lacre encarnado que ha puesto en la boca de un perro; una niña sentada y jugando con un gato, de Rosales, de excelente entonación; el *Palco del teatro Real*, de Fierros, de valiente ejecución y que carece de la manera que afea *Una boda de charros*; las *Primicias*, cuadro de Ferrandiz, lleno de verdad, y que agrada tanto como daña el de la *Niña*, del mismo autor; el *Concierto* y el *Estudio de pintor*, de Díaz Valera, preciosos por el buen color, armoniosa entonación y correcto dibujo.

También es digno de elogio el *Rembrandt*, de Tony de Bergue. Se necesita talento para convertir un asunto de suyo repugnante en un cuadro seductor, consiguiéndolo por la buena composición y entonación y admirable perspectiva del ca-



dáver, superiormente escorzado. La riqueza de los accesorios y la facilidad de ejecución realzan el efecto de este cuadro, de un autor poco conocido, y que ni aun sabemos si es español.

En tamaño microscópico, el *Alquimista*, de Tony; el *San Ricardo*, de Othon, de linda cabeza; la *Viuda de un pintor* y *El desayuno*, de León y Escosura; los *Oficiales de guardia*; el *Violinista*, de Zamacois; *La ronda*, de Laguna, son los más notables, siendo de elogiar la perfección con que se hallan ejecutados.

También es notable *La calle de Toledo en el siglo xvii*, de Manzano, composición romántica de indefinible encanto, que se comprende haya merecido ser elegido y adquirido por una dama.

En cuanto á paisajes, no ha habido grandes adelantos. Haes continúa siendo el primero, pero se repite demasiado; sus composiciones de este año son de menos importancia: empieza, como Villamil, á exagerar sus tintas, y en alguna obra, como *El Barranco de Elche*, decae.

En perspectivas, debe mencionarse una bastante buena de la *Biblioteca del Escorial*; el *Patio de los Leones*, algo dura, y un excelente *Claustro de San Juan de los Reyes*, de Gonzalvo, de un toque franco y gracioso y mucha verdad: éste es de lo mejor en su género, y sería intachable si no fuera por una tinta ligeramente verdosa.

En cuanto á pintura de animales, más difícil de lo que algunos creen, sobresale la liebre muerta y los pajaritos sobre fondo imitación de madera, de

Jiménez, de quien hay también un excelente bodega y un frutero.

Hemos concluído nuestra tarea, ¡y ojalá produzca tanta satisfacción á nuestros lectores como tranquila deja nuestra conciencia!

Ajenos á todo género de rivalidades, no conociendo á nuestros artistas, casi sin excepción, más que por sus obras, hemos procurado juzgarlas con benevolencia, alternando el elogio que satisface con la crítica que estimula. Desconfiando de nuestro propio juicio, hemos procurado inspirarnos, como norte el más seguro, de la impresión que nos ha parecido más general, y concluimos nuestra modesta crónica dando un parabién á todos los que con sus trabajos y sus dotes artísticas han contribuído, cada uno en su esfera, cada uno en proporción á sus fuerzas, á formar una Exposición que dejará recuerdos impercederos en todos los que aman las Bellas Artes y desean ardientemente la gloria y prosperidad de su patria.





## LOS DINEROS DEL SACRISTÁN.

**C**ADA VEZ que un autor dramático celebra alegremente su último triunfo; cada vez que el pobre poeta se esfuerza por olvidar *interpócula* las miserias y privaciones entre que nacieron sus últimas quintillas, surge entre la muchedumbre de mercaderes, propietarios, empleados y demás gente positiva y práctica un rumor de universal reprobación, y se apresuran á completar el título de esta meditación exclamando á una voz: ¡*Cantando se vienen, cantando se van!*

De la misma manera, cuando se reúnen escritores y artistas á perder muchas horas en derredor de la mesa de un café, y ven pasar por la calle el lujoso tren de un banquero, ó leen en la *Gaceta* la promoción de un alto empleado, prorrumpan en amargas quejas contra la sociedad, y acuerdan por unanimidad que el mundo no andará bien mientras no haya un sueldo para cada

escritor, una pensión para cada artista, y mientras el Estado no se ocupe con preferencia en subvencionar los libros de los unos y comprar los cuadros de los otros.

En ambos campos la exageración es evidente.

Y puedo declararlo así, y tomar en esta contienda, con tanta mayor tranquilidad, el papel de rey Sobrino, cuanto que, si bien por condición pertenezco á las clases positivas, en cambio me llevan mis aficiones hacia la grey literaria, tan calumniada á veces por los sectarios de la Partida doble.

Por mi parte sé decir que debo á las letras el primer dinero que he ganado, que lo consagré á satisfacer una generosa aspiración de mi alma, y que nunca dejaré de agradecersele al distinguido escritor y á la vez ingenioso y diligente editor D. Ángel Fernández de los Ríos, fundador de *Las Novedades*, *La Ilustración*, y últimamente *Los Sucesos*.

Pagada esta deuda de gratitud, examinemos la cuestión: ¿qué se echa en cara todos los días á los escritores y artistas? ¿que no tienen por lo general orden, arreglo, previsión; que viven al día, sin regla y sin método; que no someten sus necesidades á un presupuesto previo; que suelen tener gastos originales, aficiones singulares, y que por eso no deben compadecerse sus desventuras, buscadas en parte por ellos mismos, ni son dignos de auxilio y protección en sus desgracias, agravadas muchas veces por su conducta?

Cierto que por lo general el poeta y el artista se

preocupan muy poco del porvenir; cierto que en este terreno tienen mucho que aprender del tendero y de la hormiga; pero ¿no es esto muchas veces resultado de su mismo organismo?

Un hombre en quien predomina la imaginación, que vive entre armonías, que goza entre ilusiones, que pasa su vida en el mundo ideal de los poetas que le precedieron, ¿no ha de ser por necesidad distraído, desaliñado ó desatento á veces, indiferente casi siempre?

Una persona que tiene para emprender un trabajo intelectual que esperar los caprichos de la inspiración, ¿puede sujetar los actos de su vida á la regularidad de movimientos de un cronómetro inglés?

No hay hora en el día que no sea excelente para pesar garbanzos, ni instante en la vida que no pueda dedicarse á copiar una interesante real orden: por eso es fácil fijar las horas en que están abiertas las tiendas y designar los días en que habrá oficina. Pero ¿y la inspiración, quién la fija? ¿quién la domina? ¿quién la cita y la emplaza para un día ó una hora determinada? ¿quién es el poeta que puede prometer á día y hora fija, como si fueran pastelillos del horno, una oda ó una sátira?

Por eso veis al escritor, al artista, meses enteros indolente, perezoso, entumido, disgustado, atormentado con la misma esterilidad de su ingenio, y luego en quince días de febril actividad acometer con valentía el escrito, el cuadro, la cantata que venía preocupándole.

Y después de esos días laboriosos, suele volver el cansancio, el marasmo, la indolencia.

Y, como es natural, el desorden en el trabajo lleva el desorden en la vida misma; la excitación que produce la obra trasciende á los actos del autor.

Cuando veáis, pues, á un artista desgraciado, no le volváis la espalda fundados en que no se acordó en tiempo útil de la Caja de Ahorros; no le echéis en cara que se olvidó de que al estío y al otoño sigue el invierno. Si se hubiera acordado de todo eso, es posible, es casi seguro, que no hubiera escrito el drama que os cautiva ó la comedia que os embelesa.

En cuanto á las pretensiones de los escritores, son exageradas, y al contrario de lo que ellos creen, no habría justicia en el mundo si no tuviesen mayor retribución material las profesiones áridas que ellos desdeñan.

El artista, el poeta, crea; el comerciante, el empleado, trabaja; el poeta, el artista, experimenta en el momento mismo de su trabajo creador, de su inspiración, uno de los gozos más puros del espíritu; el comerciante no disfruta sino en la hora del saldo, el empleado el día que firma la nómina.

Estad seguros que todas las letras juntas que han suscrito Pereire, Salamanca y Torlonia no han producido á sus opulentos autores la íntima satisfacción, el goce indecible que al más modesto poeta la más humilde letrilla.

Por eso es justo que valga más dinero la firma de Rosthchild que la de Iglesias.

Seguidme al cuarto piso de cierta casa de huéspedes: forman la decoración cuatro lienzos de pa-

red cubiertos con papel de dos reales; en el suelo brilla el cerco de latón de un brasero apagado; sobre la cama y por la estera yacen desparramados libros y papeles; en un ángulo, sentado en una silla de paja, apoyado en una mesa coja y mojan-do la pluma en un tintero de cristal desportillado, está un joven que escribe con febril actividad: se detiene, lee, se ríe, corrige, vuelve á escribir, dobla las cuartillas y pone en el sobre: «Redacción del *Gil Blas*.» ¿Dudáis de que hay muchos ricos de la tierra que darían parte de sus goces más envidiados en cambio del que él ha tenido al escribir el festivo romance, que antes de excitar la hilaridad de los cajistas, del regente, de la redacción y del público, ha empezado por hacer reír á su autor? ¿Sería justo que la sociedad le diese tanto dinero como á ese otro desventurado fabricante de productos químicos ó de guano artificial, que no puede pasearse por su propio establecimiento sin taparse las narices?

Sorprended al músico en el momento en que, dominado por la inspiración, encuentra un motivo sublime; al autor dramático al dar con el desenlace de su drama. Uno y otro se ven ya ante el público, escuchan la ejecución de su obra, oyen los aplausos; ¿y queréis que la sociedad les pague al igual del médico, que deja el lecho de un tísico para pasar al lado del de una parturienta, que abre con urgencia un absceso porque le están esperando para operar una fístula?

Ved al pintor dando los últimos toques á la Sacra Familia que envía á la próxima Exposición.

Está casi terminado el cuadro, pero aún se detiene en los últimos detalles: tan pronto marca con un toque atrevido la luz que se quiebra en el suelto y rubio cabello del niño, como suaviza una sombra del manto; ya desvanece el último término del paisaje, ya vuelve la vista al boceto y estudia y rectifica en el espejo, y contempla la mujer que le sirvió de modelo y la compara con la dulcísima faz de la Virgen, y cansado, extenuado, corriendo el sudor por su frente, se sienta frente á su obra, y algo le dice que ha copiado el rostro de una mujer, pero que al copiarle ha llevado al lienzo su alma de artista.

¿Y os extrañáis de que la sociedad dé á ese hombre más aplausos, sí, pero infinitamente menos dinero que aquel otro que se pasa la noche y el día alargando por una ventanilla píldoras de bismuto, parches de coloquintida ó enemas de asafétida?

Y no se objete, no, que esos goces sólo los experimenta el artista de genio. No por cierto: esa recompensa anticipada alcanza á los más humildes.

Está averiguado que tanto gozaba en su obra Apeles como Orbaneja; es incontestable que nunca se tuvo Churriguera en menos estima que Miguel Ángel; y si preguntáis al Sr. Estrada, él os dirá que no cambia sus pentacrósticos por las églogas de Virgilio ó las elegías de Ovidio.

Pues si fuéramos á argüir con ingenios de primer orden, con esos colosos de la literatura, de las artes ó de las ciencias, no hallaríamos palabras.



para expresar los goces íntimos, puros, incomparables, que les ha proporcionado la creación de sus obras sublimes.

Los ricos ó poderosos de la tierra no pueden, por más que quieran, pasar de tres digestiones diarias: tienen cómodos carruajes, lujosos troncos que se desbocan alguna vez, mujeres que les engañen por su dinero, cortesanos que les adulen, casas de campo en que pasar las mañanas de abril y mayo bostezando, puertos de mar y capitales extranjeras por donde pasear su tedio; pero ¿qué es todo eso al lado del estremecimiento de Volta al vislumbrar el telégrafo eléctrico, al lado del éxtasis de Cervantes terminando el *Quijote*?

¡Cuántas veces he oído lamentar su prisión de Argamasilla!

Pues en aquella cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, al sacar de su poderoso cerebro aquellos personajes de su obra, al darles vida, al crear aquel mundo, ¿creéis que para una imaginación tan rica no se rasgaron alguna vez los velos del porvenir, que no se iluminó aquel lóbrego calabozo y que no exclamó: «Manco, pobre y aprisionado valgo más que vosotros, poderosos de la tierra? ¡Vosotros pasáis por el mundo; yo viviré en él mientras exista! Si se descubre un continente, allá irá mi libro; si se forma un idioma, á él se verterá; y cuando de vuestros goces, vuestras lascivias y vuestros esplendores no quede ni aun levísimo rastro, me alzarán estatuas, y seré tan rico, tan rico, que aun podré hacer á alguno de vosotros limosna de la inmortalidad.»

Y si así lo soñó, verdad fué el sueño: ¿qué queda del poderoso Conde de Lemos?

La dedicatoria de Cervantes.

Seamos, pues, optimistas; aceptemos el mundo como está; convengamos en que es justo que Dios diera á Mecenás el dinero y el ingenio á Virgilio, y el que opte por la vida de artista, que la acepte con sus goces y con sus privaciones, comprendiendo que es mucho pedir el verse libre á la vez de los acreedores y de los logaritmos, y exagerada pretensión aspirar al propio tiempo al *confort* y á la inmortalidad.





## AL AMOR DE LA LUMBRE.

**E** terminado mi modesta colección de artículos, y al cerrarla siento que no venga al frente el título que encabeza estas líneas.

Al amor de la lumbre es una hermosa frase castellana que no tiene rival ni equivalente en ningún idioma.

Al amor de la lumbre expresa la situación más grata para entregarse á los tranquilos goces de la lectura.

Digan lo que quieran, en el campo se lee mal: en una mañana de mayo se aspira el ambiente, se recorren los verdes prados, se admiran las delicadas flores, se siguen con la vista los tenues celajes que por la bóveda celeste impelen el viento; pero no se fija la atención en un libro.

En el campo, si se estudia algún autor, es á Dios; si se saborea alguna obra, es la suya: la admirable, la hermosa naturaleza.

Tampoco el ferrocarril es sitio adecuado de lectura, al menos de lectura amena, mientras no se modifiquen nuestras costumbres.

Los extranjeros, de suyo ásperos, retraídos y poco comunicativos en su propio país, suelen arrellanarse en su asiento, convertir el vagón en sala de biblioteca y separarse al cabo de centenares de millas sin haberse dicho esta boca es mía.

Los españoles, más francos y más expansivos, hemos convertido el vagón en una tertulia: al primer kilómetro nos presentamos unos á otros; al segundo nos referimos nuestras cuitas; al tercero nos comunicamos las petacas; al cuarto partimos las provisiones, y al terminar el viaje nos ofrecemos mutuamente la casa; todo lo cual es causa de que el que lleva un libro como preservativo contra el tedio, suele llegar á su destino sin haber cortado las primeras hojas.

Donde es plácida y amena la lectura es en casa, es en derredor del hogar, es al amor de la lumbre.

Sí: al amor de la lumbre es una hermosa frase castellana que no tiene rival ni equivalente en ningún idioma.

Al amor de la lumbre os trae involuntariamente á la memoria el grupo de pastores que, redilado el atajo y allá en la obscura fragosidad de la sierra, se destaca vivamente iluminado por la vacilante luz de la hoguera, á cuyos inciertos resplandores deletrea uno de los zagales un tosco romance.

Al amor de la lumbre os recuerda el alegre corro de soldados que entretienen los ocios noctur-

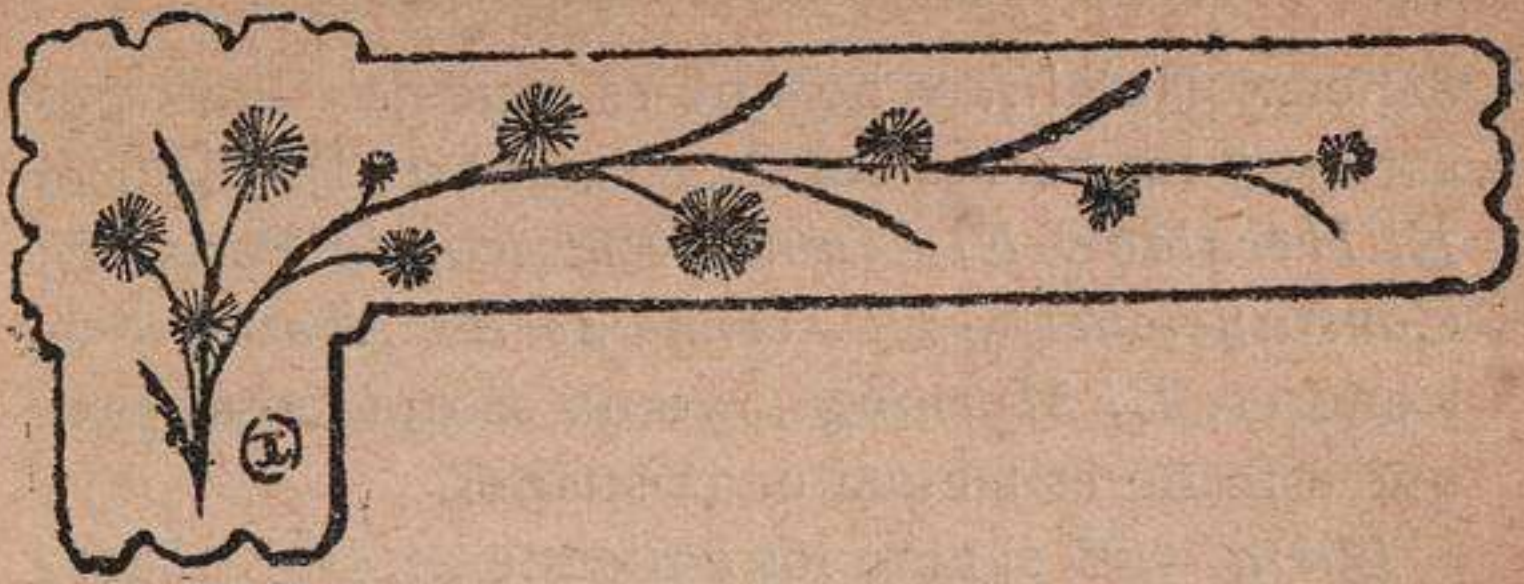
nos del campamento ó del cuerpo de guardia con la lectura de unas picarescas seguidillas.

Al amor de la lumbre os figuráis la modesta familia del empleado ó del tendero, que, sentada alrededor de una castellana camilla, que oculta y condensa el moderado calor del antiguo brasero, escucha en silencio los singulares párrafos y los notables sucesos de la popular *Correspondencia*.

Al amor de la lumbre transcurren horas dichas para el hombre político que, fatigado de las luchas del Parlamento ó de los asedios de los pretendientes, se aísla en su despacho, y tendido casi en una butaca, y con los pies delante del fuego, pasa la vista, á la tibia luz de una lámpara, sobre el último número de la *Revista de Ambos Mundos*.

Al amor de la lumbre, en fin, busca calma y sosiego la noble duquesa, la altiva y hermosa dama que, saturada de elogios y hastiada de adulaciones, se encierra al salir del baile en su elegante dormitorio, y cubierto el cuerpo con una elegante bata y los pies medio calzados con unos diminutos escaarpines henchidos de cisne, se entretiene en contemplar, ya la llama vacilante de la chimenea y la chispa que salta y vuela y se extingue como un microscópico meteoro, ya en echar una ojeada sobre un libro que excita su curiosidad porque habla de países que ella ha recorrido, de fiestas en que ha tomado parte ó de inexpertos amores, cuya candorosa descripción hace asomar á sus delicados labios una incrédula sonrisa ó ¡quién sabe! un suspiro de envidia.





## NEGRO Y BLANCO.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO, ORIGINAL DE VELISLA  
Y BARRERAS.

*Estrenado en el Teatro de la Comedia el día 5 de mayo de 1851,  
con general aplauso.*

### PERSONAJES.

### ACTORES.

|                                 |                     |
|---------------------------------|---------------------|
| MARGARITA.....                  | DOÑA J. SAMANIEGO.  |
| LUCÍA.....                      | DOÑA A. GUTIÉRREZ.  |
| D. ESTANISLAO FERNÁNDEZ NEGRO.. | D. JOAQUÍN ARJONA.  |
| D. BUENAVENTURA BLANCO.....     | D. ENRIQUE ARJONA.  |
| VÍCTOR.....                     | D. FRANCISCO PARDO. |

La escena pasa en Getafe.

### ACTO ÚNICO.

El teatro representa el comedor de la casa de un hacendado. Puertas laterales; otra en el fondo, á cuyos lados se ven dos retratos de negros.

### ESCENA PRIMERA.

LUCÍA, limpiando un aparador; VÍCTOR entra por el foro con pliegos en la mano.

*Lucía.*—¿Qué traes?

*Víctor.*—El correo del amo. Difícilmente se encontrará en Getafe un hombre de más correspon-

dencia. ¡Hola!... y hoy no es mucha... estas dos cartas, y los periódicos de costumbre. De Madrid, *El Herald* y *El Clamor Público*; de París, *El Constitucionel* y *El Jornal de los Abates*, y de Londres, *El Morning*... yo no sé qué cosa, porque esto no es lengua de cristianos.

*Lucía.*—¡Y el amo los entiende!... ¡Oh!... ¡debe ser un sabio!

*Víctor.*—¡Pse!... yo no aseguraré que el amo no los entienda; pero sí te juro que jamás le he oído hablar en inglés. Verdad es que en este pueblo tampoco encontraría con quién. En fin, dejémonos de murmuraciones, y vamos á limpiar la escopeta... pues éste es otro capricho de nuestro señor. ¡Oh! la caza... ¡bonita diversión! Cuándo no hace frío, cuándo no hace calor, cuándo no llueve, cuándo no hace viento: la desgracia es que en el país que habitamos, y que todos han dado en llamar benigno, siempre hace alguna de estas cuatro cosas.—Y si yo no participase de sus benignidades... pero no, señor: acompañe V. al amo; sírvale V. de ojeador, de perro, de reclamo; pele V. luego los pájaros, y, por último... ¡cómase V. los huesos!... ¡Dios me asista! Mira, *Lucía*, si no fuese porque en medio de sus defectos reconozco un buen fondo, ya hace mucho tiempo hubiera dejado su servicio.

*Lucía.*—¡Pues y yo!... puedes creerlo, *Víctor*: si no fuese por mi señorita, tampoco estaría aquí ya. Cuando en Madrid vivíamos en casa de su tía, era otra cosa. Allí salía por la tarde cada quince días, iba alguna vez al teatro, leía las novelas de la se-



ñorita mientras ella estaba en paseo; en fin, se me guardaban todas las consideraciones que en estos tiempos se merece una doncella... pero desde que el amo fué por nosotras no he tenido un solo momento de alegría. Ese reñir continuo... ese meterse en todo... ¡Dios mío!... ¡qué hombre es éste!... Tú debes conocerle, porque hace mucho que le sirves... Explícame su carácter.

*Víctor.*—¡Su carácter!... escucha. Más de una vez se me ha pasado por la imaginación la idea de que era un maniático... casi un loco... pero después de largas noches de insomnio, después de madurísimas reflexiones, he venido á sacar en limpio una cosa...

*Lucía (con interés).*—¿Cuál?

*Víctor.*—Que no sé lo que es.

*Lucía.*—Pues es bastante.

*Víctor.*—Lo que sí puedo decirte es el tiempo de que data su mal humor, porque has de saber que no siempre ha sido lo mismo. En dos días varió completamente su carácter: el primero se le murió su esposa, y el segundo le quitaron el destino; él echó la culpa al médico y á un amigo que tenía en el Ministerio; pero como este desahogo no bastaba sin duda á consolarle, se vino á vivir á Getafe, renegando de la perfidia de la sociedad, y resuelto sólo á compadecer á los desgraciados. Por entonces ocurrió, según nos dijo, una gran revolución.. en Polonia.

*Lucía.*—¡En Polonia!

*Víctor.*—Sí... un pueblo que está lejos... muy lejos... mucho más allá de Madrid... Pues como

digo, nuestro amo no hacía más que lamentar las desgracias de ese pueblo, gritando frecuentemente... «¡Oh iniquidad política! ¡Oh abuso de la fuerza brutal!» La casualidad hizo que viniera por entonces á casa un caballero alto, rubio y de grandes bigotes, que dijo ser polaco. — ¡Figúrate la alegría del amo! Le hizo hospedarse aquí, hasta que una noche, jugando al tute, porque los tales polacos saben todos los juegos posibles, descubrió que el huésped hacía trampas para llevarle los maravedises, y esto le desencantó hasta el punto de echarle á la calle. A consecuencia de lo cual el polaco, que era un príncipe en su tierra, y se llamaba Barbarosky, le desafió y le metió una bala debajo de los faldones del frac. Desde aquel día el amo no volvió á hablar de polacos.

*Lucía.* — Sí; pero la manía que tiene ahora...

*Víctor.* — Es la peor de todas las manías. Está inaguantable con sus negros.

*Lucía.* — Á quienes, por más que digan, yo no tengo por hombres.

*Víctor.* — Ni yo tampoco. Á lo sumo les concedo que son una especie de monos.

*Lucía.* — Tienes razón; pero ¿sabes lo que pienso?...

*Víctor.* — ¿Qué?

*Lucía.* — Que nos parecemos mucho á esos criados de comedia tan malos y murmuradores.

*Víctor.* — ¿Pero no sabes por qué?

*Lucía.* — No.

*Víctor.* — Pues es porque las comedias las escriben los amos... ¡Uf!... Aquí está el nuestro.

## ESCENA II.

Dichos y D. BUENAVENTURA.

*Buenaventura.* — ¿Qué hacéis aquí, holgazanes?... Hablar... siempre hablar... Lucía, vete preparando el almuerzo: hace más de media hora que tomé el desayuno, y me voy sintiendo con apetito.

*Lucía (saliendo y aparte).* — No piensa más que en comer.

*Buenaventura.* — ¡Qué dicha la vuestra no haber nacido negros!... Sí, Víctor: si estuvieses en Cuba, en vez de ese traje tan *confortable* como poco pintoresco, sólo tendrías para cubrir tu desnudez unos simples pantalones de tela de algodón.

*Víctor.* — ¡Qué horror!... Pero, señor, se helarán esos desdichados.

*Buenaventura.* — Helarse... precisamente helarse, no; antes al contrario... Pero tienes razón: si por un accidente cualquiera el clima variase, podrían muy bien helarse, sí, señor, podrían helarse, y así lo apuntaré en mi grande obra de *La esclavitud colonial considerada bajo ciento treinta y siete aspectos diversos, y formando cada aspecto un capítulo particular*; obra que, pondré en el texto, publica en favor de los negros D. Buenaventura Blanco... (*Hace un gesto.*) ¡Blanco!... Este condenado apellido va á parecer un chiste de mal género en una obra de negros, sobre todo si cae en manos de un folletinista de la corte. Pero

¡qué diablo! no le es dado á uno escoger sus nombres. Habré de resignarme poniendo: «D. Buena-ventura Blanco, miembro de la Academia negrófila de Bruselas; individuo de la Anti-Slavery-Society, de Londres, y vicepresidente de la Sociedad para la libertad, felicidad, salud, prosperidad, indivisibilidad y pujanza de la raza negra, establecida en Lisboa. Esta obra hará una revolución en las colonias.» Víctor, ¿has traído el correo?

*Víctor.*—Sobre la mesa le tiene V.

*Buenaventura.*—Es preciso que vayas á casa de D. Robustiano, el boticario, y le digas que puede avisarme en el momento que esté dispuesto para nuestra partida de caza. ¡Ah!... ¿limpiaste la escopeta?

*Víctor.*—Sí, señor.

*Buenaventura.*—Pues ve, ve sin tardanza. (*Salte Víctor por el foro.*)

### ESCENA III.

#### DON BUENAVENTURA.

(*Se sienta.*)—Ahora veamos el correo... Ésta es una carta... sí, una carta de Madrid... Á ver la firma... ¡oh!... es de mi mejor amigo, Policarpo... y que me dice... (*Leyendo.*) «Apreciabilísimo Buenaventura: De cuantas veces me has invitado para pasar algunos días en tu casa, ninguna me ha sido posible tener esa satisfacción, en virtud de mis muchas ocupaciones. Contan-

do, sin embargo, con tu amistad, me atrevo en esta ocasión á sustituir mi persona con la de un joven, cuya educación dirijo por ser huérfano y pariente mío por parte de su padre, D. Nicolás Fernández, antiguo condiscípulo nuestro. El joven Estanislao, porque así se llama, es digno de tu aprecio y desciende por parte de madre de una familia de negros, establecida en la Habana, y muy estimada en la reina de las Antillas. El padre del chico hizo una calaverada de color subido y de negras consecuencias, cuya historia te referiré, si te interesa, el primer día que tenga el gusto de abrazarte, y de resultas de la cual tuvo que emigrar á los Estados Unidos, donde murió á poco, dejándome encargado, no de sus bienes, porque ningunos tenía, sino de su hijo. Yo, que sé las simpatías que te inspiran ciertos desgraciados y el desprecio con que miras toda clase de preocupaciones, no tengo inconveniente en declararte estas circunstancias, que hasta el muchacho ignora. El domingo por la mañana le tendrás en esa; y si su presencia te agrada, puedes retenerle todo el tiempo que te acomode, sin temor de incomodarme.» (*Reflexionando.*) ¡Qué es lo que he visto!... ¡Color subido!... familia de negros... preocupaciones sociales... negras consecuencias... ¡Oh! está claro: nuestro amigo Fernández se casó en la Habana con alguna negra ó mulata... le echaron después de la isla, y su pobre hijo... ¡Ah! yo repararé en él las injusticias que persiguen á su raza... yo le tenderé una mano protectora... Y llega hoy... hoy, porque es domingo.

## ESCENA IV.

D. BUENAVENTURA; MARGARITA, por la derecha.

*Margarita.*—Buenos días, papá.

*Buenaventura.*—Hola... ¡qué pronto te has levantado hoy!

*Margarita.*—¡Como sé que te gusta que madrugue!

*Buenaventura.*—Cierto que me gusta. El aire matinal es muy saludable, sobre todo en el campo.

*Margarita.*—Será lo que tú quieras; pero en cuanto á mí, te juro que me sentaba mejor el de la calle de Rompelanzas en casa de mi tía. ¡Dios mío!... ¡Haber pasado una en Madrid los primeros años de su juventud, para venir á morir de vieja en Getafe!

*Buenaventura.*—¡Cómo! morir de vieja...

*Margarita.*—Ó antes quizás, porque me moriré de tristeza... de pesar... de fastidio...

*Buenaventura.*—¡Qué dices!

*Margarita.*—¡Quién sabe si de otra cosa!

*Buenaventura (asustado).*—¡Eh!... ¿Sientes el germen de alguna enfermedad?

*Margarita.*—Sí, papá; pero de una enfermedad incurable.

*Buenaventura.*—Margarita, todas las enfermedades se curan.

*Margarita.*—Menos la mía.

*Buenaventura.*—¿Y cuál es?

*Margarita.*—¿No me la conoces en la cara?...

*Buenaventura.*—Como no soy médico...

*Margarita.*—¿Por qué enfermedad se ponen las mujeres encarnadas cuando las preguntan?

*Buenaventura.*—¡Margarita!

*Margarita.*—Pues bien, es amor, papá; amor...

*Buenaventura.*—Bah... bah... bah... bah... me habías puesto en cuidado.

*Margarita.*—¡Pues qué! ¿esto no te asusta?...

*Buenaventura.*—No, por cierto: algún capricho... algún devaneo que tú te pintas con todos los colores de una pasión.

*Margarita.*—No, papá: pasión, pasión muy formal.

*Buenaventura.*—¿Sí? Á ver... cuéntame...

*Margarita.*—¡Ay!... ¡si supieras!... Conocí en casa de la tía un joven tan fino... tan amable... y además poeta... compositor... ¡ah! pero no creas que fuese así como quiera... ¡muy célebre! como que han hablado de él en dos gacetillas de la capital.

*Buenaventura.*—¡Esas tenemos!

*Margarita.*—Me escribía versos... ¡ay!... ¡pero qué versos!... todo, por supuesto, con permiso de la tía, que le apreciaba en extremo. Nos llevaba billetes de la Sociedad del Instituto, y una noche hasta nos regaló dos centros del paraíso del teatro Real, que acababa de abrirse. Figúrate si pude ser indiferente á estas pruebas de cariño. Nos escribíamos diariamente.

*Buenaventura.*—Pero ¿y la tía?

*Margarita.*—La buena tía le dió permiso para que te pidiera mi mano.

*Buenaventura.*—¿Sí? Pues no lo ha hecho.

*Margarita.*—¡Ay! Ha tenido para ello una razón poderosa.

*Buenaventura.*—¡De veras!

*Margarita.*—Yo se la inspiré.

*Buenaventura.*—Dime... dime...

*Margarita.*—Como tú tienes una preocupación...

*Buenaventura.*—¡Señorita!... Yo no tengo ninguna preocupación: mi amigo Policarpo acaba de escribírmelo.

*Margarita.*—¡Oh!... en ese punto...

*Buenaventura.*—Hablarás...

*Margarita.*—Sí, papá... El padre de ese joven... tenía en América... un ingenio de azúcar...

*Buenaventura (levantándose).*—¡Qué dices! ¡Dar yo mi hija á un opresor de los tristes esclavos, á un tirano mil veces peor que Dionisio el de Siracusa, que Angelo el de Padua, que Nerón, que Tiberio, que Calígula y todos los tiranos de Roma!... ¡Qué dirían mis compañeros de las Sociedades inglesa, portuguesa y belga! ¡Nunca!

*Margarita.*—¡Pero, papá!...

*Buenaventura.*—Digo que nunca. No vuelvas en tu vida á hablarme de semejante cosa.

*Margarita.*—Seré desgraciada...

*Buenaventura.*—Yo te respondo de lo contrario: á tu edad se distrae uno con cualquier cosa; hoy, por ejemplo, va á venir un joven muy desgraciado: muéstrate afable con él... ríndele el tributo debido á la desdicha. Se llama...

*Margarita (llorando).*—No quiero saber su nombre, ni siquiera le hablaré...



*Buenaventura.*—¡Cómo se entiende! ¿Me desobedeces?... ¿Te emancipas de mi poder?... Pues bien, te castigaré... te encerraré.

*Margarita.*—Eso es: ¡me tratarás como no quisieras ver tratada á una negra!

*Buenaventura.*—¡Insolente! Te meteré en un convento.

*Margarita.*—¡Y qué importa!... seré más fiel á mi amante; todas las heroínas á quienes meten en un convento aman frenéticamente, y yo amaré hasta la muerte.

*Buenaventura.*—No sea V. loca, señorita: si vuelve V. á leer una novela, que me la claven en la frente... no, mejor es que no me la claven en ninguna parte; pero yo buscaré medios de curarla á V. Por lo pronto, vaya V. á vestirse, que el forastero debe llegar de un momento á otro.

*Margarita.*—Voy, por obedecerle á V.; pero en vano procuraré estar alegre. La presencia de ese hombre será un veneno...

*Buenaventura.*—¿Qué es eso de veneno?...

*Margarita.*—Un veneno para mi alma. (Me pondré el vestido negro, que es el más triste, y que, por otra parte, es el que mejor me sienta.)  
(*Sale por la derecha.*)

## ESCENA V.

### D. BUENAVENTURA.

Sigamos viendo la correspondencia... ¡Qué miro!... Este pliego... este gran sello... ¡Oh! Es

sin duda lo que esperaba. (*Abre un enorme cartapacio.*) ¡Oh dicha!... ¡Oh felicidad! Ya tengo otros dos títulos que añadir en el frontis de mi grande obra. Miembro del Instituto negro-africano de París y presidente de la sucursal negrófila de Getafe. Y todo por dos mil reales... por esa friolera... Á propósito, es preciso acusar al momento el recibo del diploma. (*Vase.*)

#### ESCENA VI.

D. ESTANISLAO por el foro, izquierda; VÍCTOR, derecha.

*Estanislao.*—¿La casa de D. Buenaventura Blanco?...

*Víctor.*—Está V. en ella.

*Estanislao.*—Pues tenga V. la bondad de anunciarle á D. Estanislao Fernández.

*Víctor.*—Muy bien. (*Sale por la izquierda.*)

#### ESCENA VII.

ESTANISLAO.

Pues, señor, hème aquí ya sobre el campo de batalla... *dimidium facti qui bene cœpit habet*, dice Horacio, que hubiera sido un gran poeta si se hubiera dedicado á la zarzuela. Por fin voy á ver á mi amada... voy á examinar de cerca el lado flaco de su padre... y en la primera ocasión oportuna le pido la mano de su hija y me hago dueño de una bonita dote, cosa que por cierto me ven-

drá á las mil maravillas. Nada, Estanislao; tú has nacido para hacer fortuna: una gitana te lo probó por medio de signos matemáticos, y creo que á las matemáticas las llaman ciencias exactas.

## ESCENA VIII.

ESTANISLAO y MARGARITA.

*Margarita.*— ¡Un hombre! Será el recomendado de mi padre... ¡Qué cara le voy á poner! (*Estanislao se vuelve.*) ¡Dios mío!... ¡Estanislao!...

*Estanislao (corre hacia ella).*— Vida mía... ángel mío...

*Margarita.*— ¿Tú aquí?... ¿Qué has hecho?... Si mi padre te ve...

*Estanislao.*— Nada temas: tu padre me está esperando...

*Margarita.*— ¡Qué!...

*Estanislao.*— Mi tutor le ha anunciado mi visita...

*Margarita.*— ¡Cómo! ¿Eres tú la persona que espera?

*Estanislao.*— Sí, yo mismo, tu apasionado Estanislao, que, ebrio de amor, viene á cumplir su palabra, á arrojarse á las plantas de tu padre, y á pedirle...

*Margarita.*— ¡Oh!... ahora menos que nunca...

*Estanislao.*— ¿Por qué?

*Margarita.*— Acabo de revelarle el secreto de tu familia, y se ha puesto furioso...

*Estanislao.*— ¡Qué manía!...

*Margarita.*—¿Y qué quieres?... es preciso transigir.

*Estanislao.*—Pero ¿y si mi tutor le ha dicho en la carta?...

*Margarita.*—¡Ah! no... estoy segura de ello, porque me ha encargado que te reciba bien...

*Estanislao.*—¿Sí?... pues entonces no está todo perdido. Aprovechémonos de la presente dicha, y callemos todavía, porque si supiera que mi padre hizo la trata de negros...

*Margarita.*—¡Dios mío!... calla... calla...

*Estanislao.*—Es verdad: pensemos sólo en nuestro amor.

*Margarita.*—Sí, eso es: ¿te acuerdas cuando hablábamos por el balcón de la calle del Carmen, por la ventana de la de Rompelanzas, por la reja de la de Preciados, por el ventanito de la escalera?...

*Estanislao.*—¡Que si me acuerdo! ¿Puede el hombre olvidar esos momentos de dicha? Sí, aquellos momentos en que, como quien dice, aplicábamos al amor el sistema de la publicidad... previa, eso sí, previa la censura de los vecinos.

*Margarita.*—¿Y aquella noche de enero, en que la pícara vieja de la buhardilla te echó un jarro de agua, bajo el frívolo pretexto de que no la dejábamos dormir?...

*Estanislao.*—¡Ah!... ya lo creo; como que me inspiró de manera que he pensado escribir una zarzuela sobre ese asunto. Ya está hecho lo principal.

*Margarita.*—¡De veras!... ¿está concluída?

*Estanislao.*—Concluída precisamente, no; pero ya tengo el título. La llamaré ¡*Agua va!*

*Margarita.*—Algo es el título; pero acábala pronto, porque yo quiero verte célebre, porque yo quiero ser la esposa de un literato.

### ESCENA IX.

Dichos y D. BUENAVENTURA.

*Buenaventura (aparte).*—Éste es el infeliz descendiente de la raza negra, y á quien por lo mismo el presidente de la sucursal de Getafe se halla en la necesidad de proteger.—Lo que es el color me parece algo claro para mulato, sí; pero no es mucho. La nariz... ¡oh! la nariz debe ser del padre: jamás ha habido un negro con semejante nariz... ¡Ah! lo que es decisivo es el pelo... ese pelo ensortijado y á manera de vedijas de lana... ese pelo, que, según todos los autores, constituye la cualidad característica de la raza africana... (*Acercándose.*) Caballerito... V. es sin duda...

*Estanislao (saludando).*—Su más fino servidor y amigo...

*Buenaventura.*—Sí, sí, el joven recomendado de D. Policarpo... ¡Oh! basta que venga V. de su parte... que sea V. su pupilo, para que yo tenga un singular placer en ofrecerle á V. esta casa con cuanto haya en ella... todo lo pongo á su disposición.

*Estanislao.*—Agradezco el favor, y vea V. de mandar á Estanislao Fernández, literato, poeta, ó

como ahora se dice hombre de letras, y especialidad para la zarzuela.

*Buenaventura.*—Vaya, dejémonos de cumplidos, y V. disponga con toda franqueza... A propósito, vendrá V. fatigado del carruaje y querrá descansar.

*Estanislao.*—No por cierto: hay tan poca distancia desde Madrid aquí, que más bien el aire de la mañana ha despertado en mí ciertas ideas... así, algo bucólicas.

*Buenaventura.*—Comprendo: un ligero almuerzo, un refrigerio.

*Estanislao.*—Justamente, estamos acordes: me adhiero á lo del almuerzo. En cuanto á la cualidad de ligero, lo mismo me da que no la tenga.

*Buenaventura.*—Bien está. Víctor... Lucía... traed cualquiera cosa... lo que haya dispuesto. Arreglad la mesa en este velador... Margarita, ocúpate de eso. (*Víctor y Lucía arreglan la mesa, y traen los manjares con arreglo á las órdenes de Margarita.*)

*Estanislao.*—Sr. D. Buenaventura, no puede V. figurarse el deseo que tenía de conocerle á usted desde que ví á su hija.

*Buenaventura.*—¿La conocía V.?

*Estanislao.*—¡Muchísimo! Iba de tertulia todas las noches en casa de su tía, y allí hablábamos de V... y por sus descripciones ya tenía yo cierta idea de esa gallardía, de ese aire... gráfico.

*Buenaventura.*—¿Qué es eso de gráfico?

*Estanislao.*—Gráfico ¡oh! es una palabra muy de moda, sumamente de moda, aunque no sé

su significado, ni los que la emplean tampoco.

*Margarita.*—Señor de Fernández... papá, cuando Vds. gusten.

*Estanislao.*—Al instante. El nutrirse, el conservarse, es un deber, y yo soy muy celoso en el cumplimiento de mis deberes. (*D. Buenaventura y Estanislao se sientan á la mesa, y Margarita se coloca en un sofá inmediato. Estanislao demuestra su apetito.*)

*Buenaventura (aparte).*—¡Qué bien dice Wamburton! El apetito es una cualidad eminente en los negros... Éste conserva las tradiciones maternas.

*Estanislao.*—Amabilísimo señor de Blanco, siento un placer, una confianza extraordinaria al verme en su casa, y estoy además obligado á demostrarle á V. que la persona á quien ha acogido tan benévola y merecida su amistad, su estimación...

*Buenaventura.*—Desde el momento que ha sido V. recomendado por Policarpo...

*Estanislao.*—Eso no basta: es preciso que V. conozca las cualidades del que hoy se honra en ser su huésped... sus merecimientos, aunque escasos...

*Buenaventura.*—En fin, si V. se empeña...

*Estanislao.*—Sí tal. En dos palabras le referiré á V. la historia de mis breves años. En primer lugar, he recibido una educación esmerada, gracias á mi excelente tutor... he estudiado filosofía en el gran Colegio-Academia-Gimnasio-cosmo-colomato-coli-politécnico.

*Buenaventura.*—¡Diablo! ¡qué título!... ¿y qué quiere decir?

*Estanislao.*—Francamente, lo ignoro, y al señor director le sucede otro tanto; pero ya se ve, como hay muchos padres que miden la ciencia del profesor por lo largo del rótulo... Y crea V. que... nuestro director era hombre de mucha ciencia... educado á la *dernière*, y de fe religiosa... así es que de su colegio saqué sólidos principios...

*Buenaventura.*—¡Ya! de moral...

*Estanislao.*—No, señor: de baile... En el primer año de filosofía estudié la moral. ¡Oh! estudié mucho... muchísimo; además del libro de clase... me leí á escondite todas las obras de Paul de Kock.

*Buenaventura.*—¿Y á eso llama V. moral?

*Estanislao.*—Sí, señor: la moral del siglo... la que debe estudiarse... la de la época...

*Buenaventura.*—Y diga V., ¿aprendería V. mucha geografía... física... química... astronomía... en fin, ciencias naturales?

*Estanislao.*—¡Vaya si aprendí!... sobre todo la gimnasia. Esa se estudiaba en el colegio más profundamente que las otras... ciencias naturales.

*Buenaventura.*—¡Ya! Buena es la gimnasia; pero la geografía, la astronomía...

*Estanislao.*—En cuanto á esa, V. dispense; pero el profesor era tan raro, enseñaba tanta mentira... ¡Pues no se atrevía á sostener con Herschell que la luna tenía habitantes! Pero un día le dejé completamente derrotado; no supo qué contestarme á este argumento: «Oiga V.—le dije,—si la luna tuviese habitantes... cuando mengua... ¿dónde se meterían?»



*Buenaventura.*—¡Qué educación! ¡y á la *der-nière!*

*Estanislao.*—¡Se admira V.!... Pues yo era uno de los gallitos de mi clase; y salí sobresaliente en baile, canto, esgrima... literatura; en literatura, eso sí, estudié como un negro.

*Buenaventura (aparte).*—¡Como un negro! ¡La voz de la naturaleza! Pero al salir V. del colegio, ¿qué filosofía sabía V.?

*Estanislao (admirado).* — ¡Qué filosofía!... Una porción de filosofías... La del baile, por ejemplo.

*Buenaventura.*—¡La del baile!

*Estanislao.*—Sí, señor, ¡la filosofía del baile!... Las mujeres la comprenden perfectamente. Lamartine dice que es la poesía en movimiento, y mi maestro, M. Zefire, definía el baile, la expresión de los afectos del alma por medio de los pies. Si no, vea V. (*Se levanta y da un brinco.*) ¡Qué mejor demostración de alegría que ésta!... Y esta otra de furor concentrado, de enfado. (*Alarga el pie y da en el pecho á Víctor.*)

*Víctor.*—¡Lléveme Satanás si no está loco! ¡Y mi amo y la señorita qué caso le hacen!

*Buenaventura.*—Víctor, quita la mesa. (*Mientras éste la quita, D. Estanislao hace dos ó tres piruetas, y sosegándose dice:*)

*Estanislao.*—Amabilísima Margarita, ¿á que no sabe V. de todos... de todos los bailes, cuál es el que más me gusta?

*Margarita.*—La polka... la redowa, el...

*Estanislao.*—Ninguno de esós. El que me en-

tusiasma, por el que deliro... es... adivine V... el *Tango*.

*Buenaventura (aparte y asombrado).*—¡Poder divino! ¡El *Tango*! ¡Baile de negros... música de negros... todo revela su origen! (*Volviéndose á Estanislao.*) ¿Y no aprendió V. otras cosas?

*Estanislao.*—Aprendí á hacer comedias: el profesor tenía un excelente método para enseñar á hacer comedias en veinticinco lecciones, y yo las aproveché mucho. En el mismo colegio compuse un drama en ocho cuadros (los dramas estaban entonces de moda, hacían furor), titulado: *Juan, Pedro y José, ó los asesinos de la Selva Negra*.

*Buenaventura (aparte).*—(¡Selva Negra, cuando todas las selvas son verdes!) ¿Y el drama se representó?

*Estanislao.*—¡Desgraciadamente no llegó el caso! Íbamos á ejecutarle... estaban repartidos los papeles... cuando los tres bandidos se negaron á hacer el suyo por una ridiculez, un escrúpulo, una nimiedad...

*Buenaventura.*—¿Por qué?

*Estanislao.*—Cuando le digo á V. que no era nada... Porque en la escena final debían decapitarles, cortarles la cabeza.

*Buenaventura.*—¡Cómo! ¡Pues entonces me parece que tenían razón!

*Estanislao.*—No, señor... hubiéramos hecho unas cabezas de paja... de lana... hubiéramos buscado unas calabazas... era exactamente lo mismo; pero temían que yo, que hacía el papel de verdugo, me entusiasmase demasiado.

*Margarita.*—¿Y no había en el drama alguna mujer?

*Estanislao.*—Sí tal; papel interesantísimo. Se envenenaba al final de tres cuadros... pero las dos primeras veces tomaba contraveneno para prolongar la situación.

*Buenaventura.*—¿Y no ha hecho V. más comedias?

*Estanislao.*—¡Oh! Sí, señor: es mi vocación. Pero ahora me he arrojado en brazos de la zarzuela... ¡Oh, la zarzuela... la personificación de la época... la alianza de la literatura y de la música!...

*Margarita.*—He visto varias: *El Duende, La paga de Navidad, Colegialas y soldados*, ¡son muy divertidas, papá!

*Estanislao.*—Pues todas esas no valen nada en comparación de las mías. La primera que compuse se titulaba *¡Igualdad ante las olas!*... Decoración de mar... todo mar... ¡mar hasta la orquesta!—La introducción es una pieza concertada con el ruido de las olas entre un Ministro... un lacayo... un bañero y otras personas en clase de coristas... todas en el momento de tomar el baño.—El Ministro, víctima de su posición social, se ve perseguido hasta dentro del agua.—Un pretendiente, que ha averiguado el fresco solaz que se procura S. E., acude presuroso... Pero ¡oh dolor! como todos están en igualdad de trajes, no puede reconocerle y le equivoca con el lacayo, dando con esto margen á mil situaciones á cual más cómicas. De donde, por conclusión filosófica, deduz-

co que en el traje de Adán todos los hombres son iguales... ¿Y sabe V. por qué no se representó?

*Buenaventura.*—No, señor.

*Estanislao.*—Porque dijo la Junta de censura que la decencia pública no permitía que se presentaran los actores desnudos. Y por más que protesté que ese era un traje natural... de baño... que nadie se bañaba con sombrero, frac y paletó, no cedieron y tuve que retirar la pieza.

*Buenaventura.*—Verdaderamente tiene V. desgracia... trabajar asiduamente meses enteros... y luego no conseguir nada...

*Estanislao.*—Pues no me desanimé por eso, y compuse una zarzuela que tiene rasgos grandiosos. Se titula *El hombre impasible*. La decoración representa los portales de la Plaza Mayor. Empieza por un coro de limpia-botas que canta el estribillo siguiente:

|                  |                  |
|------------------|------------------|
| ¡Quién no admira | ¡Quién no admira |
| La virtud        | El esplendor     |
| Del charol       | Del betún        |
| Y del betún!     | Y del charol!    |

*Buenaventura (aparte).*—¡Siempre, siempre hay algo de negro en sus concepciones!... ¡Qué cosa más negra que el betún y el charol!

*Estanislao.*—Luego entraba un sereno...

*Buenaventura.*—Perdone V., que los limpia-botas y el sereno son incompatibles: los unos limpian á las doce del día, y el otro canta á las doce de la noche.

*Estanislao.*—¿Y en esos pelillos se para V.?... Si en la zarzuela hay la ventaja de que el sentido común es lo de menos... Fantasía, imaginación es lo que se requiere.

*Buenaventura.*—Pero, vamos al grano, ¿por qué no se representó?

*Estanislao.*—Por necesidades, por pequeñeces, ¡nada! que en la escena final, para demostrar la impasibilidad del protagonista, hago que le introduzcan un brasero debajo de la silla, y que ésta se quemé, sin que el actor se mueva ni deje de cantar.

*Buenaventura.*—¡Pero, hombre, se tostaría!

*Estanislao.*—Alguna cosa... Y ya ve V., como está tan decaído en España el entusiasmo artístico... no encuentro un actor que haga en pro del arte el sacrificio... de... de lo que tuviese más inmediato al asiento de la silla...

*Buenaventura.*—Hasta cierto punto, doy al actor la razón, y preciso es conocerlo. V. no ha tenido muy buena elección en los argumentos; pero yo le proporcionaré á V. uno que convenga con sus instintos.

*Estanislao.*—¿Cuál? ¿á ver?

*Buenaventura (con énfasis).*—¡La revolución de Santo Domingo!...

*Estanislao.*—La revolución de Santo Domingo... Santo Domingo... Pero, hombre, si ese es un asunto religioso.

*Buenaventura (con asombro).*—¿No ha estudiado V. geografía?

*Estanislao.*—Sí, señor.

*Buenaventura.*—¿Pues cómo no sabe V. que Santo Domingo es una isla en la que ahora mandan los negros porque se revolucionaron?

*Estanislao.*—No diga V. más: yo no tenía idea de esa isla, sin duda porque en mi colegio sólo se explica la geografía blanca.

*Buenaventura (con admiración).*—¡La geografía blanca! ¡Qué escucho!... (*Aparte.*) Pero ya caigo: el director sabría el origen de este joven y no querría despertar en él ciertas ideas...

## ESCENA X.

Dichos y VÍCTOR.

*Víctor.*—Señor, de parte del señor boticario, que le espera á V. en su casa para ir á caza de calandrias.

*Buenaventura.*—Ya no me acordaba: esta misma mañana le he enviado un recado... Lo que es por las calandrias no debía dejar al huésped... Pero ¡ah! ¡qué idea! durante la caza... le hablaré, le interesaré, le haré al boticario socio de la sucursal africana de Getafe... Pero el huésped... en fin, también está en su interés... Por su madre desciende de...

*Estanislao.*—Vaya V. á la cacería, Sr. D. Buenaventura. Por mí no se moleste V... yo pasaré la tarde trabajando en la zarzuela.

*Buenaventura.*—En ese caso voy de caza.—¡Víctor! tráeme los arreos. (*Sale Víctor por la puerta de la izquierda y ayuda luego á su amo.*)

*Estanislao (á Margarita).*— ¡Qué caza tan oportuna!... Tendremos toda una tarde por nuestra. Hablaremos de nuestro amor, de mil proyectos deliciosos, embriagadores...

*Margarita.*— ¡No seas loco!... aún está ahí papá: vosotros los poetas...

*Estanislao.*— Sí, sí: nosotros los poetas no consideramos las cosas materiales, los obstáculos físicos... los papás.

*Buenaventura (acercándose ya vestido).*— ¡Ea! hasta la vista.— Dispéñseme V., y crea que si me ausento es por una causa filantrópica. Los pobrecitos negros bien necesitan protección: son muy dignos de lástima; se me desgarrá el corazón al pensar cómo los tratan.— ¡Víctor! ¡tunante, haragán!... Anda á casa del boticario: avísale que voy hacia la plaza, que no me haga esperar. Si le traen alguna receta... que la despache su mujer. (*Sale Víctor.*) ¡Estos canallas no merecen el pan que comen!— Con que hasta luego. (*Vase hacia la puerta del foro y vuelve.*) Me olvidaba... ¡Lucía! ¡Lucía!

#### ESCENA XI.

D. BUENAVENTURA, ESTANISLAO, MARGARITA  
y LUCÍA.

*Lucía (entrando).*— ¡Señor!

*Buenaventura (bajo).*— Oye... la señorita se queda sola: no te apartes de casa.

*Lucía.*— Ya: teme V. que...

*Buenaventura.*— ¡Qué disparate!... la sangre de su madre me responde de su moralidad. Jamás se

atreverá á alzar los ojos hacia mi hija. Sabe... conoce que mi hija puede darle su estimación, su aprecio... pero nada... nada más... (*Alto á Estanislao.*) Vaya, pase V. á mi despacho; Lucía, acompaña al señor... Margarita (*abrazándola*), si algo se le ofrece al huésped, complácele... Si tú supieras... pero no, porque tienes preocupaciones sociales, y... adiós. (*Vase.*)

## ESCENA XII.

MARGARITA.

Estoy atónita... Mi padre, ordinariamente tan brusco, tan enemigo de caras nuevas, ahora tan amable y confiado con Estanislao. ¿De qué talismán, de qué filtro se habrá valido el tutor?...

## ESCENA XIII.

MARGARITA y ESTANISLAO.

*Estanislao.*—¿Se fué ya?

*Margarita.*—Sí, puedes venir. ¿No te choca la confianza de mi padre?

*Estanislao.*—Es muy fino...

*Margarita.*—Hay algo más que finura: algún misterio debe haber en la carta de tu tutor. (*Buscando en la bata que ha dejado D. Buenaventura.*) ¡Esa carta! ¡esa carta!

*Estanislao.*—No lo atribuyas sólo á la carta. Mis prendas personales; mis propios y escasos me-



recimientos, aunque no tan escasos; tengo hechas dos zarzuelas, y el título de otra. Y lo que es una, Margarita, te la dedico á tí.

*Margarita.*—¡Qué placer!...

*Estanislao.*—Es justicia. ¡Después de mi madre, mi amada! (*Con énfasis.*)

*Margarita (con curiosidad).*—¿Y cuál, cuál de las dos zarzuelas?

*Estanislao.*—¡Oh! no cabe duda: aquélla que tú motivaste, la del jarro de agua... la que se titula ¡*Agua va!* Verás, verás qué buen efecto hace tu nombre en seguida del ¡agua va!

*Margarita (enfadada).*—¡No! ¡esa no! De ningún modo, no consiento que mi nombre vaya detrás de esa exclamación.

*Estanislao.*—¡Calla! ¡pues es verdad! Pero no importa: en la vida real ordinaria, cierto que después de agua va... Pero en la zarzuela ya te he dicho mil veces que todo debe ser raro, fantástico, sublime... fenomenal... En fin, si quieres te dedicaré la de *El hombre impasible*... ¡esa te hará celebérrima!... ¡Se representará doscientas noches consecutivas! Y en verdad... ¡oh, sí, sí! habrá un médico dispuesto las veinte primeras noches para los accidentes y los ataques de nervios, un botiquín de sales concentradas, dos coches para los que queden atropellados en la entrada... Y para lograr esa gloria, ¿cuánto necesito? (*Recapitulando.*) Primero, un buen regalo al director empresario; segundo, otro mucho mayor para el actor que desempeñe el papel de hombre impasible, porque ese pedirá indemnización de daños y perjuicios.

*Margarita.*—¿Por qué?

*Estanislao.*—¡Vaya! ¿no te acuerdas del aria que tiene que cantar sentado en una silla que arde?... Y es muy larga el aria final. En fin, con los coches, el médico, el piquete, las sales concentradas, me sale por mil duros de gastos la zarzuela... y no los tengo.

*Margarita.*—No te detengan esas consideraciones. Por tu celebridad haría yo cualquier sacrificio... y papá tiene mucho más de mil duros.

*Estanislao.*—¡Eh! con que tiene... ¿estás segura? Vaya, pues, sí, señor, nos casaremos. Tú aportarás al matrimonio tierras, prados, montes, viñas, y yo... por mi parte, no quiero ser menos, yo llevaré los manuscritos de mis zarzuelas... ¡Vaya! será una boda muy igual.

*Margarita.*—No te ocupes de asuntos de intereses: eres amante, eres poeta, y debes elevar tu alma á ese mundo ideal del amor puro, exclusivo.

*Estanislao.*—¡Tu cariño, tu pasión, sí, eso es lo que ambiciono!... Da la casualidad que eres rica... pura casualidad... ¿Y tú me amas?...

*Margarita.*—¡Yo no sé qué decir!...

*Estanislao.*—¡No sabes qué decir!... ¡Pues si me lo has dicho mil veces en Madrid! Cuando hablábamos por el ventanillo y sacabas aquella blanca mano. (*Animándose y cogiéndosela.*) Ésta es... la misma. ¡Oh! quiero besarla... ¡Sí, eres tan hermosa... tan!... (*Se arrodilla.*) ¡Mira... mírame á tus pies!

## ESCENA XIV.

D. BUENAVENTURA, con la escopeta en la mano, alza los brazos al cielo; ESTANISLAO se levanta confuso; MARGARITA se cubre el rostro con el pañuelo.

*Buenaventura.*—¡Qué veo! ¡Caballero! ¡Yo me ahogo! ¡Abusar de mi ausencia!... Precisamente cuando estaba trabajando por los intereses de su familia de V.—¡Oh ingratitude negra! Sí: ¡ahora es el caso de decir negra! ¡Cuando acabo de reñir con el boticario porque quería ser presidente de la sucursal africana, y á poco andamos á tiros en las eras!

*Estanislao (con ademán decidido).*—Sr. D. Buenaventura, dígnese V. escucharme. Si bien he cometido una falta, estoy dispuesto á repararla como caballero, pidiéndole la mano de su hija... Creo que V. no se negará.

*Buenaventura.*—Sí, señor, ¡me niego!... ¡me opongo! ¡Le arrojo á V. de mi casa! Ya no vuelvo á hacer nada por sus hermanos de África.

*Estanislao (asombrado).*—¡Pero, señor, qué galimatías es éste! ¡Yo no tengo hermanos ni en África ni en ninguna parte!... ¡Soy único!

*Buenaventura.*—Quiero decir de su raza... de su color...

*Estanislao.*—¿Pero qué es eso de raza... de color, si soy hijo de un compañero de V.?...

*Buenaventura.*—Cierto, por parte de padre; pero por parte de madre, sí, señor, sépalo V., desciende de una familia de negros.

*Estanislao.*—¡Lo confieso!

*Buenaventura.*—¡Lo confiesa! ¡lo sabe! ¡y se atreve V. á aspirar á la mano de mi hija!

*Estanislao.*—¿Y por qué no? ¡La familia de mi madre era ilustre... Un general, dos obispos y un magistrado han llevado con gloria el apellido de Negro!

*Buenaventura.*—¡Cómo! ¿Se llama V. Negro de apellido?

*Estanislao.*—Sí, señor.

*Buenaventura.*—¿No tiene V. de negro más que el apellido?

*Estanislao.*—Nada más.

*Buenaventura.*—¡Y yo que creí!... Pero mire, mire V. esta carta de su tutor. ¡Explíqueme V. estas negras consecuencias! Negras, ¿está V.?

*Estanislao.*—Pues qué, ¿le parece á V. que son consecuencias color de rosa morir pobre, triste y emigrado?

*Buenaventura.*—En fin, me convenzo con las explicaciones de V.; pero he estado en un error... francamente. Había creído hasta ahora que V. descendía de una familia de negros; pero no de apellido, sino de color.

*Estanislao.*—¡Buena ha estado la equivocación!

*Margarita (aparte).*—¡Ahora comprendo la conducta de mi padre! ¡sus palabras!

*Buenaventura.*—Pero no me han faltado razones (*animándose*) poderosas, signos infalibles: ¡ese pelo... ese pelo rizado, encrespado, envedijado, que no puede menos se lo deba V. á su madre!

*Estanislao.*—¡Á mi madre! No, señor: á las medias cañas del peluquero.

*Buenaventura (exaltándose).*—¡Y sobre todo, ese delirio por el *Tango*, un baile negro... eminentemente negro!

*Estanislao.*—¡Ese delirio lo tienen muchos blancos... eminentemente blancos!

*Buenaventura.*—¡Qué equivocación he padecido!... En fin, más vale...

*Margarita (que ha cogido el periódico que está sobre la mesa con aire distraído).*—¡Qué veo!

*Buenaventura.*—Más vale así, porque al cabo no podía dar mi hija á un... Mas ahora las cosas cambian de aspecto. Se casará V. con ella... y no es poca dicha que sea V. hombre de talento. Hará rica á mi pobre Margarita. Pobre, sí, porque ahora puedo ser franco con V. ¡La filantropía cuesta muy cara: por favorecer los intereses de otros he descuidado los míos; estoy punto menos que arruinado!

*Estanislao (soltando la mano de D. Buenaventura).*—¡Arruinado! ¡Calla!... ¡Pues no tenía yo esas noticias!... Y el caso es que contaba con el dote de su hija de V. para poner mis obras en escena.

*Buenaventura.*—¡Es posible!

*Estanislao.*—¡Sí, señor! ¡El arte está tan decaído, que ahora es preciso dar dinero encima para ver representadas las concepciones del genio!

*Margarita (acabando de leer el periódico).*—Estanislao, me parece que todos hemos pecado, y nada tenemos que echarnos en cara. Afortunadamente el desengaño llegó á tiempo; el de mi padre está aquí. (*Le da el periódico y señala.*) Es-

tanislao, renuncie V. á ser poeta, á ser ilustre; olvide V. sus zarzuelas, y yo prometo no volver á coger una novela en mi mano.

*Estanislao (con confusión).*—¡No, no; no puede ser! ¡Renunciar á zarzuelista! ¡Renunciar á la gloria! ¡Mis deberes de ciudadano, deberes sagrados, me lo prohíben!... ¡No, no puedo privar á mi patria de la gloria que hará recaer sobre ella el éxito de mis producciones!

*Margarita.*—¡Ingrato! ¡Ahora es cuando conozco lo que es V.! ¡Ahora conozco la falsía de su corazón! ¡Qué nube encubría mis ojos para haber podido quererlo á V. un solo instante! (*Llora.*)

*Buenaventura (con el periódico).*—Lo estoy viendo y no lo creo; pero si está terminante. (*Lee.*) «Parece ser cierto que los seis directores del Instituto negro africano de París se hallan presos por haber dilapidado doscientos mil francos que consiguieron recaudar de algunas almas inocentes. Hasta la fecha, el único sacrificio que habían hecho por la emancipación de los negros había sido la adquisición de seis lacayitos de Angola, que lucían detrás de sus carruajes, vestidos de seda encarnada.» (*Declamando.*) ¡Dios mío! ¡Y yo que iba á enviarles hoy mismo dos mil reales! ¡Qué á tiempo he recibido este desengaño!... Ya sólo me resta un consuelo.—Estanislao, aunque mi fortuna ha desaparecido casi... todavía conservo aquí prestigio... y la escuela de primeras letras de Getafe está vacante.

*Estanislao.*—¡Yo maestro de escuela! ¡yo dómíne! ¡yo pedagogo! ¡Qué horror!... ¡Qué dirían en

Madrid! ¡El autor de *El hombre impasible* enseñando á deletrear! No, señor; seguiré mi vocación. He roto con su hija de V.: me voy á la corte; echaré á la lotería, y si me cae un premio regular, verá V. mis zarzuelas en escena...

*Buenaventura.*—Salga V. de mi casa...

*Estanislao.*—Me voy; pero no he perdido el tiempo. Con lo que ha pasado aquí haré una zarzuela.

*Buenaventura.*—¡Insolente! (*Llamando.*) ¡Victor! ¡Lucía!

*Estanislao.*—Sí, señor; y el público se reirá mucho de su manía de V.

#### ESCENA XV.

Dichos, VÍCTOR, LUCÍA.

*Victor (que ha oído estas últimas palabras).*— ¡Hará V. reír á costa del amo! ¡Le pagará V. así sus obsequios!... Pues si eso hace V., iré á Madrid y le daré un solemne vapuleo.

*Estanislao (retrocediendo).*—No, no; me abstendré... aborrezco toda clase de argumentos personales.

*Buenaventura.*—Victor, déjale... Aun cuando algún día se representaran en el teatro las locuras que he hecho, nadie las creería, y sin embargo... ¡Cuántos por cuidarse de ajenos intereses ven reducirse los suyos!... ¡Cuántos se erigen en abogados de los demás, teniendo tanta causa propia que defender!

*Estanislao.*—He aquí un buen pensamiento, y no obstante un pobre final de comedia. ¡Acabar una pieza sin la deliciosa decimita de costumbre!... ¡Qué locura!... ¿Y habrá autor que se atreva á aspirar á un aplauso sin pedirle?...







## LA VÍA SACRA.

### I.



LUMAS tan celebradas como las del reputado publicista D. F. C. y la del sabio naturalista y administrador íntegro Don M. J. de G., convidan á sabrosa polémica, saliendo briosos á la defensa del *statu quo* de lo que fué Real sitio del Buen Retiro, y es hoy, por la fuerza de las cosas y la marcha de los tiempos, Parque de Madrid.

Y ciertamente que yo, abrumado de quehaceres municipales y profesionales, no me atrevería á terciar á la ligera en semejante lid, ni á medirme con tales adversarios, si no tuviera la convicción de que han de venir en mi auxilio y darme en definitiva el triunfo las irresistibles corrientes del progreso, que al trocar el nombre de ese hermoso paseo, recreo y solaz de Madrid, no han hecho por cierto una cosa vana y sin sentido. En efecto, así como fuera un absurdo querer introducir en tiempos de antaño carrozas en el Real sitio del Buen

Retiro, bien hallado con unos cuantos bancos de piedra, es imposible, de todo punto imposible, privar por más tiempo al Parque de Madrid de lo que constituye una de las condiciones esenciales de los modernos paseos y una de las comodidades favoritas de las modernas sociedades.

Al leer en el castizo artículo de D. F. C. que hay reformas en que aparecen *humos aristocráticos*, que es más cuestión de vanidad que de razón, que se trata del esparcimiento y solaz de una docena de familias poderosas, que se va á construir la vía sacra de los que arrastran coche, que no satisfechos los poderosos, que son los menos, con los infinitos paseos que enumera, se resisten á confundirse con los de á pie, que son los más; y al ver que, haciendo coro, el ilustrado Sr. G. habla también de trenes y galas que intentan lucir los protegidos de la fortuna, se advierte al instante el error capital en que estriba su resistencia á la mejora intentada, error que, por otra parte, se explica perfectamente, atendiendo á que los preciosos trabajos literarios é históricos del uno, y los importantes estudios científicos del otro, les alejan forzosamente de la vida mundanal y les impiden fijarse en la realidad de las cosas, imaginándose, sin duda, que la sociedad española sigue teniendo, en punto á paseos y á carruajes, las mismas exigencias y los mismos gustos que á principios del siglo.

En aquellos tiempos podía decirse con exactitud que había una docena de poderosos que arrastraban coche; podía decirse que el carruaje era un

objeto de gala, puesto que los que no eran protegidos de la fortuna tenían, como único medio de locomoción á su alcance, que apechugar con un coche de colleras desvencijado y mugriento ó un calesín saltador, capaz de remover los hipocondrios á una estatua de bronce.

Aun en tiempos más recientes, en 1843, era tal la penuria de carruajes, que en una de las primeras Audiencias de España, en la antigua Chancillería, sólo podía disponerse para la ritualidad jurídica de las visitas de cárceles de un disforme coche de viga con una zaga colosal, capaz de dar cómodo albergue á media docena de claveteados cofres, y de tal peso, que necesitaba cuatro poderosas mulas para arrastrarle, á un paso tan lento, que había dado ocasión á los zumbones de apellidar al automedonte con el mote burlesco de *Tragaleguas*. Y por cierto que el estado de conservación de tal vehículo era tan lamentable, que un memorable día, al salir de la visita, y en el momento en que la guardia de la cárcel hacía los honores y el público contemplaba extático el magnífico espectáculo, el fiscal de S. M., jurisconsulto eminente, pero á la vez hombre corpulento, al subirse metió el pie derecho en el pavimento del coche, con tal desgracia, que viniéndose la tablazón al suelo con estrépito, hubo de quedar el representante de la ley á horcajadas sobre el estribo y cariacontecido y algún tanto lisiado.

Pero el tiempo ha marchado, y lo mismo que los grandes palacios de antaño se convierten en infinitos pequeños hoteles; lo mismo que á los

proprios han sustituido los correos y los telégrafos, y á las contadas sillas de postas los ferrocarriles, y á los retratos al óleo la fotografía, y á las telas de brocado los ligeros fulares, y á las vajillas de plata el metal blanco, y á los escasos bancos de piedra de los paseos las innumerables sillas, primero de espadaña, después de rejilla y últimamente de muelles, del mismo modo, y obedeciendo á la propia tendencia, ha variado por completo lo relativo á carruajes.

Si sus ocupaciones literarias y científicas se lo permitieran, yo rogaría á los Sres. G. y C. que fueran una sola tarde á la Castellana, y en vez de esa docena de familias poderosas y de esos poderosos, que son los que menos, que ellos imaginan y describen en sus artículos como los únicos favorecidos, verían coches á centenares, algunos lujosos, otros sencillos, los menos de particular, los más de alquiler, y entre ellos muchos de plaza; verían que van en confuso tropel de cuatro y de cinco en fondo; verían que en ellos se pasean gentes de todas condiciones sociales, desde la que puede consagrar 5.000 duros á la compra de un tronco soberbio, hasta el que sólo quiere ó sólo puede gastarse dos pesetas en una berlina de punto.

Hágase la estadística de los carruajes de Lázaro, Alonso, Escalera, el Valenciano y otros cien que se dedican á la industria de alquiladores al año, al mes, al día; hágase la de los coches de plaza y la de las familias que se suceden en su disfrute, y se verá que en los tiempos actuales no es paradoja

sostener que la mayoría de los que van en coche son precisamente los que no los tienen.

En esos infinitos carruajes, ya á 50 reales por tarde, ya á dos pesetas la hora, entran, en efecto, alternativamente las personas más modestas: ya la humilde tendera, ya el empleado de corto sueldo, ya el pequeño propietario, ya el abogado que aprovecha el coche de la vista, ya el menestral que celebra la boda de la hija, ya el comerciante al por menor que cierra un balance favorable, ya el militar que vuelve de una campaña, ya otros infinitos que ni son poderosos, ni protegidos de la fortuna, ni mucho menos una docena, sino millares de familias.

En suma, y en esto está el error capital de los Sres. C. y G., por efecto de esa tendencia de la época, el carruaje ha dejado de ser, contra lo que ellos creen y confiesan ingenuamente en las frases antes citadas, y que rebosan candor y perfecta ignorancia del estado de las cosas, goce exclusivo del magnate y signo del poderío y opulencia y privilegio de unas cuantas familias y de unos pocos favorecidos en fortuna, y se ha convertido en un medio de locomoción vulgar al alcance de todas las clases y todas las fortunas, y ha venido á ser (no diré si para bien ó para mal, porque esto no se discute) una de las muchas necesidades de las sociedades modernas.

Conste, pues, que el Ayuntamiento de 1874, que proyecta hacer un paseo de coches en el Parque de Madrid, no ha pensado ni podido pensar en halagar la vanidad de una docena de familias

poderosas, sino en llenar una de las necesidades de la sociedad moderna, del público actual, que en gran parte, no sólo desdeña los bancos de piedra y exige sillas de rejilla y muelles, sino que quiere pasearse sentado en sillas de ruedas, que no otra cosa son los coches del día que abundan y se hallan á disposición de las más modestas fortunas.

Deshecho el error capital en que estaban las apasionadas declamaciones de mis contendientes, y explicado el problema, obscuro para Doña Julia, de lo que exigen en punto á coches y paseos la civilización y el progreso del siglo XIX, veamos en qué consiste la reforma proyectada, y así podrán apreciarse sus ventajas ó inconvenientes.

Redúcese el proyecto aprobado, por cierto después de llenados todos los requisitos de planos, presupuestos, Memoria facultativa é informe de la Comisión de obras, á abrir un anchuroso camino para coches y caballos que, teniendo su entrada por la carretera de Aragón, frente á los Campos Elíseos, serpentea por el extremo del Retiro, en la parte antes reservada; cruce por la casa de fieras; vaya por la derecha de las calles de las Welingtonias, respetando el plantío y rodeando la vía de patinar, entre la espaciosa plaza circular de la fuente de la China, en dirección á la actual salida al paseo de Atocha. Es, en suma, lo que suele llamarse vulgarmente la vuelta grande del Retiro; tiene cuatro kilómetros de desarrollo; se aprovecha gran parte de las vías hoy existentes; exige la corta de sólo 180 árboles de sombra de todos tamaños, los más pequeños y muchos trasplanta-

bles; deja intacta para los niños y los que deseen pasear á pie toda la extensión del Parterre, del Estanque, de la calle de las Estatuas, ó sean 118 hectáreas, es decir, la casi totalidad de la posesión, y está presupuestada toda la obra en 110.000 pesetas, de las que sólo la mitad, es decir, sólo 11.000 duros, han de sacarse de fondos propios del Ayuntamiento.

Esto es lo aprobado, y al reseñarlo caen por tierra las declamaciones hechas acerca del costo de 70.000 duros afirmado á la ligera por algún periódico, acerca de la imaginada tala de árboles y otra porción de suposiciones forjadas en la mente acalorada y predispuesta siempre en España á la oposición.

Como ve, pues, el ilustrado D. F. C., habrá 118 hectáreas que quedan intactas y á disposición de los enlutados que no quieran hacer ejercicio en el paseo de los Melancólicos, que Ayuntamientos anteriores les dedicaron, y de los ancianos y de las madres asustadizas y de los niños bulliciosos; y el espectáculo de los coches, eso que á él le parece por sus gustos y por su edad laberinto infernal, y que á tanta gente moza como acude á llenar de bote en bote las alamedas laterales del paseo de la Castellana les parece entretenimiento y solaz delicioso, quede relegado al extremo, al perímetro de la finca. Vea, por tanto, cómo al abogar por el *statu quo* se hace servidor inconsciente de la parte del público de Madrid que, aficionada al sosiego y al silencio, quiere imponer sus gustos á todos y monopolizar el Parque, y vea cómo el

Ayuntamiento de Madrid, más equitativo y más justo, hace una reforma que permite que cada cual satisfaga sus aficiones, reservando á las madres de familia y las gentes tranquilas la casi totalidad de la posesión, y concediendo al público joven y alegre que gusta (y la concurrencia á las estrechas alamedas de la Castellana lo evidencian) de pasear al lado de los coches, el medio de satisfacer ese natural deseo.

No está más afortunado el Sr. C., no obstante su envidiable ingenio, al intentar rebatir la observación de que en todas las capitales del mundo moderno los grandes paseos tienen todas calles para coches y jinetes, á la vez que alamedas para los que prefieren hacer ejercicio á pie. Nada dice de los parques ingleses ni de los hermosos paseos alemanes; pero pretende explicar lo que acontece en el Bois de Boulogne y en el parque Monceaux, de París, suponiendo que en ambos se han puesto vías para carruajes por existir tránsitos y servidumbres públicas anteriores. Bien sabe el ilustrado Sr. C., con respecto al Bois de Boulogne, que aparte de la carretera de Saint-Cloud (la más pequeña por cierto), se han abierto alrededor del lago y en otros cien puntos nada menos que 85 kilómetros que no van á ningún pueblo y que están consagrados á satisfacer la creciente afición del público á pasear en coche y á caballo. Y con respecto al parque Monceaux, de sólo dos hectáreas, es decir, poco más de la centésima parte del Retiro, tampoco ignora mi ilustrado adversario que le rodea una espaciosa calle circular que po-



drían utilizar los carruajes, y que, por consiguiente, si los ediles parisienses han abierto nada menos que cuatro grandes vías de carruajes en ese precioso aunque diminuto parque, es, no sólo por satisfacer una necesidad de tránsito, sino por aumentar las comodidades de aquel paraíso en miniatura, facilitando su cómodo acceso, no sólo al paseante de robustas piernas, sino al valetudinario, al anciano, al impedido, al público, en suma, que quiere servirse, ya de una berlina de Binder de doble suspensión, ya de una victoria de alquiler de á dos francos cincuenta céntimos por hora.

La observación de que hay atenciones preferentes, como cárceles, asilos de beneficencia, casas de socorro, pagos de deudas, queda contestada haciendo notar que el actual Ayuntamiento acude como los anteriores, y con algunos recursos más, que por su celosa administración va obteniendo, á todas estas atenciones; pero entre las más preferentes está dar trabajo, como han dado todos los Ayuntamientos, incluso el que presidió el Sr. G., á la gente bracera; por manera que los 11.000 duros que da el Ayuntamiento y los 11.000 que da el Duque de Fernán-Núñez van en derechura á un fin tan sagrado y tan urgente como los que señala D. F. C. Y con esto casi he contestado la primera pregunta de la indagatoria que el severo Sr. G. formula contra el desventurado Ayuntamiento, al que ya parece ver sentado en el citado é incómodo banquillo de los acusados.

¿Es necesario, pregunta el Sr. G., frunciendo el entrecejo y subrayando la palabra, un paseo de co-

ches dentro del Parque de Madrid? Es necesario, permítame que le conteste, como fueron necesarias la Escuela Modelo, y los desmontes de la cuesta de Areneros, y las calles que se abrieron en la época en que el interpelante presidía el Ayuntamiento con honra suya y ventaja de la capital. Y eso que entonces no estaba más desahogado el Ayuntamiento, que tenía pendiente una ejecución por catorce millones, primer asunto que tuvo la suerte de arreglar el Marqués de Sardoal al tomar posesión de la alcaldía. Así, pues, es necesario, es atención apremiante, y esto no lo ignora el Sr. G., sostener las mismas cuadrillas de braceros que él sostuvo, porque la edificación y la industria ocupan al menestral y al artífice, pero no al bracero, sobre todo en la estación del invierno; y de sostener esas cuadrillas y de dar pan á esos pobres, es más ventajoso emplear el esfuerzo de sus brazos en aumentar las comodidades del Parque de Madrid con un paseo que á los que no le quieran disfrutar nada molesta, que ocuparlos, como en tantas ocasiones, en abrir trincheras y levantar terraplenes y hacer estériles movimientos de tierras.

Más grave es el cargo que se formula en las preguntas tercera y cuarta, en que buscando á quién beneficia el proyecto, se interroga severamente si se trata de favorecer con él á los terratenientes próximos al Buen Retiro, ó solamente se desea que luzcan sus trenes y galas los favorecidos de la fortuna. Ni lo uno ni lo otro, severísimo juez instructor del sumario. No lo primero, porque el mismo Sr. G., que no obstante su excelente carácter aquí

aparece extremando su oposición, tiene el deber de estricta justicia de contestarse á sí mismo declarando que son incapaces de todo punto el Duque de Fernán-Núñez, el Marqués de Sardoal, la mayoría del Ayuntamiento y el que suscribe, de tomar una medida de interés general, que en una mitad se satisface de fondos del procomunal, con el mísero propósito de favorecer ni á terratenientes ni á nadie. Y no lo segundo, puesto que la vía pública quedará expedita para todas las infinitas familias que en un día del año pueden gastarse cincuenta reales en una carretela de alquiler ó dos pesetas en un coche de punto.

No menos sorprendente es el cargo de intentar una mejora antes de que la exija el vecindario, como si ésta fuera una ritualidad indispensable, y como si no le constara al Sr. G. que la mayor parte de las mejoras de los servicios públicos se han llevado á cabo en nuestro país, y testigos elocuentes de esto los renombrados carros de Sabatini en otros tiempos y el tranvía y los jardinillos de las plazas públicas, no ya sin la previa petición de la prensa y el vecindario, sino hasta luchando muchas veces con prevenciones que cegaban á la generalidad.

La mayor parte de las demás preguntas del interrogatorio están ya contestadas, como, por ejemplo, la de la tala de árboles y la del coste, que es de 11.000 duros para el Ayuntamiento y no de 40.000, como supone el Sr. G., ó se contestan por sí solas, como la de querer invertir los 11.000 duros en una verja, lo cual daría ganancia á un fun-

didor y dejaría sin jornal á los braceros, ó se reducen á expresar dudas acerca de la conservación del camino, escasez de agua para regado y necesidad de alumbrado, que por cierto no existe ni en el Bois de Boulogne.

Lo mismo se dijo, recuérdelo mi ilustre contendiente, cuando se hicieron los jardines de Cervantes, de la plazuela del Progreso, de la Plaza Mayor y de otros puntos. También entonces se elevaron severos Aristarcos para condenar esas importaciones del extranjero; también se aseguraba que nuestro pueblo, atrasado, ni apreciaría la mejora ni respetaría los árboles y las flores, pareciendo indispensable un centinela con bayoneta calada para cada planta; también se dijo que faltaría el riego, que se abandonarían. Y lejos de eso, nuestro pueblo ha apreciado la mejora, y la saborea y la goza, y demuestra con su conducta que le calumniaban los que no le suponían á la altura de la plebe de París y Londres (á las que supera en mucho), y los jardinillos de nuestras plazas van en aumento y prosperan á maravilla. Pues lo propio sucederá en el nuevo paseo de coches: si agrada, ni habrá polvo, ni carecerá de riego, ni faltará quien lo conserve.

En cuanto al recuerdo histórico de Felipe IV, exigiendo que se entrase á pie en el Retiro para rendirle vasallaje, y al deseo del Sr. G. de que se conserve esa preciosa tradición, si bien con la variante de entenderse ahora que el pleito homenaje se rinda á la soberanía de la nación, permítame que le diga que esa observación suya hace buena

la de D. F. C., recordando oportunamente que España es el país de los viceversas; pues aquí aparecen dos progresistas de toda su vida abogando por el *statu quo* de Felipe IV, al paso que un conservador de siempre entiende que hay que abrir prudente paso á las necesidades modernas; no viendo la necesidad, en materia de paseos, de conservar ningún pleito homenaje, siquiera sea á la soberanía de la nación, la cual de fijo ni se ofende, ni se da siquiera por aludida por una reforma que permite usar de una de las comodidades modernas puesta al alcance de todas las clases, como es el pasear en carruaje por una vía de seis hectáreas en cuatro kilómetros de desarrollo, á la vez que para la gente sana, robusta y andadora se reservan 118 hectáreas nada menos.

Réstame sólo hacerme cargo de una observación nacida del ingenio del Sr. C., al recordar delicadamente al actual Ayuntamiento que no puede permitirse la inversión de 11.000 duros del presupuesto ordinario, aprovechando la oportunidad de que un particular dé otro tanto en beneficio de las clases menesterosas, por la especialidad de su origen.

En esta parte tiene razón sobrada, y no sólo el que suscribe, sino el Ayuntamiento todo desea, sin duda, que el Gobierno tome pronto una medida que en Madrid no ofrece riesgos, haciendo que venga cuanto antes á sustituirnos, con la pesada carga que hemos aceptado, una corporación municipal nacida del sufragio, y, por tanto, más en armonía, más en relación con el vecindario,

que no se ciegue por el prurito de acometer mejoras, y cuyos individuos eviten cuidadosamente excentricidades tan peligrosas como la de tocar en materia de jardines á la obra de Felipe IV, y la de pretender gastarse de su bolsillo 10 ó 12.000 duros en jornales para los braceros.

También estoy conforme con el Sr. C. en que no debe precipitarse la reforma. Si la sociedad culta de Madrid llamada á aplaudirla y á alentarla no la aprueba, lo cual no puedo creer; si le basta la estrecha cinta de Recoletos y la Castellana para recrearse con el espectáculo de los carruajes; si está bien hallada con que todo el Retiro sea monopolio exclusivo de enlutados, filósofos y gente de buen andar; si la es indiferente que se gasten ó no este invierno 22.000 duros en favor de los menesterosos, quédense las cosas como están, y guárdese su donativo el Duque de Fernán-Núñez.

Tiempos vendrán en que la pública opinión se imponga á nuestros actuales contradictores, haciendo justicia al Ayuntamiento que, superior á preocupaciones añejas, quiso no favorecer á una docena de familias poderosas, sino introducir en el Parque de Madrid un elemento más de comodidad y de cultura al alcance de todas las clases sociales.

No dejo la pluma sin declarar que si en algo he podido ofender las susceptibilidades de mis dignos adversarios, incluso Doña Julia Sofía, se tenga por no dicho y no impreso. Mi propósito ha sido sólo defenderme y defender á la inmensa mayoría de la corporación municipal de cargos que concep-

túo infundados, injustos y algunos ofensivos; y si al parecer devuelvo alguna estocada, es en justa defensa; y si por ello se me censurase, se incurriría conmigo en la propia injusticia con que se tachaba al protagonista de la fábula francesa, diciendo:

*¡Cet animal est bien mechant!*

*¡Quand on l'attaque, il se deffend!*

## II.

Sr. Director de *El Imparcial*.

Mi querido amigo: Conocidas son en Madrid las estrechas relaciones que mantengo con uno de los actuales concejales, á quien profeso tan singular predilección, que no se dará seguramente el caso de ver al uno sin el otro.

Nadie extrañará, pues, que no obstante mis aficiones literarias y mi absoluto alejamiento de la política y la administración, deje por esta vez el piso bajo de *El Imparcial*, y me venga á la sección de *El país pintado por sí mismo*, á quebrar una lanza con Doña Julia Sofía Meriné, la cual á su vez ha debido dejar á un lado el no urgente repaso de la ropa blanca de su casa, ó la delicada labor de crochet, para lanzar una furibunda catilinaria contra la desventurada mayoría del Ayuntamiento, acusada por ella nada menos que de querer destruir el primer adorno y solaz de la corte.

Antes de entrar de lleno en la cuestión del Retiro, que es evidente que va á quedar destruído y

talado y convertido en un yermo semejante al horrible Bois de Boulogne de París y al feo parque de la Cambre de Bruselas en cuanto penetre un coche en sus alamedas, permítame la articulista Doña Julia Sofía Meriné que me haga cargo de dos ó tres alfilerazos con que previamente se me permite afligir á la corporación municipal.

Al leer que en la memorable sesión en que se consumó la ruína del Retiro y se decretó, por consiguiente, la tisis de Madrid por la supresión de sus pulmones, mantuvieron una actitud levantada y digna los Sres. Gasset, Jaquete y Borrell, confieso que se apoderó de mi alma una sensación indefinible de temor y casi de vergüenza. Mucho quiero, y mucho estimo, y mucho celebro que mantuvieran una actitud levantada esos tres dignos concejales; pero ¡cielo santo! y los otros treinta ó cuarenta, entre los que figura mi amigo predilecto, ¿qué hicieron? ¿Quiere indicar acaso la Doña Julia Sofía, de una manera delicada, que en vez de tener esa actitud levantada se echaron de bruces y se prosternaron ante el Marqués de Sardoal y el Duque de Fernán-Núñez?

Pedidos informes á mi amigo, hubo de tranquilizarme, asegurándome que tan digna y levantada fué la actitud de los que dijeron sí como la de los que dijeron no, obrando cada uno con arreglo á su conciencia; pero que sin duda Doña Julia Sofía rindió tributo involuntario á la preocupación universal en España, que hace que hagan levantado y digno todo lo que sea hacer oposición, y debilidad, miseria y casi abyección todo lo que sea pres-



tar apoyo á la autoridad y ayudarle á llevar á término sus propósitos.

Más grave es la reticencia maliciosa que se permite la articulista, indicando que la precipitación en el acuerdo, la falta de circunspección habida con los discordantes, y, sobre todo, lo inexplicable del donativo de los 10.000 duros para una obra perjudicialísima, cuando se hallan desatendidos servicios urgentísimos y abandonadas ó poco menos las casas de socorro, hace presumir que algo se oculta en esta determinación que la desvirtúa, y que es de tal género que por lo visto no puede decirse en voz alta.

¡Triste condición la de algunas gentes! Un grande de España poseedor de una gran fortuna, de la que hace constantemente el uso más noble y generoso; un grande de España que vive en un barrio de menesterosos y que no da un sarao á sus amigos sin repartir igual suma entre los desvalidos, acepta la comisaría del Retiro, desea dejar ¡condición noble! un recuerdo de su administración, se fija en una obra que ha de dar vida y animación y hermosura al mejor paseo de Madrid; y al ver que la corporación municipal se halla escasa de recursos, se presta á dar algunos miles de duros de su bolsillo, que van á distribuirse hasta el último céntimo entre jornaleros y menestrales, y todavía hay sospechas y reticencias, y todavía se ve expuesto á que le salpique el lodo de la maledicencia, siquiera se le arroje por la delicada mano de una dama.

No, y mil veces no: la determinación de hacer

un paseo de coches en el Retiro podrá ser errónea, absurda, detestable, ridícula; pero nadie tiene derecho á suponer, por medio de habilidosas reticencias, que no la inspiren las más nobles y puras y rectas intenciones.

Por lo demás, y en cuanto á la medida, en sí misma es de todo punto insostenible.

Es evidente, en primer lugar, que sólo se hace en obsequio de las clases acomodadas, puesto que los 22.000 duros que han de invertirse en jornales serán recogidos exclusivamente por éstas, proponiéndose el comisario repartir las azadas entre sus amigos y comensales.

No es menos evidente que los niños de Madrid van á correr los más horrorosos peligros, y que apenas habrá día que no registre la gacetilla de la capital atropellos inauditos, porque si bien es verdad que en Londres, París y Bruselas hay paseos de coches y caballos en los parques, y allí no sucede nada, consiste en que los niños ingleses, franceses y belgas son muy superiores á los nuestros en inteligencia y tienen más desarrollado el instinto de su propia conservación.

En vano sería querer calmar las ansias maternas de Doña Julia advirtiéndola que el paseo de coches del Retiro deja intacto el Parterre y otros cien sitios más desahogados que los jardinillos de Recoletos, por donde pueden discurrir los niños sin temor de ser atropellados, y los afligidos sin recelo de que los alcance el mundanal bullicio, y aun los enamorados sin la zozobra de que se turben sus dulces coloquios.

Á todo esto contestará victoriosamente Doña Julia Sofía que la prueba es decisiva y está hecha. Los jardinillos de Recoletos están rodeados de calles y paseos por donde pasan todos los carruajes de Madrid, y, como no podía menos, los infinitos niños que á ellos afluyen apenas tienen otra preocupación más que la de arrojarse bajo las ruedas de los carruajes.

No menos poderosa es la observación de que detrás de los carruajes entrarán en el Retiro las intermitentes y tifoideas de la Castellana. Además de que la ciencia ha demostrado cumplidamente que estas pícaras enfermedades acostumbran viajar á la zaga de los coches, basta ir una de estas tardes espléndidas de invierno en que está de bote en bote el paseo de coches y el de á pie de la Castellana, para adquirir la convicción de que el sinnúmero de niñas bonitas, frescas y sonrosadas que lucen las bellezas de su rostro, los primores de sus atavíos y el encanto de su talle, son capaces de dar, no sólo tifus, sino tabardillo y jaqueca y parálisis á los que las miran.

En resolución: querer hacer del Retiro un paseo semejante á los parques de Londres, á los bosques de París y Bruselas, reuniendo todas las clases sociales, haciendo que la clase media alterne con la aristocracia y el pueblo, llevando la animación y la vida y el movimiento al mejor sitio de recreo de Madrid, reuniendo en un punto de los más hermosos todos los alicientes, haciendo que haya en un sólo paseo sitios donde se ostente el lujo, jardines inmediatos donde retocen los niños, alamedas so-

litarias para los que desdeñen el mundanal ruido, es un pensamiento antiprogresivo, absurdo y abominable.

Y lo más horrible del caso, lo que debe sacar de quicio á Doña Julia Sofía y á todos los mantenedores del *statu quo* del Retiro, es que se piensa seriamente, además de hacer en él un paseo de coches, en establecer en otro de los extremos de esa vasta posesión un jardín de aclimatación á la moderna, en que haya estufas y flores y aves.

El día en que eso suceda y en que encuentre el Ayuntamiento otro Duque de Fernán-Núñez que costee por mitad la obra, cosa que, por lo visto, es baladí, y casi casi censurable, entonces los clamores llegarán á su colmo, y no habrá en el *Diccionario* palabras bastante acerbas para censurar á un Ayuntamiento que, además de haber empezado á pagar deudas heredadas, además de haber sextuplicado en un mes la renta de arbitrios, se obstina en creer que el mundo marcha y que, por tanto, en el jardín de Felipe IV, censurado de fijo por las Doñas Julias Sofías de su época, caben las mejoras que reclama la civilización y el progreso del siglo XIX.





## RECUERDOS DE SPA.

**E**N un fresco y recortado valle, amorosamente ceñido por los frondosos cerros de Spaloumont y *Hautes-fagnes*, derivaciones de la áspera cordillera de los Ardennes, ya sobre los confines de la afortunada Bélgica y la poderosa Alemania, se extiende por verdes praderas, surcadas por cien arroyuelos de plata, la reluciente y coquetuela población de Spa, cuyo gracioso caserío parece ocultarse entre ramaje de copudos árboles, como nido de alondras en mata de lentisco.

Lenta y dulcemente se han deslizado tres meses, acaso los más dichosos de mi existencia, en aquella verdadera Arcadia, recobrando de día en día mi atribulado espíritu la perdida calma y mi asendereado cuerpo el vigor perdido, merced á los maravillosos efectos de bienhechores manantiales y á la misteriosa influencia de aquellas auras purísimas.

Obedezco, pues, como Pedro el Grande y Luis Felipe, mis ilustres predecesores en el papel de ba-

ñistas, á un vivo sentimiento de gratitud elevando un monumento, si no de piedra y de mármol como ellos, al menos de imprenta, á las aguas de Spa.

En ellas, tan antigua y constante es su fama, hallaron alivio á sus dolencias, y en sus risueños paisajes solaz para su espíritu, personajes tan célebres como Enrique III de Francia, Alejandro Farnesio, Justo Lipsio, Cristina de Suecia, Guillermo de Holanda, el Conde de Artois, Federico de Prusia, Candolle, Volney, Wellington y Alfieri.

Por de contado que la vida de Spa en nada recuerda el *dolce farniente* napolitano, pues hasta en la holganza los hombres del Norte se muestran activos y diligentes.

Las primeras horas de la mañana se consagran á recorrer á pie, á caballo ó en ligeros y graciosos carruajes de mimbre los preciosos alrededores de la población, dirigiéndose unos á la linda fuente del Tonnelet, rodeada por los jardines encantadores de la granja-modelo de M. Simons; encaminando otros sus pasos por las frescas enramadas del paseo de los Artistas; alejándose algunos en dirección de las fuentes de la Sauvoniére y Groesbeck, y llegando los menos hasta el parque de la Geronstére, que se halla en la cima del monte, del que se descende por preciosas sendas y entre cascadas bullidoras que inspiraron á Meyerbeer las dulces armonías de *Dinorah*, hasta llegar al pequeño lago en que se refleja el elegante kiosko de Barizart, desde el que se regresa por una linda alameda hasta el mismo Spa.

Al paseo de la mañana sucede el baño y el cho-

ro ó ducha que se toman en el suntuoso edificio consagrado á este objeto; después se almuerza opíparamente en las infinitas fondas que rivalizan en pulcritud y buen gusto, y que parecerían excelentes aun sin el incentivo del apetito despertado por el paseo de la mañana y el baño.

Síguese un descanso consagrado por unos exclusivamente á la tarea de la digestión, y dedicado por otros á la correspondencia y á la lectura de los periódicos en el soberbio salón del Casino, y ya á las dos de la tarde los acordes de la preciosa orquesta que se sitúa en el kiosko de la *Promenade de Sept Heures* (así llamada sin duda porque jamás se pasea en ella á las siete), invitan á los perezosos á dar unas vueltas por una alameda tan hermosa como la más bella de Aranjuez. Las señoras se sientan en campestres sillas, acuden los caballeros, se forman tertulias agrupadas por naciones, oyéndose el inglés, el francés, el alemán, el español, el italiano, el holandés, el ruso, y aun este último verano el tártaro y el persa. ¡Y tanta variedad de bellezas como de idiomas! Hermosas holandesas lucen su tez rubicunda, bellísimas inglesas sus esbeltas formas, parisienses monísimas su gracia y su chispa, arrogantes italianas sus correctas facciones, rusas vivas y alegres sus especiales atractivos, y sobre todas descuellan las españolas con sus rasgados ojos, su espléndido y sedoso cabello, su tez mórbida, sus lánguidos y suaves movimientos, su encanto singular é indefinible, que sentimos nosotros y que cautiva y rinde y enloquece á los extraños.

Y mientras las niñas bonitas coquetean, y las mamás lucen sus atavíos, y charlan y murmuran, y los niños y niñas bailan al son de la música, y se entienden y comunican por medio de la mímica, que es el verdadero lenguaje universal, y los hombres graves arreglan el mundo, transcurren insensiblemente las horas y llega el momento de peregrinar á la fuente del Pouhon, que brinda generosa con sus raudales de agua fresca como la nieve y bullidora como el champagne, y regeneradora y reconstituyente como no soñaron nunca en serlo la revalenta, el racahout y el café de bellotas.

Colocada esta fuente en el centro de la población, es la Puerta del Sol, como quien dice, y protegida por un pórtico que se alza sobre una robusta columna, es, de cuatro á cinco de la tarde, el punto á que afluye toda la colonia de bañistas.

Á las cinco se retiran todos á las fondas ó á las infinitas casas amuebladas y rodeadas de jardines que forman la alameda del Martillo, y que abundan por todos lados; y á las nueve de la noche se pueblan los magníficos salones del Casino, al que acude la flor y nata de los concurrentes á Spa, recreándose hasta las doce de la noche, ya con espectáculos teatrales, ya con conciertos agradabilísimos, ya con bailes encantadores que se dan en un salón que pueden envidiar algunos monarcas.

El año último, el juego, que antes se enseñoreaba de aquella mansión espléndida, había desaparecido, y con la ruleta emigraron los jugado-



res y los truhanes y las cortesanas que forman su habitual séquito.

Para cortar la monotonía de esta tranquila existencia, que también de la felicidad se cansa con frecuencia el hombre, el director del Casino, monsieur Kirsch, elabora durante el invierno un programa de fiestas semanales que, á diferencia de los políticos, se cumple en la temporada al pie de la letra.

Es M. Kirsch un tipo singular que no existe en España, y que basta á asegurar la prosperidad de una de esas poblaciones que subsisten de los atractivos ofrecidos durante los plácidos meses de verano á los ociosos y á los favorecidos de la fortuna.

De agradable presencia, de finos modales, polígloto, diplomático, abogado, escritor público, poeta y prosista, músico, hombre de mundo, hombre de ciencia, hombre de letras, como ahora se dice, M. Kirsch entiende de todo, sabe de todo, y sacando partido de sus cualidades, ofrece hábilmente escalonadas una serie interminable de diversiones á los concurrentes á Spa.

Reuniones de sociedades corales y charangas populares formadas por artesanos que acuden de infinitos puntos, y después de pasear por la ciudad vistosamente empavesada sus banderas, pendones y distintivos, se colocan en los kioskos de la plaza Real y el paseo de *Sept Heures* y pueblan el aire de acordes armoniosos; exposiciones encantadoras de flores; fiestas de noche con iluminaciones de vasos de colores y poderosas luces de Bengala que dan colorido fantástico á todos

aquellos montes; carreras de caballos que tienen justa nombradía en el mundo hípico; conciertos extraordinarios y preciosas romerías en las inmediaciones de Spa, á las que acuden gozosos desde el rústico hasta el monarca, y en las que se distraen, bailan y engullen y beben cinco ó seis mil personas, sin que se suscite una disputa ni salga á relucir un *alfiler*; todo, en fin, cuanto puede recrear el ánimo y dar pasto á los sentidos, lo prepara y arregla y ordena M. Kirsch, que en esos días de batalla se centuplica, sin que desaparezca la sonrisa de sus labios y sin que desaproveche una sola ocasión de dirigir una frase agradable y una mirada galante á las hermosas damas que veranean en Spa.

Pero el más poderoso atractivo de Spa no lo constituye ciertamente el programa de las fiestas. Aun sin ellas, lo apacible del ambiente, la frondosidad de sus bosques, la frescura de sus fuentes, la tranquilidad y la calma que se respira y que permite dejar de noche los escaparates de las tiendas y las ventanas de las casas sin más defensa que los cristales, la dulzura de carácter y la afabilidad de los habitantes, la bien entendida comodidad de las viviendas, bastarían para hacer grata la residencia de verano, aun para aquéllos que no hayan ido á recobrar la salud perdida.

El gran Meyerbeer era entusiasta de Spa: á sus ricas aguas, á sus pintorescos paseos acudía todos los veranos á buscar nuevas inspiraciones, y queriendo dar de ello público testimonio, al ponerse en escena *Dinorah*, exigió que se copiase para el

segundo acto la cascada y el paisaje que no habrá apenas persona culta de Madrid que no haya visto en nuestro teatro Nacional.

Aquellos árboles de verde, menudo y recortado follaje; aquellas rocas; aquel límpido torrente; aquel césped aterciopelado; aquella cascada; aquel ambiente casi azulado, están en el parque de la Geronstére, en el paseo de los Artistas, y ejercen sobre el ánimo irresistible influencia.

Más de una vez el que esto escribe, paseando al lado del torrente, ó sentado en el tenue puentecillo que le cruza, ó reclinado sobre el árbol que se doblega sobre la corriente, y percibiendo las extrañas armonías del agua que se despeña, de la rama que se desgaja, del lejano balido del cabritillo, del colorín que canta en la enramada, del follaje blandamente agitado por la brisa, ha sentido transformarse su sér, penetrar su pecho sensaciones nuevas é indefinibles, desligarse su espíritu de terrenales ligaduras y elevarse su pensamiento en invisibles alas y flotar en misteriosos, tenues y jamás surcados espacios.







## DISERTACIÓN

ACERCA DE LA INFLUENCIA EJERCIDA EN EL IDIOMA  
Y EN EL TEATRO ESPAÑOL POR LA ESCUELA CLÁ-  
SICA QUE FLORECIÓ DESDE MEDIADOS DEL PASADO  
SIGLO.

**N**EGAR en absoluto el benéfico influjo de una escuela en que figuran como escritores Cadahalso, Meléndez Valdés, Jovellanos, Iriarte, Cienfuegos y Moratín, y como preceptistas y críticos Luzán, Mayans y Capmany, fuera un absurdo en que nadie que se precie de amante de las letras ha podido todavía incurrir; pero es indudable que, á consecuencia de la revolución literaria llevada á cabo por la escuela romántica que se enseñoreó de España desde 1835, se han desconocido los servicios prestados á la ilustración patria por los llamados clásicos, contra quienes se han dirigido cargos, que aún subsisten, y que con facilidad pasmosa se reproducen sin reflexión ni crítica.

Ante todo hay que establecer una completa separación entre las enseñanzas de la escuela clási-

ca, en lo que hace relación á la poesía lírica, á las composiciones en prosa, al lenguaje en general, á las formas externas del pensamiento humano, y en lo que se refiere á la teoría sentada por la misma escuela en cuanto al teatro.

Por lo que hace al primer extremo, los servicios prestados por los escritores que ilustraron el reinado de Carlos III y florecieron en el de Carlos IV, son punto menos que indiscutibles.

En cuanto á los preceptos de la dramática, ofrece, sin duda, margen á abundante controversia el prurito de aclimatar en nuestro suelo la exótica planta de la tragedia, y se presta á justa censura el fervoroso y rígido culto tributado á las famosas tres unidades, sin que por esto sea merecedora aquella escuela de los severos cargos de muchos escritores modernos que, en su exagerado encono, llegan, como llegó el erudito D. Agustín Durán, hasta imputarle la decadencia de nuestro teatro.

Para vindicar en mucha parte á los clásicos del largo capítulo de cargos que en su daño se han formulado, basta restablecer la verdad histórica, con deplorable frecuencia olvidada en nuestras contiendas literarias.

No parece, en efecto, cuando se escuchan ciertas declamaciones, sino que á nuestro siglo de oro sucede sin solución de continuidad el reinado de Carlos III; no parece sino que al fenecer el brillante período de Garcilaso, Herrera, Cervantes y Lope, vinieron los clásicos, preceptistas ó escritores, á atajar el vuelo majestuoso de la inspiración española, ahogándola con el dogal de reglas im-

pertinentes. Se olvida demasiado, al juzgar en nuestros tiempos la restauración clásica, llevada á cabo en el siglo xviii, el estado de abatimiento, de postración, de mal gusto en que cayeron las letras españolas.

Ni Jovellanos, ni Meléndez, ni Moratín fueron antagonistas de Cervantes, Herrera ó Lope, ni se dirigió su regeneradora empresa contra tales ingenios, ni desconocieron las glorias de España, ni pretendieron nunca posponerlas á las de Francia, ni hay para qué contraponer, como suele hacerse cuando de ellos se habla con tanta ignorancia como injusticia, la escuela popular ó patria de los buenos tiempos, á la extranjera ó galicista.

Al contrario de lo que en la vecina nación acontece, donde el siglo xviii parece el predilecto de sus historiadores, entre nosotros apenas se conocen los sucesos, ya políticos, ya literarios, que llenaron el mismo período: así que considero como un eminente servicio prestado á la historia literaria de España el erudito trabajo que, con el modesto título de *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo xviii*, aparece al frente del tomo LXI de la *Biblioteca de Autores españoles*; trabajo que, honrando á su autor, honra también á la Academia Española, que le cuenta entre sus individuos.

La decadencia política en que cayó España al terminar la dinastía austriaca ejerció, como no podía menos de ejercer, pernicioso influjo en la literatura; y perdidas la severa sencillez y la robusta entonación de nuestros grandes escritores,

empezó á dominar el estilo culto-metafórico-altisonante del caballero Marini (1), que para desdicha de las musas españolas había alcanzado el favor de Góngora y otros ingenios, y que en manos de sus imitadores degeneró en el conceptismo y discreteo, para venir, de degradación en degradación, á terminar en el retruécano y la chocarrería.

Antes, pues, de motejar la severidad de la escuela clásica, antes de combatir la reforma que intentó llevar á cabo, preciso es tener en cuenta el estado en que se hallaban las letras españolas y el linaje de escritores contra cuyos excesos esgrimieron los clásicos el sangriento látigo de la sátira ó levantaron el valladar fortísimo de las reglas.

Bajo el torrente incontrastable de la moda venise desaparecer casi por completo las voces que tienen en nuestro idioma la significación de un objeto claro y determinado. Ya no se habla más que por metáforas y perífrasis: la Virgen no es la Virgen, dulcísimo nombre que invocaron los españoles en su gloriosa empresa de reconquista; la Virgen es un *sacro asombro animado* ó el *epítome de Dios*; el sol no es el sol, astro esplendoroso del firmamento, sino el *presidente del día*; la Iglesia católica es la *Infanta real de Cristo*; la nieve, *candidez hermosa, caída del cielo*; la medicina es la *facultad apolinaria*; las nubes son las *cándidas holandas del ambiente*; el puñal, *áspid de acero*; los ángeles, *océanos cerúleos del empíreo*; los labios, *muros de coral viviente*; el



gusano de luz, *relámpago vivo*; la nave es un *roble alado*, y los apóstoles...

*participio*

*Del Verbo que se perora.*

¿Qué expresión de afectos, qué pintura de la naturaleza es posible con ese lenguaje hiperbólico, con esas anfibologías, con ese propósito de huir de la exactitud y de la claridad, para obtener, como supremo elogio, el que prodiga el preceptista de la secta, Gracián, al celebérrimo Góngora, calificando de *aliñado, elocuente y recóndito poema* su *Polifemo*?

Los que censuran á Luzán por su excesiva severidad, por su rigidez, por su estilo frío, por su locución casi matemática, olvidan por completo los tratadistas que tenía por émulos, y los desvaríos que contribuyó á atajar, para bien del arte y de la razón en España.

Sin detenerme á analizar el *Epítome de la elocuencia española, ó arte de discurrir y hablar en todo género de asuntos, de orar, predicar, argüir, conversar, componer embajadas, cartas y recados, con chistes que previenen las faltas, y ejemplos que muestran los aciertos*, compuesto por D. Francisco José Artiga, *olim* Artieda, que fué el *vade-mecum* de todos los malos copleros del siglo XVIII; sin molestar á este ilustrado concurso con el recuerdo de la metralla culta de *metáforas, sinecdoques, metonimias, antonomasias, onomatopeyas, catacresis, metalepsis, paronomasias, astismos, augesis, parresias, parasceves* y apo-

*siopesis* (2), con que el buen Artiga entiende que es fácil superar y obscurecer la tosquedad de un Fr. Luis de León; sin pararme á admirar la ingeniosa invención de las *Tablas retóricas de palabras de alabanza y vituperio*, donde el alma agradecida ó el espíritu más enconado puede hallar en correcta formación alfabética el elogio ó el dicitario que su situación especial requiere; sin consagrar más que un recuerdo á las *pinturas diversas* con que remata su obra y hace aplicación cumplida de todas las recetas cultas que contiene; sin dar importancia alguna á ese libro baladí, producto de un pobre ingenio, permitidme que examine algo más despacio el verdadero código del culturanismo, el *Arte de agudeza é ingenio*, compuesto por Baltasar Gracián.

Fué, sin duda alguna, escritor de distinguido mérito: su *Criticón*, aunque salpicado de anfibologías y conceptos ampulosos que lo deslucen, contiene trozos selectos, revela un ingenio y una instrucción nada vulgar. Es en un todo superior al ramplón Artiga, y tuvo por lo mismo mayor influencia; pudiendo decirse que desempeñó el cargo de dogmatizador de la secta, y que su *Agudeza y arte de ingenio* fué por dilatados años el Corán á que se atenían los que ansiaban ganar fama de poetas recónditos.

Examinemos el libro. Desde el primer discurso ó capítulo, que se titula *Panegírico al arte, y su objeto*, se lamenta de la falta de un prontuario que enseñe por reglas á desvariar en culto, en estos términos: «Censúrase en los más ingeniosos escri-

tores la agudeza, antes por unas que por únicas y homogéneos sus conceptos: ó todos crisis ó todos reparos, correlaciones ó equívocos, y en que falta el arte, por más que exceda el ingenio.»

En el discurso segundo, *Sobre la ciencia de la agudeza ilustrada*, hace la siguiente sincera á la vez que encrespada profesión de fe: «Si el percibir la agudeza acredita de águila, el producirla empeñará en ángel; empleo de querubines y elevación de hombres que nos remonta á extravagantes jerarquías.»

Síguense varios capítulos, consagrados á las reglas y ejemplos de la *armonía conceptuosa*, la *agudeza por improporción y disonancia*, por *ponderación misteriosa*, por *paridad conceptuosa*; y al llegar al discurso XV, en que explica, si es que explicación admite, *el careo condicional, fingido y ayudado*, la fuerza mágica de la verdad, rompiendo las ligaduras del culteranismo, le hace confesar que *es tanta la valentía de algunos ingenios, que llegan á discurrir lo que no es, como se ve en este modo de sutileza.*

Sigue después disertando ¡oh sombra de Horacio! acerca de los conceptos por *disparidad*, de las *ingeniosas trasposiciones*, de las *prontas retorsiones*, de las *ponderaciones juiciosas, críticas y sentenciosas por exageración*, de la *agudeza paradoxa*, de la *improporción disonante*, del *jugo de la paronomasia*, acumulando ejemplos lucidísimos del caballero Marini, precursor de la secta; de Góngora, su gran Pontífice, y de otros maestros, como el *conceptuosamente bizarro* Don

Gabriel Bocángel, ó el *ocultamente elocuente* Fray Hortensio Paravicino, ó como el *divino* Ledesma, digno de este dictado, que la posteridad, equivocada, ha conservado á Herrera, pero que de derecho ganó el Ledesma con su *Laurel de la vencedora Huesca*. Después de un gran número de citas de poetas *recónditos* y oradores *ocultamente elocuentes*, que entonces, por lo visto, se ufanaban con calificaciones que hoy motivarían, por parte de los citados, el inmediato envío de dos padrinos, entra de lleno el buen Rector del Colegio de Tarragona en la ardua explicación de las *crisis irrisorias*.

No vaya á entender el auditorio, dejándose llevar del sentido vulgar que hoy tiene la palabra, que el excelente Fr. Baltasar, haciendo una brusca salida de sus literarias trincheras, haya pretendido, al tratar de crisis irrisorias, arremeter con la política y hablar casi por adivinación de algunas escenas del mundo moderno, ni aludir á misterios frustrados, á combinaciones ahogadas en germen, ni á aspirantes á carteras, que, puesta ya la corbata blanca, emblema de su pureza de intenciones, tuvieron que desceñirla por haber variado de propósito el Monarca en su ardua tarea de hallar consejeros bastante dóciles para seguir sus inspiraciones, y con bastante abnegación para ser, esto no obstante, responsables.

Nada de esto: las *crisis irrisorias* del P. Gracián no ofrecen la menor analogía con las que sirven de pasto á la prensa periódica en el siglo xix.

Para persuadirse de ello basta ver que el autor

empieza diciendo «que es tan fácil esta agudeza cuan gustosa; pues sobre la ajena necesidad todos discurren, y todos se adelantan antes al convicio que al encono.» Más adelante añade «que con muchas crisis conglobadas se hace un discurso satírico;» y, por último, concluye con un apotegma, que es la quinta esencia de la poética de los cultos.

*Doblar el desacierto es doblar el concepto.*

Aún hay en la obra didáctica que analizamos otros discursos no menos curiosos, tales como el consagrado á la *agudeza por una rara ingeniosa ilación*, que consiste en sacar una *consecuencia extravagante y recóndita*, ó á la *agudeza nominal*, que es una *hidra vocal*, pues á más de su *propia y directa significación*, si la *cortan ó trastuecan*, de cada sílaba renace una *sutileza ingeniosa y de cada aserto un concepto*. También puede el lector extasiarse con la *primorosa equivocación*, que es como una *palabra de dos cortes y un significar á dos luces*; con el tratado de la *Acolucia* y trabazón de los discursos, ó la *ingeniosa aplicación y uso de la erudición noticiosa*.

Cuando hombres de envidiable ingenio (que mucho y muy envidiable debía Gracián á la Providencia) así se extravían y desbarran; cuando así ponen en el potro la hermosa lengua de Cervantes; cuando por tal extremo ofenden la razón y atentan al buen sentido, ¿qué de excesos no habría que lamentar en sus infinitos imitadores, escasos de entendimiento y faltos de inspiración y de estilo?

Y ¿qué diremos sobre la corrupción y el mal gusto difundidos por el culteranismo, que tanto arraigó en España (cuando aún en nuestros días nos sorprenden algunos retoños de esa planta maléfica, de esa grama literaria, no del todo descuajada por la escuela clásica, restauradora del buen gusto en España), si nos fijamos en que, al propio tiempo que tenía preceptistas como Gracián y apóstoles como Góngora, contribuían á enaltecerla personajes como Fr. Félix Hortensio Paravicino, predicador de S. M., ó tipos cortesanos como D. Juan de Tassis, Conde de Villamediana?

En las *Obras póstumas, divinas y humanas* de D. Félix de Arteaga, seudónimo bajo el que parece ocultarse el celebérrimo orador sagrado (á quien hubo de escocer tan sin medida la calificación dada á sus panegíricos de *sermones de Berbería*, por boca de un gracioso de Calderón en *El Príncipe constante*), hay inserta una comedia intitulada *La Gridonia ó el cielo de amor vengado, invención real ofrecida á la majestad é imperio de Filipo el Grande, nuestro señor, cuarto de este nombre*.

La tal *invención real* es de lo más peregrino que cabe imaginarse; y para dar una idea del estilo de esta producción, joya del culteranismo, me permitirá el ilustrado concurso que me presta su benévola atención citar sólo los primeros versos.

Habla Rosicler, y habla en estos términos:

No hay cautelar defensas al destino:  
Puesto está en armas todo el horizonte

En horrible precepto, si divino.

Rayos engendra el aire, el monte fieras,  
Al riesgo va á parar cualquier camino:  
¡Oh tú, deidad, que enojos reverberas  
Desta montaña en el altivo ceño,  
Que temores achaca á tus esferas,  
Temple á tus iras el sagrado empeño,  
Ó muestra luz de las ofensas mías!

Si en tu no libertad ofende el sueño,  
No me arrogue yo locas fantasías;  
Que apenas las sentí, cuando ví el fuego  
Mal acusado en las cenizas frías.

Aunque la deidad interpelada en tales términos debió quedar anegada en un mar de confusiones, no dejaría de reconocer, sin embargo, que en estos versos hay cierta entonación, cierto lirismo, que recuerda, aunque vagamente y entre conceptos ininteligibles, algo del estro de los grandes poetas del siglo de oro de nuestra literatura.

Hay, en efecto, una gradación entre el culteranismo y el conceptismo propiamente dicho; hay entre los extravíos de Góngora y Villamediana y los discreteos de ingenios que ya se avecinan más á la restauración clásica del siglo XVIII, un escalón que descender.

Ved ahora con qué resolución le descende el canónigo Fúster, citado como modelo de excelente gusto é ingenio por uno de los dogmatizadores de la secta.

La cruel lanzada recibida por el Salvador del mundo como supremo ultraje de sus feroces ver-

dugos, inspira al canónigo, hombre piadoso, el siguiente soneto:

Longinos hiere á Dios, tres veces ciego:  
Ciego del cuerpo, como se ve claro;  
Ciego del alma, sin buscar reparo,  
Y ciego de la cólera y su fuego.

Llegó á la cruz, con gran desasosiego,  
Para acabar un hecho feo y raro,  
El cual, aunque costarle pudo caro,  
Le dió la vida y le causó sosiego.

El hierro de la lanza que llevaba  
Le sirvió de eslabón, Cristo de piedra,  
La cruz de yesca para sus enojos;

Hirió el pedernal con furia brava,  
Sacó fuego de amor, y tanto medra,  
Que vino á ser la lumbre de sus ojos.

Preciso es hallarse inficionado de la lepra del conceptismo, para que un hombre religioso y que sentía, sin duda, la grandeza de la escena que aspiraba á reproducir, rebajase, sin embargo, al divino Redentor hasta el punto de compararle al pedernal, y tratase de equiparar aquella horrenda acción con una de las más vulgares de la vida.

Todavía se marca más la degradación que experimentaba por entonces la poesía española, al ver que ni Santa Teresa de Jesús, la ilustre doctora, se libra de que uno de sus más ardientes panegiristas le aseste la siguiente agudeza:

Como hasta el cielo presume  
Llegar de un salto veloz,



Prueba Teresa, *descalza*,  
Si puede saltar mejor.

Y como ejemplo sin igual del extremo á que puede conducir el extravío del mal gusto y el afán de aplicar á todo la agudeza y el retruécano, nada existe comparable á las reflexiones que, en tiempos de exaltación y de intolerancia religiosa, inspira al *divino* Ledesma el sublime martirio de San Lorenzo.

Así apostrofa al santo mártir:

Seréis sabroso bocado  
Para la mesa de Dios,  
Pues sois *crudo* para vos  
Y para todos *asado*.

No menos inficionadas del mal gusto del conceptismo aparecen las obras en prosa que, desde mediados del siglo xvii, arrojaban las prensas españolas.

Véanse las *Luces de la aurora, días del sol, en fiesta de la que es Sol de los días y Aurora de las luces* (3), libro escrito por D. Fernando de la Torre y Sebil, y dígase si puede llevarse más allá la exageración y el mal gusto. Sólo para expresar que un personaje, á quien encomia, había aprendido la Mitología, se cree en la necesidad de consignar «que no satisfecha su sed en el manantial abundante de las Sagradas Escrituras, se va á chupar las aguas muertas de las fábulas antiguas, sacando de ellas el poco jugo que conservaron desde su origen, de aquéllas vivas que, por el

contacto del unicornio divino, se quedaron siempre inmunes del veneno del primer pecado.»

En este mismo libro va inserto, celebrándolo como prodigio de elocuencia, un sermón, en el que se sienta que, en verdad, estuvo bien á María que aplaudiese su pureza original el Excelentísimo Sr. Marqués de Astorga, y se elogia á éste porque «con más singularidad que el fénix gastaba en la lumbre de los guisados no otra leña que la de canela.»

Y tan comunes y corrientes se hicieron estas ridículas y bajas declamaciones, que pasaba por estilo severo lo que hoy se considera como afectación intolerable.

Aunque el título de *Colirio del Zelador del Manná Eucharístico* (4) había prevenido desfavorablemente mi ánimo contra la obra del licenciado Cashas y Ainsa, al leer en la censura que se le aplaudía sentando «que el que enseña lo necesario ha de huir de todo afectado adorno, juzgando más conveniente estilo de un autor piadoso, no el afectado, sino el menos compuesto,» creí, con la mejor fe, que hallaría una sana exposición de la doctrina católica y del dogma de la Sagrada Eucaristía.

Júzguese de mi asombro, al tropezar desde el prólogo con la sencilla y por todos conceptos llana declaración que hace el autor de excitar la devoción de los fieles «mediante la devoción de la Archicofradía de Minerva, con que de lo ínfimo asciende el Zacheo humilde á lo supremo del sicómoro, quinta esencia del más virtuoso empleo,

con que se evita el mayor precipicio de dar en el infierno, que, en forma de mar, metafóricamente describe San Mateo.»

Á riesgo de molestar la atención, me permitiré recordar el curioso libro titulado *El Genitivo de la Sierra de los Temores, contra el Acusativo de el Valle de las Roncas*, de cuya notable portada me limitaré á insertar por nota un facsímile (5), y que, publicado en 1760, marca el último período de la degradación de las letras españolas. Consta de dos tomos en 4.<sup>o</sup>, consagrados, al parecer, á la defensa de los colegios mayores, y dedicados, en realidad, á catalogar insipideces y necedades, sin el menor enlace y cohesión; dos tomos en que se abusa del estilo figurado hasta el punto que evidencia la adjunta muestra:

«Así es que mi generoso patrón, con la dulzura de su genio, con el almíbar de su voz y con la confitura de sus insinuaciones, procuró satisfacer dicho argumento de ajeno, como al de las otras expresiones de acíbar, con tan destilada moderación de su talento, y alambicada suavidad en su discurso; que enamorado dulcemente de la mermelada de su raciocinio, fué gratamente haciendo una conserva de desengaños á aquel reciente amigo que se hallaba amargamente engolosinado con el rejalgar con que se inficionaba la venenosa anticolegial acusación. Tanto pudo obrar la azucarada conducta de mi patrón, con la miel rosada de su oportuna facundia, que prorrumpió el novicio amigo, hecho un azúcar rosado de derretida condescendencia, haciendo profesión con tres vo-

tos de propósito: ¡oh, qué polvos de canela tan oportunos para la caridad cristiana!»

Salvas algunas llamaradas de verdadera inspiración que se hallan en las obras de D. Ignacio y D. Gabriel Álvarez de Toledo, del Dr. Torres, D. Francisco Benegasi y Gerardo Lobo, superior á los autores antes que él citados, todas las producciones de principios del siglo XVIII adolecían de la misma extraña mezcla de altisonancia y chabacanería, dominando unas veces el estilo de *rosiclères*, como lo apellida Luzán, y otras la jergonza de *claves*, *paronomasias* y retruécanos más vulgares.

La reacción en favor del buen gusto literario apuntó con la publicación del *Diario de los Literatos*; se levantó valiente con la *Sátira de Jorge Pitillas*; se redujo á cuerpo de doctrina con la severa *Poética* de Luzán, y recibió consagración oficial con la justa preponderancia y merecido crédito que alcanzó la Academia Española con su acierto al proponer las *Reglas de buen gusto en el pensar como en el escribir*. Como acontece siempre con todas las reformas, hubo un largo período de predicación, de apostolado, de lucha; y á esto se refiere Inarco Celenio al decir en una carta á Conti que Luzán, en su *Poética*, impresa en 1737, habló á sordos.

Hay en este concepto exageración evidente: Luzán habló á gentes preocupadas, prevenidas; pero su ejemplo labró en muchos, y terminado el período de elaboración de doctrina y de polémica, ya en el reinado de Carlos III se presentan como

sazonados frutos de la nueva escuela, Cadahalso, D. Nicolás Fernández de Moratín, Fr. Diego González, Iglesias, y luego el dulce Meléndez Valdés, el insigne Jovellanos, el áspero Iriarte, el irascible y batallador Forner, y, por último, Don Leandro Fernández de Moratín, dechado y modelo de escritores castizos, que señala el apogeo del clasicismo.

*La Derrota de los Pedantes*, composición que no cede la primacía más que á la prosa inmortal de Cervantes, es, bajo apariencias frívolas, la síntesis de la lucha sostenida por la escuela clásica. Empleando una fábula discreta, sostenida y desarrollada con sin igual ingenio, no sólo luce Moratín toda la gallardía de un estilo, que es siempre castizo sin arcaísmos, al rendir entusiasta homenaje á las glorias refulgentes del Parnaso español, sino que, con una gracia y un donaire inimitables, satiriza los excesos del culteranismo y prosaísmo. Las arengas en prosa y verso que pone en boca del enviado de los copleros que intentan el asalto de la morada de Apolo; la donosa enumeración de los proyectiles en cuarto y en folio de que echan mano los Argensolas, Ercilla, Lope y Garcilaso para repeler la agresión; las contusiones que reciben las Musas, y hasta los detalles más insignificantes de la pelea, sirven á Inarco para derramar la vena inagotable de su ironía sobre los que estaban, de un siglo atrás, empeñados en rebajar y envilecer las letras españolas.

El discurso magistral puesto en boca de Apolo contiene naturalmente la exposición de los dog-

mas de la escuela clásica, entre los que, á la verdad, no se hallan todos los que el vulgo de las gentes le atribuye.

Lejos de decretarse la imitación preferente ó exclusiva de literatura extraña, con desdén y vilipendio de la propia, se aconseja el incesante estudio (que harto revela cuanto ha producido la pluma de Inarco) de los grandes escritores de nuestro siglo de oro; lejos de anteponer á todo el culto de las reglas, se confiesa que «yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invención, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.»

Oportuno es hacer notar aquí la transcendental diferencia que separa el movimiento literario producido respectivamente en España y en Francia por la imitación del ideal griego y romano.

El siglo de Luis XIV fué el de las glorias literarias de Francia, produciendo escritores como Racine, Corneille, Molière, Bossuet, Labruyère, Lafontaine y Boileau. Estos insignes ingenios, todos enamorados de la musa griega, pudieron destruir con facilidad el culteranismo, cuyos apóstoles fueron Mlle. Scudéry y la Calprenede, y cuyo templo representó por algunos años el *Hotel de Rambillet* (6). Pero, extremándose los clásicos franceses en su empresa, no sólo desarraigaron la planta del culteranismo, sino que, llevando la exageración hasta sus últimos límites, dejaron arrumbados y sin uso multitud de voca-

blos empleados por Rabelais, Marot y Montaigne, despojando á la lengua francesa de gran parte de su pompa, y consiguiendo, con la ayuda de Voltaire y otros escritores, hacer de ese idioma el más preciso, claro y matemático, pero al mismo tiempo el menos poético del universo.

Muy distinto fué el objeto que se propuso la escuela clásica española, y muy diversa su influencia en el idioma patrio.

Nuestro siglo de oro tuvo, sobre todo en el teatro, un carácter más romántico que clásico; nuestros grandes escritores del siglo xvii, lejos de empobrecer el idioma, le enriquecieron, dándole una pompa y majestad, que alguno, como Góngora, llevó hasta el abuso; el culteranismo vino, á diferencia de Francia, después, y no antes, de ese período brillante; el culteranismo y el conceptismo, que en la nación vecina señalan la aurora de su esplendor literario, fueron en España la fórmula de la decadencia de las letras; y la restauración clásica, iniciada á mediados del siglo xviii, llevó por norte el restablecimiento del idioma patrio, despojándole de ridículos atavíos, pero conservándole en lo posible la hermosura esplendorosa que ostenta en Herrera ó en Cervantes. Buena prueba de esta verdad son la jugosísima prosa de *La Derrota de los Pedantes*, tan rica en hermosas locuciones y castizos giros como en ingeniosos pensamientos, ó las celebradas quintillas de la *Fiesta de Toros*, de tan gustoso sabor á legítimo castellano.

En suma, los clásicos franceses fueron los que

dieron á la literatura de su patria el carácter que aun hoy ostenta, y al idioma la forma que todavía conserva. Los clásicos españoles, realizando una aspiración, ciertamente más modesta, se limitaron á ejercer una reacción saludable contra los extravíos literarios de un siglo de decadencia, y á restaurar las letras, que ya otros con más vigor, con más inspiración, pero menos delicado gusto, habían creado en España.

Más difícil es la cumplida defensa de la escuela clásica, en cuanto á los rígidos preceptos con que pretendió limitar la esfera de acción en que ha de moverse el poeta que se consagra á escribir para el teatro.

El empeño de aclimatar en nuestra escena la tragedia griega ha resultado vano, esterilizándose los esfuerzos de los más notables ingenios, que en el pasado y en el presente siglo han acometido tan heróica empresa.

El drama griego es antipático á los españoles en su estructura y en su esencia. Aplicado á asuntos de la antigüedad, sólo perciben sus bellezas los eruditos, y el público en general presencia con asombro y disgusto el desarrollo y el choque de pasiones y creencias que desconoce ó condena.

El sacrificio de Ifigenia, los furiosos de Bruto, los crímenes de Medea no aciertan á conmover al público moderno, que ni aprecia la situación, ni se penetra de los afectos, ni se aterra ante la invocación de deidades gentílicas, jubiladas y reducidas, en forma de estatuas, á adornos de jardín ó de relojes de sobremesa, ni se sobrecoje con los



vaticinios de los augures, que no le merecen mayor crédito que la buenaventura de una gitana, ni se preocupa con el hado fatal é inexorable, limitado hoy á presidir la extracción de los números de la lotería, ni puede, por último, considerar á la familia de los Atridas sino como seres tocados de monomanía homicida, que los hace merecedores, más que de un suplicio afrentoso, de un aposento tranquilo en cualquiera casa de orates.

Y si, huyendo de este escollo, se elige para la tragedia un asunto inspirado en la historia patria, se advierte muy luego la imposibilidad de acomodar las vehemencias de carácter, las creencias y los arranques, que constituyen el genio nacional, al corte de escenas, al metro pomposo y al desarrollo lento y majestuoso del drama griego. La combinación de la tragedia griega y el héroe moderno se estrella, en suma, ante la imposibilidad de calzar el coturno á varones tan vivos y tan inquietos como el Cid Campeador, Hernán Cortés y Pizarro.

Esta es ya una verdad demostrada en nuestra historia literaria.

D. Agustín de Montiano y Luyando, en sus dos tragedias *Virginia* y *Ataulfo*, publicadas en 1750 y 53, y calificadas por Moratín mismo de intolerables, inició la empresa de aclimatar en la escena española el género griego y romano; Don Nicolás Fernández de Moratín, en su *Lucrecia* y su *Hormesinda*, tampoco logró los aplausos de su severo hijo; la *Jaira* y la *Raquel*, de Huerta, como la *Numancia destruída*, de López de Aya-

la, alcanzaron, aunque por poco tiempo, el favor del público; D. Gaspar Melchor de Jovellanos, en su *Munuza*, ensayó sin éxito el mismo género; posteriormente Cienfuegos, en *Idomeneo* y en *Pitaco*, no fué más afortunado, levantándose algo en su *Condesa de Castilla*, porque, con apariencias de tragedia, es, en la esencia, esta composición un drama moderno. Más cerca de nuestros días, Quintana en su *Pelayo*, y Martínez de la Rosa en *La Viuda de Padilla*, hicieron esfuerzos por sobresalir en género tan ingrato. Y no obstante el éxito alcanzado por el *Edipo* y recientemente por la *Virginia*, excepciones lisonjeras, que, por lo escasas, confirman la regla, bien puede considerarse ya como abandonada definitivamente la tragedia por las musas españolas desde que *La Muerte de César*, del inolvidable Ventura de la Vega, vino á demostrar que, por grande que sea el conjunto de bellezas literarias que encierre una obra trágica, por más que entusiasme á un auditorio erudito que en la lectura las saborea, raras veces alcanza á penetrar en el público, y no resiste á la prueba decisiva y suprema de la representación escénica.

Pero, prescindiendo ya de ese prurito de introducir la tragedia en nuestro teatro, empresa seguramente infeliz, no es tan exacto como supone el respetable y docto D. Agustín Durán, y como han repetido muchos, que la ruína de nuestro teatro nacional se deba al rigorismo é intolerancia de los clásicos, empeñados en medir con el mismo compás y regla á que se adaptaban las obras de grie-

gos, romanos y franceses, las sublimes creaciones dramáticas del siglo xvii.

En el estimable discurso de Durán sobre el influjo que ha tenido la crítica moderna en la decadencia del antiguo teatro español, se advierten exageraciones que, puesto que se expliquen por la época en que aquél apareció, han sido adoptadas por el vulgo de los escritores, y circulan de libro en libro como moneda vulgar y corriente.

Ni es exacto que Luzán y los escritores clásicos desconocieran las altas y peregrinas dotes de Lope, Calderón y nuestros grandes dramáticos, ni que la decadencia del teatro nacional deba atribuirse á que el culto de las reglas y la observancia de los preceptos enfrenase la imaginación y sofocase el estro de los escritores dramáticos del siglo xviii.

Véase en qué términos el severo Luzán hace plena justicia á nuestro gran escritor dramático D. Pedro Calderón de la Barca: «Por lo que mira al arte (así dice), no se puede negar que, sin sujetarse Calderón á las justas reglas de los antiguos, hay en algunas de sus comedias el arte primero de todos, que es el de interesar á los espectadores ó lectores y llevarlos de escena en escena, no sólo sin fastidio, sino con ansia de ver el fin: circunstancia esencialísima de que no se pueden gloriarse muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas.» Y más adelante: «Pero á quien tiene las cualidades superiores de Calderón y el encanto de su estilo se le suplen muchas faltas, y aun suelen llegar á calificarse de primores, hasta que viene otro que, igualándole en virtudes,

carezca de sus vicios. Como éste no se ha dejado ver todavía entre nosotros, conserva Calderón casi todo su primitivo aplauso; sirvió y sirve de modelo, y son sus comedias el caudal más reductible de nuestros teatros.»

Otro tanto puede decirse del severo Moratín. No sólo se hallan en todas sus obras frases que revelan el altísimo aprecio que hacía de las preclaras dotes de Lope, Calderón y todos nuestros insignes dramáticos, sino que, en vez de las críticas acerbas que se permite contra los copleros de su época, les tributa verdadero homenaje, y en ocasiones los cita como modelos. Hállanse entre sus *Obras póstumas* unas extensas notas á *El viejo y la niña*, en las cuales se desarrollan las bases de un arte dramático, y allí es curioso ver cuán distintas son las opiniones verdaderas de Moratín de las que por algunos se le atribuyen. No sólo sienta la máxima templada de que los preceptos deben ilustrar y dirigir al talento, no esterilizarle ni oprimirlo, sino que invoca inmediatamente un ejemplo tomado de Calderón. «¿Quién podrá culparle, dice, porque en la última jornada de *El Tetrarca de Jerusalén* dejó solo el cuarto de Mariene? Aquella interrupción, aquella soledad, aquel silencio; la salida del Tetrarca, su agitación, sus dudas, la sorpresa que le causa ver esparcidos por el suelo los adornos, las *arrastradas pompas* de su esposa infeliz, y entre ellas un puñal que le anuncia estragos y muerte; todo prepara la catástrofe horrenda que va á suceder dentro de muy pocos instantes. Para enfriar bien este desenlace y

despojarle de todas sus bellezas, no hay más que llenar aquel vacío de escena que las motivó; y observando escrupulosamente lo que la regla manda, todo se echará á perder.»

No es, pues, exacto que sistemáticamente se negasen por los clásicos las bellezas del teatro nacional. Tal vez no las sintieron con la viveza que nosotros, tal vez dieron sobrada importancia á los defectos y lunares, de que ni Lope, ni Calderón, ni Tirso pudieron ver libres sus obras, que al cabo son producto de la imperfección humana; pero no es dado atribuir por eso, como lo hacen Durán y otros escritores, á la escuela crítica de los clásicos la sensible é incontestable decadencia del teatro español. Hay que distinguir en sus juicios lo que una persona, de las que en este momento me escuchan, llama crítica negativa y crítica afirmativa; en lo que censuran, tienen generalmente razón: la moralidad dudosa de algunas fábulas, el desorden en el desarrollo, el exceso de lirismo en muchas escenas, la procacidad de los graciosos, la preferencia dada al enredo sobre la exposición y lucha de caracteres, todo, en suma, cuanto critican, es acertado; y prueba concluyente de la exactitud de estas críticas negativas es que la mayor parte de las obras maestras de nuestro antiguo teatro no pueden presentarse hoy en escena sin un arreglo previo, que ha recibido el nombre, por demás significativo, de *refundición*. Aplauso, y no escaso, han merecido poetas contemporáneos por haber refundido obras del antiguo teatro; es decir, por haber vaciado en moldes correctos un

metal riquísimo, separando previamente las escorias que lo afeaban.

En lo que la escuela clásica se muestra insuficiente, y no pocas veces injusta, es en la exposición de las maravillosas bellezas que, entre deformidades incontestables, brillan en nuestro antiguo teatro; es, en suma, en la crítica afirmativa en la que hace resaltar, sentir y gustar los aciertos, y lucir y brillar las inspiraciones y las grandezas del pensamiento. Pero de esto á ser causa de la decadencia del arte en España, hay un abismo.

Decayó la dramática, de la misma forma y por las mismas causas que produjeron la decadencia de la poesía lírica y de todos los géneros de literatura en nuestro siglo XVIII; decayó la poesía dramática, porque ella, menos que ninguna, puede sustraerse al influjo de los grandes acontecimientos que abaten y postran las naciones. La prueba decisiva de que en esto no hubo de influir el clasicismo es que los autores, que marcan en sus obras el período de corrupción de nuestro teatro, son cabalmente los que con más frecuencia y resolución atropellan las tres famosas unidades y los preceptos todos de la escuela restauradora de Luzán.

Cualquiera creería, al terminar la lectura del discurso de D. Agustín Durán, que la inferioridad de Cañizares, Añorbe, Moncín, Valladares, Comella y Zavala estriban en que, dóciles á los preceptos de la escuela clásica y esclavos sumisos de sus reglas, sacrificaron á su observancia la inspiración y la fantasía. Pues cabalmente acontece lo

contrario: lejos de imitar la escuela griega, romana y francesa; lejos de sujetarse al yugo de las tres unidades, se ve que desprecian constantemente en sus fábulas, no ya preceptos sobrado rígidos, reglas en demasía estrechas, sino las inspiraciones todas del más vulgar y común sentido.

La lectura de *La comedia nueva* había excitado en mí, hace tiempo, el deseo de conocer las obras dramáticas de fines del siglo pasado y principios del actual, cuyos autores merecen cierta gratitud, aun cuando no sea más que por haber dado ocasión á Inarco para enriquecer las letras españolas con una joya literaria sin rival en nación alguna. Las preciosas notas publicadas entre las obras póstumas de Moratín acrecentaron ese deseo, y hube de fijarme en Comella, ya porque para muchos es tenido como el original de D. Eleuterio, ya porque críticos de nota le suponen superior á Zavala y Valladares, sus contemporáneos, ya porque entiendo que para llegar á ser la personificación de un período, por deplorable que sea, en las artes ó en las letras, como acontece á Churriguera en la arquitectura, se necesita un conjunto de cualidades excepcionales.

Un ligero estudio de las obras de Comella, estudio tan somero como lo consienten la índole de este escrito y las premiosas circunstancias en que me hallo, ha llegado á persuadirme por completo de la absoluta sinrazón con que ha querido atribuirse cierta complicidad, moral cuando menos, á la escuela clásica en la serie de atentados perpetrados en la escena española, con pre-

meditación, reincidencia y todas las circunstancias agravantes imaginables, por el infeliz Comella.

Con mayor resolución que Ticknor, el cual no se atreve á confesar en sus notas el número de producciones de este autor que ha leído, por el único placer de entretenerse en extravagantes fábulas, declaro que me he engolfado en la lectura del fárrago completo de *comedias heróicas, piezas modernas, dramas trágicos, comedias de costumbres, melodramas trágicos, óperas serias, dramas joco-serios, óperas jocosas y comedias de música* que produjo la demasiado abundante vena de D. Luciano Francisco Comella.

Con no menos diligencia he tratado de averiguar noticias de su vida; mas en esta parte confieso humildemente que ha sido escaso el fruto de mis tareas.

Por de pronto he hallado absoluta unanimidad en Ticknor, D. Ramón de Mesonero Romanos, el actor García de Villanueva y el autor del *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, en cuanto á ignorar por completo el punto, hora y día del nacimiento de dicho autor.

No menos unánimes se muestran en cuanto á desconocer su prosapia; y, por lo que hace á su descendencia, parece ser que tuvo una hija, que le auxiliaba en sus tareas literarias, y un hijo, músico apreciable de la orquesta del teatro del Príncipe, que, ya fuera por seguir una costumbre frecuente en la vida teatral, ya por no cargar con la nombradía literaria unida al apellido, tuvo por



oportuno cambiarle, sumiéndose en la más completa obscuridad.

Lo que en resumen se sabe es que D. Luciano Francisco Comella mereció los aplausos del público por espacio de más de veinte años, á contar desde el último decenio del pasado siglo; que, según cierto autor, «fué todo un hombre de bien y un honrado ciudadano, por más que como escritor adquiriese tan mala fama,» y que no obstante la larga serie de sus repetidos triunfos en España y en el extranjero, donde se representaron varias de sus obras, arrastró una vida por demás desventurada.

Así lo confirma la anécdota referida por el distinguido compositor Barbieri, quien asegura que siendo su padre director de escena y alcaide del teatro de la Cruz, y en ocasión en que buscaba á Comella para que le escribiese el propósito ó despropósito que había de titularse *La Batalla de los Arapiles*, tuvo que registrar las márgenes todas del canal de Manzanares, á donde D. Luciano concurría con frecuencia para entregarse á la tranquila faena de la pesca, más que por distracción y entretenimiento, con el fin de proporcionarse el sustento, que no le daban sus producciones literarias. Añade más Barbieri, y esto contrista el alma: que era tal la miseria del infortunado y flaco Comella, que habiéndole propuesto tomar un bocado en uno de los bodegones ó ventorrillos próximos, y no hallando manjar más escogido que unos empolvados y rancios arenques, sació en ellos su apetito con tal exceso, que le produjeron

una enfermedad, término de su triste existencia, pero no de sus triunfos, puesto que pudo concluir su *Batalla de los Arapiles*, obra póstuma que, como función de pólvora, alcanzó fugaz y estrepitoso éxito.

Dejando á un lado al hombre; lamentando su desdichada suerte, que compartió con no pocos esclarecidos ingenios; haciendo justicia á la bondad de sus sentimientos y aun á la pureza de sus intenciones, tiempo es ya de decir algo del autor dramático y de sus obras.

Dotado Comella de inventiva, cualidad inapreciable para la poesía dramática, pero falto de instrucción, sus comedias son novelas dialogadas pésimamente, en las que á veces el enredo de la fábula entretiene el ánimo y hace olvidar la falta de caracteres y la absoluta inverosimilitud de los lances escénicos. Tiene por este lado alguna semejanza con el moderno novelista Ponson du Terrail, cuya pluma calenturienta ha extremado hasta el absurdo la novela histórica de Walter Scott y Dumas, y la de costumbres de Balzac y Dickens.

Por de contado los personajes de las ficciones de Comella llevan los apellidos más estrambóticos y enrevesados que cabe imaginar: *Miladi Jacoba*, *Milor Tolmin*, *el Conde de Beutiff*, *Apragin*, *el sargento Mecknoff*, *el general Stoffel*, *Zastrow*, *Potemkin*, *sir Thoward*, *Oranno*, *Gudenouff*, *Soltikoff*, *Sannon*, *Nadasti*, *Conde de Colloredo*, *el Duque de Roswick*, *Basilio Morosow*, *el Conde Kruger*, *Rotuski*, *Mollendorff*, *el*

*cadete Kenverhuller, Peleólogo* (sic, por Paleólogo), *Tecumba, Atomante y Temisto*.

Al recorrer semejante catálogo de nombres estrafalarios, antipáticos á toda garganta española, no se concibe siquiera cómo ha podido calificarse al autor de escritor nacional, al propio tiempo que se apellida galicista al inmortal creador de *El Sí de las niñas*, de *La Mogigata* y de otras producciones de tan hermoso sabor castellano como las mejores obras de Lope, Tirso ó Moreto.

Y todavía si Comella, al realzar á sus personajes con nombres tan extravagantes, introdujera en sus obras la observancia de costumbres de países extraños; si manifestara propósito, conato siquiera, de amoldar sus creaciones á los estilos, hábitos y preocupaciones de cada uno de los pueblos donde coloca la escena, cabría perdonarle su decidida afición á héroes extraños, en gracia de la enseñanza que al espectador poco instruído podía suministrar su teatro. Pero ni por asomo sucede nada de eso: sus tipos no son ingleses, ni rusos, ni alemanes; sus héroes no tienen patria.

En *La Esclava del Negro-Ponto*, una de sus producciones más celebradas, y uno de los triunfos escénicos de la incomparable Rita Luna, que se hizo retratar vestida del correspondiente traje, hay cierta Sultana que en todas partes se halla, excepto en el serrallo; que acompaña á su esposo al asalto de ciudades, que anda en rondas y galanteos, que colma de desvergüenzas delante de toda la corte al Sultán, que tiene ayudantes de órdenes á quienes manda

Que pongas sobre las armas  
 Al ejército; que cerques  
 El serrallo, y que las guardias  
 Dobles en mi cuarto;

y hace tales extremos de envidia y celos, que el bravo general Solimán no puede menos de exclamar que aquello es una fiera y no una mujer;

Supuesto

Que siéndolo, era preciso  
 Obrase lo racional.

Todo el drama es por el estilo: el parlamentario anuncia al sitiado Peleágolo, príncipe del Negro-Ponto, que

Cien mil infantes y veinte  
 Mil de á caballo le cercan;

anunciando, además, que es mensajero de

Mahomed Segundo, invicto  
 Emperador de la excelsa  
 Constantinopla y del mundo,  
 Hijo del Sol y de Marte.

Este Sultán mitológico no invoca una vez siquiera el Corán; pero, en cambio, al requebrar á la esclava que tiene en el serrallo, falto, por supuesto, de cerrojos y aldabas, puesto que en él no permanece nadie, dice:

Amor, si logro ver fácil  
 Este divino imposible,

Á mi ruego en tus altares  
Sacrificaré holocausto.

Más todavía: superior el Sultán de Comella á toda preocupación musulmana, al volver el general Solimán vencedor del Negro-Ponto, le llama el *Atlante de su corona*; le ofrece sucesivamente, en recompensa, su hermana, su real sello, facultad ilimitada de dar empleos; y viendo que nada le basta, agrega:

Puerta franca en el serrallo,  
Que de todas mis grandezas  
Es el don más soberano.

¿Cabe más soberano desatinar?

Por supuesto que el buen D. Luciano Francisco, en quien no hizo jamás mella la funesta escuela clásica, causa de la decadencia de nuestro teatro, se permite en esta misma pieza todas las libertades de lugar y tiempo que son imaginables, y lleva á los espectadores á salones con dosel, galerías de palacio, jardines cortos con verjas, escalinatas, miradores de cristales, murallas con torrecitas y almenas, y hasta exige, en una de las decoraciones (ó mutaciones, como él las llama), que por encima del muro se vea parte de la ciudad, que *empezará á arder con la mayor propiedad que se pueda*.

Hay en el mismo drama verdadera prodigalidad de combates al arma blanca, y entre cuchillada y cuchillada, mucho de aquello de *villano, venenoso áspid, traidor cocodrilo*, y finales de acto como

el siguiente, inspirados, sin duda, por el funesto clasicismo:

|                    |  |
|--------------------|--|
| <i>Eurinome.</i>   | En tanto desconsuelo...                                |
| <i>Zaira.</i>      | En tan confusa duda...                                 |
| <i>Solimán.</i>    | En lance tan funesto...                                |
| <i>Mahomet.</i>    | En tan aleve insulto...                                |
| <i>Los cuatro.</i> | Pues no hay otro remedio,                              |
| <i>Zaira.</i>      | El cielo abra caminos.                                 |
| <i>Mahomet.</i>    | Venganza, amor supremo,                                |
| <i>Solimán.</i>    | Para morir callando...                                 |
| <i>Eurinome.</i>   | Para vivir muriendo...                                 |
| <i>Los dos.</i>    | Cielos, dadnos paciencia,<br>Constancia y sufrimiento. |

Á esta invocación me asocio de todas veras para rogar que se me permita terminar la reseña de *La Esclava del Negro-Ponto*, la cual, después de salir incólume del asalto é incendio de la ciudad, de los arrebatos amorosos de Mahomet, de los celos de la Sultana y de las sublevaciones de los genízaros, concluye por casarse con Solimán invicto, y éste, para tranquilidad del patio, declara que sigue la ley cristiana, sin que el hecho de haber sido treinta años terror y azote de sus hermanos en Cristo signifique otra cosa más que un profundo disimulo.

Sin detenerme en el examen de *La Moscovita sensible*, que presenta grandes analogías con la pieza anterior, ni en el de otras varias que Come-lla titula *de costumbres*, aunque ni rastro de ellas se encuentre; sin fijarme en *El abuelo y la nieta*, en que erróneamente se supone que quiso retratar

á Moratín; sin hacer mérito tampoco de *La Cecilia*, drama representado en casa de los Excelentísimos Sres. Marqueses de Mortara, en que desempeñó el papel de protagonista el autor, y que, lujosamente impreso, empieza:

Aunque el hombre y la alfalfa,  
Sin contratiempo,  
Disfruten verdor...;

versos que dan triste idea del manjar literario servido á tan nobles y egregios protectores, séame lícito detenerme un tanto en *Federico II, Rey de Prusia*, ya que ésta es la producción capital del autor y que recorrió con aplauso los principales teatros de España y del extranjero.

*Federico II, Rey de Prusia*, drama en tres actos, exige once decoraciones ó mutaciones, y entre ellas una espaciosa llanura con vistas del castillo de Spandau, debiendo salir de él, en correcta formación, el cuerpo de tropas que se pudiere, haciendo evoluciones y formándose con las banderas en el medio.

Empieza la representación por una escena de hambre: Enrique Treslow, coronel degradado, por suponerle autor de unas cartas dirigidas al enemigo, se encuentra en la mayor miseria y sin pan que suministrar á su mujer y dos niños que le acosan, y no halla mejor arbitrio que poner un memorial al Rey Federico y llevárselo al campo de Spandau. Después de esta exposición, presenta Comella á su héroe augusto con la mayor natu-

ralidad: los rizos caídos, el uniforme usado, levantándose de su cama de campaña y diciendo:

Ya estoy vestido: ahora bien,  
Las botas ponerme es fuerza.  
Aquí están: ¡oh, pesia á tal,  
El trabajo que me cuesta!

A continuación el gran Rey escribe un parrafito de la *Historia de Brandembourg* y despacha con su consejero Manfeld, que es precisamente el causante de la desgracia de Treslow. Síguese una visita al campamento, en que prueba el rancho y gasta bromas con los soldados, y luego una audiencia, en que da una moneda de oro á una actriz, explicándola de paso que desde que es Rey se ha vuelto muy económico en bien de sus vasallos; y por último, influído por el calumniador Manfeld, rompe el memorial de Treslow y le llena de improperios. Este desdichado, en vez de pedir un leve préstamo á Quintus, favorito del Rey, que intenta consolarle, vuelve furioso á su casa, donde los hijos, *in continenti*, le piden pan. Presa su alma de la más negra desesperación, sale resuelto á vengarse del Rey poniéndole un pasquín, y á dar de puñaladas al villano Manfeld, cuyo hijo, que parece estar al tanto de las picardías de su padre, se lo estorba y le facilita la huída.

Vuelve á presentarse á la vista del público el campamento, y Federico decide

... que ya es hora  
De que á este reló del cuerpo



Le demos la cuerda justa  
Del necesario sustento.

Aplauden los generales, comen, y al final del banquete el capitán de guardia les sirve, á guisa de postre, el pasquín vengador:

Es, además de raro,  
Federico II un Rey avaro.

Revuélvesele la bilis en el cuerpo al Monarca, viendo que es blanco de un dístico de aleluyas; se apresura á sincerarse ante el público en una serie de liras furibundas, y, hecho un basilisco, jura vengarse.

De nuevo aparece la choza de Treslow, y los dos niños obstinados en pedir pan, y la situación se complica con acometerle á la madre un desmayo. Enterado el infortunado Treslow por una carta de Manfeld, hijo, de que el gran Federico ofrece cincuenta monedas de oro al que descubra el autor del pasquín, resuelve denunciarse, y así lo ejecuta. Su mujer recibe dicha suma de manos del gran Federico, el cual le encubre el motivo de esta liberalidad. Las exclamaciones de Carlota labran en el ánimo del gran Rey, quien empieza á recelar que Treslow se haya sacrificado á su familia; y para distraerse, toca, con su favorito Quintus, un duo de flauta, y luego se engolfa en el despacho de varios arduos expedientes, entre los cuales es digno de especial mención el formado á una augusta princesa, que, no sólo se ha negado á pagar los derechos de arancel de unos trajes, sino que, llevada de la viveza de su carácter, ha dado de bo-

fetadas al funcionario que le exigía el descubierto.

He aquí lo que Federico, evidentemente de Comella, no de Prusia, resuelve:

... Para que no haya  
 Quejas, resuelvo que sean  
 Los derechos de la aduana  
 De mi cuenta; que la estofa  
 La tenga libre madama  
 La Princesa; que se quede  
 Levitz con las bofetadas;  
 Y en cuanto al imaginado  
 Dishonor del que demanda,  
 Le relevo de él, respecto  
 De que una mano tan alta  
 No puede infamar á un  
 Administrador de aduanas.

Sosegado el estro gubernamental y poético de Federico, vuelve á meditar sobre el conato de asesinato de su consejero Manfeld, cuyo virtuoso hijo está preso por negarse á revelar el culpable, y sobre la delación de Treslow, y confiesa que las circunstancias

Lo llenan de dudas varias.

Viene á acrecentarlas Carlota, mujer de Treslow, que, con el cabello suelto, con un hijo en los brazos, con otro asido de su falda y todos los síntomas de la más horrenda desesperación, devuelve al Rey las cincuenta monedas de oro, precio de la delación de su marido, al cual defiende, asegurando

Que tenía á su familia  
 Entre el hambre sepultada,  
 .....  
 .....  
 Que á su infelice consorte  
 Le acometían mil bascas...;

y en suma, que por eso adoptó

Esta heroicidad insana.

En vano Federico interroga al joven Manfeld, que enmudece por no perder á su padre; en vano interroga á Treslow, que no tiene pruebas para sincerarse, y que, llevado de la desesperación, parece desear la muerte.

Forman las tropas; Carlota se desmaya al ver á su marido en el centro de un piquete y con todos los síntomas de un fusilamiento inminente; pero traen un pliego al gran Federico, le abre, resulta ser del secretario de Manfeld, que tiene la oportunidad de morirse y de revelar, á manera de manda piadosa, que él fué el autor de las cartas que motivaron la degradación de Treslow. En el acto el gran Federico nombra gobernador de Spandau al perseguido Treslow, condena á un castillo á Manfeld, y sólo se echa de menos para el triunfo completo y acabado de la inocencia, que salgan los tiernos niños con un panecillo en la mano.

Pues esta producción extravagante, en que corren parejas lo ramplón de la forma con la ridiculez de la fábula, obtuvo un éxito extraordinario, sirvió de modelo á ingenios inferiores aún á Comella, marcando el desventurado rumbo y la

desastrada corriente que á fines del pasado siglo llevaban las letras españolas.

Hora es ya de poner término á la enojosa tarea de citar composiciones extravagantes y conceptos alambicados ó chabacanos, evocando el recuerdo de autores menguados, que alcanzaron pasajera fama, y que hoy son verdaderas momias literarias, sepultadas y petrificadas por el olvido público. Si al parecer me he excedido, téngase en cuenta, no sólo la observación vulgar de que en literatura, como en moral, el más poderoso incentivo para la virtud es el recuerdo de la fealdad del vicio, sino también que la índole del asunto exigía imperiosamente todas estas citas.

Para apreciar los servicios prestados al habla castellana por los insignes escritores que capitanearon el movimiento clásico, preciso era recordar á qué extremo la habían llevado los que les precedieron en el campo de las letras; para estimar en lo que valen los esfuerzos de Cadahalso, Meléndez, Moratín (el padre), Jovellanos, Forner y otros ingenios, por devolver á la poesía el brío, la majestad y la dulzura, y á la prosa la sencillez, el nervio y la elegancia de sus buenos tiempos, indispensable era poner á la vista los versos y la prosa en que escribían sus émulos y adversarios; para aquilatar, en fin, la importancia de los *Orígenes del Teatro* y de las obras dramáticas de Inarco, importaba sobremanera traer á la memoria lo que eran las representaciones escénicas de su época.

Hecho esto, queda demostrado el inmenso ser-

vicio prestado á las letras españolas por la restauración clásica iniciada al mediar el siglo xviii.

No pretendo, sin embargo, sostener que la empresa se llevara á cabo con perfección cumplida, ni he de negar que ingenios de condición inferior intentaron, como sucede siempre, extremar el movimiento, ya exagerando la imitación de modelos extraños, ya intentando pasar, desde los encrespados excesos del culteranismo, hasta el más frío é intolerable prosaísmo (10). Y ¿á qué negarlo, si he calificado yo mismo ese movimiento literario con el nombre de restauración? ¿Quién ignora que en esos grandes impulsos de avance ó de retroceso del ingenio humano, que en la república literaria, como en el mundo político, se llaman revolución ó restauración ó reacción, se cometen siempre excesos, que manchan el gran pensamiento que los preside? Semejan esas grandes conmociones de la humanidad al flujo y reflujo de los mares; y cuantos hayan contemplado abortos el inmenso Océano avanzando impetuoso sobre la costa y alzando sus hinchadas olas, habrán observado que al romperse éstas se coronan siempre de espuma, y al dilatarse sobre la blanda arena de la playa, dejan delineados sus contornos con un negro festón de algas viscosas y de restos inanimados y putrefactos.

Vindicada la escuela clásica de cargos inmerecidos, bien quisiera entrar de lleno en el examen concreto de las bellezas literarias que debemos á los preclaros ingenios que, en un período de depravación, de abatimiento y de ruína, acometie-

ron la regeneradora empresa de devolver á las musas españolas la hermosura, la pompa y el ornato que ostentaron en el siglo de oro. Pero ni lo consienten los límites del discurso, ni á ello alcanzarían mis fuerzas. El examen, siquiera fuese somero, de las producciones de uno solo de esos escritores, sería tesis suficiente para una disertación académica. *El Sí de las niñas*, joya del arte, en que la regularidad no daña nunca al interés, en que la verosimilitud de la ficción dramática alcanza á confundirse con la realidad de la vida, en que la dicción y la forma rivalizan con el pensamiento, en que el crítico más severo no puede señalar con justicia un lunar, y en que el público saborea bellezas incomparables, prestaría por sí solo materia para un estudio literario tan extenso como el que dejo terminado.

Reservando esta grata tarea para escritor más competente ó para ocasión más propicia, séame lícito al menos concluir rindiendo el tributo de mi admiración á Moratín, que aparece más grande y más digno cuando se recuerdan las miserias de la época que le vió nacer, y cuando se le ve levantar entre semejantes escorias y repugnantes ruínas un monumento al arte español, con sus cinco comedias;

Cinco no más; pero de luz tan pura,  
De juventud tan fresca y tan lozana,  
Que vivirán cuanto en la edad futura  
Viva la hermosa lengua castellana (a).

(a) Ventura de la Vega.

## NOTAS.

(1) No me propongo hacer un extracto de las extensas biografías antiguas, ni aun de los mismos artículos biográficos modernos, que se han consagrado á la memoria de Juan Bautista Marini.

Sabido es que nació en Nápoles en 1569, y que prófugo del foro, no obstante los ruegos paternales, se echó en brazos de las Musas, ingresando en la academia *Degli Oziosi* (que, á juzgar por el título, no debe haberse extinguido por falta de prosélitos), y llevando en Roma, al lado del cardenal Aldrobandini, y luego en la corte de Saboya, esa vida aventurera, mezcla extraña y confusa de la existencia del cortesano y del trovador, fértil en sonetos, rica en cuchilladas, ocasionada á las más extrañas peripecias, y habitual en los poetas de aquellos azarosos tiempos.

Debió Marini la reputación que alcanzó en vida, y la nombradía que ha conservado después, más que á las dotes de su ingenio, que no eran extraordinarias, á la circunstancia de haber sido uno de los primeros y más activos propagadores del culteranismo, usando y abusando singularmente de las metáforas más extravagantes, y substituyendo la expresión sencilla de los afectos con formas hinchadas y ampulosas.

No satisfecho con la propaganda ejercida en su propio país, pasó á Francia, y protegido y pensionado por la reina María de Médicis, escribió en París su obra capital, el *Adone*, dedicada al rey Luis XIII, la cual puso el sello

á su reputación y ejerció el más pernicioso influjo en la poesía francesa de aquel período. Entre nosotros alcanzó igual favor, y así es que nuestro Gracián invoca su nombre repetidas veces, como una autoridad de las que, aceptadas por el mundo literario de entonces, no podían ponerse en tela de juicio.

(2) A éstas hay que agregar, según Artiga, varios primores de lenguaje, como las *conduplicaciones*, *reduplicaciones*, *conglobaciones*, *similicadencias*, *similidesinencias*, *compares* y *parisones*, *conmutaciones*, *discrímenes*, *aporias*, *erotimas*, *epistrofes*, *noemas* y otras figuras no menos discretas y elegantes.

(3) Lvzes | de la avrora, | dias del sol, | en fiestas | de la qve es sol de los dias, | y avrora de las lvzes, | Maria Santissima. | Motivadas | Por el nuevo indulto de Alexandro Septimo que concede octava con precepto de rezo de la | Inmaculada Concepcion. | Celebradas por la antigua piedad del | Excelentissimo Señor Marques de Astorga, y | San-Roman, Virrey, y Capitan General | del Reyno de Valencia, etc. | A cvya proteccion | Las dedica, el que las escribe. | Don Francisco de la Torre, y Sebil, Cavallero del | Abito de Calatrava, y en la voz de dicha Orden | substituto del Excelentissimo Señor | Marques de Aytona. | Impresso en Valencia por Geronimo Vilagrassa, junto al molino | de Rovella. Año de 1665. | A costa de Vitoriano Clapés Mercader de libros, junto a S. Martin.—En 4.º

(4) Colirio | del Zelador del Manna | Evcharistico. | En el qual se le enseña al alma | lo qve mas le conviene saber, para dexar la cvl- | pa, y lograr la Gracia. | Contiene dos partes. En la primera | se explica en verso la Doctrina Evangelica. En la segun- | da se pone



la Fundacion practica de la Cofradia (*sic*) | de la Miner-  
va. | Dalo a la Estampa | el Licenc. Migvel Casbas, y  
Aynsa, | Beneficiado en la Villa de Alguayra, y aora ha-  
bitante | en el Lugar de Antillon. | Dedicalo a la Ma-  
gestad de Christo | Consagrado, Maria Santissima, y San-  
tos de | la Gloria. | *Con licencia:* En Huesca Por Joseph  
de La- | rvmbe, Impressor de la Vniversidad, Año 1704.  
—En 4.º

(5) EL GENITIVO

DE LA SIERRA DE LOS TEMORES,

CONTRA EL ACUSATIVO

DE EL VALLE DE LAS RONCAS:

Ó UN LICENCIADO EN CERRO EN PELO SIN  
otra Sociedad, y por sí solo: contra un Doctor, Don,  
Padre, Fray, ó Frey, graduado en la Universidad de  
Cosmopoli (*sic*); y enjaezado con la brillante  
secular Compañía de varios Tertulianos  
Pseudo-político-literatos.

ALIAS

DEBIDA PROPULSACION NOVISSIMA CONTRA  
varias Acusaciones modernas, y Decanas; que como de  
raiz infecta pullularon en la primavera de el tiempo mas  
florido de nuestro Catholico Monarcha: con que se pro-  
curó lastimar el buen nombre, y merecida gloria de las  
Comunidades Mayores de España segun el su-  
cesso, que en el Prologo se aclarará.

Á QUE SE AGREGA EN ESTE, NO TANTO POR  
incidencia, quanto por principal de la obra, una *invectiva*

contra varias bocas maldicientes, y muchas plumas mordicantes, que no menos ofenden, y denigran varios cuerpos colectivos insignes, y otras personas expectables; propónense varios remedios contra todas; y especialmente contra las que debilitan, y extenuan las Regalías de nuestros Reyes invictos.

DIVÍDESE EN DOS TOMOS,

*POR*

EL LICENCIADO DOMINGO SERRANO, OPOSITOR que pudo ser á las Cathedras de la Universidad de Salamanca, y no lo fué; porque segun sus meritos siempre creyó su humildad no le tocaria alguna.

DEDÍCASE

AL HOMBRE JUSTO, AL ESPOSO DE MARIA, A San Joseph, sin mas Panegyrico fulgente, ni otra Dedicatoria coruscante.

TOMO I.

Año 1760.

Las Aprobaciones dadas de orden de ambos Tribunales, Eclesiástico y Real, se pondrán, quando se dé al público.

(6) Léese con frecuencia en libros extranjeros, que así como el sello distintivo de las letras italianas es la propensión á las frases alambicadas (*concetti*), en España puede considerarse la hipérbole como un vicio nacional.

Sin desconocer que, por tradición, por raza ó por cli-

ma, hay entre nosotros tendencia marcada al culteranismo, séame lícito hacer notar que esa grave afección literaria, que en España tiene efectivamente algo de endémica, ha tomado en períodos históricos determinados el carácter de verdadera epidemia, invadiendo y asolando las naciones más sesudas y prosáicas.

Recuérdese, si no, el lenguaje hiperbólico y amanerado que dominó en la corte de la reina Isabel de Inglaterra, donde pasaban de mano en mano la *Arcadia*, de Sidney, y sobre todo el *Euphues, the anatomy of wit*, ó sea *La Anatomía del ingenio*, de John Lilly, y forzoso será reconocer que, en punto á afectación, metáforas y ponderaciones de todo género, poco tenían que echarnos en cara los ingleses. Pues otro tanto cabe afirmar de Francia, si se recuerda lo que era la tertulia literaria, con ribetes de política, que ocupaba el histórico *Hotel de Rambouillet*, y que estuvo dictando, durante los reinados de Enrique IV y Luis XIII, las leyes del buen decir.

La noble Catalina de Vivonne y la bella y honesta Julia d'Angennes, celebrada bajo el nombre de *Artenice*, no sólo por los copleros de la época, sino hasta por el mismo Fléchier en un sermón de honras, ocuparon, en el célebre salón azul, el solio del buen gusto, y agruparon á su alrededor á otras nobles damas, que se dieron á desvariar en culto, hasta que la musa de Molière vino á poner en ridículo la extravagancia de ideas y de conceptos que dominaron en Francia cerca de medio siglo.

Verdad es que el *Hotel de Rambouillet* ejerció saludable influjo en las costumbres públicas, creando la exquisita urbanidad francesa; verdad también que Bayle lo calificó de *Palacio del Honor*, por más que aludiera, sin

duda, al honor frívolo y quisquilloso, que estriba en rendir tributo á la belleza y desenvainar la espada á la vuelta de cada esquina; verdad, en fin, y éste es el principal título á la pública consideración, que las nobles damas y los fervorosos adeptos de la tertulia difundieron la afición á las letras y al estudio en las altas clases de la sociedad francesa; pero, concedido todo esto en elogio de las *preciosas* ó *cultas*, no puede negarse que se hicieron dignas de las censuras de los grandes clásicos, á quienes hay que agradecer que pusieran correctivo á un período literario que reunía los defectos del conceptismo italiano, del gongorismo español y hasta del eufuismo de los ingleses.

Las preciosas ó cultas elevaron altares al amor puramente intelectual, despojado de terrenales apetitos; crearon una verdadera ideología sentimental, con un tecnicismo apropiado á ella, que forma la base de la *Astrea*, *Clelia*, *Cyro*, *Cleopatra* y otras producciones extravagantes de d'Urfé, la Calprenéde y Mlle. Scudéry; así como las poesías de Chapelain, Ménage y Voiture son un débil eco de quella algarabía á la moda, que exigía que se llamase al espejo *consejero de las gracias*, y que consentía que el gran Richelieu llevase el culto apodo de *Séneca*.

(7) D. Ramón de Mesonero Romanos, cuya competencia en la materia es notoria á cuantos me escuchan, en un curioso trabajo que, con el título de *Rápida ojeada sobre la historia del teatro español*, dió á luz en el *Semanario Pintoresco Español*, segunda serie, tomo IV, año 1842, dice en la pág. 390, columna 2.<sup>a</sup>: «Al frente de toda aquella turba de escritores descollaban por su laboriosidad, cuando no por su mediano ingenio, D. An-

tonio Valladares de Sotomayor, D. Vicente Rodríguez de Arellano, D. Gaspar Zavala y Zamora y *D. Luciano Francisco Comella.*» Y más adelante: «Por último, Don Luciano Francisco Comella, tan célebre desde entonces, más que por sus muchas obras, por las despiadadas sátiras de Moratín, bastaba él solo para surtir el teatro de novedades diarias en el género altisonante y de bambolla, que entonces chocaba tanto al público, y levantaba tan alta la fama de los amanerados actores. *Catalina II, Federico II, Luis XIV el Grande, María Teresa de Austria, Cristina de Suecia, Gustavo Adolfo,* y otros Monarcas más ó menos contemporáneos, eran para Comella otras tantas minas de enredos dramáticos, colgándoles cualquiera anécdota más ó menos sentimental, poniendo en su boca todos los partes de las *Gacetas*, haciéndoles pasar revistas ostentosas, montar á caballo, asistir á batallas, tomar plazas, perdonar reos y coronar tiernos amantes, con gran satisfacción del público y no poco lauro de los actores Manuel García Parra, Antonia Prado, José Oros y la célebre Rita Luna, que, como todo el mundo sabe, supo dar tan alta importancia á *La Moscovita sensible, La Esclava del Negro-Ponto* y otras piezas de Comella.»

Por su parte, Ticknor, en la *Historia de la Literatura española*, traducción de los Sres. Gayangos y Vedia, tomo IV, pág. 134, escribe: «Algo mejor que los dos anteriores (Valladares y Zavala), y seguramente más aplaudido por la clase culta de sus contemporáneos, fué Comella, que igualó en fecundidad de ingenio á Valladares. Su facilidad en escribir y en inventar nuevas é inesperadas situaciones parecía haber producido en sus oyentes el mismo encanto que Lope y Calderón produjeron en su tiempo. Pero por desgracia Comella carecía del in-

genio de estos grandes hombres. Sus fábulas son tan enmarañadas y á veces tan interesantes como las de aquellos poetas; pero, generalmente hablando, rayaban en el más alto grado de necedad y de absurdos. Aun tratando asuntos tan conocidos como los de Cristina de Suecia, Luis XIV y Federico el Grande, Comella prescinde completamente de la verdad histórica, de la verosimilitud y aun de la conveniencia. Su versificación es también pobreísima, pues aunque empleaba el género de metro que tan popular fué siempre en Castilla, carece de la variedad, riqueza y energía que tanto distingue á los antiguos poetas. Con todo, es preciso confesar que con sus diálogos en romance, con la ternura y honradez de sus sentimientos y la buena elección del asunto, Comella supo de tal manera ganarse el favor de su auditorio, que más de ciento de sus disparatados dramas (unos en prosa, los más en verso, ya sobre asuntos históricos, ya sobre anécdotas amorosas de su propia invención) fueron recibidos con grande aplauso, y produjeron más ganancia á los teatros que todo cuanto por entonces podían ofrecer á la multitud, de quien dependía su existencia.»

(8) Hace notar Ticknor que la popularidad de Valladares, Zavala y Comella no fué bastante á conseguir que se coleccionasen sus obras, y dice poseer algunas sueltas de éstos y otros autores de aquella época, añadiendo: «Sólo de Comella tengo treinta, y no me atrevo, por vergüenza, á confesar cuántas de ellas he leído por el único placer de entretenerme con sus extravagantes fábulas.» De mí sé decir que pasan de sesenta las que he recorrido, cuando no completado su lectura; y D. Manuel Ovilo y Otero, en su *Catálogo biográfico-bibliográfico del teatro español*, cita setenta títulos de obras de Comella, sin

contar *La Esclava del Negro-Ponto* y alguna otra que, siendo notoriamente de este autor, no se publicaron con su nombre.

(9) García Villanueva, en su *Origen, épocas y progresos del teatro español*, dice en una nota, pág. 318, hablando de algunas poetisas españolas: «... y en los tiempos presentes hemos visto composiciones dadas á los mismos (á los teatros) por Doña Gabriela Morón, Doña Rosa Gálvez, y aun de Doña Joaquina Comella, hija del actual D. Luciano.»

(10) No conozco documento más importante para fijar la transcendencia del movimiento iniciado por los clásicos españoles, así como para comprender los efectos de la exageración á que algunos intentaron arrastrarle, que la carta dirigida por Moratín desde Burdeos, con fecha 4 de agosto de 1824, á D. Mariano y D. Pedro Nougués, é inserta en el tomo III, pág. 11 de sus *Obras póstumas*. He aquí cómo se expresa este eminente escritor:

«Yo, para escribir versos, según el género á que quisiera aplicarlos, estudiaría á Garcilaso, á Herrera, los Argensolas, Luis de León, Francisco de la Torre, Arguijo, Rioja, Lope (el extravagante Lope), Valbuena y otros de los siglos XVI y XVII, y en sus obras (separando á un lado lo que es defectuoso) hallaría el régimen, la propiedad, la gracia, la energía, la robustez, la abundancia, el giro poético y la armonía de la versificación. Nada de esto han hecho los jefes del moderno culteranismo: han estudiado de prisa, ó por mejor decir, no han estudiado ni conocido los autores de Grecia y Roma; apenas emancipados de los nominativos, se han dedicado á la literatura francesa exclusivamente, sin cuidarse de cultivar la lengua con que los arrullaron en la cuna. Oyeron decir

que en nuestros poetas (tomados en montón) se hallaban defectos considerables de juicio y de gusto, y tomaron el partido de no leerlos y despreciarlos, como si un español pudiese hallar en otra parte el lenguaje de las Musas. Con esta voluntaria privación empezaron á hilar versos y á filosofar en consonantes, supliendo el idioma patrio, que ignoraban, con otro que ni es francés, ni castellano, ni esguízaro, ni perteneciente á nuestro siglo ni al de Berceo, porque de todo participa. Formaron una especie de masonismo literario, dirigido á desacreditar cuanto se aplaudía antes que ellos naciesen, á perseguir y aniquilar á los que no fueran sus devotos, y á elogiarse y rascarse mutuamente, recomendando sus opúsculos á la presente y las futuras generaciones. Hallaron para esto un pobre hombre, que, ajeno de todo buen estudio, sin más prendas de literato que las de saber leer y escribir, tradujo del francés, en jerigonza bárbara, lo que Blair había compuesto en inglés para los ingleses, y acudió al auxilio de sus amigos, á fin de suplir el gran vacío que resultaba en aquella obra relativamente á nuestra literatura. Esto proporcionó á sus colaboradores la ocasión de lucir su crítica y su exquisito gusto, y aquel buen hombre se halló de repente convertido en un delicadísimo Aristarco, que con una mano de hierro y otra de lana dispensó á diestro y siniestro los arañazos y las cosquillas. No hay para qué decir á ustedes cuánto disparate amontonó en sus miserables adiciones: baste decirles que, con el apoyo de sus fautores, logró ver su obra transformada en libro elemental, de orden del Consejo (corporación que de todo entendía), el cual mandó que se aprendiese en las escuelas el buen gusto de Munárriz, como lo dice el Fiscal. En efecto, por tal autor se aprende á juzgar y á componer,



siendo el resultado que la estudiosa juventud ha llegado á perder el tino con guía tan pérfida, y que el gusto de las buenas letras ha desaparecido de nosotros, y lleva camino de no volver en mucho tiempo. Toda esta homilía puede reducirse á dos proposiciones: primera, que no será buen poeta en español el que no se familiarice con el estudio é imitación de los buenos poetas antiguos españoles, en los cuales, y sólo en ellos, encontrará los primores del lenguaje, del estilo y de la armonía; segunda, que los modernos han corrompido el gusto, el idioma y la frase poética, y que el que los siga se confunde y se pierde.»







## UN TALEGO DEL ESTADO

Ó EL ESTADO DE UN TALEGO.



ON este epígrafe publica *Las Novedades* la siguiente gacetilla:

«Al ir á Toledo esta Semana Santa, excitó nuestra curiosidad en el tren un individuo que ocupaba majestuosamente una división de un coche de segunda, y que, atusándose el rubio bigote, contemplaba con cierto desdén los viajeros apiñados en las demás localidades. Cierta expresión, entre gravedad y aburrimiento, nos hizo sospechar que fuese empleado del Gobierno: nuestras sospechas se convirtieron en certidumbre al observar que coronaba su cabeza una gorra galoneada de oro, sobre la que campeaba una corona real. Pero lo que volvió á introducir cierta confusión en nuestras ideas fué el ver al lado de esa persona un talego, un horrible talego, con remiendos, con rotos y descosidos, por los que asomaban la cabeza algunos papeles. Á pesar de que

hay multitud de vinateros y aceiteros de la Real Casa, como no creemos que existan traperos revestidos de alta distinción, no supimos explicarnos la presencia de aquel talego, colocado, al parecer, bajo la protección de aquella gorra y aquella corona.

»Un empleado del tren nos sacó de confusiones revelándonos que aquel individuo era un conductor de correos, y aquel talego un receptáculo que consagra la nación española á la correspondencia pública. Y nos dijo más: que no sólo no era extraño que el conductor pareciera estar aburrido, sino que era admirable que no estuviera ya desesperado y loco de atar, en atención á que la misma nación española anda tan escasa de empleados, que aquél es el único que transportaba la correspondencia, yendo todas las mañanas del año á Toledo y volviendo todas las tardes del año á Madrid.

»Confesamos que nos dió lástima ese desdichado, condenado, sin haber cometido delito conocido, á ferrocarril perpetuo.

»Un matemático que nos acompañaba sacó al instante varios cálculos curiosos, de los que resulta que, teniendo que recorrer desde la administración de Madrid á la de Toledo y viceversa 34 leguas diarias, anda al cabo del año 12.410 leguas; que estando en el coche tres horas de ida y tres de vuelta, sale al cabo del año 2.190 horas, ó sean 91 días y 6 horas de tren.

»En cuanto al talego, no pudo establecer el matemático la cuenta de los agujeros que tenía.

»Pero lo que colmó nuestra extrañeza fué que

desde la estación vimos al conductor subir las terribles é interminables cuestas del Miradero, llevando á hombros el talego, el cual contemplaba con sus cien ojos otro sin fin de bultos que, no teniendo la honra de pertenecer al Estado, pasaban rápidamente á su lado en las bacás de los ómnibus.

»Francamente, ignorando los misterios del complicado ramo de correos, y no teniendo la menor noticia acerca de que la correspondencia deba cernerse como la harina, no comprendemos la razón que haya para conducir la correspondencia pública en una especie de criba de tela.

»Menos comprendemos la conveniencia de que se lleve á pie y con grave riesgo de calarse desde la administración de Toledo al tren. ¿En qué piensa D. Mauricio López Roberts, director del ramo? Verdad es que se nos dirá, con razón, que todo un director no puede estar en todo y menos en un talego tan averiado; pero la prensa se mete por todas partes, y nada la ha sido más fácil que meterse por un talego que tantos calados tiene.

»En resumen: D. Mauricio, antes periodista y hoy director, no puede desconocer que la prensa sirve para algo; y si quiere darnos una prueba de sus convicciones, le rogamos:

»Que jubile el venerable talego con el haber que por clasificación le corresponda;

»Que mande comprar una baliija ó maleta de cuero que asegure la correspondencia pública y la ponga al nivel de la ropa de los particulares;

»Que suprima las penas perpetuas, y no con-

vierta á un conductor en una laboriosa ardilla, dándole siquiera un compañero con quien alternar;

»Que al menos asegure á este desgraciado empleado de las resultas de sus pensiones, mandando que le provean de un almohadón circular calado por el centro;

»Que le den un par de reales para subir y bajar la correspondencia pública en los ómnibus, como suben y bajan en ellos los efectos de particulares;

»Que si por estar casi votados los presupuestos carece de fondos, nos lo diga para abrir una suscripción nacional que impida que el día menos pensado un viajero francés apunte en sus impresiones la advertencia de que en España deben escribirse las cartas en folio y en papel impermeable para evitar que se escurran por los cedazos del Estado, ó se conviertan en papilla al llevarse media hora sobre los hombros en un día lluvioso desde la administración de Toledo á la estación del ferrocarril.»





## JUICIO CRÍTICO DE LA RESTAURACIÓN

EN 1881.

**N**EGAR que el advenimiento de la monarquía restaurada ha determinado un período de renacimiento para España, sería negar la frialdad de la atmósfera cuando se patina sobre el hielo, ó negar la luz del sol cuando sus destellos deslumbran nuestras pupilas.

Á beneficio de las nuevas corrientes, casi con los mismos hombres de guerra, casi con los mismos recursos, que antes sólo servían para ensanchar y ensangrentar la lucha, se logró como por encanto la pacificación del país y se redujo á la obediencia á Cuba, que el mundo entero llegó á considerar como precioso girón desprendido sin remedio de la madre patria.

Los valores públicos, que representan la riqueza pública y que casi llegaron á igualar en su desprestigio los asignados franceses, se reponen y marchan en alza evidente y sostenida; y para que resalte que esto no es debido al ingenio feliz de un

hacendista, la Providencia dispone que sea el mismo hombre que tuvo el triste honor de refrendar la suspensión de pagos de la nación española, el que tenga hoy á su cargo la misión harto más grata de condensar en medidas financieras la resurrección de nuestro crédito.

Las ideas se han modificado hasta el extremo de que apenas hay militar español que no considere como un oprobio el pronunciamiento, ni paisano que no haya aprendido, muchas veces á su costa, que la barricada no es más que un aparato ingenioso para encaramarse sobre los hombros y sobre la sangre del pueblo.

Al estado de zozobra en que vivíamos ha sucedido una convicción profunda de que la paz pública está asegurada, y ya el estruendo de una puerta que cierra un turbión de viento no pone en conmoción á todo un barrio, y han caído en completo desuso, así como la bayoneta inteligente, el ciudadano armado y la charretera de lana, las frases de «está armada, tenemos jarana ó llegó la gorda,» que constituyeron en tiempos el fondo habitual de las conversaciones de la sociedad española.

Detrás de los calamitosos tiempos en que apenas conservábamos con Europa más comunicación que la insegura é intermitente de los lanchones de vapor entre Santander y Socoa, vemos lucir los días en que no nos bastan dos líneas férreas en plena actividad que salvan por sus extremos los Pirineos, y no aspiramos á menos que á taladrarlos por el centro.

Poco más de seis años hace, y los tipos del cura



de Santa Cruz, de Antonete Gálvez y otros ciento pertenecen á la leyenda; y los incendios de Alcoy y las cacerías de propietarios de Montilla y las piraterías de Cartagena parecen acontecimientos fabulosos evocados en una noche de febril pesadilla.

En cambio, no hay centro de población importante donde no pasmé el acrecentamiento de la edificación, ni campiña donde no se emprendan plantíos de viñedo, de olivo ó de arbolado.

Negar, pues, el renacimiento es un imposible; así como es una injusticia, de que no se harán eco las generaciones venideras, desconocer la parte principal que en este movimiento corresponde al partido conservador-liberal y á su ilustre jefe, sobre quienes pesa toda la responsabilidad de los seis años, á la vez que la gloria refluye sobre el que, llamado á regir los destinos de España, ha de dejar en la historia huella bienhechora, semejante al período de grato recuerdo que personifica el Rey D. Carlos III.

Pero para que el renacimiento se imponga de una manera definitiva; para que la aurora se convierta en claro, prolongado y esplendoroso día, hay que vencer aún no livianas dificultades.

La reconciliación sincera con la Iglesia católica y la política atractiva del partido conservador-liberal han obtenido el más completo triunfo, reuniendo en torno del trono todas las fuerzas vivas de los elementos conservadores, dejando en la más absoluta impotencia á los contados sectarios de tiempos pasados.

El movimiento democrático en el propio sentido se ha iniciado; pero, desgraciadamente, la concentración de las fuerzas democráticas en derredor de la monarquía constitucional no se ha consumado, y dista mucho de llegar á colmo.

Pasma ver inteligencias preclaras, ingenios insignes, verdaderas glorias de la tribuna española, que no han vacilado en arrojar al fuego el federalismo, desvarío de la lógica del progreso, para abrazarse á la nacionalidad, expresión de la tradición y de la historia, y fuerza conservadora en su esencia; que condenan la revolución porque, aun en su mejor sentido, es el progreso por la violencia; que anatematizan los procedimientos de fuerza; que aspiran á la libertad desenvuelta dentro del orden, y sin embargo vacilan, por un extraño pudor de la forma, por un temor infantil de acusaciones de personal interés, en reconocer que, á pesar de sus esfuerzos, la palabra república sigue siendo en nuestra sociedad española la fórmula gráfica de las reivindicaciones, de los apetitos, de los odios, y, en suma, de la anarquía, al paso que la monarquía constitucional es aquí y en nuestros días, ni más ni menos que en Bélgica ó Inglaterra, la fórmula del progreso.

Para acrecentar ese movimiento democrático que se impone; para llevar la vida y el interés á donde debe estar, á los comicios, es de esperar que Dios suscite en España un Ministro de la Gobernación que tenga la energía y el valor necesario para perder unas elecciones, ó al menos para librar á futuras situaciones de la plétora de mayo-

ría que ha esterilizado á tantos Gobiernos y que amenaza ahogar al actual.

Si se logra despertar la opinión que existe, como es preciso en todo pueblo inteligente, pero que anda recelosa y descreída y aletargada, para lo cual hay que seguir la senda trazada por la ley electoral debida al partido conservador, de quien será eterna gloria, así como será eterno y colosal pecado del partido fusionista el haberla desprestigiado en sus albores, se habrá fundado definitivamente el Gobierno representativo, al que deben siglos de dichas naciones como la inglesa.

De otro escollo debemos librarnos para asegurar nuestra regeneración política: del prurito que nos aqueja de intervenir en las cuestiones exteriores.

Al trazar el genio inmortal de Cervantes la incomparable figura del hidalgo manchego, flaco, endeble y generoso, y aficionado, no obstante, á enderezar entuertos é intervenir en cuantos lances se le ponían al paso, retrató el carácter español en uno de sus aspectos más característicos.

Si falta nos hacen hombres políticos que se avengan á perder elecciones, indispensables son otros que resistan á la idea de hacer principales papeles en Europa.

Á los que dicen que el porvenir de España está en África ó en Oceanía, es preciso contestarles que el porvenir de España está sencillamente en España.

Seguros de que, después de la prueba memorable de 1808, nadie ha de atentar á nuestra inde-

pendencia; tranquilos con haber sacudido, que no es poco, el protectorado francés ó inglés, bajo el que vivieron los Gobiernos del anterior reinado, existiendo en el día España por sus propias fuerzas, es preciso resistir todas las tentaciones del orgullo nacional y mantenerse en absoluta reserva.

Es preciso por mucho tiempo decir lo que el jugador de tresillo á quien la suerte no le depara estuches:

Paso.

En suma: de audacias y valentías, de poesía, de misticismo y de acciones heróicas, tiene plagadas la raza española las páginas de la historia.

Ahora necesita diez años de cordura, de trabajo, de tolerancia y de sentido práctico. Al cabo de ese espacio de tiempo, apenas quedará rezagado y fuera del movimiento algún torvo imitador de Mazzini, algún trovador de los pasados siglos, y España, concentradas todas sus fuerzas vivas, organizados sus grandes partidos, vivirá próspera y pujante en el interior, y alcanzará el puesto que la corresponde en los Consejos de Europa.





## SOBRE EL DICCIONARIO

DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

**L**os artículos que Miguel de Escalada viene publicando en *Los Lunes de El Imparcial* sobre el nuevo Diccionario de la Academia Española, no podían menos de producir apasionadas polémicas y ardiente debate entre los amigos y los enemigos de aquella corporación literaria. Muchas veces hemos recibido artículos, cartas y observaciones sobre la acerba sátira de nuestro ingenioso colaborador; pero no hemos hecho mención de ello porque nada substancial ni importante había en tales réplicas. Ayer recibimos una carta suscrita por *Juan Fernández*—pseudónimo sin duda alguna— en que se defiende á la Academia Española y se acusa á Miguel de Escalada de contrariar con sus críticas el movimiento de atracción de España y los pueblos latino-americanos. Como la imparcialidad es nuestra norma, insertamos á continuación

esta carta. Cuanto aparece en *Los Lunes de El Imparcial* se publica bajo la responsabilidad de sus autores. No tenemos, pues, que repetir que, como en todos los asuntos que aquí se discuten, Juan Fernández escribe bajo su sola responsabilidad, y Miguel de Escalada bajo la suya. Uno y otro tienen opiniones distintas, y para exponerlas dejamos á ambos la más amplia libertad.

Mucho se congratula *El Imparcial* de que en América haya esas corrientes de españolismo de que habla con entusiasmo *Juan Fernández*; pero no puede acusárenos de haberlas contrariado, antes bien siempre que hemos tenido ocasión hemos contribuído á estrechar amistades internacionales que arrancan de la historia y tendrán cumplido desarrollo en lo porvenir. Ni es cierto tampoco que nosotros menospreciemos á la Academia Española como corporación, mucho menos cuando admiramos á muchos de los que la forman. Citar nosotros los nombres de Castelar, Tamayo, Echegaray, Cánovas, Martos, Silvela, Núñez de Arce, Campoamor, Zorrilla, Valera, Alarcón, Fernández-Guerra, Menéndez Pelayo y de algún otro, es darnos ocasión de elogios y alabanzas. Lo cual no está reñido con que dejemos espacio á Miguel de Escalada para que exponga en *Los Lunes de El Imparcial* sus particulares opiniones con la acerbidad y energía que estima conveniente. Y no va en las acritudes de la forma hasta donde fueron los poetas del siglo de oro, cuando se satirizaban cruelmente. Podría formarse, cogiendo flores en esta espinosa zarza de la

crítica, un hermoso ramillete sin más que rebuscar entre lo que han escrito contra sus émulos Quevedo, Lope de Vega, Góngora, Tassis y Ruiz de Alarcón.

Veán ahora nuestros lectores la carta que hemos recibido y de que damos especial traslado á Miguel de Escalada:

Sr. D. José Ortega Munilla.

Mi querido amigo: Permítame V. que llame su atención como director de las Hojas de *Los Lunes de El Imparcial* acerca de la conveniencia para las letras españolas de desligar un periódico tan culto de la aparente solidaridad que sobre él arroja la acogida que está dando á las producciones del Sr. Escalada, que tan gallardo alarde hace de su profundo saber y de sus delicadas formas, juzgando, con toda la superioridad que le corresponde, la asendereada obra de la Academia de la Lengua. No ignora V. el rápido y fausto movimiento de aproximación que se nota entre los españoles de ambos mundos, y no ignora V. tampoco la gran parte que en esto corresponde á la Academia Española, en relación años há con todos los centros de ilustración de la América del Sur, en donde se han creado hace poco tiempo Academias literarias en activa correspondencia con la Española, y con cuyas presidencias se honran los hombres más importantes y hasta los jefes de los Estados.

Dando al olvido desconfianzas injustificadas,

rencores infundados, rivalidades perjudiciales, vuelve la raza española á formar una sola familia, y tras del vínculo poderoso del lenguaje vendrán los lazos estrechos del comercio, de los intereses, de la industria y de las artes á establecer una gran confederación que se atraiga, en bien de todos los Estados que la constituyen, el respeto y la consideración del universo. Ante este resultado no hay corazón español que no se ufane y que no se crea en el deber de cooperar hasta donde pueda á esa obra de pacificación y unificación que se realiza principalmente bajo la enseña gloriosa de Cervantes, de Herrera, de Mariana, de Quintana, de Breton y de todos los inmortales escritores que, al través de los siglos, han hermoñado y engrandecido el habla castellana.

¿Cree V., querido amigo, que puede contribuir á esa empresa, que se realiza merced á la consideración alcanzada por nuestra valía literaria, el que pueda creerse, con error sin duda, que todos los lunes un periódico de la autoridad y circulación de *El Imparcial* se ocupe, no en criticar con mesura una obra inmensa é imperfecta como todas las de su género, sino en poner por bajo de las coplas de Caláinos un libro en que han venido colaborando, por no citar más que los muertos, Luzán, Iriarte, Martínez de la Rosa, Vicente de los Ríos, Lardizábal, Conde, Vargas Ponce, Fernández de Navarrete, Ventura de la Vega, Lista, Quintana, Meléndez Valdés, Clemencín, García de Arrieta, Hermosilla, Arriaza, Gallego, Duque de Frías, Olózaga, Gil y Zárate, Donoso Cortés,



Jovellanos, Campomanes, Selgas, Pacheco, Burgos, Alcalá Galiano, Oliván, Cienfuegos, Martínez Marina, Torres Amat, Balmes, Burgos, Durán, Duque de Rivas, Baralt, Mesonero Romanos, Hartzenbusch, Samaniego, Valbuena, Segovia, García Gutiérrez, Ayala, Escosura y otros no menos ilustres? ¿Y qué efecto ha de causar en nuestros hermanos de América, atraídos por la magia de nuestros autores, el ver que, en la apariencia al menos, un periódico tan español y tan ilustrado no encuentra para escritores como los citados, y como los de que se compone en la actualidad la primera corporación literaria de España, más honrosos calificativos, ni otros amenos dictados que los de ignorantes, robadores de tiempo, necesitados de que se les entere de las cosas más triviales, que nada saben de tejas abajo, cerebros al revés, camuesos, asnos estultos y hasta cabrunos, con otros epítetos peores si cabe?

No se objete que de ningún modo compromete el periódico su respetabilidad, ni con su importancia influye en la transcendencia de los ataques, puesto que la tal sarta de amenidades viene firmada, porque cuando una firma es totalmente desconocida por no haberla jamás encontrado el lector al pie de una producción aplaudida, es como si no existiese; es como un guión, una raya, un signo tipográfico cualquiera, y entonces el lector traslada la responsabilidad, ligera é injustificadamente á veces, del articulista incógnito á la publicación conocida, que, al darle acogida en sus columnas, le presta una autoridad de que carecería

si publicara sus censuras en hoja suelta y bajo sus exclusivos auspicios.

Y si no es digno de *El Imparcial*, del periódico de los atrevimientos en las ideas y los respetos para con las personas, de la audacia en los pensamientos y de la medida en la forma, amparar, aparentemente si V. quiere, la prosa de Escalada, pero en realidad difundirla, ¿qué no puede decirse de otros excesos de este huésped harto más graves, como el de desfigurar textos clarísimos añadiendo palabras para formular sobre la ficción por él creada cargos imaginarios? No hace muchos días, por ejemplo, que para poder asegurar que la Academia adolecía de inopia geográfica, supuso el omnisciente crítico que esa docta corporación, al definir *campurriano*, decía que era el natural de Aguilar de Campoo, población de Santander, y no de Palencia. Semejante herejía geográfica debió sacar de quicio á todos los maestros de escuela del reino y hacer dar un rugido de indignación á todos los fabricantes de mantas de Palencia, que aparecían desposeídos por la ignorante Academia de una de las joyas más preciadas de su provincia. Pero todo viene á tierra como castillo de naipes sin más que leer el artículo del Diccionario en el que se califica de *campurriano* al natural, no de la población de Aguilar (de que no tenía para qué acordarse la Academia), sino al natural de la comarca (palabra que excluye toda confusión); es decir, al natural del territorio de Campoo, que está desde *ab initio* en la provincia de Santander, compuesto por más señas de los valles

de Campoo de Suso, Campoo de Yuso y de otros cien lugares, que, por lo visto y no obstante el atractivo irresistible de su verde césped y su espléndida vegetación, no han alcanzado la honra, como fuera de presumir y de desear, de ser frecuentados por el flamante Aristarco.

¿Y qué diremos de los aspavientos de asombro y de las contorsiones de júbilo con que acoge Escalada el descubrimiento que cree haber hecho al encontrarse con que la Academia se permite la rara, la insólita comparación de la campana con una copa boca abajo? ¡Ah! si no fuera por la exagerada y sistemática reserva que guarda el severo crítico en sus relaciones con la erudición y con la ciencia, sabría que esa comparación, que le ha producido tanta extrañeza como á los indígenas de Guanahani los atavíos y ropajes de Colón, viene frecuentemente usada como la más propia y la más exacta por la mayor parte de los lexicógrafos españoles y extranjeros, pudiendo leer, si logra dominar su aversión á malas lecturas, en los deplorables Diccionarios de Littré y Larrouse, que la campana es de figura de *coupe renversée*; y si continúa entregándose á curiosidades malsanas, leerá en el Diccionario italiano de Rigutini y Fanfani que la campana asemeja *un vaso arroresciato*.

¿Y qué concepto merecen á cualquiera persona culta las expresiones regocijadas que le arranca á Escalada la etimología de *capricho*, que él deriva gallardamente de *capirucho*, sin caer en la cuenta de que para ello fuera preciso probar ante todo

que esa palabra era de abolengo castellano y había pasado de la nuestra á las demás lenguas romances, de tal modo que la forma italiana *capriccio* y la forma francesa *caprice* hubieran salido también de ese *capirucho*? En tanto que esta prueba no se suministra por el articulista, la Academia obrará muy acertadamente en continuar prefiriendo la etimología de *capra*, de acuerdo con Vieira, Bescherelle, Littré, Larrouse, Webster, Worcester, Federico Díez y otros filólogos de universal reputación, á quienes hay que conceder que saben algo, aunque menos por supuesto que el Sr. Escalada.

Entiendo, pues, que sobre todo para los que tienen que formar sus juicios á distancia, convendría pusiese V. bien en claro que el respetable periódico *El Imparcial* en nada responde de las opiniones ni puntos de vista de sus lunáticos colaboradores, haciendo de paso, y por vía de compensación, completa justicia á los inmortales autores que durante su vida, además de enriquecer con sus obras la literatura patria, han consagrado su saber literario á la enojosa é ingrata, pero útil tarea del Diccionario, y á los que en la actualidad continúan el monumento, que por cierto alcanza infinitamente más aceptación, aplauso y prestigio que el de otras Academias de naciones vecinas. Convendría además que, abriendo los ojos á algunos incautos lectores, les pusiese en autos de que no hay juego literario de más fácil desempeño, y en suma más baladí, una vez revelado el secreto, que el de rebuscar entre centenares de mi-

les de definiciones el aspecto risible y el lado cómico que tienen casi todas las cosas humanas, aun las más graves. Explicado todo esto, como V. con su admirable pluma sabe hacerlo, quedando bien claro que *El Imparcial*, al dar posada por espacio de veinte *lunes* á las lucubraciones filológicas del Sr. Escalada, no entiende asociarse ni en poco ni en mucho á la campaña emprendida contra el Diccionario de la Academia, deja de ofrecer inconvenientes la tarea á que se ha consagrado dicho señor, que puede continuarla de su cuenta, cargo y riesgo, sin extrañeza y aun sin molestia de nadie.

Más aún: entiendo que, despojado de la aureola aparente que le prestaba el periódico, tomará otro rumbo, á no ser, lo que yo no creo, que sea una persona con instintos y alientos para atacar y combatir, é incapaz por naturaleza para afirmar y crear.

Sabido es, con efecto, que en el mundo literario como en el físico existen por mar y tierra insectos roedores cuyo natural los impele á talar las quillas de los barcos y los artesonados de los palacios, teniendo que contentarse al cabo de su evolución terrestre, y como término de sus ambiciones, con hacer un acopio de carcoma ó serrín apenas suficiente para la dotación de una escupidera.

Si el Sr. Escalada fuese, por acaso, como espero y deseo, escritor de mayores vuelos, podría, arrojando el taladro y tomando la pluma, escribir y publicar las definiciones de las palabras que

tengan por inicial una letra del alfabeto que procure un mediano contingente de voces. Si tal hiciera, yo, Juan Fernández, que ni siquiera soy académico, sino escritor desconocido, más desconocido aún que el mismo Sr. Escalada, me comprometo á escribir *incontinenti* una serie de comentarios humorísticos sobre la obra del novel lexicógrafo, que darán solaz y esparcimiento para muchos *Lunes* á los lectores de *El Imparcial*. ¿Á que no acepta?

Anímelo V. para que acometa esa empresa y se lo agradecerán sus suscriptores, que en este valle de lágrimas no son de desperdiciar las ocasiones de risa benévola y de sátira festiva y urbana, contando además con que esto ha de ofrecer á los que vienen acostumbrados á las producciones de Escalada el incentivo poderoso de lo nuevo y lo desconocido.

Gracias anticipadas por tanto favor, y cuente con el afecto de su ya afectísimo Q. B. S. M.

JUAN FERNÁNDEZ.





## FIN DE UNA POLÉMICA.

Sr. D. José Ortega Munilla, Director de  
*Los Lunes de El Imparcial.*

**M**i querido amigo: Á V., que me concedió palenque para la lucha, debo escribir ahora que ya no es dudoso el triunfo, rogándole que, por vía de despedida, exprese las gracias á mi contradictor por su relativa benevolencia, y al propio tiempo el testimonio de que, si ha quedado vencido, no ha sido por falta de intrepidez; sino por la irresistible pesadumbre de su causa.

Quince mortales días, dos semanas, dos veces el tiempo que fué preciso para la creación del mundo, ha necesitado Escalada para esquivar su contestación, para encubrir su derrota, para escribir una cosa que él llama paréntesis, y al que, á brotar de pluma extraña, hubiera calificado *incontinenti* de huero. Para depurar si se trataba de unas

lecciones de filología formales y encaminadas á mejorar el Diccionario, ó de un juego de ingenio y de palabras agradable, á condición de no prolongarlo en demasía, lancé un reto y arrojé un guante que, como habrán visto los lectores, á la hora presente no ha sido recogido. Propuse que el crítico redactase un centenar de definiciones y las entregase á mi crítica y examen. Si resultaban cien definiciones limpias como el alabastro, esculturales, en las que ni el diente del satírico ni la lima del crítico pudieran hacer mella, Escalada triunfaba, el Diccionario de la Academia era pobre y deficiente y España podía echar las campanas á vuelo por haber encontrado un verdadero fenómeno, un filólogo capaz de presentar definiciones perfectas. Pero si, por el contrario, las cien definiciones de Escalada resultaban peores mil veces que las del Diccionario, si presentaban más flanco á la risa y al gracejo, quedaba demostrado que todo el ponderado artificio se reducía á unos verdaderos juegos malabares que pueden hacerse con todos los Diccionarios y que en nada perjudican, ni dentro ni fuera de España, al prestigio de la Academia.

Así planteado el problema desde el primer momento, ¿conduce á resolverlo cuanto para distraer la atención escribe el acorralado crítico? Que me llamo Manuel y no Juan; que pesa sobre mí la nota infamante de académico; que hasta me permito el exceso de ser conservador-liberal; que sé escribir en castellano, aunque ¡cómo ha de ser! no en forma brillante; que soy un buen hombre,



frase que, con acompañamiento de media hogaza, suele servir en toda Castilla para despedir del umbral de la casa al pobre importuno; mientras que Escalada tiene, por el contrario, la insigne honra de ser tradicionalista, cualidad inapreciable para la acertada resolución de cuestiones gramaticales; ha colaborado cinco ó seis años en la *Política menuda* de *El Siglo Futuro*, lo cual le ha valido (contra lo que la opinión pública pensaba atribuyendo á D. Ramón Nocedal todos los primores de lenguaje del periódico) el ser citado como juez en materias de buen decir y con más autoridad que nunca tuvo la Academia; y hasta ha llegado á componer un libro titulado *Ripios aristocráticos*, que corre equivocadamente, por lo visto, y contra las sanas doctrinas de Salazar, que excomulgan la mentira, tan oportunamente invocadas por él, bajo el nombre de un respetable ex-Ministro fusionista. Y por cierto que la tal obra parece, por su incoherencia y sañuda aspereza, más bien que un libro, una espuerta de virutas literarias cepilladas á contrapelo ó contraveta sobre las obras de respetables escritores. Como nada de esto sustituye al puñado de definiciones reclamadas, tiene que inventar, para excusar su deficiencia, la enormidad de que se le ha pedido un Diccionario.

Yo no acostumbro á pedir imposibles, y demasiado conozco que hacer un Diccionario es un imposible para el Sr. Escalada. Lo que se le pidió (y siento tener que refrescarle la memoria) fué menos, infinitamente menos: las definiciones de las pala-

bras que tuvieran por inicial una determinada letra del alfabeto. Y ni éstas, ni un ciento, ni un puñado se atreve á entregar á los comentarios de quien él estima esencialmente soso, cosa que por cierto no tuvo en cuenta el despiadado Ministro que me impuso la contribución de la sal.

Á la observación de que casi todas las voces impugnadas por Escalada datan de ediciones antiguas del Diccionario, y vienen, por consiguiente, autorizadas por los nombres ilustres citados en resplandeciente columna en el anterior artículo, y respetados como eminentes hablistas por todos los españoles, excepto Escalada, no se contesta con el gracejo de que él solo respeta la letanía de la Virgen y de los santos; porque si esa veneración es pertinente y laudable cuando se trata de gracia divina, resulta pobre excusa cuando se trata de gracia literaria y de gramática; y no deben trocarse los frenos, ni se ha de consultar con San Juan Crisóstomo el tiempo de un verbo, ni buscar en las postrimerías de la vida los auxilios espirituales de Garcilaso ó Baltasar del Alcázar.

De la donosa ocurrencia con que en vano quiere librarse de la cogida que tuvo en lo de «campurriano,» alegando que Aguilar de Campoo debe ser de la comarca por llevar el apellido, me limito á protestar contra esa novísima regla de geografía, porque el día menos pensado, á querer practicarla, tendríamos, á despecho de ingleses y franceses, que situar el Canal de la Mancha entre Argamasilla y el Toboso. Pero ya que no haya medio de hacer soltar á Escalada un puñado de

definiciones, por inusitada prudencia y por el temor, sin duda, de que yo las maltrate aún más que él ha maltratado las del Diccionario, acometámosle en sus trincheras.

—Caracol.—Molusco del tamaño de una nuez: no le gusta porque los hay, en efecto, de otras dimensiones. ¿Y qué quiere que se diga? ¿Molusco cuyo tamaño varía desde el de un grano de alpiste al de una sandía de Valencia? ¿Prefiere que no se exprese el tamaño, dejando á la fantasía del lector que lo imagine del bulto de un dromedario?

Intente siquiera esta definición, y tratándose de un bicho feo, viscoso y adornado con cuatro cuernos, no hallará medio de evitar que se preste á la risa.

¡Y si de esa definición pasamos á la de la frase y leemos el verdadero pregón en que se dice: «Sepan los académicos (aquí un redoble) que no se dice no importa un caracol, no vale un caracol, ni dos caracoles, ni esas frases son castellanas, sino académicas á lo sumo! Para que haya frase (aquí se eleva la voz) hay que aumentar por lo menos un caracol, de modo que sean *tres* caracoles, *que es como se dice* (redoble final).»

Aquí me parece que al fin soltó el crítico una afirmación concreta y distinta de la de asno ó burro con que acostumbra á favorecer á los académicos. Pues vean nuestros lectores qué bien parado queda el renombrado crítico.

CASTILLEJO.—*Diálogo de las condiciones de las mujeres.*

No valiera,  
Si de este don careciera,  
Nuestra vida *un* caracol.

—  
QUEVEDO.—*Romancero general.*

De una fábrica presumes  
Que Vitrubio no la entienda;  
Y si vale *un* caracol,  
En *dos* ninguno la aprecia.

—  
D. AGUSTÍN DURÁN.—En nota puesta al mismo romance.—«Para ponderar el poco y despreciable valer de una cosa, se hizo el refrán que dice (oiga á su vez este pregón Escalada): «No vale *un* caracol.»

—  
LOPE DE VEGA.—*Pobreza no es vileza.*—Acto primero, escena segunda.

Dáseme *dos* caracoles  
De respetos sin comer.

—  
LOPE DE VEGA (reincidente).—*La Gatomaquia.*

De que no se le dió *dos* caracoles.

—  
De estas citas resulta que Escalada no conoce *La Gatomaquia* ni las obras de Quevedo, lo cual no es extraño por ser obras excesivamente raras,

casi curiosidades bibliográficas reservadas á los eruditos.

Pero guarden los lectores de *El Imparcial* toda su admiración para el siguiente gazapo, y verán cómo un hombre consagrado cinco años á la *política menuda* de un periódico no puede dedicarse á la lectura de libros abstrusos como el *Quijote*. Censura Escalada la frase usada en el artículo *caparazón*, de «montar sobre el caballo,» porque, según él, no parece sino que los académicos recelaron se les creyera capaces de montar *debajo* del caballo.—Y dice Cervantes: «Subió *sobre* Rocinante,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. II.—«Volvió á subir *sobre* Rocinante,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. X.—«Subió *sobre* su famoso caballo Rocinante,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. II.—«Subid *sobre* vuestro caballo,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. IV.—«Le subió *sobre* su jumento,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. V.—«Y él subió *sobre* su asno,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. X.—«Caballero *sobre* un muy hermoso asno,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. XV.—«Dos frailes de la Orden de San Benito, caballeros *sobre* dos dromedarios,» parte 1.<sup>a</sup>, capítulo VIII.—También D. Quijote «se subió *sobre* una punta de una alta peña,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. XXVI.—Y también Sancho tuvo la mala idea de procurar «subirse *sobre* una alta encina,» parte 2.<sup>a</sup>, capítulo XXXIV.—Y aun la imagen de la Virgen fué llevada «*sobre* una peana,» parte 1.<sup>a</sup>, cap. LII.—Y la sin par Dulcinea «*sobre* un carro triunfante,» parte 2.<sup>a</sup>, cap. XXXIV.—Ni faltó quien se sentara «*sobre* la yerba verde,» parte 2.<sup>a</sup>, capítulo LXVI.—Aquí se ve bien claramente que á Cervantes le acometió también la duda de que pudie-

ra creerse que sus personajes se subieran *debajo* del dromedario, del asno ó del caballo, y se sentaran *debajo* de la yerba, puesto que sólo así se explica Escalada el uso vicioso de la malhadada preposición.

¡Figúrense los lectores el conflicto de la Academia al ver enmendada la frase por el gran Escalada y usada hasta con fruición por Cervantes! ¡Qué hacer! Por un lado los *Ripios aristocráticos*, por otro el *Quijote*; por un lado *cinco años de política menuda* ó de *gacetillas*, por otro las *Novelas ejemplares*.

¿Cómo sacar á salvo la susceptibilidad de ambos ingenios soberanos, rivales en celebridad y autoridad? Mucho habría de batallar la pobre Academia; y si al fin se decidiera por conservar la preposición *sobre*, sería ciertamente sin ofensa de Escalada y sólo por considerar más entrado en años á Cervantes.

También es curioso lo que acontece con «*canasta*,» que, según Escalada, no se hace *nunca* de *mimbres*, aun cuando Pellicer, en su *Argenis y Poliarco*, diga: «Estaba allí cerca una *canasta de mimbres* llena de flores,» y aunque las tiendas en que se venden rebosen en canastas de mimbres, que con ese nombre se ofrecen á los parroquianos, incurriendo diariamente los pobres canasteros en la excomunión mayor del pontífice de *El Imparcial*. Todavía es mayor el triunfo del crítico con respecto al género del mimbre, pues asegura ser femenino y sólo femenino. Prueba al canto. Juan de Espinosa: *Diálogo en laude de las muje-*

res, parte 4.<sup>a</sup> «Dóblase *el* mimbre cuando es *tier-*  
no.»—Fr. Luis de León: *Geórgica* 1.<sup>a</sup> de Virgi-  
lio. «Entonces con *los* mimbres es tejido.»—Fer-  
nández de Avellaneda: *Quijote*, cap. XVII. «Un  
azafate grande de *vistosos* mimbres.»—Jerónimo  
de Alcalá: *El donado hablador*, cap. III. «Y to-  
mando yo otras tantas varillas de UNOS mimbres.»  
—Moratín: *La toma de Granada*. «¡Que, cual UN  
*mimbre*, el bárbaro blandía.»—Y perdone el señor  
Escalada esta carrera de mimbres, que puede abrir  
los ojos á los incautos que tomen en serio sus bro-  
mas inocentes.

Y lo mismo pasa con las voces *camocán*, *capichola*, *capicholado*. No son castellanas ni lati-  
nas. ¿Qué pueden ser (exclama indignado) sino  
hebreas?

Si por hebreo se entiende todo lo que al Sr. Es-  
calada no se le alcanza, su caudal hebráico debe  
superar al del propio Moisés. Por de pronto se ha  
venido á descubrir que Quevedo escribía en he-  
breo, puesto que en su *Musa* 6.<sup>a</sup>, romance 88,  
dice:

¿Con sotanas y manteos  
Puede negar que se alzaron  
Lanillas y *capicholas*?

Igualmente resultan en hebreo la Pragmática de  
tasas de 1680, que aprecia cada vara de raso rico  
*capicholado* en 170 rs.; así como la de 1627 apre-  
cia en 15 rs. cada vara de *capichola* negra de Ná-  
poles. En el mismo idioma de Aarón escribió, sin  
duda, González de Clavijo su *Vida y hazañas del*

*gran Tamorlán*, que el vulgo se obstinaba en creer hasta ahora que estaba escrita en castellano; pero que, por lo visto, no lo está, puesto que emplea con repetición la voz *camocán* y *camocanes*, declarada hebráica por una autoridad suprema como Escalada.

¿Y dónde nos dejaremos la singular agudeza de que *capillada* significa chiste ó dicho ingenioso del fraile, cosa que sólo los académicos son capaces de ignorar y que, sin embargo, resulta ignoraba el propio Fr. Gerundio, que nunca creyó que esta voz significara, de acuerdo con la Academia, más que golpe dado con la capilla ó capucha? ¿Lo duda el Sr. Escalada? Pues violente un poco sus hábitos y lea en la *Capillada* 27 la poesía macarrónica que dice:

Cito, cito enmiendam emprende, lector, et sirva  
Iste tibi avisus, cum mille amoribus factus,  
Ut a capilladis *salvare corpus* aprendas:  
Si impenitens fueris, zurras aguanta callando.

Amigo Escalada, ¿el cuerpo se salva de los chistes ó de los golpes, aunque sean dados con capilla?

En decir que los que no entiendan latín no adivinan lo que es *Capripede*, también tiene razón Escalada, como siempre.—Burgos, en su traducción de Horacio: Los *capripedes* sátiros le oían.—Vieira, en su Diccionario, dice: *Capripede*, que *tem pes de cabra*.—Littré, en su Diccionario: *Capripede*, qui a des *pieds de chévre*.—Webster: *Capriped*, having feet likethose of agoat.

De modo que lo que sólo se dice y entiende en



latín, resulta que se dice y entiende en todas las lenguas modernas.

Sin penetrar en el examen de artículos como *acial* y *albarda* y otros similares, en que la superioridad de Escalada es evidente, séame permitido disculpar al Diccionario por haber calificado de *canilla* ó *caña* cualquiera de los huesos largos de la pierna ó del brazo, siendo así que sólo puede aplicarse ese término á la parte anterior de la pierna entre la rodilla y el pie, según *magistraliter et resolutive* lo decide nuestro ínclito censor. Al expresarse en tales términos la pobre Academia, ha sido inducida á error; y si llama *canilla* ó *caña* indiferentemente á los huesos largos de la pierna ó del brazo, es por efecto de haber leído en González de Clavijo que «les fué mostrada una *canilla* del *brazo* de Santa María Magdalena, y una *canilla* del *brazo* de San Lucas,» y haber visto en Fray Luis de Granada, escritor obscuro, de quien tal vez tenga alguna escasa noticia Escalada, en su *Símbolo de la Fe*, parte 5.<sup>a</sup>, cap. XXIII, que «lo mismo se entiende de las costillas y de las *cañas* de los *brazos* y de las *piernas* de un lado y del otro.» Ya lo ve el severo Aristarco: á la pobre Academia la pierden lastimosamente las malas compañías, y á buen seguro que no se resabiara si guardase en su trato y comercio con Fr. Luis de Granada y otros hablistas ramplones y desautorizados la prudente circunspección de Escalada.

También dice que *capelardente* es una agabachada tontería; y no sólo está inserta hace siglo y medio, y conservada en todas las ediciones de la

Academia, y se lee en todos los Diccionarios, incluso el de Terreros de 1786, sino que se emplea por autoridad irrecusable, sobre todo para un redactor de *El Siglo Futuro*, puesto que en las *Sinodales de Zaragoza*, y no en ningún folletín de *La Correspondencia*, puede leer: «Y en cuanto al derecho de la tarima, tablado ó *capelardente*, se observará la costumbre que hay en cada una de las iglesias de nuestro arzobispado.»

Con audacia increíble sostiene que una de las significaciones de *capear* no es, en castellano, robar la capa, *ni nada parecido*, y celebra jocosamente el asombro que este dislate produciría á *Lagartijo*.

Lo del asombro de este lidiador insigne, elevado á hablista por Escalada, no lo niego, porque no es probable que haya leído ni la primitiva edición del Diccionario ni ninguna de las posteriores; pero lo que es asombroso es que un hombre que se las echa de censor de una Academia no haya leído, él, que debe ser tan devoto, los sermones de Fray Hortensio Paravicino cuando dice: «*Es violencia, como la del salteador en el campo, la del que capea en la ciudad;*» ni á Espinel, en su popular obra *El escudero Marcos de Obregón*, cuando expresa: «Comencé á dar voces diciendo (lástima que no levantase más la voz para que le oyera Escalada):—Señor, que me quitan la capa. Señor doctor Sagredo, que me *capean* ladrones;» ni siquiera á Calderón en su *Mañana será otro día*, cuando uno de los personajes aconseja á otro ocultar á Leonor la verdadera causa de un desafío,

atribuyéndolo á un conato de robo, y dice en una preciosa redondilla, que sólo Calderón ó Escalada son capaces de escribir:

Dad en hacerla entender  
Que la pendencia y pesar  
Fué por quererlos *capear*,  
Que hoy es fácil de creer.

Claro es, pues, que capear era, no sólo usado, sino *frecuente* en nuestra sociedad antigua, y hay que conservarlo en el Diccionario siquiera para que cuando *Lagartijo*, *Frascuelo* ó Escalada lo lean sepan á qué atenerse.

Del mismo jaez tengo centenares de gazapos del flamante censor, que, con sólo cinco años de *política menuda* (y debemos felicitarnos de que no la hiciera mayúscula), dice de sí mismo, con modestia encantadora, que ha llegado á adquirir una autoridad superior á la de la Academia.

Vaya ahora como bomba final, en honor del supremo dómine en materias de buen decir, lo que le ha acaecido en el artículo *can*, en el cual esgrime su fusta vengadora contra la Academia por haber omitido el proverbio «Si el rabo meneá el can, no por tí, que es por el pan.» Apurada la materia, resulta que, examinados los mejores refraneros, desde el del Comendador Griego hasta el de Sbarbi, que es hasta cierto punto otro comendador, han adoptado la siguiente forma: «Meneá la *cola* el can, no por tí, sino por el pan;» y efectivamente, así está incluido en el Dicciona-

rio de la Academia en donde debe estarlo, esto es, en el artículo *cola*, donde puede hallarlo todo lector de *El Imparcial* que no se fíe de lazarillo tan inseguro como Escalada. En cuanto á éste, es evidente que se queda con el rabo en la mano, que, como de su exclusiva invención y propiedad, ya que no cabe en el refrán español, puede adjudicársele al can que guste y colocárselo en la postura que el caso requiere. ¿No le viene de molde á este personaje que acusa á la Academia de omisiones de cosas que no están omitidas, pero que él no sabe encontrar, el conocido epigrama que dice:

Pobre Geroncio, á mi ver,  
Tu locura es singular:  
¿Quién te mete á censurar  
Lo que no sabes leer?

Lo que contrista el ánimo es el picaresco punto de interrogación con que el profesor de filología de *El Imparcial*, el corrector de la Academia, acoge, como si se tratara de un quídam totalmente desconocido, el nombre glorioso del alemán Federico Díez, citado en mi anterior artículo. Sensible es para mí tener que enterar á Escalada de que este sabio de reputación europea nació en Giessen á fines del siglo pasado, que está conceptualizado como el patriarca de la filología neolatina, que es autor de la famosa gramática de las lenguas romances y del admirable Diccionario etimológico de las propias lenguas, y que Alemania en estos

mismos días, y como si providencialmente contestase á la interrogación de Escalada, acaba de elevar un monumento á su gran filólogo, á Federico Díez, en Bonn (Bona), inaugurándolo con procesiones escolares, actos universitarios y festejos oficiales. Ignorar la existencia y las obras de Federico Díez quien pretende saber de filología, vale tanto como en ciencias naturales ignorar quién es Buffon ó quién es Linneo. ¿Seguirá tolerando la clientela de *El Imparcial*, hasta ahora acreditada de buen gusto, lecciones de un profesor cuya ilustración en la materia resulta muy por debajo de la del más adocenado estudiante?

Desista, pues, Escalada de dar gato por liebre á los incautos lectores de *El Imparcial*; tome el parecer de «Velisla,» que, con toda la autoridad de predicar con ejemplos, le enseña que los chistes sobre el Diccionario son tema bastante para un artículo festivo, pero no para catilinarias interminables; no insista en la imprudencia de llamar asnos á los que pueden verse en la dolorosa precisión de demostrarle que él lo es, y vuelva á su *Política menuda* ó á la *Gacetilla* en *El Siglo Futuro*, en *El Progreso* ó en donde quiera, puesto que parece cortado para ese ejercicio, y puesto que en él nos asegura haber conquistado tantos lauros.

Y dicho esto, hora es de poner término á una polémica mantenida por amor al arte, con persona á quien no tengo la honra de conocer de vista ni bajo ninguno de los nombres que afirma haber ilustrado, contra quien no abrigo resentimi-

mientos ni guardo ojeriza, cuyas prendas de carácter ni conozco ni examino, pero cuya singular literatura es capaz de sacar de quicio al mismísimo Job.

De V. afectísimo seguro servidor Q. S. M. B.

JUAN FERNÁNDEZ.





## ULTIMAS PALABRAS

SOBRE UNA POLÉMICA.

**H**ORA es ya de poner término á la polémica que vienen sosteniendo Juan Manuel Fernández y Miguel de Escalada acerca del Diccionario de la Academia Española.

Hemos sido neutrales cumpliendo el lema y respondiendo al objeto de nuestra hoja literaria. Los dos contendientes han encontrado en nuestras columnas la libertad más amplia, y no nos hemos creído autorizados para imponer limitación alguna á los polemistas, dejándoles con la responsabilidad de su obra, la independendencia de sus juicios y de su estilo.

El ilustre escritor y respetable hombre público cuya personalidad, que nos es tan querida, se revela bajo el pseudónimo de Juan Manuel Fernández, nos escribe una carta en que se trasluce el enojo que le ha producido el que nosotros, tan

sus amigos de siempre, hayamos dado publicidad á las acerbidades personales y ciertamente injustas de que ha sido objeto en la discusión. No solamente no aceptamos por nuestras esas acerbidades y esos juicios, sino que tenemos la más alta idea del que al adoptar la firma de *Juan Manuel Fernández* no es la primera vez que ilustra un pseudónimo haciéndole inolvidable para los literatos. El nombre de *Velisla* es una de las galas del artículo, la crónica, la fantasía sobre asuntos de actualidad, la sátira ligera é ingeniosa, géneros nuevos que apenas habían sido cultivados cuando nuestro amigo les dió definitiva y castiza forma.

¿Y cómo habíamos nosotros de abandonar un punto esta opinión que *Velisla* nos merece, cuando sus escritos han honrado algunas veces las columnas de *El Imparcial*, donde el público les ha rendido aplausos?

No nos inspira menos respeto la personalidad política de nuestro amigo, que ha desempeñado altos puestos, siempre con aplauso general; y en cuanto á la conducta del intachable caballero y del hombre de valor cívico extraordinario, nos basta recordar que durante la última epidemia cólera nuestro amigo, que no ejerce cargo alguno que le impidiera separarse de Madrid, permaneció aquí y manifestó gallardos impulsos de caridad, que todos estimaron en lo mucho que valían.

Todo esto se nos viene á la memoria, no porque haga falta recordarlo, sino para demostrar que no participamos de los dictados y argumentaciones



personales de que ha sido objeto nuestro amigo en el debate sobre el *Diccionario*.

Ahora bien: no estamos dispuestos á consentir que en esta discusión se mezclen á las razones puramente literarias agravios personales; y sin restringir en nada la absoluta libertad de los discutidores, nos creemos autorizados para dar por terminada una polémica en que quedan expuestas todas las opiniones.

He aquí la carta de Juan Manuel Fernández:

Sr. D. José Ortega Munilla.

Muy señor mío: Nada encuentro en el último artículo de Escalada que me haga variar mi propósito, declarado hace quince días, de poner término á la polémica.

La resistencia por demás elocuente á presentar definiciones, siquiera fueran de las mismas voces que critica y presume conocer; la confesión regateada, pero al fin confesión, de varios de sus errores; la pueril, embarazada y contradictoria defensa de otros, que contrasta con el tono descompuerto y agresivo de su última carta, están revelando el despecho causado por su derrota, que jamás confesará en público, pero que le corroe, agita y revuelve allá en los solitarios abismos de su propia conciencia.

Excusada parece, pues, mayor refutación ni más razonamiento.

Fuera de que no conozco tiempo más lastimosamente perdido que el de continuar la discusión con quien, sosteniendo que una palabra es una

*agabachada* tontería, y demostrándosele que esa misma palabra es la que emplean como exacta y adecuada el prelado, los capitulares, los párrocos, el clero todo de la diócesis de Zaragoza reunido en Sínodo, tiene él, que alardea de tradicionalista, el aplomo de exclamar respetuoso: «¡Valiente autoridad unas Sinodales de Zaragoza!» Para quien no sufra total extravío de sus facultades, ¿se concibe autoridad mayor para definir objetos de que usa la Iglesia, que la Iglesia misma? ¿Aspirará el Sr. Escalada á que en el ya famoso Diccionario que va á publicar, así que desacredite el de la Academia, figuren en lucido inventario los ornamentos y vasos sagrados, no con los nombres que les dé el clero, sino con los términos con que tengan á bien designarlos los clowns del Circo de caballos ó los monos sabios de la Plaza de Toros?

¿No es perder lastimosamente el tiempo seguir discutiendo con quien dijo «*Váyanse enterando los académicos de que CAPEAR no es robar la capa ni nada parecido, porque da grima que no sepan lo que es capear, ellos que, aunque mal y chabacantemente, capean el idioma?*» Y cuando se le confunde con textos de novelistas que andan de mano en mano, y de autores dramáticos cuyas producciones continúan honrando nuestra escena; y cuando tiene que cantar la más humillante palinodia, lo hace diciendo: «¿Y cree V. de buena fe, Sr. D. Manuel, que no sabía yo que CAPEAR había significado antes robar capas? Sí, señor: lo sabía.»

Pues si lo sabía, ¿por qué lo negó en redondo?

Pues si estimaba la voz castiza, pero anticuada, que es el recurso á que ahora se acoge, ¿por qué no lo dijo? ¿Quién es aquí el que por su conducta causa *grima*? ¿Quién aquí es el que *capea chabacanamente*, no sólo el idioma, sino á sus lectores y á la publicación que le patrocina, á quienes falta á todos los respetos debidos, puesto que resulta que les oculta á sabiendas el concepto del verbo *capear*?

¿Y qué tiempo más perdido que seguir discutiendo con el que, abrumado bajo el peso de autoridades supremas, de maestros inimitables del habla castellana, sólo discurre traer media docena de textos de Tirso de Molina, el cual, de propósito, emplea el latinismo *egroto* y la voz rústica *escribén* en lugar de escribano? ¿Á dónde va Escalada por ese camino? Aunque en vez de barbarismos ideados para retratar los personajes, probase que, en nuestros clásicos, que ciertamente no son perfectos é infalibles, se han deslizado diez ó doce locuciones viciosas, esto no bastaría para extinguir el respeto que merecen por sus primores de lenguaje y sus abundantes y esplendorosas galas que los hacen dechado inimitable y desesperación de los que aspiran á emularlos. ¿Es que entiende Escalada que ha llegado la hora de destronar á Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Quevedo, Fr. Luis de Granada, y sobre las ruínas de cuanto constituyó una verdadera supremacía en el habla castellana, alzar como autoridad única literaria en el globo terráqueo los deslumbradores *Ripios aristocráticos*?

¿Cómo seguir discutiendo con quien, formulando en términos acres cargos contra la Academia por no incluir en su Diccionario el refrán que él imagina, resulta que ignora la forma castiza del proverbio, la cual sabían los académicos que pretende desasnar; con quien no sabe buscar en el Diccionario lo que cualquier estudiante de primeras letras sabría encontrar; con quien pone el colmo á la manifestación de su ignorancia preguntando por qué el refrán se ha puesto en la palabra *cola* y no en la palabra *perro*, cuando hace quizás cien años que lo que él pregunta está contestado en letras de molde, en las primeras hojas del Diccionario, en las reglas para su uso, una de las cuales es que los refranes se incluyen en el primer sustantivo que en ellos se emplea?

Ahora bien: ¿creerá nadie que no conozca á ese desventurado crítico, ejemplar único en su especie, que el que ha sufrido tal desastre intente adjudicar á los académicos (cuyo conocimiento de la lengua, cuyo acierto, cuyo sistema de clasificación merece el mayor elogio) la calificación de arrimados á la cola? ¿Quién ha reunido, jamás, títulos para obtener tan honroso dictado como el filólogo Escalada, convicto y confeso de no saber la forma castiza de un refrán, convicto y confeso de no encontrar en el Diccionario una frase escrita como debe escribirse en castellano, y convicto y confeso de no saber ni aun la regla en virtud de la cual está colocado en su puesto?

Resistiendo á la tentación de demostrarle que en iguales errores ha incurrido en la novela fan-

tástica relativa á los auxilios, por supuesto estériles, que se me han prodigado, y en los demás extremos de la polémica, porque sería renovarla contra mi deliberada intención y habiéndome únicamente propuesto anticiparme á la acusación probable de que es un puro artificio de retórica suponer que no merecen los desvaríos de Escalada mayor refutación, paso á otro particular.

No sólo no cabe negar la realidad de las once cogidas que ha sufrido, sino que ni el calmante que intenta propinarse, suponiendo que, aunque haya sufrido once cogidas, no son nada en comparación de los mil doscientos reparos que se jacta de haber puesto al Diccionario, es medicina aplicable al caso. Aparte de que once cogidas consecutivas en una sola corrida son para acreditar á cualquiera más bien de torpe que de diestro, no es exacto que no haya encontrado yo en los artículos de Escalada más que once cargos que dirigirle.

Sobre que no es posible incluir en un solo artículo los innumerables gazapos que se le han escapado á Escalada en veintitantos artículos, evidente es que no hubo en aquella hoja cabida más que para los once; pero bien puede asegurarse que, sea por la ligereza de sus juicios, ó por el colosal é infundado concepto que tiene de sí mismo, y, sobre todo, por la carencia absoluta de conocimientos filológicos, apenas hay reparo de Escalada que no resulte del todo descabellado y que no sea susceptible, por tanto, de impugnaciones no menos concluyentes y victoriosas. Pero las mil

doscientas impugnaciones que merecen los mil doscientos reparos de Escalada, se le darán, pues yo no tengo vagar para tanto, por otros polemistas muy superiores, que han empezado ya esta tarea en *El Globo* y otros periódicos.

Y para que no se atribuya también á artificio retórico el no proseguir en la impugnación de los innumerables é increíbles errores de Escalada, ahí va uno, sólo como muestra: el de *albayalde*, á cuyo examen se me ha provocado dos veces y que he excusado hasta ahora por la humillación que habrá de producirle una vez depurado el caso.

Consiste el reparo en advertir á la Academia, con el tono de desdén que tan bien sienta á una inteligencia superior y por supuesto como fruto de su propia cosecha, el error de señalar el ácido acético como elemento que entra en la composición del *albayalde*, siendo así que éste es *una sal compuesta de ácido carbónico y óxido de plomo*. ¿Y saben los honrados lectores de *El Imparcial*, jueces del campo de este torneo literario, dónde está esa definición, que da como suya Escalada, que es, en efecto, la verdadera y la acertada, que corrige el error primitivo de poner el ácido acético en vez del carbónico entre los componentes del albayalde? Pues está á la letra en la página 1.115 del Diccionario mismo de la Academia, columna primera del suplemento consagrado á enmiendas y adiciones, y de cuyo conocimiento no puede excusarse Escalada, puesto que, providencialmente, al tratar del mimbre, expresa que en ese mismo suplemento ha leído la enmienda en virtud de la

cual la Academia lo declara común de dos. Digan ahora todos los críticos formales si les parece gloria envidiable censurar al autor de un libro por errores en el mismo libro salvados; digan si lo que presenta todas las apariencias de un plagio puede jamás convertirse en cargo contra la Academia.

Pues por el estilo son todas las censuras, que por falta de tiempo y por cansancio de luchar con tan infeliz contradictor renuncio á desvanecer, pues con lo dicho sobra para que quede esclarecido que por ese derrotero que lleva Escalada llegará á alcanzar para sí el descrédito que anhelaba, por fines lucrativos, para el Diccionario de la Academia.

Por lo demás, como el resumen de la discusión sostenida, al menos por mi parte, dentro de los estrictos límites que requiere su carácter literario, resulta para Escalada desastroso; como los artículos que él presentaba como transcendentales y de suma importancia se quedan claramente reducidos á mero juego de ingenio, á que se prestan todos los Diccionarios; como las reglas por él proclamadas son casi siempre las contrarias de las adoptadas por nuestros buenos hablistas; como se muestra poco conocedor de las formas castizas, de los refranes más populares; como en punto á su erudición filológica no tiene empacho en reconocer que no posee ni aun siquiera, son sus palabras, *aquella que en cualquier Diccionario enciclopédico de los que hay en las redacciones de todos los periódicos puede adquirirse en diez minutos*; como no cabe desconocer, por tanto, que el cas-

tillo de naipes que elevaba en sus veinte primeros artículos se ha derrumbado al primer soplo de la razón y del buen sentido, no es extraño que no me prodigue elogios ni sienta por mí el menor entusiasmo. Los numerosos alfilerazos con que aspira á traspasarme no son para el lector discreto más que ayes del alma que exhala el sentimiento de su derrota y luces de bengala que el vencido enciende, sin darse cuenta de ello, para iluminar el triunfo de su contendedor.

En cuanto al chaparrón de inconveniencias totalmente impropias de una polémica literaria, y con las que se ha pretendido envenenarla, no extrañarán los lectores que el que se encuentre en mi caso se apresure á oponer en el acto por todo correctivo el más desdeñoso silencio y el desprecio más soberano.

Y protestando no decir una palabra más en el asunto, queda de V. afectísimo seguro servidor  
Q. S. M. B.

JUAN MANUEL FERNÁNDEZ.







## EN LAS AGUAS DE SPA.

CARTA DE VELISLA.

*Spa 28 de julio de 1887.*

**M**i querido Director: Después de los años mil, he podido volver á este rincón del Paraíso, á este nido de flores, encontrando sus purísimas auras, sus bullidoras fuentes, sus recuerdos históricos, sus preciosas quintas, todo cuanto constituye el encanto del cuerpo y el embeleso del alma, tal como lo dejé, salvo un notable deterioro en el personal de las mamás, y un desarrollo y un embellecimiento indescriptible en el precioso enjambre de niñas que acuden á estos manantiales.

Aquí todo es grato y deleitable: las aguas, frías como la nieve, semejan, con sus burbujas, espumoso Champagne, y en sus transparentes raudales encubren más hierro que la droga más saturada de la botica; aquí acuden á millares, de toda Europa, gentiles doncellas, que llegan interesan-

tes con su palidez de cera, y vuelven infaliblemente con rojas amapolas en las mejillas; aquí vienen mamás jóvenes aún, pero que, privadas del más puro goce, ponen el pie en la huella bendita de San Remacle, apóstol de las Ardenas; beben el agua de la Sauvenière, y regresan á sus hogares en el más interesante de los estados y alcanzan larga progenie.

Testigo es, por cierto, de este milagro, que aquí ya no lo es por lo frecuente; una interesante dama de la alta sociedad de Madrid, de todos conocida, que, á los diez años de triste esterilidad y merced á una breve excursión á estas tierras, ha dado en favorecer cada año con un hijo á su esposo, el cual, alarmado, después de ver logrados seis vástagos, con la inopinada presencia de unos tiernos gemelitos, ha acudido á rogarme que le indique otras aguas, y, sobre todo, otra huella en que él pueda poner el pie para neutralizar la influencia abrumadora del prolíneo santo.

También frecuentan estas aguas varones respetables, personajes gastados por largas vigiliadas invertidas en las ciencias y en las artes, consumidos por la política, fatigados por el ejercicio de las armas, que, por modo casi sobrenatural, consiguen, bebiendo hierro líquido, que no otra cosa son estos manantiales, convertir sus arterias y sus ramificaciones venosas en otros tantos alambres de acero que les mantienen erguidos y prolongan su existencia cuando ya el fluido vital escasea.

Aparte de la anemia juvenil ó propecta, enfermedad universal de estos tiempos, ó del tedio, pa-

decimienta crónico de nuestra raza, para cuya curación son soberanas estas privilegiadas aguas, tienen la dicha incomparable de no curar nada, absolutamente nada.

Así es que, en diez leguas á la redonda, no se ve ni un leproso de los que suelen rondar los establecimientos sulfurosos, ni un tullido de los que llevan sus esparavanes á las aguas termales, ni un valetudinario de los que, con su tez terrosa, sus mejillas cóncavas, sus ojos encendidos por la fiebre que los socava, siembran el terror y espanto en la concurrencia á todos los balnearios sulfuro-salinos-azoados-bicarbonatados-sódicos.

Además de la bebida, que es Champagne Frappé; de los paseos por estas enramadas, de las excursiones en cestitos con jacas, tenemos, por prescripción facultativa, teatro con excelente compañía de opereta, Casino en que se baila á maravilla y se tira la oreja á Jorge por los aficionados á dejarse esquilar, vistosas iluminaciones en parques y jardines, fuegos artificiales y cuantas distracciones cabe imaginar, pues el complemento de la cura, el apéndice del baño, es el movimiento, el contento y la alegría.

Así se explica la concurrencia de todos los años, y que aquí no falta desde hace siglos. Aquí está el insigne escritor D. Juan Valera y Alcalá Galiano, autor regocijado de *Pepita Jiménez*. Está con su amabilísima señora y con sus hijos, y es Ministro plenipotenciario de España cerca de esta Corte.

También pasa entre nosotros una temporada la señora de Bäuer, tan conocida y apreciada de la alta sociedad de Madrid, con toda su familia y su preciosa hija Paulina. Acompaña á Mad. Bäuer su hermana Mad. Calier d'Auvers, que figura entre las damas más elegantes de París, y tiene también un precioso plantel de pollos y pollitas.

Aquí está también el Vizconde de Irueste, á la cabeza del *sport* hípico, y su joven esposa, paseando por estas enramadas sus recientes penas de familia y su hermosa mirada de dolorosa. Llama la atención por su belleza la Princesa Ourmoff, esposa del Ministro de Rusia. También anda por estos paseos frondosos, dándose aire de jubilado voluntario, el importante hombre político D. Manuel Silvela, á quien sabe V. que tanto aprecio, hasta el punto de ser difícil vernos el uno sin el otro; también vemos á su hijo, el artista premiado; al joven Barrié y á otros españoles que mantienen el honor de nuestra bandera en el campo, con más el Ministro de Bolivia y su numerosa familia, y al diplomático Peralta, á quienes cuento como de la mía.

Otro día consagraré mi carta á recordar las antiguas grandezas de Spa, que tiene más historia que muchas grandes ciudades; y para esta labor entretenida, me asociaré á M. Albin Body, excelente escritor y erudito, que tiene la paciencia y la constancia de un benedictino y lleva con justicia los títulos de archivero, bibliotecario y cronista de esta villa, y se halla además favorecido con

una lindísima sobrina, superior en mérito á todos los palimpsestos de su tío.

Es curioso conocer los detalles, recetas de médicos, comidas, comitiva y alojamientos de Pedro el Grande, que vino en 1717, extenuado, anémico, casi hidrópico, á estas maravillosas aguas, y se volvió con el vigor necesario para fundar y civilizar el mayor imperio del mundo.

Más curiosa es aún la narración relativa al verano de 1726, en que Gustavo III de Suecia, de novelesca existencia y trágica muerte, vino á residir á Spa. Según se infiere de documentos auténticos, de interesantes cartas del mismo Rey á su privado y confidente el Conde de Oxesiferna, más que la necesidad de reponer su salud, que á los treinta y cinco años no andaría muy quebrantada, le atrajo á este paraíso el natural deseo de perder de vista un par de meses sus Estados y de vivir al propio tiempo en el más íntimo trato y familiaridad con la preciosa Condesa de Boufflers, divinidad de la época, y otras beldades de la corte de Versalles, que acudieron en lucido tropel á poblar estos contornos.

Entonces alcanzó Spa el apogeo de su gloria.

Con un Rey joven y galanteador, con una corte de hermosas damas y apuestos galanes, debieron realizar los manantiales de la Sauvenière y la Geronsère curaciones heroicas y alcanzar triunfos incomparables.

Pero aún me gusta más, si cabe, otro período de la historia de Spa, más remoto y menos conocido: me refiero á 1590. Entonces hubo un período de

comentaristas, de glosadores, que personificaba el famosísimo Justo Lipsio, el autor de las Centurias, el renombrado comentarista de Séneca, el que con la complicidad de su amigo Plantino, el tipógrafo, dió á luz tantos in-folios, tamaños como una almena, que los sabios del día encomian, pero se abstienen cuidadosamente de leer.

Merced al influjo avasallador de Justo Lipsio, entusiasta de los manantiales de Spa, acudieron los sabios más eminentes del globo terráqueo, y los indígenas se quedaron absortos al oír pedir en latín un par de huevos y ponderar en griego purísimo una ensalada.

Salvo en una ocasión en que una tropa de jinetes españoles entró á saco en Spa y dispersó sin el menor respeto el sapiente Sínodo, teniendo los despavoridos escoliastas que tirar sus hopalandas para escapar y dejar sus mucetas en los zarzales, Justo Lipsio pasó años felices y tranquilos, impregnados de erudición y sabiduría, en este privilegiado país, exclamando con desesperación cuando algún verano no podía acudir á disfrutarlas:

*¡¡Valetudo mea anhelat ad illas salutare aquas!!*

¡Cuál será la magia de esta tierra para traer de Stockolmo al enamorado Gustavo y de la Universidad de Maguncia á Justo Lipsio, que, para gloria de Spa, no sólo bebió en su suelo las aguas puras de sus manantiales, sino las más puras del catolicismo, que abrazó con fervor, abjurando las

falsas creencias del calvinismo en que había vivido!

¿Tuvo en este fausto suceso alguna parte el Bouhon ó la Geronstère?

Averígüelo Vargas, ó mejor mi sabio amigo Boddy.—Suyo

VELISLA.









¡VIVA GALICIA!

**M**i querido Director: No extrañe V. la expresión de júbilo que brota de mis labios. Jamás hubiera creído que después de recorrer medio mundo, de peregrinar por Italia contemplando la misteriosa y poética Venecia; Nápoles con su mar de zafiro; Florencia con sus *campaniles*, su pavimento de mármol y sus innumerables bellezas artísticas; Roma con sus grandiosos recuerdos; después de haber trepado por todas las cumbres de Suiza y recorrido la Suecia con sus cristalinos y transparentes lagos; la Engadina con sus nieves perpetuas; Dinamarca con sus praderas; Alemania, Austria, Praga, la ciudad oriental; Bélgica, Holanda con su campiña de esmeraldas; Inglaterra y Francia, todavía habían de alcanzar á conmover las fibras de una naturaleza gastada, espectáculos grandiosos como los que ofrecen las riberas del Miño y las rías bajas de Galicia.

Y, sin embargo, tan cierto es que el panorama que ofrece la provincia de Pontevedra excede en frescura y atractivo á todo lo que cabe imaginar, que siento en el alma no poder abandonar la prosa y no atreverme á cantar en octavas reales la magnificencia de la bahía de Vigo, y en quintillas la fortaleza de Monte Real, á cuyos pies se estrellan las olas del Océano; el castillo de Mos con su almenado recinto y su parque de frondosos castaños, ó la hermosa finca de Lourizán con su vega de naranjos, su bosque de camelias, su verja monumental, su espléndida galería de cristales, sus calles de eucaliptus, sus viñedos que se tienden muellemente á las márgenes de la plácida ría de Marín, reflejando en sus aguas todo el paisaje encantador que, animado por sus airosas aldeanas, constituye el más poético de los idilios y la más bella de las églogas.

Á las seis de la tarde del 5 de mayo salimos con dirección á Galicia, impelidos por el tren que pone en comunicación al centro de la Monarquía con las apartadas regiones de Galicia; después de dormir toda la noche, nos detuvimos en la estación de León, y sin pararnos á admirar su célebre catedral y dando al olvido sus bellezas arquitectónicas, pasamos á saborear en su hermoso *restaurant* un succulento almuerzo, que se inició brillantemente con una sopa juliana picante y de grata recordación. Volvimos á emprender la marcha; atravesamos regiones que nos recordaban los interminables surcos y la planicie inconmensurable de la Mancha; cruzamos Ponferrada, Astorga

y toda la región florida del Vierzo; las márgenes del hermoso río Sil, que arrastra arenas de oro, aunque jamás han acertado á depositarse en mi bolsillo; el túnel natural de Monte Jurado, la hermosa vega de Valdeorras, y dimos con nuestros cuerpos en la estación de Monforte, célebre por muchas cosas, y especialmente por sus tortas. Después de una comida por extremo vulgar, continuamos nuestra ruta, consagrando unos minutos á la perspectiva de la hermosa campiña de Orense; atravesamos Barra de Miño y otras preciosas estaciones, y ya anochecido cruzamos los viaductos elevados de Redondela, y por los pueblos de Arcade y Figueiredo llegamos á Pontevedra á las doce de la noche, siendo recibidos por inmensa muchedumbre, con acompañamiento de músicas y descargas estruendosas de cohetes y voladores. Media hora después, una cómoda carretela nos trasladó á Lourizán, donde descansamos de la fatiga del viaje.

Al despertar al siguiente día tomamos posesión de la finca, recorriendo su inmensa galería de cristales, sus hermosas habitaciones y toda la parte consagrada á los cisnes, faisanes, gallinas del Paraguay, patos exóticos, pavos reales de Australia, gallinas y gallos colosales, y todos los volátiles, que al rayar el día entonaban sus regocijados himnos al Creador; vimos después la capilla de estalactitas, gruta preciosa que recuerda la de Londres, y saliendo ya extramuros de la casa, recorrimos los jardines, el plantío de naranjos perfumado de azahar, las preciosas estatuas de már-

mol, las camelias, los innumerables rosales, las preciosas cascadas, los bosques de castaños y eucaliptus y cuanto constituye las delicias de la finca, el recreo de su dueño y el orgullo de cualquier feliz mortal que pueda decirse poseedor de aquel paraíso, animado por la hermosa ría de Marín.

Cuatro días estuvimos disfrutando de aquel delicioso clima, de aquel suelo feraz, de aquella existencia tranquila y hasta de aquel espectáculo de comisiones que de Santiago, Vigo y todos los alrededores acudían á formular sus pretensiones y deseos, exponer sus agravios, convirtiendo á Louizán en un interminable hormiguero de Audiencias, Diputaciones, Ayuntamientos, ó en nueva Meca de pretendientes; y á decir verdad, su infatigable dueño demostró una paciencia angélica que me hace prever irremisiblemente sobre sus esplendores terrenales su futura canonización. Hicimos después una rápida excursión por el camino de hierro de Pontevedra á Vigo, permaneciendo todo el tiempo en el balconcillo del coche, por delante del que desfilaban praderas, campos cultivados, caserío innumerable y pintoresco, infinitos hórreos, ensenadas, rías, lazaretos y puertos á cual más hermosos. En Vigo admiramos aquella bahía inmensa en que pueden mecerse los acorazados de todo el mundo, y tomando dos carruajes, bajo la dirección de nuestro excelente y nunca bastante ponderado amigo Neira, emprendimos el rumbo á Bayona, atravesando diez kilómetros de una preciosa carretera, por cuyos lados se desarrolla el espectáculo de una naturaleza fron-

dosa tachonada de pueblecillos, y que por recortes del terreno permite contemplar el mar, que se presenta en ensenadas unas veces azul como un zafiro y otras con tumultuoso oleaje.

En Bayona, después de saborear un excelente almuerzo de pescados y mariscos, visitamos el amurallado y vasto recinto de Monte Real, en cuyo centro se alza un castillo, lujosamente restaurado y lleno de artísticas riquezas. El espectáculo es imponente: olas gigantescas se quiebran en blanca espuma contra las rocas y retiemblan los cimientos de la fortaleza, y el idilio desaparece y amenaza convertirse en drama.

Es tal la riqueza de aquellas costas en pesca y productos naturales, que sólo D. Román Rodríguez Soto, persona muy conocida de la localidad, y cuya amistad cultivaría por miras interesadas, nos confesó haber exportado 80.000 langostas que, en barcos sumergidos, había enviado vivas la mayor parte á Francia é Inglaterra. En los alrededores de Bayona y en muchos caseríos hermosos, nos dijo que podrían proporcionarse cómodas habitaciones, bajo un tipo de cinco reales por cama; y excusado es advertir que hermosas playas brindan con los placeres del baño.

Otra excursión deliciosa es la que constituye una visita al castillo de Mos. Exige dos horas en carruaje, que hicimos en la agradable compañía de los amigos Matos y Guerra, por hermosas carreteras, pintorescas fincas y paisajes preciosos; se cruza el histórico puente de San Payo, y entendiéndose de paso para el almuerzo con el *italiano* cé-

lebre por su escuela y habilidad en condimentar pescados y mariscos, se llega por una pendiente suave á una elevada montaña, en la que se alza el castillo de Mos. Restaurado con verdadera conciencia artística, nada le falta, y luce su puente levadizo, su foso, su rastrillo, sus almenados muros, su torre del homenaje, sus falconetes, y hasta en el centro de la sala de armas, y sin más que levantar una trampa de madera, se contempla, no sin estremecimiento, la profunda sima en que Pedro Madruga, allá en los tiempos pasados, acostumbraba á precipitar á sus víctimas. Aunque el castillo encierra en tapices, cueros, muebles y armas antiguas un verdadero tesoro; aunque está alhajado con exterior feudal, pero con verdadero *comfort*, por mi parte doy la preferencia al parque que lo rodea. Son tan colosales los castaños que proyectan su sombra, es tan hermosa y espléndida su vegetación, tantas y tan cristalinas sus aguas, tantas sus flores, que no cabe lugar más apacible ni de mayor recreo.

En el chalet que se alza en el parque mismo viviría yo con preferencia al castillo, y aun me habría atrevido á formular mi petición, si no supiera que, por expresa voluntad de sus dueños, se halla reservado para los huéspedes célibes, circunstancia que difícilmente podría yo justificar.

Interminable sería mi narración si entrase en todos los detalles del asunto. Básteme decir que la parte del país que en una excursión de ocho días he podido admirar, está provocando la emigración veraniega; que ya en algunos puntos, co-

mo en Vigo, se alzan hoteles de primer orden, como el Continental; que empiezan á preocuparse las gentes de las necesidades de la vida; que el viaje es fácil; que la vida de verano ofrece y ofrecerá cada día mayores alicientes y encantos.

Réstame consignar que la población, tan apiñada en toda la provincia de Pontevedra, ó más bien tan profusamente distribuída en aquellas feraces campiñas, presta vida, alegría y seguridad, y que los hombres son tan dulces, subordinados y laboriosos, como graciosas las mujeres, cuyas actitudes, movimientos y modulaciones de voz las dan un encanto indecible.

Oír desde las enramadas del parque de Mos los ecos lejanos de un coro de campesinas, produce la más grata de las sensaciones y da la idea más aproximada de lo que deben ser las armonías celestiales y las notas argentinas de los espíritus.









## INDICE.

|  | Páginas. |
|--|----------|
| AL LECTOR.....   | 7        |
| El bautizo de un libro.....  | 15       |
| El perfecto novelista.....   | 23       |
| Un verano de Felipe V. (Revista de La Granja.) .....   | 43       |
| Recuerdos de Extremadura. ....   | 51       |
| Revista cantábrica.....  | 81       |
| Salir de Madrid. (Leyenda fantástica alemana.) .....   | 95       |
| La Alcarria, .....   | 119      |
| Mañanas de La Granja. ....   | 139      |
| Revista del Escorial.....  | 163      |
| Variaciones fáciles sobre el conocido tema «El amor y el matrimonio.».....                                     | 177      |
| Un viaje por regiones desconocidas.....  | 185      |
| De la influencia de las construcciones modernas en la literatura.....  | 193      |
| De Madrid á Sevilla y Cádiz. (Impresiones de viaje.).....  | 203      |
| Literatura infinitesimal.....  | 215      |
| El abogado de pobres. (Fragmento épico.).....  | 245      |
| Revista de La Granja.....  | 265      |
| Cuatro capítulos de una novela inédita.....  | 273      |
| Desde Madrid á Toledo.....   | 299      |
| El castillo de «Aunque os pese.».....  | 307      |
| Una dalia y un puntapié. (Página de diez y seis años.).....  | 315      |
| La ópera y el Gobierno.....  | 321      |
| Apuntes críticos acerca de las poesías de Baeza, y por incidencia de las condiciones literarias del siglo..... | 331      |
| El Diccionario y la gastronomía.....   | 339      |

|   | Páginas. |
|---|----------|
| Miscelánea.....   | 355      |
| La prensa ilustrada.....  | 365      |
| Un ukase.....   | 377      |
| Revista de la Exposición de Bellas Artes (1862).....  | 383      |
| Los dineros del sacristán.....  | 409      |
| Al amor de la lumbre.....   | 417      |
| Negro y blanco. (Juguete cómico en un acto, original de Velisla y Barreras.).....   | 421      |
| La vía sacra.....   | 455      |
| Recuerdos de Spa.....   | 475      |
| Disertación acerca de la influencia ejercida en el idioma y en el teatro español por la escuela clásica que floreció desde mediados del pasado siglo..... | 483      |
| Un talego del Estado ó el estado de un talego.....  | 537      |
| Juicio crítico de la Restauración en 1881.....  | 541      |
| Sobre el Diccionario de la Academia Española.....   | 547      |
| Fin de una polémica.....  | 557      |
| Últimas palabras sobre una polémica.....  | 573      |
| En las aguas de Spa. (Carta de Velisla.).....   | 583      |
| ¡Viva Galicia!.....   | 591      |



*Este libro se acabó de imprimir  
en Madrid, en casa de  
Manuel Tello, el día  
24 de junio  
del año de  
1890.*























ESCRITORES  
CASTELLANOS

SILVILLA

CRITICOS

868.59  
S